MAR PETRYK

HASTA QUE DEJE DE DOLER

Planeta

Hasta que deje de doler

Hasta que deje de doler

Mar Petryk

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Hasta que deje de doler

Mar Petryk
Hasta que deje de doler / Mar Petryk. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2023.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8451-1

1. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863.9283

© 2023, Mar Petryk

Diseño de cubierta: Estibaliz Abecia - @estibality

Todos los derechos reservados

© 2023, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8451-1

«La pasión lo cambia todo, es verdad. En primer lugar, sintió que comenzaba a vivir, como si lo anterior hubiese sido un sueño largo y aburrido del que ahora despertaba».

Sergio Aguirre

PLAYLIST

I Can´t Go on Without You - Kaleo
Stop Crying Your Heart Out - Oasis
Can´t Feel Anything - World´s First Cinema
I Want You (She´s So Heavy) - The Beatles
Dead Inside - Muse
Paint you with my love - Marilyn Mason
Hostage - Billie Eilish
I Put A Spell On You - Nina Simone
Do I Wanna Know? - Artic Monkeys
Vos mi Voz - Renacer del Tiempo
Good Guy - Zayn
Twisted - Missio
Trouble - Coldplay
What Kind Of Man - Florence + The Machine
Savin´Me - Nickelback
Ho Hey - The Lumineers
Follow You - Bring Me The Horizon
It´s Real Love - Yellow Days

PREFACIO

Mi deseo se cumple, voy a morir.

Mis ojos se cerrarán por última vez, la luz del sol jamás volverá a recordarme lo que perdí.

Mis pulmones dejarán de luchar por un corazón muerto.

Es el fin con el que sueño desde aquella noche.

Es el fin.

Lo siento, la sangre tibia empapa mis dedos.

Las molduras del techo comienzan a desdibujarse.

Los párpados me pesan.

Los recuerdos me visitan, son los fantasmas con los que hablo cada día. Nos conocemos bien. Nos amamos, nos destruimos. Y me abrazan, me acompañan a dejar este mundo. Y hacen que el frío desaparezca con la calidez de su risa. Y su aroma dulce opaca el de la sangre espesa. Y siento su caricia sobre mi piel dormida. Y sonrío. Sonrío porque este es el fin.

—Soporta, no te entregues…

Se mueve. Mi cuerpo lánguido se mueve, la brisa sensibiliza cada sentido adormecido.

—Agente Evans, tiene que soltarlo. Tiene que…

Palabras. Voces. Vacío. Frío.

¿Dónde está su calor?

—¡Súbanlo al helicóptero! ¡Rápido! ¡Rápido!

No lucho por mantener los ojos abiertos, no quiero ver.

Pesa. Vivir pesa. Sentir pesa. Y entregarse suena tan fácil, tan tentador…

—¡Está helado! ¡Necesito la manta térmica y compresas! ¡Más compresas! Es demasiada sangre…

—No luce bien.

Ruido. Mucho ruido. Viento. Gritos.

¿Así es el cielo? No, el cielo no es para la gente como yo. Me espera el infierno.

—¿Signos vitales?

—Débiles, pero constantes.

—Morgan, comienza con la compresión directa. ¡Rápido, reemplaza mis manos!

—Que preparen las transfusiones.

—Oficial, ¿cómo se llama? ¿Cómo se llama el agente?

—Vincent. Vincent Hamilton.

Una caricia cálida en mi mejilla, mis ojos traicioneros quieren abrirse.

—¿Vincent? Vincent, ¿me escuchas?

—¡*Shock* hipovolémico! Hay que mantenerlo consciente.

—¿Vincent? Cariño, ¿me escuchas?

Mis párpados bailan. La veo. Veo su cabello negro y largo, siento su aroma. Por fin… Por fin.

—¿Sammy?

—¿Me oyes? —Suena tan dulce como siempre—. Escucha mi voz, Vincent. Soy Violeta, voy a ayudarte. Vamos a ocuparnos de ti. Estarás bien, lo prometo.

—Galeno, ya hablamos de las promesas…

—Déjala, ella sabe lo que hace.

—¿Vincent? Resiste. Por favor, quédate conmigo.

«Quédate conmigo. Quédate conmigo… Quédate siempre conmigo, Vin. Respirar tiene otro sentido si es contigo».

Lágrimas encienden mis ojos justo cuando creí que ya no sentía nada.

Mi boca está seca, pero se abre, escupe esas palabras cobardes que jamás me atreví a susurrar.

—No pude, mi amor, no supe vivir sin ti… Lo lamento, Sammy, lo lamento… tanto.

—Está delirando, tenemos que apurarnos…

—¡Cormac, cambio de planes! Directo al hospital, olvídate de aterrizar en el campamento base.

—Tranquilízalo, continúa hablando, lo necesitamos consciente. Lo haces bien.

Mis párpados se cierran, sus caricias son el camino al cielo. ¿Iré? ¿Lograré entrar? ¿Perdonarán todos mis pecados? ¿Estaremos juntos?

Sonrío.

Ya no importa. Ya nada importa.

—Estoy contigo ahora, vas a cuidar de mí…

—Estás conmigo ahora, voy a cuidar de ti.

1

VIOLETA

Su sangre humedece mi ambo azul, lo pega a mi cuerpo.

El vaivén de las puertas me muestra cómo se aleja, inconsciente, al ritmo de las órdenes desesperadas y la fina línea entre la vida y la muerte.

—Hiciste todo lo que pudiste y sin estar preparada. Nadie improvisa como tú, lo hiciste genial. —Morgan aprieta mi hombro—. Vamos, lo dejas en buenas manos. Cámbiate y ve a casa, Galeno. Hace más de veinticuatro horas que no duermes.

Asiento sin mirarlo. Por alguna extraña y asfixiante razón estoy atada, condenada a mirar el pasillo blanco y luminoso por donde desapareció.

Y el silencio me aturde de nuevo cuando mi colega se despide.

«No pude, mi amor, no supe vivir sin ti… Lo lamento, Sammy, lo lamento… tanto».

No fue su voz rota y gastada lo que erizó mi piel, no, fue su mirada. Esos ojos ámbar llenos de dolor, un dolor que traspasa las barreras de lo físico, la clase de agonía que hace que desees estar muerto.

«Estoy contigo ahora, vas a cuidar de mí…».

Una presión conocida estruja mi pecho, me impide respirar. Me obligo a moverme. Necesito salir antes de que las paredes me engullan.

Restriego su sangre de mi piel, me cambio el uniforme por otro limpio. Saco mis pertenencias del casillero y subo a un taxi sin procesar la noche.

Mi teléfono vibra.

Gracias por cubrirme. Me dijeron que estuviste excelente. Sabía que me harías quedar bien.

Leo el mensaje de Angus tres veces, la adrenalina navega mi sistema. Trabajar en el sector de emergencias del hospital es siempre una inyección de epinefrina, sí, pero no se compara con salvar vidas desde un helicóptero en medio de un operativo policial.

Escribo:

Nunca más.

Dejo caer la cabeza en el respaldo, observo al conductor a través del espejo retrovisor hasta que mis ojos se cierran. Y entonces veo los suyos, esas piedras del color de la miel al sol pidiéndome perdón, suplicándome que lo cuide. No. No a mí, a *Sammy*.

«Hiciste tu trabajo, impediste que se desangrara hasta morir. Lograste que llegara a cirugía. Cumpliste tu parte. Desconecta. Desconecta, Violeta».

Bajo del auto, mi estómago ruge. ¿Cuándo fue la última vez que comí?

Apoyo la frente en el ascensor, creo que me duermo parada. Pongo un pie en el octavo piso, me arrastro hasta el departamento A.

—Iba a preguntar qué tal estuvo la experiencia, pero tu cara me lo dice todo.

Cierro la puerta, tiro las llaves en un cuenco, la mochila en el piso y me desplomo sobre el sofá.

—Eso… no es lo mío.

—Eso fue increíble para tu carrera. ¿Una médica novata en un operativo policial que paró el maldito país? ¿Me estás jodiendo?

—Suena sensacional, pero te recuerdo que no me eligieron. Fui un reemplazo de último momento. Y no soy una novata, llevo años en la medicina, solo que en otra rama.

—Te *eligieron* para ser el reemplazo de último momento, por algo será…

Alan se sienta a mi lado, su fornido cuerpo ocupa la mitad del sofá. Me apretuja. Lo observo, el cabello corto y negro algo despeinado, para no perder la costumbre, los ojos claros rojos de cansancio. Tan adulto y a la vez el mismo niño de siempre.

—¿Y vos? ¿Aprovechaste mi ausencia para estudiar o trajiste alguna de esas amiguitas que se roban mi ropa interior?

Resopla.

—Fue una vez. Le rompí la tanga en un momento pasional, me sentí culpable después… ¿Vas a recordármelo de por vida?

Sonrío.

—Cada vez que tenga la oportunidad.

Me despeina y terminamos dándonos manotazos como dos críos.

—Estudié. Este es mi año, voy a aprobar ese examen y haré una fiesta que explotará las ventanas. Ya vas a ver.

—Avisame para no estar.

—Existe algo que se llama divertirse, Violeta Galeno. ¿Conocés el concepto? Creí que lo habías aprendido en la escuela secundaria. ¿O no eras la que bailaba arriba de las mesas cada sábado?

Reúno la poca fuerza que me queda para golpearlo con un almohadón.

—No te conviene desempolvar recuerdos, *zunguita*. Tengo un arsenal más grande que mi culo.

—¿Tan grande?

Otro golpe, y alza las manos dando por perdida la batalla.

—Hay *pizza* fría por si tenés hambre y un par de oídos geniales por si necesitás dejar este día atrás.

Suspiro, media sonrisa tira de mis labios.

—Sos odioso e increíble.

—¿Al mismo tiempo?

—Al mismo tiempo.

—Pocos tienen ese talento…

Disfruto de la paz al lado de la única persona incondicional en mi vida, quien me rescató del silencio, quien me ayudó a encontrar la superficie, a respirar.

No hay sirenas, ni gritos o el rugido de los helicópteros, solo paz. Solo… nada. Y a veces la

nada es todo.

—Andá a bañarte, apestás.

Lo miro de reojo.

—¿Te lo decís a vos o a mí?

Se tapa la nariz, finge descomponerse.

—Tenés olor a hospital. Mugre, antisépticos, sangre, sudor, cansancio.

—Un olfato muy sensible para un cirujano…

Levanto una pierna amagando con ponerme de pie.

—Metete en la ducha antes de que te arrastre yo mismo. ¡Y comé! No quiero que desaparezcas, por alguna razón que no comprendo me agradás.

—Porque la *pizza* fría me llenará de nutrientes…

—Es mejor que el café que consumís como agua.

Le despeino más el cabello, se queja como hace veinte años. Me levanto, dejo las zapatillas en cualquier lado y me encierro en el baño.

—¡No escucho la ducha!

—Pervertido… ¿No tenés nada para hacer? Calentarme la *pizza*, por ejemplo.

—Lo hago si me cosés las medias.

—¡Me encanta la *pizza* fría!

—Por favor, te lo suplico… Me pinché tres veces esta mañana.

Río por lo bajo mientras me desnudo.

—Es ridículo… Pensá que estás haciendo una sutura.

—No funciona, lo intenté…

Suspiro con dramatismo para que se escuche.

—Te coseré un par, si esa *pizza* sabe a recién hecha.

—Tenemos un trato, Galeno.

El agua hirviendo relaja mis músculos, pretende llevarse los remanentes de la noche.

Intento no pensar en nada, termino pensando en todo. Todo lo que extraño, lo lejos que estoy de casa, las ausencias, las presencias, lo que perdí, lo que gané, lo que encontré, lo que busco… ¿Qué busco?

Como la *pizza* tibia en la cama, en ropa interior, con una serie sobre un grupo de médicos donde todo luce mil veces mejor que la realidad.

La madrugada me encuentra mirando la alfombra de mi cuarto. No puedo dormir, a pesar de que llevo más de un día despierta y el cansancio afloja mi cuerpo.

Y las lágrimas afloran, son rebeldes y egocéntricas.

Y me siento sola.

Y quiero mirar el cielo, pero no hay estrellas. Esta noche no brilla para mí.

Y esa canción que compone la banda sonora de mi vida da vueltas en mi cabeza, cierra sus dedos dulces alrededor de mi garganta.

Cuando lo haces lo mejor que puedes, pero no tienes éxito
Cuando consigues lo que quieres, pero no lo que necesitas
Cuando te sientes tan cansado, pero no puedes dormir

Atascado en marcha atrás
Y las lágrimas bajan como un torrente por tu cara
Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar
Cuando quieres a alguien, pero se echa a perder
¿Podría ser peor?
¿Podría ser peor?

Sí, siempre puede ser peor.

Busco el celular debajo de la almohada, giro hasta quedar boca arriba. Paseo entre los contactos, encuentro su número y escribo:

¿Puedes averiguarme cómo está el paciente Vincent Hamilton? Ingresó hace unas seis horas con una herida de arma blanca en el abdomen, lateral izquierdo, *shock* hipovolémico y politraumatismo.

Rachel responde media hora después.

Fuera de peligro. No tocó ningún órgano vital. Por lo que leo, también le dieron una buena golpiza. Ya está en una habitación individual. Tardará en recuperarse del todo, pero los cirujanos parecen optimistas.

Respiro por primera vez en toda la noche.

Gracias. Te debo una.

Suspiro, miro el techo.

Me debes unas cuantas… Sabes que me encanta lo humana que eres, linda, pero tienes que dejar de hacer esto. Deja de involucrarte así. Haz tu trabajo, deja que el resto de tus colegas haga el suyo. Lo digo por tu bien, Violeta, aprende a alzar el muro antes de que sea demasiado tarde.

Sopeso sus palabras cuando vuelvo a enterrar el teléfono bajo la almohada.

¿Cómo? ¿Cómo se hace?



Tendría que estar entre las sábanas, dándome unas buenas seis u ocho horas de sueño, pero estoy aquí, mirándolo a través del cristal.

«Deja de involucrarte así».

Entro a la habitación, el sonido estable de su respiración me tranquiliza. Me acerco a la camilla, lo observo. La sábana hasta la cadera, el abdomen vendado, sueros, el rostro pecoso magullado, la barba un poco descuidada, el cabello castaño claro sobre los hombros, los ojos ámbar dormidos.

«Estoy contigo ahora, vas a cuidar de mí…».

Me pregunto qué caricias extraña su piel ligeramente dorada, qué voz anhela escuchar y confunde con la mía, cuántas veces intentó aprender a vivir sin ella.

«Estás conmigo ahora, voy a cuidar de ti».

«Deja de involucrarte así».

Me siento en la silla a su lado, fijo la mirada en el subir y bajar de su pecho.

Cumplo mi promesa en silencio.

2

VINCENT

Respiro, pero no estoy vivo. Morí cuando el brillo de su mirada se apagó llevándose mis sueños, arrastrando a la oscuridad todo lo que fui.

Respiro. ¿Por qué respiro? Moría. Lo sentí, moría en el suelo de aquella mansión de la locura, en medio de túnicas rojas y juegos perversos.

El dolor que incinera mi abdomen me recuerda que siento, aún siento. Lo bueno, lo malo, la vida. Todo.

No quiero abrir los ojos. No quiero ver el mundo sin ellas. Pero mi cuerpo me traiciona una vez más, decide por mí.

La habitación está tenuemente iluminada. Estoy en una cama que no es mía, las sábanas, las paredes blancas y desnudas, el olor a… hospital.

Cierro los párpados, intento aferrarme a la bruma de la confusión un poco más, pero mi garganta seca traga uno a uno los sucesos. El operativo, las máscaras de conejo, las armas, el ritual, los gritos, la sangre. Mi sangre.

«Mátame. No puedo soportarlo más. Te lo suplico, acaba con mi dolor».

Supliqué. Supliqué que le pusiera fin a mi pesadilla y, aun así, respiro.

«Este no es tu final, habrá algo más que dolor para ti. Vive».

Vivir… Esto no es vivir.

Ladeo la cabeza en busca de algo que calme mi sed, entonces la veo. Una mujer de cabello largo y negro, piel cremosa y rasgos suaves, duerme con la mejilla apoyada sobre sus piernas en una silla a mi lado. Y su mano está encima de la mía.

Me olvido del desierto en mi garganta, hay algo en su rostro que me resulta familiar. Su boca es como un recuerdo implantado; es esa fotografía que cuenta una historia que viviste, pero no recuerdas. Pero está ahí, mostrándote que sucedió, que fue real.

Su cabello…

El sonido de mi respiración opaca el de las máquinas.

La contemplo confundido hasta que todo vuelve. El dolor, la sed, la desilusión.

Alejo con suavidad mi mano del calor de la suya, estiro el brazo lleno de cables hacia la mesa de noche, las puntas de mis dedos se desviven por tocar el vaso con agua. Y lo consiguen, lo acarician antes de que caiga y se estrelle en cientos de pedazos.

El estruendo la despierta, los ojos aturdidos de la joven me encuentran. Son verdes. Refulgentes. Llenos de ese brillo que Sammy perdió.

Se levanta ignorando los vidrios en el suelo, revisa las máquinas que me rodean, acomoda el

suero.

—Bienvenido, Vincent. ¿Cómo te sientes?

Mira el reloj, baja la sábana para revisar el vendaje en mi abdomen, pero agarro su muñeca antes de que pueda tocarme.

—¿Quién eres?

Sonríe. Mi piel se eriza. Hace frío en este lugar.

—Soy la doctora Violeta Galeno, te asistí durante tu traslado a la clínica.

—¿Por qué no estás usando uniforme?

Ladea la cabeza, me estudia. Su ceño se frunce, pero continúa sonriendo.

—¿Por qué desconfías tanto?

—Responde.

Suspira.

—Porque se supone que debería estar descansando en mi casa, no cuidando a un paciente que no me deja tocarlo.

Miro mi agarre, mis dedos alrededor de su piel tibia. La suelto.

—Gracias. —Abre con delicadeza mis ojos, me apunta con una especie de linterna pequeña —. Sigue la luz, por favor.

Su voz es suave, serena. El acento me dice que el inglés no es su lengua materna, pero el dominio del idioma es fluido, estudiado.

La luz me enceguece, despierta un recuerdo.

—¿Dónde está mi gorro? Tenía… tenía un gorro de lana gris en el bolsillo de mi pantalón.

Hay sorpresa en su mirada.

—¿Dónde está?

Se agacha, saca una bolsa negra de debajo de la cama. Mete la mano, agarra mi pantalón ensangrentado, busca en el bolsillo.

Mi corazón vuelve a latir cuando tengo el gorro en mis manos.

—¿Recuerdas qué sucedió?

—Tengo un colega que no sabe cómo dar una puta puñalada. —El tono de mi voz es extraño, áspero, bajo, como si hubiera fumado dos décadas.

Deja la linternita, rodea la cama y se acerca a una mesa más grande. Toma una jarra, sirve otro vaso.

—Yo diría que tienes un colega que supo cómo evitar tocar tus órganos vitales para que sigas respirando. Estás de suerte.

—Depende de cómo se mire…

Me acerca el vaso con agua, me ayuda a beber.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez no quería tener suerte.

La dulzura se esfuma de su rostro, algo lo ensombrece. Ese algo soy yo. Eso es lo que hago con la gente. Soy un cáncer.

—¿Cuándo puedo irme?

Apoya el vaso, me mira como si tuviera un tercer ojo.

—¿Irte? Acabas de salir de cirugía.

—Y estoy como nuevo. Quiero el alta.

—¿*Quieres*? Hamilton, esto no funciona así.

—¿No necesitan la cama para otro paciente? Uno que realmente la precise.

Se acerca con un paño blanco, seca el sudor de mi rostro y se inclina sobre mí hasta que la decisión en sus ojos batalla con la impertinencia en los míos. Huele bien. Demasiado bien.

—Estoy mirando a uno que realmente la precisa.

—Firmaré, daré mi consentimiento. Dejaré libre de obligaciones al hospital. Todo resuelto.

Toca mi frente, frunce el ceño. Mi puta piel se eriza de nuevo. Una pequeña descarga. Esta mujer es eléctrica.

—No, no estás delirando… —Endereza la espalda—. Te irás cuando creamos que estás listo para volver a casa. Así funcionan las cosas aquí.

—¿Me está desafiando, doctora Galeno? —Su apellido suena raro en mis labios.

Otra sonrisa.

—Solo si usted me está desafiando, agente Hamilton.

Nos observamos en silencio. Es un juego de poder, ninguno quiere ser el primero en apartar la mirada.

—¿No tienes nada más importante que hacer o esperas que te agradezca por salvarme la vida?

Lo veo, la golpea. Y me arrepiento, pero necesito que se vaya para poder escapar de estas cuatro paredes.

—¿Qué? Hacías tu trabajo, como yo hacía el mío.

—Hacía mi trabajo porque me importa. La gente me importa, *tú* me importas.

Su respuesta me enoja.

La miro. Solo la miro hasta que se rinde y niega con la cabeza.

—Avisaré que despertaste.

Camina hacia la puerta, el cabello ondulado roza su cintura. Gira para observarme una última vez.

—Fue un placer salvarte la vida, Vincent. Espero que aproveches tu segunda oportunidad.

Desaparece, y la habitación se llena de silencio.

Intento apaciguar el ritmo de mi respiración, calmarme, hacer una tregua con el destino.

Levanto la sábana, estoy desnudo. Miro alrededor, lo único que tengo es el pantalón que vestía cuando fui empujado a ese círculo de perversión.

Suspiro e intento sentarme, pero el cuarto da vueltas. Me aferro a la cama, aprieto los dientes, reprimo el dolor que prende fuego mi carne. Miro la mancha roja tiñendo la palidez de la venda. Llevo la sábana a mi regazo, trato de pararme, pero mis piernas están flojas y el ardor me vuelve a acostar.

Miro el techo, maldigo.

«Espero que aproveches tu segunda oportunidad».

¿Qué se hace con el tiempo que no quieres?

Cierro los ojos, odio el silencio que solía disfrutar a su lado.

La puerta se abre, mi hermana corre hacia mí. Apoya la cabeza en mi pecho, intenta abrazarme sin aplastarme. Llora.

—¿Por qué estás llorando? Estoy aquí.

Alza la cabeza, sus ojos marrones y húmedos se llenan de furia. Me odian.

—¿Por qué lloro? ¡Porque creí que morías! ¡Porque llevo horas agonizando en ese maldito pasillo sin saber si volvería a escucharte! ¡Porque no quiero perderte! ¡Porque te amo y estoy cansada de ver cómo te destruyes!

—Zoe… Estaba… Solo estaba trabajando.

—Mírate… ¿Cuándo vas a parar, Vin? ¿Cuándo?

Contengo las lágrimas, no pienso abrir las compuertas.

Agarro su nuca, acerco su frente a mi boca, la beso. Dejo que vuelva a apoyar la cabeza en mi pecho, a abrazarme como si fuera a desvanecerme en cualquier momento. Acaricio su cabello castaño, casi rubio. Susurro mentiras.

Ella llora porque sabe que quiero estar muerto, yo lloro por dentro porque no lo conseguí.

3

VIOLETA

Es el tercer café negro del día, y son las 8:33 a. m.

Masajeo mis sienes, disfruto del minuto de silencio hasta que la puerta se abre.

—¿Mala noche?

Alzo la vista, Angus camina hacia la vieja máquina de *espresso*.

—Siempre es una mala noche en emergencias.

Se acerca con su vaso de plástico, ocupa la silla a mi lado.

—¿Tengo que recordarte que te apuntaste voluntariamente para esto, Galeno?

—El espejo me lo recuerda cada día…

Me observa con esa mirada almendrada que despierta suspiros aquí y allá.

—Gracias por cubrirme la otra noche en el operativo.

Ladeo la cabeza, frunzo el ceño.

—¿Me estás agradeciendo en persona y por segunda vez? Debo haber hecho un excelente trabajo…

Sonríe, y me derrito un poco. Como la mitad del personal del hospital.

—Excelente es una palabra que usaría, sí…

—Gracias por poner mi nombre en esa lista, pero fue una experiencia que no deseo repetir. Al menos por ahora.

Apoya el codo en la mesa, la cabeza en la palma de su mano, no me saca los ojos de encima.

—No conozco a nadie que trabaje bajo presión tan bien como tú, Galeno. Deberías pensarlo mejor, puedo ponerte seguido en esa lista. Te quiero en mi equipo, lo sabes.

—No sé… No sé si es lo mío. Me gusta esto, el hospital.

—Lo que se gana no se compara con la limosna que cobras como residente en este lugar.

Juego con mi vaso vacío, pienso en esa estabilidad que dejé en Argentina y que lucho por construir aquí, lejos de todo lo que fui, lo que amé, lo que amo.

Miro mi reloj, me levanto.

—Lo pensaré.

—Galeno.

Giro, Angus hace una seña con la cabeza. Suspiro, camino hacia aquel punto ciego, justo debajo de la cámara de seguridad.

—Esta noche, al finalizar mi turno. ¿Paso a buscarte o quieres las llaves del departamento?

Cierro los ojos cuando sus labios encuentran mi cuello.

—¿Hoy tienes tiempo para mí?

La humedad de sus besos recorre mi mandíbula al tiempo que sus manos aprietan con decisión mi cintura.

—Siempre tengo tiempo para ti, Galeno.

—La semana pasada no lo parecía…

—Fue una semana de locos.

Hundo mis dedos en su pelo corto y castaño. Es suave, adictivo, me encanta tirar de él cuando su boca está entre mis piernas.

Se separa, me siento minúscula a su lado.

—¿Por favor? —susurra.

Inclino la cabeza hacia atrás, busco sus ojos.

—¿Cómo? No escuché bien…

Sonríe y susurra a mi oído:

—*Por favor*, Galeno. Necesito un poco de tiempo de calidad contigo.

Muerdo mi labio inferior.

—Solo si me cocinas.

—Te cocino.

Lo empujo con suavidad y camino hasta la puerta.

—No llegues tarde, Angus.

Dejo su sonrisa atrás, recorro los pasillos. La gente va y viene, los pacientes se quejan, los médicos gritan órdenes, el personal de limpieza lucha por mantener la higiene, más camillas, más sirenas, más papeles. Muchos papeles.

Es increíble lo fácil que te acostumbras al caos, tanto que te conviertes en él.

Me detengo en seco, miro hacia el sector de internación donde está el agente. No volví desde aquella madrugada en que me recordó que solo hacía mi trabajo.

«¿No tienes nada más importante que hacer o esperas que te agradezca por salvarme la vida?».

Doy un paso en su dirección, retrocedo dos.

«Deja de involucrarte así. Aprende a alzar el muro».

Inhalo profundo, sigo mi camino hacia la sala de urgencias.

La ambulancia abre sus puertas.

—Masculino sin identificación, ronda los quince años. Pupilas puntiformes, frecuencia respiratoria de cinco.

—¿Sobredosis?

Me abro paso poniéndome un par de guantes.

—Naloxona. ¡Ahora!

Inconsciente, brazos picados…

—Quiero un análisis toxicológico. Hay que descartar una intoxicación.

—Violeta, tenemos que hablar.

Alzo la vista.

—¿Tiene que ser ahora, Morgan?

Está serio. Morgan nunca está serio.

—Ven a buscarme apenas termines.

Asiento.

Me quito los guantes, los tiro a la basura y voy en busca de Morgan. Entro al área de enfermería, lo encuentro leyendo unas historias clínicas.

—¿Qué pasó?

No me gusta su mirada. Sus ojos claros no brillan.

—Malas noticias, mi diosa latina.

La siento, el alma a los pies antes de tiempo.

—¿Qué tan malas?

—Siéntate.

Obedezco.

—Volvió el doctor Hastings, se termina tu suplencia. Dejas de reemplazarlo a partir de mañana.

Su voz es un balde de agua fría. Me congela, me abruma.

—¿No se suponía que eran seis meses? Solo voy cuatro…

—No tengo detalles, solo sé que volvió. Hoy estuvo dando vueltas por el hospital con el director y se rumorea que estuvo hablando con sus practicantes sobre retomar las residencias a partir de mañana.

Me paso las manos por el pelo, intento digerir la noticia, pero es veneno.

—Con lo que me costó entrar aquí…

—Conseguirás un puesto en cualquier otro lugar, estás más que calificada para el trabajo. —Busca mi mano por encima de la mesa, la aprieta con dulzura—. Diosa, este no es el fin de tu aventura londinense.

—Voy a volver a los trabajos de enfermería particular, sabes que no quiero…

—No seas fatalista.

—¿Cuándo pensaban decírmelo?

—Supongo que recibirás el llamado hoy mismo.

—Me encariñé con todos.

—Y nosotros contigo. Pero tenemos vida fuera del hospital, aunque no lo parezca. Seguiremos viéndonos, saldremos por ahí a disfrutar alguna que otra noche.

Quiero llorar, realmente quiero, pero no lo hago.

—Por favor, cambia esa cara. Te prometo que voy a pasarte todos mis contactos, estarás ubicada en otro hospital antes de que te des cuenta.

—Entonces… ¿este fue mi último día aquí y ni siquiera lo supe?

Me sonríe con tristeza.

—Quizá sea mejor así.

—Mis pacientes…

—… Están en las mejores manos. Confía.

—¿Qué hora es? —pregunto ignorando el reloj en mi muñeca.

—Hace media hora terminó tu turno.

Restriego mi rostro.

—Tengo que ir a casa.

—Tienes que ir a casa a descansar y prepararte para una nueva etapa.

Me levanto aturdida, angustiada, frustrada, enojada conmigo por sentir… tanto.

«Es un trabajo. Es un maldito trabajo».

Morgan me abraza tan fuerte que siento que desaparezco entre su robusto cuerpo tatuado.

—A la gente como tú, Violeta, solo le esperan cosas buenas en el camino.

Unos abrazos más, una promesa de un llamado al día siguiente, incluso una fiesta de despedida.

Camino por el pasillo, lo miro todo sabiendo que, quizá, jamás volveré. Saludo a la gente que cree que me verá mañana.

¿Y ahora qué?

Salgo del hospital como si saliera de mi vida.

4

VINCENT

Tres días. Hace tres días que escucho lo afortunado que fui. Hace tres días que me repiten lo que debo hacer y lo que no, como si mis oídos no funcionaran. Hace tres días que volví a respirar, a sentir. Otra vez.

La muerte no es presa fácil…

Los médicos son optimistas en cuanto a mi recuperación. Parece que en un par de semanas volveré a ser el de antes, igual de roto y vacío.

Semanas. Semanas sin trabajar. Sin peligro. Sin oportunidades.

Miro el reloj, en cinco minutos entrará el enfermero a controlarme y no volverá hasta la madrugada. Tendré que ser rápido, discreto, una puta sombra.

Una mirada fugaz al bolso con ropa que trajeron mis padres cuando se me permitió dejar el nudismo. Mis padres… Insoportables. Ellos y Zoe no me dejaron solo ni un mísero segundo, tuve que fingir que me dormía para que salieran de la habitación.

Escucho mi respiración, espero.

«Cuatro, tres, dos, uno».

El enfermero entra, no tiene cara de disfrutar su trabajo. No como ella, Violeta Galeno, la mujer de acento dulce que me salvó la vida y no volvió luego de que le dijera que no iba a darle las gracias.

Lo arruinó todo. Si no fuera por ella, estaría donde debo estar.

—¿Le cambiaron las sábanas hoy?

Asiento.

Revisa mi suero, toquetea cosas que no sé ni para qué sirven y cambia el vendaje de mi herida.

—Descanse.

Asiento otra vez.

Se va.

Cuento hasta cien, arranco el suero de mi brazo y me levanto. Ignoro cada pinchazo de dolor, camino encorvado hasta el bolso con ropa. Consigo ponerme un buzo con capucha y unas zapatillas deportivas cuyos cordones no logro atar. Guardo el gorro de lana en un bolsillo de mi pantalón y el celular de repuesto que Zoe me trajo en el otro. El mío lo perdí en el operativo junto con la esperanza de morir.

Abro la puerta sin hacer ruido, espío. Despejado, pero bullicioso, aún no termina el horario de visita. Enderezo la espalda todo lo que el dolor me permite, contengo el aire cuando las

puntadas ardientes me atraviesan, y salgo. Con la capucha puesta y el paso relajado me mezclo entre familiares y amigos que aguardan afuera de las habitaciones.

Subo al ascensor, presiono el botón que me lleva a la planta baja, espero de espaldas hasta que comienza el descenso. Y cedo. Cedo al dolor, relajo los hombros y curvo mi cuerpo hacia delante en un intento desesperado de obtener alivio.

Las puertas se abren, salgo.

El mareo me susurra que me aferre a las paredes, que me detenga. Lo ignoro. Continúo caminando hasta que la brisa nocturna acaricia mi piel húmeda. No me detengo, desorientado y adolorido giro. Costeo el hospital tambaleándome, acariciando la pared de ladrillos cada tanto. Hasta que la veo, su camioneta. Subo y me desplomo sobre el asiento.

—Recuérdame por qué accedí a hacer esto.

Miro a Nathan entre las sombras.

—Porque eres mi mejor amigo. Arranca.

—Exacto, se supone que debo hacer lo que es mejor para ti. No me pongas en esta situación de mierda. Mírate, Hamilton, apenas puedes mantenerte de pie. Deberíamos…

—Arranca, Walker.

—Escúchame, podemos…

—Si no arrancas, juro que me bajo y voy a pie.

Suspira, aprieta el volante con fuerza.

—Tu hermana va a matarme cuando se entere… ¿Y tus padres? Esto es una punta locura, hermano.

—No les diré que me ayudaste.

—Vincent, sé que eres un tipo corajudo y que te pasas la vida por el culo, pero hay gente a quien le importas. A mí me importas, no quiero ser cómplice de esto.

Abro la puerta, estoy a punto de bajar, pero su mano sujeta mi brazo.

—Está bien… ¡Mierda! Está bien.

Pone primera, dejamos el hospital atrás.

Hay desaprobación en su mirada azul, y ese ceño fruncido me dice que está decidido a tocarme las pelotas.

—¿Qué vas a hacer? Ni siquiera tienes alcohol o vendas limpias en casa, apuesto a que tu refrigerador está vacío… ¿Cómo vas a recuperarte?

—Tengo analgésicos, no necesito nada más.

Ríe sin ganas.

—¿Me estás jodiendo? No te iban a dar el alta hasta dentro de una o dos semanas.

—¿Podemos no hablar de esto? O mejor, no hablar en absoluto.

Restriega su rostro, luce cansado. Me pregunto cuántas horas estuvo en el cuartel de bomberos, cuándo fue la última vez que descansó sin que lo llamaran en medio de la noche.

—No, no podemos no hablar cuando haces estupideces como esta. Escúchame, hermano, te quiero y estamos juntos en todo, te cubro la espalda, te levanto las veces que sea necesario, arreglo tus cagadas, pero no voy a formar parte de tu plan de autodestrucción.

—Deja de ser tan dramático, Nate. Solo llévame a casa.

—Sabes que vas a tener, como mucho, una o dos horas de paz antes de que toda tu familia esté aporreando la puerta de tu casa, ¿verdad?

—Me basta.

—Vincent, madura… No eres invencible. Tocaste fondo, necesitas que te cuiden. Somos humanos, todos necesitamos descansar en otros brazos alguna vez.

—Cuéntame… cómo está todo en el trabajo. ¿Conseguiste al hombre que te falta para tu división?

Me mira de reojo, niega con la cabeza.

—¿Así? ¿Tan simple? ¿Vas a cambiar de tema?

Apoyo la cabeza en la ventanilla, contemplo la vida pasar. Ni siquiera sé dónde estoy. Nathan suspira y al rato comienza a contarme las novedades del cuartel y las complicaciones de los últimos incendios en la ciudad. Escucho hasta que el dolor se intensifica, clava sus uñas en mi piel, muerde mi carne, cierra mis párpados.

—Hamilton. ¿Hermano? *Hey*, llegamos.

Abro los ojos de golpe, aturdido y adolorido. Nathan está parado a mi lado, el brazo apoyado en la puerta abierta. Me ayuda a bajar, carga la mayor parte de mi peso mientras atravesamos el jardín muerto de mi casa.

—¿Tienes la llave que te di?

Suspira, empieza con el sermón, pero lo corto. Saca la llave de su bolsillo.

—Voy a quedarme contigo esta noche.

—No.

Me desafía con la mirada.

—Sí.

—No.

—Vincent…

—Quiero estar solo. Necesito estar solo.

Respira profundo, mira el cielo encapotado. Se huele la lluvia.

—Es la última vez que te sigo en una de tus locuras, dejémoslo claro.

—Transparente.

Pone las llaves en mi mano.

—Sabes que vendré a verte mañana a primera hora, ¿verdad?

—Lo sé, eres así de insufrible.

Observa la calle, vuelve a mirarme.

—Déjame quedarme, ni siquiera notarás que estoy…

—No. Y no voy a seguir discutiéndolo cuando, según tus palabras, apenas puedo mantenerme de pie.

Su altura es imponente, apenas unos centímetros más que la mía, pero su postura asesina no me mueve un pelo.

—Gracias por hacerme sentir como basura cuando solo quiero ser un buen amigo.

Se aleja, no mira atrás. Justo lo que quiero.

Abro la puerta, la oscuridad, el silencio y el olor a encierro me dan la bienvenida a casa. Esa casa que una vez estuvo llena de luz, colores, risas y sueños.

Picasso salta encima de mí. Reprimo la punzada constante en mi abdomen e intento agacharme para recibir sus lengüetazos.

—¿Me extrañaste? —Su demostración de amor desesperada me duele, pero no lo alejo.

Necesito esto más que respirar—. También te extrañé, compañero.

Me pongo de pie ayudándome con la mesa del recibidor. Enciendo la luz, contemplo el desastre. Agua, caca y comida por todos lados.

—Veo que no fuiste un buen chico.

Se echa panza arriba, ignorando mi reproche, esperando caricias que no puedo darle sin agonizar.

—¿Qué pasó con la comida? ¿No te gustó? Es tu favorita…

Levanta las orejas, me observa con la cabeza ladeada.

Atravieso el salón esquivando el caos, enciendo la luz de la cocina, agarro una botella de vodka de la alacena y me dirijo al baño. Apoyo el alcohol sobre el mármol negro, miro mi reflejo en el espejo. El ojo morado y el derrame explican por qué veo como si estuviera borracho cuando aún no abrí la botella. Paso la lengua por el corte en mi labio inferior, es más grotesco de lo que imaginaba.

«Este no es tu final, habrá algo más que dolor para ti. Vive».

—Evans, hijo de puta…

Me descalzo y me quito el buzo, contemplo la venda que alguna vez fue blanca. Inhalo profundo, me pongo el gorro gris, doy un trago largo al vodka, dejo que queme mi garganta, que me haga pensar en otra cosa que no sea el temblor involuntario de mi cuerpo.

Salgo con la botella, me tambaleo por el pasillo. Subo la escalera casi arrastrándome.

Me llama. Como cada noche, su habitación me llama. Y soy débil, adicto a su recuerdo, a todo lo que fue y lo que no pudo ser.

Las paredes rosadas se tiñen de negro cuando pongo un pie dentro.

Otro sorbo de fuego.

Escucho su risa, veo su felicidad, siento su anhelo. Nuestro anhelo.

Las puntas de mis dedos torpes acarician la cuna, bebo hasta que no puedo respirar.

Tiro la botella, se estrella contra el suelo de madera.

Trepo, y mi cuerpo toca el pequeño colchón. Me acurruco en posición fetal hasta que el espacio sobra, abrazo el oso de peluche con uniforme de bombero que Nate le regaló.

Cierro los ojos, dejo que las lágrimas calienten mis mejillas.

Tiemblo.

Ahogo los gritos en la almohada.

Grito, grito como cada noche.

Con cada grito libero una súplica silenciosa: no despertar.

5

VINCENT

Un llanto que no es el mío, pero me duele como si saliera de mi garganta.

Mis párpados bailan al ritmo del alcohol, intento hacer foco y distinguir la silueta que se dibuja a través de los listones de la cuna.

—¿Zoe? —No hay nada vivo en mi voz—. Zoe…

Se arrastra, gatea hasta que sus lágrimas son nítidas, punzantes. Niega, muerde su labio.

—No sé si matarte o abrazarte.

—Me gustarían las dos.

Cierra los ojos, inhala profundo. La imito sintiendo la cabeza a punto de estallar.

—¿Qué haces, Vincent? Sabes que no tienes el alta, debemos volver al hospital. Allí debes estar.

—Estoy donde tengo que estar. Por ahora.

—Vincent…

—¿Cómo entraste?

—Nathan vino a buscarme.

—Imbécil…

—Coincidimos. Voy a castrarlo si te ocurre algo por su culpa.

—No fue su culpa, yo se lo pedí. Pensaba irme a pie si no aceptaba.

—¿Cómo puedes ser tan necio?

La luz del pasillo me permite contemplar sus facciones tiernas.

—Es un don.

—Uno que no te sirve mucho.

Se levanta, quita el barral de la cuna.

—¿Qué haces?

—Sacarte de aquí antes de que lleguen nuestros padres y te encuentren así. ¿Bebiste? Apestas.

—Apenas unos tragos.

Aleja el cabello transpirado de mi rostro, me acaricia. Zoe, mi dulce Zoe. Tan inocente y explosiva.

—Estás medicado, ¿lo recuerdas? No puedes mezclar alcohol con tu medicación.

—No es para tanto. —La empujo con suavidad y torpeza—. Basta, no quiero levantarme.

—Estás sangrando, manchaste la manta.

Dejo que tire de mí con fuerza hasta que el mundo da vueltas bajo mis pies. Miro el desastre.

El alcohol y los vidrios esparcidos por el suelo, mi sangre ensuciando su cuna.

—Tengo que… limpiar esto.

—Lo haré después, vamos a acostarte. Necesitas volver al hospital, cambiarte el vendaje.

—¡No! Tengo que limpiarlo ahora. —Me tambaleo, Zoe me sostiene por la cintura—. Tengo que limpiarlo ahora… No puedo… —Mi pecho se endurece, la angustia cierra mi garganta—. No puedo dejarlo así, tiene que estar como… antes.

Me apoya en la pared más cercana, quita la manta de la cuna y con ella junta los vidrios rotos.

—La pondré a lavar, no te preocupes. Volverá a estar en su sitio en unas horas. Vamos a la cama.

El pasillo se contrae y expande con cada paso.

—¿Tienes vendas? ¿Alcohol etílico?

Niego.

—Voy a… Creo que…

Ácido trepa por mi pecho, el vómito me pone de rodillas.

—Mierda, Vincent… —Aleja el pelo de mi cara, masajea mi espalda mientras la última arcada me contorsiona—. Tranquilo, tranquilo…

Respiro. Mi estómago arde, mi piel está húmeda.

El timbre suena.

—Carajo… Son mamá y papá.

—Por qué… ¿Por qué les dijiste que vinieran?

—No pude impedirlo, Nathan los llamó.

Me levanta, esquivamos el vómito y aterrizo en la cama. Esa donde amé, soñé, reí, lloré, viví. A su lado, siempre junto a su calor.

—No te muevas.

Observo las estrellas pintadas en el techo. El recuerdo me recorre, deja una caricia dulce desde la cabeza hasta las puntas de mis pies.

Sammy pinta la última estrella luminosa sobre el cielo negro, suena *Travelin´ Band*, lleva escuchando esa canción en bucle toda la tarde. Abrazo sus piernas, la bajo de la escalera, bailamos descalzos los últimos acordes entre risas y besos con sabor a café.

Apago la luz, nos tumbamos en la cama.

Aún es de día, pero las estrellas brillan para nosotros. Contemplo el cielo nocturno que se cierne sobre mí erizando cada milímetro de mi piel. Ladeo la cabeza, busco su mirada. Su rostro está lleno de pintura que brilla en la oscuridad. Sonrío consciente de que vivo uno de esos instantes que sabes que recordarás para siempre.

Y su boca se abre, susurra palabras que el tiempo no podrá llevarse:

—No importa si el cielo está gris allá afuera, si llueve o hay un sol que jamás se oculta. Las estrellas siempre brillarán para nosotros aquí, en nuestro lugar en el mundo, bajo nuestro pedazo de cielo.

Escucho las voces alteradas que llegan desde el pasillo, se mezclan con el sonido de la lluvia.

Cierro los ojos, busco esa paciencia que una vez me caracterizó. No la encuentro.

La luz de mi habitación se enciende, ilumina los rostros pálidos y cansados de mis padres.

—¿Cómo pudiste? ¡¿Cómo pudiste?!

—Norah, cálmate, por favor.

—¿Que me calme? Mira su estado, Arthur. Tocó fondo. Tocó fondo cuando creíamos que no podía caer más bajo…

—No hablen como si no estuviera aquí, ya no tengo cinco años.

—¡Pero te comportas como si los tuvieras! ¿Escapar del hospital? ¿De verdad, Vincent?

Mi padre se sienta en la punta de la cama, luce unos años más viejo que ayer.

—Entiendo tu dolor, hijo, entiendo…

—No, no lo entiendes.

Suspira y juega pensativo con sus dedos.

—Lo hago, Vincent, en verdad lo hago. Pero esto… tiene que acabar.

—Es justo lo que quiero, pero la suerte no está de mi lado.

Mi madre comienza a llorar, Zoe la abraza. Papá les pide que nos dejen a solas un momento.

La puerta se cierra, el silencio dura poco.

—Sé que lo perdiste todo, hijo, que cargas con un dolor inimaginable, desgarrador, pero eres tan joven…

Rabia cruda acelera mi pulso.

—No empieces con esa basura. ¿De qué me sirve ser joven? ¿Crees que voy a empezar de nuevo? ¿Eh? ¿Enamorarme otra vez? Olvidar que tuve una familia por la que respiraba.

Veo mi reflejo en sus ojos. Tan iguales, tan distintos.

—Creo que ya lo estás olvidando.

Mi respiración se vuelve bestial.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—¿*Tuviste* una familia por la que respirabas? —Niega—. Aún la tienes, Vincent. Sammy y Nina nunca dejarán de ser tu familia, pero ya lo estás olvidando… Mírate, perdiste las ganas de respirar por ellas.

No puedo escuchar sus nombres, me asfixio.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no parpadeo.

Quiero estar solo.

—Lo lamento, a veces no tenemos todo lo que queremos, pero sí lo que necesitamos. Hoy nos necesitas, aunque no quieras admitirlo. —Palmea mi pierna—. Voy a prepararte un baño y a conseguirte unas vendas nuevas.

Se levanta, me da la espalda, ignora cómo el fuego me consume.

—Si no vuelves al hospital esta misma noche, te conseguiré un enfermero que no dejará esta casa hasta que tengas el alta. Piénsalo.

Se va dejándome al borde del abismo.

«Mírate, perdiste las ganas de respirar por ellas».

Contemplo el techo, los recuerdos y la culpa son el ácido más corrosivo.

Y me consume.

Y me rompo en el único lugar donde fui feliz, bajo nuestro pedazo de cielo.

6

VIOLETA

Veo a la gente pasar, imagino sus vidas, sus cargas, sus pérdidas, sus sueños.

¿Serán felices? ¿Sufren en silencio? ¿Están perdidos como yo?

Comfortably Numb suena en mis oídos, la música ejerce el poder que tiene sobre mí, ese que eriza mi piel y me hace dar un paso al costado para observarme desde otro ángulo, conocerme, entenderme.

El calor del café entre mis manos me devuelve a la realidad, esa donde perdí un empleo que amo y me replanteo volver a casa. Casa… ¿Puedo llamar casa a ese hogar del que escapé para empezar de nuevo en otro continente? No cuando el hogar son las personas, no las paredes.

Siento su perfume caro antes que el beso en mi mejilla. Me saco los auriculares, lo busco con la mirada.

—Llegás tarde. ¿No tenías que verme urgente?

—Estás gruñona hoy… ¿Por qué esa cara?

Alan se sienta a mi lado en el banco, le doy el capuchino que lo estaba esperando.

—Vuelvo a los trabajos temporales de enfermería. ¿Debería estar saltando en una pata?

Me sonríe, bebe.

—Te recuerdo que sos la que siempre ve el vaso medio lleno.

—Esta vez está vacío.

La tarde de verano nos arropa. Me pregunto qué tan cruel estará siendo el invierno en… casa.

—No, no está vacío. Mirame, acabo de llenarlo.

Ladeo la cabeza, lo observo.

—¿De qué estás hablando?

—De que puede que tenga un trabajo para vos.

Apoyo el café en la madera, giro para enfrentarlo. Tiene toda mi atención.

—¿Y? Soltalo, Barone.

—No es un hospital, es particular. —La decepción es rápida—. Me llamaron para cuidar a un paciente recién operado durante aproximadamente dos semanas.

—¿Y por qué el trabajo es para mí si te llamaron a vos?

—Porque necesita asistencia las veinticuatro horas. No puedo dejar de estudiar por dos semanas, no llegaría bien al examen. Quiero recibirme, Leta, es mi prioridad ahora. Por eso… —Me guiña un ojo—. Le dije que tenía a la persona indicada para el trabajo.

Sopeso la idea con la mirada perdida en un cachorro adorable.

—Dos semanas, las veinticuatro horas, cama adentro…

—Te pagarán bien, demasiado bien diría. Podrías subsistir un mes solo con ese empleo.

—Pero no ayudará a mi carrera, no me hace crecer… aquí.

—Depende cómo decidas mirarlo. Ayudará a tu carrera como enfermera. Violeta, tenés tiempo de sobra para hacerte un nombre como médica. No desesperes.

Bebo, pienso de más.

Dos semanas con un mismo paciente, fuera del departamento de Alan.

—¿Tan bien me van a pagar?

Sonríe, pellizca mi mejilla.

—Muy bien. Este tipo de atención personalizada siempre es bien remunerada. Además, estás bajo mi recomendación. —Tira un beso al aire para mí—. Eso suma puntos.

Inhalo profundo.

—*Okay*. ¿Cuándo es la entrevista?

Mira su reloj de muñeca.

—En… cuarenta y cinco minutos.

Miro el papel con la dirección que Alan anotó, estoy parada frente a una bonita casa blanca de dos pisos y puerta roja. El jardín vio mejores épocas.

Contemplo el barrio una vez más, es clásico y está alejado del ajetreo de la ciudad. Fue media hora en auto desde el London Eye.

Toco el timbre, espero. Estoy diez minutos retrasada, yo jamás llego tarde.

Aliso el uniforme que me puse a las corridas antes de tomar el taxi que me costó, probablemente, un cuarto de lo que ganaré con este trabajo.

Una mujer con el cabello dorado hasta los hombros y ojos de cielo me recibe.

—Tú debes ser la señorita Galeno.

Asiento, le doy la mano y me devuelve el apretón amistoso.

—Violeta Galeno. ¿Usted es Zoe?

—Oh, no. Zoe es mi hija, ella habló con tu colega esta mañana. Yo soy Norah. Pasa, cariño.

La sala huele a desinfectante. El mobiliario es escaso, pero resalta. Un sillón grande y claro, paredes blancas con una inmensa colección de fotos enmarcadas que no puedo detenerme a apreciar.

—Te presento a mi esposo, Violeta.

Un hombre alto, canoso, fornido y apuesto me sonríe. Debe rondar los cincuenta y algo, pero se mantiene muy bien. Queda a la vista que esta familia tiene buenos genes.

—Soy Arthur. Es un placer conocerla, señorita. Escuché grandes cosas sobre usted. Gracias por venir tan pronto.

—El placer es mío, señor…

—Hamilton. Arthur Hamilton.

La tarde se detiene en ese apellido. Un escalofrío besa mi espalda.

—¿Hamilton?

Asiente, mira a su esposa con expresión divertida.

—Hamilton —confirma—. ¿Hay algún problema?

Abro la boca, pero no consigo formular una oración con suficiente rapidez. Niego. Lo intento de nuevo.

—No, yo solo…

—No puede ser…

Giro, sigo la voz.

El agente Vincent Hamilton está de pie, en ropa interior, con su gorro gris, apoyado contra la arcada de un pasillo, pálido, ojeroso, sin camiseta, con la herida mal vendada y la mirada ámbar puesta en mí. Oscura. Iracunda. Letal.

—Tiene que ser una broma.

7

VINCENT

Estoy teniendo una pesadilla. No es real, la vida no puede ser más cruel conmigo.

Parada en medio de mi sala, la doctora Violeta Galeno me observa atónita. Los ojos grandes y verdes, brillantes, atentos a cada uno de mis movimientos.

—Si ella es el *enfermero* que pensabas ponerme de niñero, puedes ir buscando otro.

—Vincent, no seas maleducado con la señorita y, por favor, ¡ponte unos pantalones! —dice mi madre y se desvive por cruzar el salón para cubrirme con su cuerpo.

—Hijo, la señorita Galeno viene muy bien recomendada. —Mi padre intenta transmitirnos la paz de su voz—. Ve a cambiarte y vamos a conocerla.

Muevo el cuerpo de mi madre, camino adolorido hacia la cocina.

—Ya nos conocemos, por eso es un rotundo no.

—¿Ya se conocen?

Escucho su voz mientras revuelvo la alacena en busca de algo no caducado que comer.

—Sí. Nosotros… Yo… formé parte del operativo aquella noche. Atendí a… Vincent durante su traslado al hospital.

Silencio.

—¿Fuiste tú? —La voz de mi madre se quiebra—. ¿Tú le salvaste la vida?

Apoyo las manos en la mesada, dejo caer la cabeza entre los brazos y respiro profundo. Respirar duele incluso más que antes.

—Bueno, yo… Sí. En realidad, fue un trabajo en equipo.

Llanto. Llanto agudo y dramático.

Ladeo la cabeza, veo a mi madre abrazar a Violeta. Ella demora unos segundos en reaccionar y devolverle el gesto.

—Gracias, ángel. Gracias, gracias.

Sus ojos se clavan en los míos antes de decir:

—No es nada, solo hacía mi trabajo.

No oculto la sonrisa que curva una esquina de mi boca, me devolvió el golpe y lo tomo como un cumplido.

Mamá la suelta después de algunos segundos más de incomodidad, mi padre le agradece con la mirada húmeda de emoción.

—Siéntate, Violeta, vamos a conocerte mejor. ¿Puedo ofrecerte una taza de té?

—Eso me gustaría, muchas gracias.

Agarro media hamburguesa del refrigerador, no tiene tan mala pinta. Mi madre entra cuando

doy el primer bocado.

—Por el amor de Dios, deja de comer porquerías y ponte unos pantalones ahora mismo. ¡Tenemos invitados!

—No es una invitada si va a trabajar aquí.

—Vincent, te lo suplico, no nos hagas quedar mal. Vístete.

Me encojo de hombros, el gesto me duele.

—¿Para qué? Fue mi doctora, seguramente ya me vio desnudo.

—¡Vincent! —masculla, cerciorándose de que nadie me haya escuchado.

—Escúchame bien, mamá, no necesito niñera. Ella no va a quedarse.

Pone los brazos en su cintura, me reprende como si tuviera cinco años.

—Tú escúchame bien, mocoso. Perdiste la oportunidad de decidir cuando comenzaste a hacer locuras.

—¿Mocoso? Tengo treinta y tres años. Y sí, decido porque es mi casa. Quién se queda y quién no depende de mí.

—Entonces empieza a actuar como un hombre de treinta y tres años, Vincent. —Suspira, niega con la cabeza—. Es esto o el hospital, no hay más opciones.

Pone a calentar agua, agarra tazas y una caja de té que ni siquiera sabía que tenía. Yo escucho con demasiada atención la conversación que mi padre y Galeno tienen del otro lado de la pared.

—¿De dónde es, señorita Galeno? Tiene un acento muy particular, aunque su inglés es muy bueno.

—Soy argentina. Llevo varios años estudiando inglés, pero el acento se me escapa cada tanto.

Interesante. De Argentina, como el *hacker* del caso Jones que me invitó a conocer su país con la promesa de más alfajores.

—No hace falta que lo pierda, es lindo recordar de dónde venimos. Dígame, Violeta, si no es inoportuna mi pregunta, qué la trajo aquí, tan lejos de casa.

Sostengo la hamburguesa a medio camino hacia mi boca esperando su respuesta.

—Para no quererla de *niñera*, estás demasiado interesado en escucharla.

Le regalo una mirada inexpresiva a mi madre.

—Yo… vine por mi carrera. El doctor Alan Barone, quien me recomendó, me consiguió una buena oportunidad laboral aquí.

Su voz… No la conozco, pero siento que esa razón es la punta del iceberg.

—¿Son amigos?

—Grandes amigos.

—Vístete —susurra mi madre antes de salir con una bandeja cargada.

Devoro el resto de la hamburguesa de un solo bocado.

—Me gustaría preguntar, señora Hamilton, qué hace su hijo aquí. Estoy segura de que, en su estado, no lo dieron el alta.

—Me avergüenza decirte esto, cielo, pero Vincent…

Salgo.

—Vincent está hasta las pelotas de que la gente hable como si él no estuviera presente.

La observo, Picasso está sobre su regazo lengüeteándole las manos mientras ella lo acaricia.

—Vincent, compórtate, por favor.

Ignoro a mi madre, me concentro en los ojos de la mujer que me arrebató aquello por lo que me levanto cada día.

—Suma dos más dos, Galeno. No es tan difícil.

Levanta una ceja, espera más, otro golpe.

—Disculpe su… impertinencia, Violeta, no tiene un buen día.

—No le mientas, papá. Si quiere este trabajo, es mejor que sepa lo que le espera.

—Por el amor de Dios…

Galeno sonríe.

—No se preocupe, señora, estoy acostumbrada a tratar con pacientes caprichosos.

Hiervo.

—¿Caprichosos? —Sonrío, intento mantener la espalda derecha, pero termino apoyándome en la pared—. Qué inocente…

—Vincent, déjanos a solas, por favor.

Lo ignoro, mi atención está puesta en el perro que no se despega de la intrusa.

—Picasso, ven aquí.

Me mira, pero continúa lamiendo las manos de Violeta.

—Picasso.

Nada.

«Traidor».

—Parece que a Picasso sí le caigo bien.

—Perdió la cordura.

Me sonríe. La misma sonrisa que vi al despertar de nuevo en esta tierra.

—Como su dueño.

Una chispa. Una chispa de furia viva, ardiente.

Mi padre ríe.

—Estoy de acuerdo, Violeta.

Le acerca una servilleta y la taza de té mientras el traidor de Picasso apoya la cabeza en las piernas de la doctora roba sueños.

—Tendré que hacerte una pregunta un poco personal, cielo, espero que no te moleste. ¿Tienes hijos o estás casada? Ya sabes, solo para asegurarme de que podrás quedarte aquí el tiempo que Vincent te necesite.

—Yo no la necesito.

Los tres me ignoran.

—No tengo hijos ni estoy casada. No se preocupe, vine porque puedo cumplir con los requisitos y expectativas.

Niego con la cabeza y dejo escapar una risa tosca, breve.

—Qué ego.

Bebe sin dejar de mirarme, apoya la taza en la mesa de centro.

—Te equivocas, se llama seguridad.

Intento etiquetar lo que su réplica me hace sentir. Fuego. Es fuego.

—Me gusta esta chica, Norah —susurra mi padre.

—A mí también.

«Estupendo, más traidores».

—Verás, cielo, Vincent es… complicado, pero…

—Complicado es un eufemismo —apunto.

—Pero… —Mi madre continúa—: No es una mala persona, solo… le cuesta relacionarse. ¿Crees que… podrás con esto?

«Esto».

Acaricia el lomo de Picasso con expresión casi angelical.

—Lo intentaré, señora Hamilton. Tiene mi palabra. De todas formas, debe saber que los cuidados que puedo proporcionarle en un hogar son los básicos de un posoperatorio. Si surgiera alguna complicación o retroceso en su recuperación, necesitaríamos regresar al hospital para hacer uso del equipamiento correcto.

—¿Lo ven? Vamos a pagarle para nada. No necesito esto. ¿Por qué no usan el dinero para irse de vacaciones a China y me dejan en paz? Yo invito.

Violeta ríe. Es la primera vez que escucho su risa. Siempre creí que la primera risa que le robas a alguien representa un momento trascendental, marca el curso de la relación que tendrás con esa persona. Y la suya, su risa es… escandalosa, memorable.

—¿Dije algo gracioso?

Se cubre la boca, intenta recuperar la seriedad.

—¿Todo?

El silencio es tan intenso que está a punto de materializarse.

—¿Qué sería exactamente lo que necesitan, señora Hamilton, además de los cuidados básicos?

Mi madre se acomoda en el sofá, mira su taza mientras piensa.

—Bueno, cielo, tendrías que asegurarte de que se alimente bien. Si vieras lo que come…

—Puedo imaginarlo.

—Si decides ocuparte tú misma de la alimentación, estará incluido en tu salario, por supuesto.

—No se preocupe, haremos que se alimente bien. ¿Algo más?

Mis padres se miran, niegan con la cabeza.

—¿Nadie va a preguntarme lo que quiero?

—No —dicen al unísono.

—¿Puedes empezar esta misma noche, cielo? Desde ayer que no tiene controles.

—Claro, iré a buscar mis cosas y volveré. —Mira su reloj—. A las siete. ¿Está bien?

—Perfecto. Muchas gracias, Violeta. Arthur arreglará contigo el asunto económico.

Asiente, se levanta. Picasso camina alrededor de sus pies, salta sobre sus piernas reclamando atención.

—Espero que te gusten los desafíos, Galeno, porque esto, tú y yo, será imposible.

Analiza mis palabras, se acerca. Sus dedos rozan la piel de mi abdomen cuando colocan bien la cinta del vendaje que se despega. Me mira a los ojos, una vorágine de verdes y dorados.

—Es tu día de suerte, Hamilton, me encanta hacer posible lo imposible.

8

VIOLETA

—¿Por qué parece que venís de un parque de diversiones y no de una entrevista de trabajo?

Dejo las llaves en el cuenco, la cartera en el perchero.

—Porque fue la entrevista más divertida que tuve en mi vida. —Me dejo caer en el sofá—. Y también la más incómoda. No vas a creer quién es mi paciente.

Alan suelta el libro de anatomía, tengo toda su atención. Le gusta el chisme.

—Redoble de tambores…

—Vincent Hamilton, el agente herido al que le salvé la vida en el operativo donde cubrí a Angus.

—Interesante jugada del destino…

—Interesante *prueba* del destino, mejor dicho. Si sobrevivo a la clase de paciente que es Hamilton, soy imparable.

Le da un mordisco animal a una dona.

—¿Qué clase de paciente es Hamilton?

—Insufrible, caprichoso, egocéntrico, negador, mentiroso…

—No lo halagues tanto.

—Rebelde, arrogante, complicado…

—Difícil, justo como te gustan.

Me levanto, le quito la dona que se lleva a la boca y me la como sin modales.

—¡*Hey*! Había otra, ¿sabés?

Me encojo de hombros, camino hacia mi cuarto.

—Por decir estupideces…

Alan me sigue.

—No digo estupideces, es la verdad. Te gusta la gente complicada.

Levanto una ceja, lo miro.

—¿Estás diciendo que sos complicado?

—No. Tenés excepciones, yo soy una de ellas.

—Claro.

Me chupo los dedos, abro la valija pequeña y comienzo a llenarla con ropa. Pijamas, ambos y más ambos.

—Me gustan los desafíos, eso es diferente.

Se apoya en el marco de la puerta.

—Si decirlo así te deja dormir por las noches…

—¿No estabas estudiando?

—Y ahora estoy despidiéndote, voy a extrañarte. ¿A quién voy a molestar estas semanas?

Le revoleo una tanga que aterriza en su cara.

—Dejá de mentir, este lugar será un antro de perversión en cuanto me vaya.

Ríe.

—Exagerada debería ser tu segundo nombre, te queda. —Observa mi ropa interior—. ¿Y se supone que yo soy el pervertido? ¡Mirá esto! Apenas tiene tela.

—Dame eso. —Se la arrebato de las manos, la guardo hecha un bollo—. Pervertido.

Revisa el contenido de mi valija con demasiado interés.

—¿Vas a la guerra o a cuidar a un paciente?

—Ambas. Con Hamilton todo es la guerra. —Niego con la cabeza—. Escapó del hospital. ¿Podés creerlo? Un hombre adulto…

—Ah, está desquiciado.

—Completamente. Lo único sensato son sus padres y su perro.

—Y la hermana —agrega—. Deberías haber escuchado la voz de esa chica al teléfono… Tiene la clase de voz que causa orgasmos.

Río.

—Espero que nunca le digas eso a una mujer.

—Me llevaré el secreto a la tumba.

Se acerca, mete la mano entre mis cosas.

—¿Estás segura de que esto no es un juguete sexual?

—Sí, Alan. Por milésima vez, es un rizador de cabello. Si te quedan dudas, lo prendo e intento metértelo por el…

—Está bien, está bien. —Ríe, vuelve a dejarlo en su lugar—. Solo quiero saber si te divertís sola…

—Por supuesto que me divierto sola, tengo vibradores por toda la casa.

—¿En serio?

Empujo su hombro, cierro la valija y me tiro en la cama. Alan me imita, ocupa más espacio del que hay disponible.

—Sabés que, si en algún momento Hamilton el insufrible te hace sentir incómoda, me llamás y voy al rescate de inmediato, ¿verdad?

Sonrío, asiento.

—No te preocupes, podré manejarlo.

—Lo digo en serio, Leta. Sé que tendrás tu habitación, tu espacio, pero si algo te incomoda, volvés a casa. —Abro la boca, pero apoya su índice en mis labios y me mira con seriedad—. El dinero no es un problema para mí ahora, acepto lo que me das porque sé que te puede el orgullo y serás insoportable si lo rechazo, pero no lo necesito. Así que no soportes nada más de lo que la profesión supone. ¿Trato?

—Trato. ¡Trato! ¡Trato!

Toco el timbre por cuarta vez, siento cómo transpiro la última gota de paciencia que me queda

hoy. Suelto el aire que llevo segundos reteniendo, revuelvo mi cartera en busca de la llave que el señor Arthur me dio.

Una tenue y cálida luz en una esquina de la sala, silencio.

—¿Vincent? ¿Señores Hamilton?

Nada.

Dejo la valija y cierro la puerta, descubro una notada pegada en ella.

Cielo, tuvimos que ir a cerrar la cafetería que tenemos en el centro. Son las 18.45.

El refrigerador ya está lleno. Si necesitas algo, no dudes en llamarnos. Nuestros números telefónicos están anotados en la pizarra de la cocina.

Tu habitación ya está lista.

Gracias por aceptar el trabajo. Sé que mi hijo es… especial.

Te llamaré luego.

Norah

Leo la nota otra vez antes de guardarla en mi bolsillo. Me quito las zapatillas, atravieso el silencio descalza. No puedo evitar detenerme en el muro de fotos, contengo el aliento.

Cientos de fotografías enmarcadas esparcidas por toda la pared. Momentos. Instantes. Felicidad. Aventuras. Amor…

Vincent adolescente, con menos pecas que ahora, sin barba y el cabello más corto. Familia. Amigos, muchos amigos, y una preciosa mujer que está casi en cada foto. Cabello negro, largo y ondulado, tez radiante, ojos celestes.

Sigo el sendero de fotos como si caminara por sus vidas. Viajes, cenas, fiestas, tardes soleadas, noches lluviosas, música, risas, vida. Algo me petrifica, el brillo en esa mirada ámbar mientras señala la panza de la bella mujer embarazada. Ese brillo que hoy no realza sus ojos.

«No pude, mi amor, no supe vivir sin ti… Lo lamento, Sammy, lo lamento… tanto».

De repente, me duele el estómago y siento una presión horrible en el pecho.

Me alejo de las fotografías.

La cocina está vacía, avanzo por el pasillo en busca de mi habitación. Subo la escalera, hay cuatro puertas además del balcón. Abro la primera, un baño. Abro la segunda, mi pulso se detiene.

Vincent Hamilton duerme desnudo, bocabajo, sobre una inmensa cama con sábanas negras.

No respiro, y no se debe a su desnudez o a la musculatura definida, son las alas. Alas gigantes e hiperrealistas tatuadas en su espalda.

La imagen me hipnotiza.

Picasso salta de la cama haciéndome reaccionar, lo dejo salir y cierro la puerta con torpeza.

El corazón me late enloquecido, me siento una intrusa.

Me agacho para recibir el cariño del enorme perro marrón. Dejo que lengüetee mi cara mientras lo acaricio.

—¿Qué te pasó a ti, bonito? —susurro observando la cicatriz, allí donde debería estar su ojo derecho—. ¿Cuál es tu historia?

Un par de besos babosos más, y me levanto. Tratando de borrar la imagen de Hamilton y recuperar el latir natural de mi corazón, abro otra puerta. Un cuarto de bebé, paredes rosa pastel, cálido, cuidadosamente decorado, impecable. Todo luce… nuevo. Contemplo el lugar entendiendo más de lo que quisiera hasta que algo me arrastra.

La puerta es cerrada con furia, la misma que flamea en los ojos ámbar.

—Esta habitación está absolutamente fuera del límite para ti. No quiero que vuelvas a poner un pie dentro, ni siquiera mires esa puerta. ¿Entendido?

Una tormenta de fuego reina su mirada. Su altura es imponente, incluso cuando la herida no le permite erguirse por completo.

—Yo… solo estaba buscando el cuarto de invitados.

Agarra mi mano, nos conduce hacia la escalera.

—Vincent, lo lamento. No era mi intención entrar donde no me corresponde.

Bajamos demasiado rápido, me tranquiliza ver que lleva ropa interior ahora.

Enciende la luz de la cocina.

—Siéntate.

—Hamilton…

—Siéntate, por favor.

Suspiro, me siento.

Sale y vuelve al instante con un papel, lo estampa con un golpe sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Se cruza de brazos, sé que cada gesto le duele. Lo veo.

Agarro el papel.

«Reglamento de convivencia».

—Léelo en voz alta, Galeno.

9

VIOLETA

—¿Reglamento de convivencia? —Muerdo mi labio inferior, contengo la risa—. ¿Qué es esto, Vincent? ¿Sala de cinco?

La furia en su mirada sigue intacta.

—Lee, por favor.

Miro su torso desnudo, la herida sin vendar, allí entre las ondulaciones de los músculos, me distrae tanto como los golpes en su cara.

—Primero déjame limpiarte y vendarte eso.

Me levanto, pero su mano me detiene a la distancia.

—Lee.

—Vincent, tienes la herida irritada y descubierta. —Observo su cabello húmedo—. Todavía no puedes quitarte la venda para bañarte, debes proteger…

—No me interesa —me interrumpe—. Lee.

Suspiro, vuelvo a sentarme.

—Esto es una locura…

—Lee, Violet, no es tan difícil.

Le regalo una mirada asesina.

—No me llamo Violet, mi nombre es Violeta.

—Es lo mismo.

—¿Entonces es lo mismo que yo te diga Vicente y no Vincent?

Frunce el ceño, me mira con confusión.

—¿Ves cómo no es lo mismo?

Se pasa las manos por el pelo en un gesto que denota frustración, señala el papel.

Hago rodar los ojos, leo:

—Número uno: la primera habitación de la planta alta está prohibida. —Observo el *prohibida* subrayado con rabia—. Eso me quedó muy claro, no te preocupes. —Niego con la cabeza y continúo—: Número dos: no hablar a menos que sea estrictamente necesario.

Esta vez no puedo dominar la risa, escapa.

—¿Te ríes de todo?

Cruzo las piernas, no rompo el contacto visual.

—Me río de todo lo que es irrisorio. —Señalo el reglamento—. ¿No hablar a menos que sea necesario? ¿Qué es estrictamente necesario para ti? ¿Incluye el «buenos días» y «cómo estás hoy»? ¿O ser humano no es *necesario*?

Su pecho se infla con exasperación.

—Estrictamente necesario incluye cualquier cosa que tenga que ver con mi salud y excluye todo lo que tenga que ver con tu vida personal o la mía. ¿Es más claro ahora?

Sonrío, y su ira aumenta.

—Como un cristal, Hamilton. —Carraspeo, sostengo el papel como si leyera algo importante —. Número tres: no tocarnos.

Ladeo la cabeza, levanto una ceja.

—Soy tu enfermera y estás herido, es imposible, lo sabes.

Se apoya en la mesada, intento no mirar la extensión de su cuerpo semidesnudo.

—Entonces… me avisarás cuando debas tocarme. Nada de hacerlo sin permiso como esta tarde.

—Mis disculpas por cumplir con mi trabajo.

—Continúa, por favor, y terminemos con esto.

—*Esto* recién empieza, Hamilton. Día uno y ya es una experiencia memorable… —Miro su caligrafía enfadada—. Número cuatro: no entrar a mi habitación. —Su cuerpo desnudo sobre la cama vuelve a mi mente, o tal vez nunca se fue—. ¿Hay algo que sí pueda hacer sin que te moleste? Respirar, por ejemplo. —Niego—. ¿Cómo voy a atenderte si no puedo ingresar a tu habitación?

—Me harás las curaciones en otro lugar.

—No tengo que hacerte solo curaciones, Hamilton. Hay controles, medicación a distintos horarios, debo vigilar tu sueño y…

—No entrarás a mi habitación. Punto.

Inhalo profundo, intento no perder el sentido del humor.

—Número cinco: no compartir espacios comunes como la sala, la cocina o el balcón. —La risa otra vez, imparable—. Perdón… ¿Qué se supone que debo hacer si estoy cocinando y vienes a buscar agua? ¿Pegarme al techo como Spiderman hasta que salgas?

—Me bastará con que me ignores. Continúa.

Rasco mi frente, sigo.

—Número seis: no comeremos juntos. —Pienso—. ¿Te das cuenta de que esta regla está de más? Si no podemos hablar ni compartir espacios, ¿cómo vamos a comer juntos?

Cierra los ojos, masajea sus sienes.

—¿Puedes leer sin acotar nada?

—Lo lamento, soy una persona, no un robot. ¿Puedes dejarme vendar tu herida? Me poner nerviosa verla al descubierto.

—No hasta que termines.

Suspiro.

—Número siete: no tocar nada. —Lo miro—. ¿Duermo en el aire? ¿Me ducho en mi imaginación? ¿Cocino con magia?

—Se refiere a todo lo que no sea estrictamente necesario.

—Cómo te gusta esa frase, Hamilton…

Me ignora.

—Como, por ejemplo, fotografías, objetos, ropa, etc.

—Nada que replicar, no me interesa tu decoración. —Vuelvo al papel—. Número ocho: no

usar mi baño. —Busco su mirada—. ¿Dónde se supone que voy a bañarme? El baño de esta planta no tiene ducha, tu padre me lo dijo.

Mira alrededor. ¿De verdad no se da cuenta de lo estúpido que es esto o está actuando?

—Entonces usarás el mío solo para bañarte.

—Perfecto, le pediré turno a tu secretaria. Número nueve: no dejar pertenencias por la casa… Estoy de acuerdo, me gusta el orden cuando puedo mantenerlo. —Continúo leyendo—: Número diez: no hablar con mis padres por mi espalda. —Alzo la vista—. Sabes que debo darles un reporte diario, ¿verdad? Es parte de mi trabajo.

—Entonces inclúyeme en ese reporte, no tengo cinco años.

Señalo el reglamento.

—Esto dice lo contrario, grandulón.

Restriega su rostro, luce agotado y me preocupa. No va a recuperarse si no pone ese culito redondito en la cama.

—Falta una.

—Número once: no acariciar a Picasso. —Dejo el papel sobre la mesa, sonrío—. Pobre Picasso, es víctima de tu inmadurez…

—¿Inmadurez? Deberías agradecerme, estoy intentando que dures más de cinco minutos en esta casa.

Miro mi reloj, son las siete y veinte.

—Ya voy veinte. ¿Qué gané?

Niega, echa la cabeza hacia atrás y suspira con dramatismo.

—Eres insufrible… —susurra.

—Contagias rápido…

Me dedica una mirada letal antes de buscar algo en un cajón. Pone una lapicera en la mesa.

—Firma.

—¿Firmar? Ah, claro, es un reglamento de convivencia, aunque no lo parece. Yo diría que son prohibiciones para mí, porque no hay nada que te incluya. Esto no es ningún acuerdo, Vincent. —Agarro el bolígrafo—. ¿Y sabes qué es lo que más me molesta de tu *reglamento*? Que es impar… Déjame agregar una regla.

—No. No se te ocurra…

—Regla número doce: no ser ridículo.

—¿Ridículo? Tú estás siendo ridícula ahora, solo firma.

—Y creo que hay que hacer algunas modificaciones… —Comienzo a tachar y agregar anotaciones—. Violeta entrará a la habitación de Vincent si es *estrictamente necesario*… Hablará con sus padres si se porta como si tuviera cinco años…

Intenta quitarme la lapicera, pero lucho entre risas para seguir escribiendo.

—Por favor, para, no seas chiquilina. ¡Estás arruinando el reglamento!

—Picasso recibirá todas los besos y las caricias que se me antojen porque las merece…

—¡Galeno!

—Y Vincent le hará caso a su enfermera para recuperarse pronto y no verla nunca más.

Firmo con un garabato ininteligible y suelto el bolígrafo. Vincent agarra el papel, mira el desastre en que se convirtió su ridículo reglamento.

—¿No vas a firmar, Hamilton?

Me observa estupefacto, agitado.

—Lo arruinaste.

—Yo diría que ahora se parece más a una democracia y no tanto a una dictadura.

Tengo las mejillas húmedas y ardientes por la risa, Hamilton no deja de mirarme.

—Vincent, tu herida. —Me levanto—. Está sangrando. ¿No vas a parar hasta que se te salgan los puntos? Arruinarás la sutura y la cicatrización. Vamos a limpiarte eso.

Tira el papel sobre la mesa.

—Puedo solo.

Comienza a caminar, pero lo detengo. Mira mi mano alrededor de su muñeca.

—Te pedí que no me tocaras.

—Pero ahora es estrictamente necesario.

—No veo la urgencia.

—La urgencia es que no me dejas hacer mi trabajo. —Inclino la cabeza hacia atrás, lo miro fijo—. Escúchame bien, Vincent, puedo bromear y reírme de tu estúpido reglamento, pero no somos amigos. Estoy aquí porque tus padres me contrataron, voy a hacer mi trabajo. Voy a cuidarte, voy a hacerte cada control que considere necesario y vas a obedecer por tu bien. ¿Soy clara?

—No vas a decirme lo que tengo que hacer.

—¿No? Mírame.

Una sonrisa desafiante curva su linda boca.

—Tengo un máster en paciencia, Hamilton. No importa que me pongas a prueba.

—Regla número dos, Galeno. ¿La recuerdas? Menos charla.

Suelto su brazo, señalo la salida.

—A la cama, Vincent.

—Claro, mamá.

Niega, me ignora y abre la alacena para sacar una botella de alcohol.

—Ni se te ocurra…

—Mírame.

La destapa, bebe sin dejar de mirarme.

—Tú lo dijiste, Hamilton, no necesitas niñera. Entonces sé un nene grande y deja eso.

—Tampoco necesito una enfermera. —Echa vodka sobre su abdomen bañando la herida—. ¿Lo ves? Desinfectado, no fue tan difícil.

No hay un solo signo de dolor en su rostro, finge tan bien que asusta.

—*Okay*, te subestimé, estás demente.

—Hasta que comenzamos a entendernos, *Violet*…

Cierro los ojos, me pregunto por qué hago esto. Me digo que es porque necesito el trabajo, me miento porque la verdadera respuesta no me gusta.

—Dame la botella, Vincent.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Ningún librito que leer?

—Sí, pero no es de tu incumbencia. Regla número dos, ¿recuerdas?

Otra sonrisa llena de sarcasmo, otro trago.

Intento quitarle la botella, pero levanta el brazo.

—Una lástima que no crecieras más…

—Tengo todos los centímetros que necesito.

Me mira fijo.

—¿Sí? No te sirven ahora.

—¿Estás seguro?

Me alejo, abro todas las alacenas y saco cada botella de alcohol. Empiezo a vaciarlas con rapidez en la pileta.

—Estás loca. Galeno… ¡Basta!

Se acerca, pero levanto la mano.

—No tienes permiso para tocarme, no me pongas un dedo encima.

—Deja mis botellas.

Vacío hasta la última, Hamilton me mira incrédulo. Habla en un susurro grave:

—¿Te gusta la guerra?

—Prefiero el amor. Pero hay personas con las que haces ambas.

Salgo de la cocina, agarro mi valija y la arrastro por la escalera. Encuentro mi habitación por descarte. Es lo suficientemente grande como para que quepa una cama pequeña, un escritorio y un ropero. Es un lienzo en blanco, impersonal, pero prolijo.

Abro la ventana para no sentir que me asfixio y comienzo a guardar la ropa.

Picasso entra y salta sobre la cama, se acuesta, me observa.

—Tu padre está loco. ¿Cómo lo soportas?

—Porque está tan loco como yo.

Miro hacia la puerta, Vincent está apoyado en el marco de madera. Mi ego le sonríe.

—Eso fue rápido… ¿Me extrañabas, Hamilton?

—Solo quiero una venda. ¿Tienes?

Pongo la valija de nuevo en el piso, agarro el maletín y lo apoyo sobre la manta.

—¿Un minuto de tregua para que pueda vendarte eso? Después seguimos, si quieres, discutir contigo es revitalizante.

Me mira inexpresivo por lo que se siente una eternidad, pero saca la bandera blanca.

Señalo la cama, se acuesta. Picasso se acomoda a sus pies.

Inspecciono la herida, está muy irritada y varios puntos a un suspiro de abrirse.

—Si no quieres que esto se infecte, vas a tener que hacerme caso. Y lo digo en serio, ya no estoy jugando. Tienes que cuidar esta herida y hacer reposo hasta recuperarte.

Agarro un apósito, comienzo a limpiar evitando tocarlo más de lo *estrictamente necesario*.

—¿No me ves? Ya estoy recuperado.

—No tienes que fingir conmigo, sé que estás sufriendo. Sé que te duele tanto que apenas puedes mantener la espalda derecha. Te atravesó un cuchillo de diez centímetros, Hamilton, no pescaste un resfriado.

—Estás exagerando.

—Mira quién lo dice… —Busco su mirada—. ¿Reglamento de convivencia? ¿En serio? Solo estaré aquí unos días, te recuperarás, me iré y jamás volverás a recordarme.

Silencio.

Agarro otra gasa, seco a toquecitos suaves.

—No deberías haberte escapado del hospital.

—Dime algo que no sepa.

«Tienes un culo de infarto». «No, Violeta, eso no».

—No deberías dormir bocabajo, pones presión sobre la herida. Solo conseguirás que te duela más.

—¿Cómo sabes que duermo boca bajo?

Detengo mi accionar, lo miro.

«Atrapada».

—Es… una sugerencia. Lo supuse, la mayoría de las personas duermen así o de costado.

—Mientes pésimo.

Saco otra venda y cinta, comienzo a cubrir la herida.

—Hamilton…

—No volviste.

Me detengo, inclinada sobre su cuerpo y con las manos en su abdomen tibio, las miradas conectadas.

—¿Qué?

—No volviste a verme.

«El hospital».

—Creí que ya había hecho mi trabajo.

No dice nada, solo me mira mientras termino de vendarlo. No se pierde ninguno de mis movimientos.

—Listo. Hay que cambiar la venda tres veces por día, siempre mantener el área limpia y lo más seca posible. Comenzará a picarte pronto.

Se levanta, me observa desde arriba, pretende hacerme sentir pequeña y lo consigue solo por un instante.

—Bienvenida al infierno, Galeno.

Trago, sus ojos testigos de cada movimiento.

—Gracias, Hamilton. Me encanta arder.

10

VINCENT

Lo descuartizo con mis propias manos, me baño en su sangre. No me detengo ni siquiera cuando ya no queda nada que desmembrar, continúo mutilando la carne inerte, nutriéndome con los gritos de su garganta en llamas.

Se siente bien, tan bien. Tan correcto. El balance natural, la justicia divina… Pero despierto.

Mi piel está húmeda, fría. El pulso acelerado, los sentidos amplificados, la furia y el dolor intactos.

Miro el reloj despertador, son las tres de la mañana.

Intento calmarme, recobrar el ritmo normal de mi respiración, eliminar la tensión de los músculos, borrar los remanentes del sueño, volver a este plano donde no tengo la suerte de sentir su sangre en mis manos. No lo consigo, me levanto despacio.

No quiero admitir que Galeno tiene razón, el abdomen me duele tanto que apenas puedo mantenerme erguido. Es como si la mitad de mi cuerpo hubiera sido pisado por un elefante. Me duele hasta el pelo.

Trago uno de los analgésicos que me dejó en el último control que me hizo antes de despedirse con un «Hasta mañana, Hamilton. Ah, no, la cordialidad no es estrictamente necesaria contigo».

Es insufrible y perseverante. No entiendo por qué no salió corriendo después de la escenita del ridículo reglamento de convivencia, creí que sería suficiente. Será difícil que tire la toalla, pero acepto el desafío, tendré que jugar más sucio.

Abro el cajón de la mesa de noche, agarro un paquete de cigarros, un encendedor, y salgo a paso lento.

La noche ilumina con su luz tenue el pasillo.

Paso por la habitación de Nina, no me detengo. Jamás puedo entrar después de soñar con él.

La puerta del cuarto de huéspedes está entreabierta. Culpo a la punzada en mi vientre por detener mis pasos. Me apoyo en el marco, respiro profundo. Miro. Galeno duerme abrazada a una almohada, la piel satinada de sus piernas resalta incluso entre las sombras.

Trago.

—Picasso —susurro—, ven aquí.

El traidor me mira, pero continúa acostado a los pies de su cama.

—Malagradecido…

Me obligo a seguir.

La brisa nocturna me espabila cuando salgo al balcón, el aire huele a los últimos retazos del

verano.

Me siento con cuidado en la hamaca para dos, enciendo un cigarro. Le regalo círculos de tabaco y vida al cielo, intento no pensar en el presente, me ahogo un poco más en el pasado.

Me gusta respirar entre recuerdos, promesas, risas y besos dulces. Me gusta respirar allí donde el presente no dolía y el futuro era brillante.

Contemplo los árboles dormidos en el silencio mientras su voz me mece. Cierro los ojos, la pienso a mi lado como tantas veces en esta misma hamaca, besándonos hasta quedarnos sin aliento, soñando a través de sonrisas, susurros y promesas de un mañana que nunca llegó.

Las personas no solo mueren, se llevan un pedazo ti. Si tienes suerte, te queda algo con lo que mantenerte de pie. Si la vida no te sonríe, no te queda nada más que tiempo.

Las puertas se abren, veo a la doctora correr hacia la baranda. Se aferra a ella, esconde la cabeza entre los brazos, respira con dificultad.

—¿Galeno?

Suelto el cigarrillo, me levanto.

—¿Galeno? —Apoyo la mano en su espalda, está empapada—. ¿Violeta?

Me mira, tiene los ojos llorosos. No entiendo nada.

—¿Qué pasa?

Parpadea, mira alrededor.

—Yo…

Suelta la baranda, se pone derecha. Su pecho también está mojado, la camiseta blanca que lleva puesta se pega a las curvas que desaparecen bajo su uniforme azul.

—Yo…

—Siéntate.

La acompaño hasta la hamaca, se sienta, acaricia sus piernas, tiembla. Reticente, ocupo el lugar a su lado.

—No… sabía que estabas aquí, lo lamento. —Tiene la voz frágil, distinta a la mujer combativa de hace algunas horas—. La regla —susurra mirando a la nada—. Ya me voy.

Se levanta, pero la detengo. Mira mis dedos alrededor de su mano. Maldita electricidad. Maldita mujer eléctrica.

—Tienes permiso para romper la regla en este momento.

Veo nacer una sonrisa en su boca voluptuosa.

—¿Tengo permiso, papá?

—Siéntate, Galeno, antes de que me arrepienta.

Se sienta, nos mece con suavidad. Mira al frente, todo es silencio. Yo miro su perfil. La piel pálida, la mirada aún brillante, el cabello algo revuelto. Es la primera vez que veo a la mujer detrás de la doctora Violeta Galeno. Sin uniforme, sin control, solo una simple mundana.

—¿No vas a decirme por qué saliste como si la casa se estuviera prendiendo fuego?

Me mira de reojo, no oculta la media sonrisa cuando niega.

—Regla número dos, ¿recuerdas? Nada de conversación sobre la vida privada.

—Te dije que podías romper la regla esta vez.

—La número cinco, no la dos.

—Por Dios… ¿Cómo me libero de ti?

Se encoge de hombros.

—Portándote como un adulto responsable, quedándote en la cama, sin alcohol ni cigarros. —Señala el tabaco que se consume en el suelo—. Verás lo rápido que te deshaces de mí, Hamilton.

Otra vez el silencio que, para mi sorpresa, no es tan incómodo.

—¿No vas a decirme qué haces aquí a las tres de la mañana?

Estira sus pantalones cortos intentando con disimulo que hagan algo más por cubrir sus piernas.

—Solo si tú me dices qué haces aquí a las tres de la mañana.

Nos balanceamos con calma, no se oye nada más que todo aquello que no decimos.

Me observa. Galeno tiene una de esas miradas que traspasa la carne, que ve más allá de lo que quieres mostrar. Lo sé, lo siento, por eso esquivo sus ojos.

—Deberías ponerte un poco de hielo en ese ojo, ayudará con la inflamación. ¿Ves bien, Hamilton? Tengo un oftalmólogo amigo que quizá pueda venir a revisarte.

—Pareces la clase de persona que tiene muchos amigos.

—Las apariencias engañan, Vincent.

La observo, tiene frío. Se abraza, apoya la cabeza sobre sus piernas, me mira.

—¿Cómo te engaña mi apariencia ahora, Galeno?

El viento juega con su cabello robándole el aroma dulce.

Inhala profundo, exhala.

—Pretende hacerme creer que no te importa nada, que eres frío, egoísta, insensible, sin emociones. —Una sonrisa agridulce en su boca—. Pero no es así, sientes. Sientes rabia, tanta rabia. Y la rabia es una emoción, quizá tan fuerte como el amor. Sientes, Vincent. Cuando crees que no sientes nada, lo sientes todo.

La garganta cerrada, el pecho ardiendo. No tengo palabras, solo proceso lo que acaba de decir.

—¿Y a ti, Hamilton? ¿Cómo te engaña mi apariencia ahora?

La miro sin pudor, justo como evité mirarla desde que puso un pie en esta casa. Frágil, vulnerable, tan distinta a la fiera que me salvó la vida y tiene una réplica para todo.

Me lleno de preguntas cuyas respuestas no me interesan, pero ahí están. ¿Cuántos años tiene? ¿Qué la trajo aquí realmente? ¿Quién es? ¿Qué le gusta? ¿Por qué trabaja de lo que trabaja? ¿Por qué soporta a imbéciles como yo? ¿Por qué es tan intrigante?

—¿Quieres sinceridad o la versión suave?

Sonríe.

—Sinceridad. Siempre sinceridad.

—Me dice que eres un grano en el culo. Mandona, independiente, sabelotodo, testaruda, leal, empática y rompecorazones.

Ríe. Ríe a carcajadas.

—¿Por qué siempre te ríes de lo que digo?

—Porque dices pavadas. ¿Rompecorazones? ¿Yo?

—¿Te viste en el espejo?

Me arrepiento de lo que digo incluso antes de terminar la frase.

Poco a poco la sonrisa desaparece de su boca, el silencio vuelve y ya no es tan cómodo. Y no sé por qué me quedo, pero lo hago. Permanezco sentado a su lado en mitad de la noche, escapando de la soledad que me asfixia.

—Una pesadilla —susurra luego de una eternidad—. Tenía una… pesadilla, eso me trajo aquí. Necesitaba… respirar.

La coincidencia es caprichosa.

—Una pesadilla. —Mi voz es apenas audible—. Eso me trajo aquí.

Acomoda el cabello detrás de su oreja, luce tan pequeña es esa posición.

—¿Tienes pesadillas con… el operativo de la noche en que nos conocimos?

Niego.

—Viví cosas peores.

—¿Quieres hablar de eso?

Observo la punta del cigarro apagarse sobre la madera gastada.

—Agregué otra regla, Galeno.

Ríe bajito.

—¿Por qué será que no me sorprende? ¿Cuál?

—Violeta dejará de reírse de todo lo que Vincent diga.

Una risa suave.

—¿Puedo objetar?

—No.

—Dictador…

Callamos por un largo rato.

Su brazo roza el mío y la electricidad, la cercanía y la culpa se vuelven demasiado.

Me levanto con la energía de un anciano.

—Ve a dormir, Galeno. Se supone que eres el buen ejemplo.

—Yo también deseo que descanses bien, Vincent.

Niego, me alejo.

—Hamilton.

Me detengo a un paso de la puerta, la miro por encima del hombro.

—Voy a agregar otra regla al reglamento: Vincent no paseará medio desnudo por la casa mientras su enfermera viva con él.

—No creí que te molestara. ¿No es algo cotidiano para ti ver a tus pacientes semidesnudos?

—No me molesta verte desnudo, Hamilton, lo que me molesta es que el reglamento vuelva a ser impar.

11

VIOLETA

Rompo silenciosamente la regla número cuatro, entro a su habitación. La luz del día se filtra en pequeñas gotas que salpican el piso de madera.

Vincent duerme entre las sábanas negras y revueltas, boca abajo. Desnudo.

«Maldito Hamilton».

Aparto la mirada, avanzo con pasos mudos. Miro el platito donde dejé dos analgésicos anoche, no están.

Sé que los niveles de dolor que padece son intensos, en especial cuando no se queda quieto. ¿Por qué? ¿Por qué busca sufrir más de lo natural en un caso como este?

Observo las alas del ángel dormido. ¿O ángel caído? No lo sé, no tiene que importarme.

«Levanta el muro, Violeta».

Me inclino con sumo cuidado sobre la cama, agarro un extremo de la sábana con mi pulgar e índice y la deslizo por sus piernas hasta la cadera.

Suspiro, me agacho a su lado, contemplo aquel rostro dormido. Pecas aquí y allá, pestañas castañas y tupidas, cejas masculinas, nariz mediana y recta, labios carnosos y heridos, barba de semanas y ese hematoma que se apoderó de su ojo…

Trago.

—Vincent —susurro—. Hamilton, despierta.

Continúa respirando en aquel mundo de sueños o pesadillas.

«Una pesadilla, eso me trajo aquí».

No sé si quiero saber qué lo acecha, pero sé que hay oscuridad. Tanta oscuridad.

—¿Vincent? —otro susurro amanecido—. Tengo que limpiarte la herida.

Nada.

Suspiro, hago tronar mi cuello. Me duele cada músculo, mi cuerpo extraña mi colchón.

—¿Hamilton?

Creí que era de los de sueño liviano, pero veo que no lo despierta ni una orquesta.

Algo en su brazo izquierdo llama mi atención, es tan sutil que no lo noté antes. Una cicatriz. Una cicatriz finísima y blanca que comienza en el interior de su muñeca y recorre su antebrazo.

El escalofrío me paraliza.

La vieja herida pasa desapercibida entre las pecas y el vello corporal, pero ahora que la veo, que la siento bajo las yemas de mis dedos, no puedo pensar en otra cosa.

El corazón en la garganta, la piel de gallina.

«No pude, mi amor, no supe vivir sin ti…».

Busco sus ojos dormidos.

«¿Qué hiciste, Hamilton? ¿Quién te hizo esto? ¿Qué te atormenta así?».

Acaricio la cicatriz hasta que mi índice termina en la palma de su mano.

«Deja de involucrarte así».

Me levanto, salgo. Respiro. Me alejo del cuarto como si escapara del mismísimo demonio.

Mi teléfono suena en cuanto pongo un pie en la cocina, es la madre de Vincent.

—Señora Hamilton, ¿cómo está?

—Dime Norah, cielo. Muy bien, ¿y tú? ¿Cómo está Vincent? ¿Pasó bien la noche? Por favor dime que no te causó problemas.

Me apoyo en la mesada, muerdo mi pulgar.

—Para nada. —Miro el estúpido reglamento de convivencia pegado en la heladera—. Tuvo las molestias esperadas, nada que no pase con analgésicos y reposo. No se preocupe, Norah, solo necesita quedarse quieto.

—Eres un ángel, cielo. Si consigues que te haga caso y se quede quieto, te juro que te haré un altar.

Río.

—¿Necesitas algo, Violeta? ¿Quieres que te ayude? Puedo dejar a alguien en la cafetería y estoy ahí en unos minutos.

—Despreocúpese, yo me encargo de todo por estos días.

—De acuerdo, cielo. —Suena aliviada—. Creo que hoy Zoe pasará a visitarlo.

—Excelente, le hará bien la compañía.

—Eso espero… Está tan… tan… —Una pausa incómoda—. Gracias, Violeta. Te llamaré de nuevo a la noche.

Pienso en la cicatriz, en cómo preguntar sin entrometerme. Niego, rasco mi frente.

—De acuerdo. Que tenga un buen día.

—Igualmente, cielo.

Me quedo mirando cómo Picasso come durante varios segundos, la cabeza en otro lado, aquella extraña sensación en el pecho…

El teléfono vibra, es Alan.

¿Cómo pasaste la noche? ¿Me extrañaste?

Sonrío, escribo:

Extrañé tus ronquidos.

La respuesta vibra al instante.

Lo sabía, nadie ronca como yo.

Ahora, ponete seria. ¿Qué tal va todo?

Mis pulgares veloces se deslizan sobre la pantalla.

Todo normal, nada de qué preocuparse. Lo prometo.

No regales mis tangas.

Te quiero.

Dejo el teléfono, pienso en lo poco *normal* que fue la noche.

El reglamento, la discusión ridícula, el «no volviste a verme» que escapó de sus labios, el silencio, la soledad tan fría, mi pesadilla, su pesadilla, el balcón, la hamaca, las estrellas, el cigarro muriendo a un costado de sus pies, la brisa veraniega, las verdades, las mentiras, las

miradas furtivas, las sonrisas tristes, los secretos, las preguntas sin respuestas…

Divago por cada rincón de la conversación que nació y murió en la madrugada.

«¿Te viste en el espejo?».

Su voz, la agonía en su mirada, la reacción de mi piel.

«Huye, Violeta. Huye de todo lo roto. Es hora de decir basta».

Me paso las manos por la cara y el pelo, me obligo a espabilar, apretar el interruptor que me hace funcionar en piloto automático. Es lo que necesito ahora.

Abro la heladera, saco huevos, jugo de naranja, mermelada, busco pan para tostar y enciendo la cafetera.

El timbre suena junto con mi celular. Miro de reojo la pantalla, es Morgan.

Mi diosa latina, el hospital te extraña. ¿Cómo estás?

Me seco las manos, cruzo el salón con una sonrisa llena de añoranza. Abro la puerta esperando conocer a Zoe, la chica de la voz que podría causar orgasmos, pero Zoe no mide un metro noventa ni usa uniforme de bombero. Eso creo.

—¿Sí?

Se quita las gafas de sol, esas que lleva puestas a pesar de que está bastante nublado. Un par de ojos azul claro me escanea de pies a cabeza.

—Tú debes ser la enfermera —dice, con una sonrisa que lo encasilla en *casanova*.

Me encojo de hombros.

—El uniforme me delata.

—También la belleza. Norah mencionó que eras un ángel, pero veo que no te hizo justicia…

Muerdo mi labio inferior, reprimo la risa solo por educación.

—¿Es un cumplido muy malo?

Sonrío, asiento.

—Resaltemos muy.

Extiende su mano.

—Empecemos de nuevo. Soy Nathan.

Acepto el apretón suave.

—Un placer, Nathan…

—Walker —completa—. Soy amigo de Vincent.

—Lo sé, tu apellido está en la lista de personas a quienes tengo permitido dejar pasar.

—Me alegra ser VIP, entonces.

Entra, se quita la enorme chaqueta quedándose solo con una camiseta. Picasso festeja su llegada, recibe mimos que Hamilton no aprobaría.

Nathan me sigue a la cocina.

—No me dijiste tu nombre, enfermera.

—Violeta —respondo encendiendo el fuego.

—Violeta —repite con demasiado esfuerzo—. ¿De dónde eres, Violeta?

—La pregunta del millón… —Rompo dos huevos en la sartén—. De Argentina.

—País famoso por el fútbol y sus bellas mujeres…

—Me gustaría que fuera famoso por su educación, pero parece que no podemos tenerlo todo…

Una risa breve, vaporosa. La cadencia de su voz es dulce, pero masculina.

Me observa ir y venir mientras preparo el desayuno con Picasso metiéndose entre mis piernas.

—¿Cómo se está portando?

—¿Quieres sinceridad o la versión suave? —Uso las palabras de Hamilton.

—Puedes ser brutalmente honesta conmigo.

Revuelvo los huevos, lo miro. Me observa de la misma manera en que lo hacía Angus cuando nos conocimos, esa mirada clara que dice *me gustas*.

Hay dos cosas que ya sé de Nathan Walker, es intenso y transparente con sus intenciones.

—Como si tuviera cinco años y no le compraran el juguete que quiere, así se está portando.

—Sí, eso suena muy Vincent.

Sirvo café, le ofrezco una taza.

—¿Está despierto?

—No, pero tiene que estarlo en diez minutos. Debe desayunar antes de tomar la medicación.

—¿Todo esto es para él? —Señala lo que estoy preparando—. Lamento informarte que desde hace dos años desayuna un cigarro y un trago de vodka.

«Desde hace dos años…».

—No me sorprende… ¿Quieres llevarle el desayuno? Seguro se alegra al verte.

—No lo creo, no después de cómo quedaron las cosas la última vez.

No pregunto nada, pero mi expresión lo invita a continuar si quiere.

Suspira, se rasca la barba cuidada, apenas una sombra en su rostro.

—Yo le avisé a su hermana y a sus padres que estaba aquí y… lo ayudé a escapar. En otro orden.

Me quedo parada junto a la heladera, la caja de leche en la mano, mis ojos fulminándolo.

—Lo sé, lo sé, fue irresponsable y estúpido de mi parte. —Niega, se pasa la mano por el pelo corto y casi rubio—. Siempre termino pegado a sus locuras, no me preguntes cómo.

Cierro la heladera.

—Creo que me reservo mi opinión en este…

Trastabillo intentando evitar pisar la patita del inquieto Picasso, Nathan me sujeta cuando aterrizo en su pecho.

—A ese perro le gustas mucho.

—¿Verdad que sí?

Huele bien, demasiado bien para ser un bombero.

Mira mi boca, aprovecho el microsegundo de aturdimiento para apreciar su belleza.

Alguien carraspea.

Sigo el sonido, Vincent nos mira. Los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, el rostro serio, el ceño fruncido.

—¿Interrumpo algo?

12

VINCENT

Abrazados. Nathan y Galeno abrazados en mi cocina.

—No, en absoluto. —Violeta se despega del pecho de mi mejor amigo—. Tropecé con Picasso. No deja de dar vueltas a mi alrededor, voy a terminar pisándole una patita.

—Tropezaste.

Me mira, el ceño fruncido, una sonrisa formándose en sus labios gruesos.

—Sí, tropecé.

Deja una caja de leche en la mesada, se acerca y susurra un *permiso* antes de deslizar los dedos por mi abdomen. Siento el aroma de su cabello mientras acomoda la venda y siente la temperatura de los alrededores de la herida.

Alzo la mirada, observo a Walker.

—¿Qué haces aquí?

Me sonríe.

—Buen día, yo también me alegro de verte.

—Responde.

Agarra una taza, se sienta.

—Vine a verte antes de entrar al cuartel. ¿Por qué te asombras tanto? Vengo todo el tiempo. —Se lleva la taza a la boca, pero antes agrega—: Eso significa que nos veremos seguido, Violeta.

Galeno sonríe, pero vuelvo a ser el centro de su atención al instante.

—Estaba a punto de llevarte el desayuno. Vuelve a la cama, por favor. Necesitas descansar.

La siento cerca, demasiado cerca.

—¿En serio? Porque se te veía muy entretenida.

Ya no hay diversión en su mirada, solo seriedad.

—Estaba preparando todo cuando Nathan llegó. Vuelve a la cama, por favor.

—Nathan… Veo que ya se presentaron. ¿Te dijo que me ayudó a escapar?

Walker me mira.

—Sí, y también que estoy arrepentido de seguirte en todas tus locuras.

—Vincent. —Violeta ignora la charla, apoya su mano tibia en mi espalda. La electricidad me consume—. ¿Puedes hacerme caso una sola vez y volver a la cama? Estaré contigo en un minuto.

—Yo te haré compañía. Vamos, charlemos un poco.

Los miro. Sin decir una palabra avanzo hasta la mesa, me siento.

Galeno suspira, vuelve al desayuno. Me habla de espaldas mientras sirve huevos revueltos en

un plato.

—Tienes que dejarme hacer mi trabajo, Hamilton, ya lo hablamos. No vas a recuperarte si sigues pretendiendo que estás bien.

Nathan la mira. No, la devora. Devora cada una de las curvas que están debajo de ese ambo morado.

Corro la silla, le tapo la visión de Violeta.

—Hola, soy Vincent. Supongo que viniste a verme, aquí estoy.

Bebe, me guiña un ojo.

—Cuéntame cómo te sientes.

—Como si me hubieran apuñalado.

—¿Alguna mejoría?

—No.

—Es imposible que notes mejorías si no te quedas quieto, Hamilton. —Galeno deja la bandeja con el desayuno delante de mis ojos—. Quiero que lo comas todo. ¿Entendido? Cuando termines, te limpiaré la herida.

Nathan sigue a Violeta con la mirada cuando se aleja y comienza a enjuagar la vajilla.

—Como que de repente me dieron ganas de ser apuñalado —susurra.

Hago rodar los ojos, bebo café. Observo la bandeja, todo está colocado con cuidado y es demasiado. En especial para alguien que desayuna un cigarro.

—Violeta, cariño, ven a desayunar.

Nathan se corre de lugar para dejar un asiento libre a su lado, Galeno lo piensa antes de sentarse entre nosotros con un café y una tostada.

El aire es venenoso.

Walker no le saca los ojos de encima mientras ella come la tostada mordiendo todos los bordes primero.

—¿No tienes incendios que apagar?

—Entro a las once —responde embobado con la mujer que mira atenta su celular.

—¿Hace mucho que vives en Londres, Violeta?

Alza la vista, los ojos verdes brillan para él.

—Un año y… dos meses.

—¿Qué te trajo tan lejos de casa?

«¿Alguien más va a preguntarle eso? Debe estar harta».

—Trabajo.

—¿Vives cerca de aquí?

—Vivo en el centro con un amigo.

Dejo de mirar el plato, la observo con atención. Sigue respondiendo mensajes a un tal… Angus, si la vista no me falla.

—¿Cuántos años tienes?

Me mira antes de responder, creo ver un «auxilio» en sus ojos. O lo imagino.

—Treinta y uno.

—¿Ya tienes suficiente información, Nate? ¿Podemos terminar con el interrogatorio?

—Solo estaba siendo educado, sacando conversación…

—Claro, tú educado.

El celular suena, Violeta se disculpa y se levanta.

—¿Qué mierda estás haciendo? ¿Estás intentando acostarte con mi enfermera?

Sonríe.

—Cuando lo dices así sueno tan promiscuo… Estoy intentando seducir a tu enfermera. Por el amor de Dios, Vincent, ¿por qué no me dijiste que tenías a semejante mujer cuidándote? —Mira sobre mi hombro, a pesar de que Galeno salió de la cocina—. Y es extrajera… Sabes que me puede el intercambio cultural.

—¿Puedes dejar de comportarte como un animal en celo?

—No, soy fiel a mi naturaleza.

Inhalo profundo, intento que mi mal humor no escale.

—¿Hay algún problema? ¿Tiene novio? Tiene novio, es eso. Mierda, debí suponerlo.

—No tiene novio —digo y me arrepiento al instante—. Eso creo, no lo sé.

—Perfecto, dame su teléfono.

—No.

—Te lo suplico.

—No tengo su teléfono. Es *mi* enfermera, está aquí para cuidarme. ¿Entiendes eso? Además, no te lo daría si lo tuviera. Lo quieres, pídeselo.

—Tienes razón, voy a pedírselo.

—Acabas de conocerla.

Me mira, piensa.

—Es verdad, es muy pronto. Se lo pediré mañana.

Violeta vuelve con el teléfono pegado a la oreja, agarra su café, sale otra vez.

—Basta, deja de mirarla así. Es incómodo.

—Es que… ¿La viste? —Suspira—. Quizá la próxima no consiga salir a tiempo de un incendio.

—Por Dios, ¿qué te pasa? Parece que nunca hayas visto a una mujer.

Agarro la taza con demasiada fuerza, hago fondo blanco. Nathan me mira fijo, conozco esa mirada.

—Espera —susurra—. ¿Te gusta? ¿Te gusta la enfermera? Carajo, Vincent, ¿por qué no me dijiste nada?

Rabia. Rabia pura y acuciante me consume. Es distinta, más intensa que la que sentía hace tan solo un segundo.

—¿Qué mierda estás diciendo? Claro que no me gusta. No me interesa, ni siquiera la conozco. Además, estoy casado. —Levanto la mano, le muestro el anillo—. No me interesa nadie. ¿Entiendes eso?

—Vincent…

—Basta.

Continúa mirándome de esa manera que detesto.

—Por un instante pensé que también habías caído ante sus encantos… Pensé que por fin…

—Pensaste mal, como siempre.

—Entonces, ¿tengo tu bendición?

Apoyo la taza con un golpe seco.

—No soy el papa, Nathan. Haz lo que te dé la puta gana.

—Veo que tu humor mejora cada día, hermano.

—¿Viniste para verme? Ya me viste, ahora puedes ir a llamar a mi hermana y contarle lo mal que me estoy portando.

—¿No me la vas a perdonar? ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarte solo para que te ahogaras en alcohol?

Me levanto.

—Sí, eso es justo lo que quería que hicieras.

Salgo.

—Vincent…

Voy directo a mi habitación, apenas puedo subir la puta escalera. Estoy furioso y no entiendo por qué. Detesto ser tan volátil, tan… débil.

—Vincent, no camines tan rápido. —Siento los pasos de Galeno detrás de mí—. Tengo que cortar, hablamos después. ¡Vincent!

Entra a mi cuarto, a pesar de que le pedí de forma muy explícita que no lo hiciera.

—¿Estás loco? ¿Quieres correr una maratón también?

Me acuesto sintiendo las consecuencias de la rabia infundada con la que recorrí el pasillo. Me tapo el rostro con el antebrazo, la ignoro.

—No te muevas.

Escucho alejarse las asquerosas Crocs que usa, odio esos zapatos y sus medias de *Star Wars*.

¿Por qué no puedo estar solo?

Vuelve con su valijita para pegar mis pedazos rotos, Nathan le pisa los talones con la bandeja del desayuno. La deja en mi cama, Violeta le agradece.

—Creo que volveré a verte mañana, quizá te encuentre menos histérico.

—Creo que mañana estaré más histérico. ¿Qué te parece si nos vemos el año que viene?

—Te dejo con esta criatura angelical. Violeta, es todo tuyo. ¿Puedes abrirme?

—Claro.

Salen, los escucho hablar cerca de la escalera.

—¿Siempre te trata así? —le pregunta ella en voz moderada.

—Siempre. Y esta es su versión amigable. Violeta, ¿te gustaría tomar un café conmigo alguna vez? Conozco un lugar cerca del Hyde Park donde hacen del capuchino una obra de arte. También tienen el mejor té de todo Londres.

—¡Galeno! —El grito que sale de mi boca me sorprende—. Necesito… un analgésico ahora. ¡Y la herida me pica! ¿Puedes venir?

Silencio.

Mi corazón palpita desquiciado.

—Claro, ya voy.

—¡Ahora! Por favor.

La voz de Nathan llega baja, apenas audible.

—No te preocupes, yo cierro la puerta.

Suspiro.

Violeta aparece, me mira desde la entrada. Es casi como si fuera transparente a sus ojos, así se siente estar bajo su mirada.

—¿Qué?

Sonríe. ¿Por qué mierda siempre sonríe? ¿Es tan feliz?

—Nada.

Se acerca, está a punto de sentarse en la cama, pero la detengo.

—No, no te sientes.

Luce sorprendida.

—Pero tengo que revisarte y cambiarte las vendas.

—Si tienes que sentarte, vamos a tu cama. La cama de huéspedes, quiero decir.

El ceño fruncido, las preguntas flotando a su alrededor.

Niega, abre la valijita, saca la media docena de cosas que usa para curarme.

Odio sentir sus dedos sobre mi piel, la electricidad, la… vida, por eso agradezco en silencio cuando se pone los guantes.

—Tienes a Nathan babeando a tus pies, es peor que Picasso.

Quita la venda, comienza a limpiar con extrema suavidad.

—No pienses que soy engreída, Hamilton, pero sé la clase de… *interés* que despierto en los hombres. No es nada nuevo, puedo manejarlo.

—¿Ahora entiendes por qué te dije rompecorazones?

Arrodillada a mi lado me mira, cada vez encuentro tonalidades nuevas en sus ojos.

—El único corazón que se rompe siempre es el mío.

Su respuesta se atora en mi estómago, me produce algo que no sentía hace mucho. ¿Lástima? ¿Empatía?

—¿Desafortunada en el amor?

—Y en el juego.

Se encoge de hombros, continúa. La observo, es meticulosa, rápida, perfeccionista y pasional. Cambia la venda como si me salvara la vida, no hay diferencias, lo hace todo con la misma pasión.

—Sé que no me corresponde entrometerme, pero… parece que tu amigo vino a verte con las mejores intenciones. Necesitas compañía ahora mismo, Vincent, no deberías rechazarla.

—No te preocupes, no herí sus sentimientos. Se olvidó de mí apenas te vio.

Pone los ojos en blanco, niega.

—No pongas excusas.

—No es ninguna excusa.

Coloca la venda nueva y se levanta.

—¿Sabes qué necesitas? Terminar el desayuno y un par de pantalones.

Va hacia el armario y lo abre, a pesar de que le digo que no lo haga.

—¿Y esto?

Me petrifico cuando veo el violín en sus manos.

—¿Tocas?

Mi pulso vuela.

—Ya no.

—¿Por qué? Es hermoso… ¿Podrías tocar algo para mí?

Cierro los ojos, lo empujo. Empujo todo lo que fui con ella.

—Guárdalo.

—Creo que te ayudaría a distraerte y…

—Basta. Déjalo donde estaba. —Mi voz sale más ruda de lo que pretendía—. Por favor.

Mira el violín antes de dejarlo en su lugar, enterrado junto con todo lo que alguna vez disfruté, amé.

—Puedo solo —digo cuando se acerca con un pantalón deportivo gris.

—No necesitas poder solo, Hamilton, para eso me tienes.

Ignora mi afirmación, comienza a vestirme. La detengo cuando llega a los muslos.

—Yo puedo.

—Sé que te gusta andar por ahí como Dios te trajo al mundo, pero también sé que no puedes flexionar el abdomen sin gritar de dolor, por lo tanto, no puedes vestirte sin ayuda. O quizá sí, si te gusta sufrir.

Odio que tenga razón.

—Eso no es verdad, no me duele.

—¿No? Pero si hace minutos me gritaste que necesitabas un analgésico urgente.

Lo sabe. Sabe que solo quise llamar su atención.

«¿Qué mierda estoy haciendo?».

—Hamilton, levanta la cola.

—No.

—Levanta la cola —repite poniendo pausas serias entre las palabras.

Suspiro, alzo la pelvis con cuidado y dejo que suba el maldito pantalón.

—Ahora sí, respetando las reglas… —Me sonríe y se inclina sobre mí, dejo de respirar cuando pasa con delicadeza su pulgar sobre mi labio inferior—. Avísame cuando termines el desayuno, vendré a curarte el labio y te traeré algo para ese ojo.

Sale.

Todo es silencio, pero en mi cabeza reina el bullicio.

No salí de mi habitación, fingí dormir cada vez que Violeta entró para ver cómo estaba. Sentí sus manos sobre mi frente, sobre mi abdomen, tomando la temperatura de mi cuerpo. Escuché cuando cerró las ventanas para que el sol no me molestara, también cuando le habló con dulzura a Picasso. Lo escuché todo, lo sentí todo, pero no me moví.

No sé cómo actuar, quiero desaparecer. O mejor, que ella desaparezca. Invadió mi hogar, mi santuario de recuerdos, me quitó aquello que llevo dos años buscando y, sin embargo, me hace sentir… el centro del universo con sus atenciones. Recuerdo esa sensación, la recuerdo tan bien. Samantha me hacía sentir así, como si todo girara a mi alrededor, como si no fuera yo el que orbitaba en busca de su aroma.

Miro las estrellas que brillan para mí, su regalo eterno, nuestro refugio.

Zoe no apareció, se excusó con un examen para el que no estaba preparada. Conozco la verdad, la veo en sus ojos, le duele saber que no quiero el aire que respiro.

¿Qué se hace cuando alejas todo lo que amas? ¿Qué se hace cuando no sabes cómo dejar de hacerlo? Cómo detenerte. Cómo volver a ser lo que eras.

Me digo que quizá sea mejor, tal vez si comienza a odiarme desde ahora no me extrañe tanto cuando ya no esté.

Me siento en la cama y el cuarto da vueltas. Espero hasta que cada mueble se acomode en su lugar para levantarme y salir.

La sala está en penumbras, a excepción de la luz del televisor. Los ojos de Violeta me encuentran mientras bajo la escalera.

—¿Estás bien? —Se levanta del sofá—. ¿Necesitas algo?

—Siéntate. Solo bajé a tomar agua.

—¿Por qué no me la pediste?

Me encojo de hombros, voy a la cocina. No me sigue, perfecto. Abro el refrigerador, agarro una botella. Bebo, escucho el documental sobre el cosmos que está viendo.

Salgo, su voz me detiene al pisar el primer escalón.

—Vincent.

La miro.

—Sé que la regla número cinco no lo permite, pero ¿quieres… sentarte aquí… conmigo?

Niego, sigo subiendo.

—Hamilton. —Mis pies se detienen otra vez, la observo—. Sé que no me quieres aquí, pero también sé que no quieres estar solo. El miedo a la soledad es transparente a los ojos de quienes lo sufren.

Silencio. Silencio que me aturde.

—Vamos, el mundo no dejará de girar si bajas la guardia y te sientas a mi lado a mirar un documental sobre el universo.

Se equivoca, cuánto se equivoca. Mi mundo sí dejará de girar.

—No me gusta estar sola, y aquí… es muy solitario.

La miro, aún con su uniforme, el cabello suelto y algo descontrolado, un pote de helado en las manos.

No me muevo, ni un paso arriba ni uno abajo.

—Así que eres de las personas obsesionadas con el espacio…

—No, pero una vez conocí a alguien que lo era. Estaba obsesionado con el cielo, los atardeceres, el espacio y lo ínfimos que somos. Me hizo ver las cosas de un modo diferente…

—Suena especial.

—Lo es.

Miro mis pies descalzos. ¿Por qué mierda no me muevo? ¿Por qué no subo y me encierro otra vez en mi cuarto?

«… Sé que no quieres estar solo».

Hay una guerra entre mi cuerpo y mi alma, y pierdo cuando desciendo la escalera, voy hasta el sillón y me siento a su lado.

Me sonríe y me ofrece su pote de helado. Lo observo, una sola cuchara.

Mi corazón está a punto de estallar.

Inhalo profundo, agarro el helado. Me llevo a los labios la cuchara que acaba de estar en su boca, esa que Nathan miró hipnotizado. Esa que yo…

Saboreo el chocolate, cierro los ojos, empujo la culpa. Pero sabe resurgir de las cenizas, no podré silenciarla mucho tiempo más.

Me concentro en el sabor del instante y las estrellas que brillan en la pantalla. Las mismas que Sammy pintó para mí.

13

VINCENT

Hay una mujer sentada a mi lado, ocupando un lugar en el sillón donde tantas tardes hice el amor con mi esposa.

Hay una mujer dejando su aroma por toda la casa, esa que con tanta ilusión compramos para ver crecer a nuestra familia.

Hay una mujer que me habla, me sonríe y me parece hermosa.

Y siento la traición, quema en mis venas, rodea mi garganta con sus dedos filosos, adornados con las promesas que jamás pude cumplir.

Nunca me fijé en otra mujer mientras mi esposa vivía, mientras compartíamos el aire que respirábamos y soñábamos a través de cada beso. Jamás admiré belleza que no fuera la suya. Estaba deslumbrado, maravillado, agradecido, porque esa mujer que se robaba todas las miradas elegía compartir su vida conmigo. Elegía amarme, cuidarme, soportarme en mis días oscuros. *Me* elegía.

¿Quién necesita mirar una obra de arte cuando se tiene un museo entero a los pies?

Y aquí estoy, aferrándome a un tarro de helado, reconociendo que por primera vez me atrae… otra persona.

«Eres joven, podrás empezar de nuevo».

¿Cómo se empieza de nuevo si reconocer que Violeta Galeno me resulta atractiva hace que quiera arrancarme los ojos y suplicar perdón hasta quedarme sin voz?

Es traición. Es traición porque miro con deseo a otra mujer cuando amo con locura a Sammy. Es traición porque pienso en la boca de Violeta cuando solo necesito los labios de mi esposa susurrándome que todo estará bien.

Miro el anillo en mi dedo anular, recuerdo cuando lo compré. Lo llevé en el bolsillo del uniforme en cada operativo hasta que el coraje me atrapó un día en el que vi pasar de cerca a la muerte. Llegué a casa de madrugada, sucio y preso de la adrenalina y el pánico a perderlo todo en un suspiro. Me acosté a su lado, dormía con la paz reflejada en el rostro, la desperté con caricias y besos que sabían a futuro, saqué la cajita, dejé que las lágrimas en mis ojos hablaran, vi los suyos brillar, oí el susurro que cambió mi vida para siempre: sí.

—Estás muy pensativo, y no creo que las constelaciones te hayan cautivado tanto.

Le devuelvo el helado, intento ignorar la electricidad que despierta cuando sus dedos rozan los míos.

—Es un buen documental.

Alza las cejas, se lleva la cuchara a la boca.

—¿Sobre qué estaban hablando? Específicamente.

—Sobre… el universo.

—Muy listo, Hamilton. Estaban hablando sobre los agujeros negros y luego las constelaciones. ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

Me recuesto un poco más, Violeta deja el helado y acomoda los almohadones para que esté más cómodo.

—Gracias.

—Un placer, agente…

Ambos volvemos a la pantalla, la mirada me traiciona y se desvía cada tanto. Violeta luce concentrada, y yo juro que el tiempo se ralentiza cada vez que sus labios húmedos dejan ir la cuchara.

Inhalo profundo, dejo escapar el aire.

—¿Estás bien?

Carraspeo, pongo un almodón sobre mi entrepierna.

—Sí.

—¿Te duele mucho?

«Me duelen muchas partes. Me duele el alma y el cuerpo. Me duele verte. Me duele la culpa. Me duele que seas tan…».

—Un poco.

—Podrás tomar otro analgésico en… —Mira su reloj—. Una hora y minutos.

Asiento.

Me da el tarro de helado otra vez, nunca miré con tanto detenimiento una cuchara. Como un poco más, se lo devuelvo.

Me mira, hay una sonrisa casi infantil en sus labios.

—Tienes… —Señala mi rostro—: Chocolate.

Me limpio.

—¿Ya está?

—No. Es… aquí.

Sigo su indicación, lo intento otra vez.

Niega. Acerca su pulgar, cierro los ojos cuando lo desliza por la comisura de mi boca. Una vez, dos veces, tres. No respiro.

—Listo.

No fue una caricia, lo sé, pero se sintió así y no sabía cuánto extrañaba que alguien me tocara hasta que lo hizo.

Quiero gritar.

Quiero llorar.

Quiero volver a sentir.

Quiero morir.

Violeta vuelve a concentrarse en el documental como si nada hubiera pasado, como si no hubiera despertado cada fibra de mi ser con su tacto inocente, ajena a la culpa que entierra sus garras en mi pecho.

—Mi esposa me enseñó a tocar el violín.

Las palabras salen a borbotones, no puedo detenerlas. Necesito hablar de Sammy, necesito

traerla a este instante, aferrarme a ella para alejar… la tentación.

Siento su mirada en mi perfil esperando más.

—Tocaba como si hubiera nacido para hacerlo. —No la miro, no puedo—. Yo nunca fui musical, pero ella decía que todos éramos música. Y lo fui a su lado.

Silencio. Ruido. Mucho ruido en mi cabeza.

—¿Y por qué dejaste de serlo?

Cierro los ojos, la vida que soñé eriza mi piel.

—Porque estoy bajo el agua. Estoy bajo el agua y no puedo escuchar nada. No hay música aquí.

—Incluso bajo el agua hay música aquí.

Mis párpados se abren cuando siento su mano en mi pecho, su tacto tibio sobre el latir errático de mi corazón.

—Creo que Sammy querría que siguieras siendo música.

El nombre en sus labios me paraliza.

—¿Cómo sabes su nombre?

La suavidad de sus dedos me abandona, luce pensativa antes de clavar esos ojos verdes en los míos.

—¿Qué recuerdas de la noche del operativo, luego de la redada?

—Casi nada. Los helicópteros, la balacera, los gritos…

Mira su regazo, juega con un hilo del uniforme.

—¿Qué debería recordar?

—Dijiste… —Suspira—. Su nombre. Dijiste su nombre, Vincent. Creo que… me confundiste con ella.

No lo recuerdo. No recuerdo nada.

—Apenas estabas consciente —agrega—. Es normal que no lo recuerdes.

—¿Dije algo más?

Me mira, muerde su labio inferior, niega.

—¿Tienes hambre? Puedo calentarte la cena.

—¿No te parece extraño?

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Esto. Que hayas terminado aquí sin saberlo.

—Definitivamente. En especial porque ninguna de las dos veces, ni la noche del operativo ni la tarde de la entrevista, estaban destinadas a mí. Solo reemplazaba a otros colegas.

Pienso, le doy demasiadas vueltas a lo que dijo.

—El destino no está de tu lado, Galeno. Me sigue poniendo en tu camino para torturarte.

Sonríe.

—Pero está del tuyo, Hamilton, me puso en tu camino. Ninguno de mis colegas toleraría tus estúpidas reglas, tuviste suerte.

—No existirían si fueras hombre.

Alza las cejas.

—¿Así que toda esta payasada es porque soy mujer?

—No, es porque eres Violeta Galeno. Y por las medias de *Star Wars* y esas Crocs.

—Cuidado con mis Crocs, Hamilton. Puede que la próxima vez que te cure se me olvide ser tan cuidadosa…

No puedo evitar la sonrisa, pero sí hacer que se evapore al instante.

Picasso aparece con el hocico mojado, se sube al sofá y va directo al regazo de Violeta.

—Este perro es un traidor… ¿Te das cuenta?

Lo acaricia, él se entrega sin reservas.

—Yo diría que es muy inteligente, sabe dónde están los mejores mimos. ¿Verdad, Picasso?

Lengüetea sus manos, se desespera por su atención.

—¿Puedo preguntar cuál es su historia? ¿Qué le pasó a su ojo?

Suspiro, clavo la vista en la ventana entreabierta. El viento que juega con las cortinas trae el perfume de la lluvia.

—*Quién* le pasó. —Niego—. Un vecino de los padres de Samantha lo usaba como perro de peleas. Perdió su ojo en una de ellas.

—Por Dios… ¿Cómo puede existir gente así?

—No lo sé… Samantha lo rescató, es veterinaria. Era. —Inhalo profundo—. Llevaba meses viéndolo atado en el jardín trasero de la casa, sin agua ni comida. Hizo docenas de denuncias, jamás se lo quitaron, siempre arregló todo con dinero. Hasta que una noche, la misma en que Picasso perdió el ojo, se cansó. Esperó hasta que el hombre se fue, entró a la casa y robó al perro. —Sonrío, niego con la cabeza—. Literalmente robó al perro. Cuando llegué del trabajo la encontré curándolo, terminé llevándola al hospital por un esguince en el tobillo. Se lo dobló al saltar la reja… ¿Lo peor? La reja estaba abierta.

Violeta sonríe, los ojos le brillan.

—Suena tan increíble —casi susurra—, tu esposa. Parece la clase de persona que todos queremos cerca.

—Lo es, es increíble. Todo lo bueno y puro que puedas imaginar, incluso en sus días negros. La clase de persona a la que miras a los ojos y ves tu futuro.

—Espero que sepas lo afortunado que eres de haber sentido… de sentir algo así.

La observo, parece tan joven, pero a la vez siento que vivió tanto.

—¿Y tú? ¿Viste tu futuro en algún par de ojos?

Su expresión cambia, se torna incómoda, pero intenta ocultarlo con otra sonrisa de las suyas.

—¿Qué pasó con la regla número dos? «Excluye todo lo que sea vida privada». —Hace una pésima imitación de mi voz.

«Eso, Vincent, ¿qué pasó con la maldita regla número dos?».

No me detengo a analizar por qué estoy tan hablador, ni por qué mierda sigo sentado a su lado, solo… sigo, sigo empujando la culpa que araña mis brazos.

—¿Otra tregua, *Violet*? Por la soledad.

Niega, pero aún sonríe. Tiene una de esas sonrisas que te haría sonreír incluso si tuvieras un día de mierda. Así de contagiosa es. Y por eso quiero que se vaya. Y por eso me quedo en este sofá.

—Por la soledad, *Vicente*.

Vicente. Suena gracioso cuando lo dice.

Acaricia las orejas de Picasso, que ya duerme con la cabeza apoyada en sus piernas.

—Una vez… —La cadencia de su voz es nostálgica—. Una vez vi mi futuro en los ojos de

una persona, pero no vio el suyo en los míos. Hubo una segunda vez donde creí que la llama volvía a encenderse, pero no podía ser, él tenía sus flores…

—¿Flores?

—Una familia a la que recuperar y amar.

—Complicado…

Se encoge de hombros, mira la lluvia repiquetear sobre la ventana.

—Como ves, Hamilton, no tuve tu suerte. Nunca tuve suerte en el amor.

—Quizá todavía no llegó la persona indicada para ti.

La tristeza que refleja su mirada me dice que no es tan simple, que hay historia, que dolió, que tal vez aún duele. Pero no presiono, no soy nadie. Soy solo un extraño con reglas ridículas, un deseo de morir intacto y pánico a la soledad. Nada más.

—Quizá… ¿Eres de esos? De los creen en la persona indicada.

—Soy de los que creen que hay un momento, un instante en el que la vida intenta decirte algo a través de alguien.

El silencio vuelve, es cómodo, pero viste preguntas.

—¿Por qué medicina, *Violet*?

Apoya la mejilla en la palma de su mano.

—Mi padre era cirujano. Crecí viéndolo amar tanto la profesión que me enamoré de su pasión y aquí estoy…

Coloca el cabello detrás de su oreja, vuelve a concentrarse en Picasso.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no estás en el hospital?

—Se terminó la suplencia que estaba haciendo, aún no tengo un puesto permanente. Sigo en la búsqueda, mientras trabajo como enfermera.

—¿Tienes dos títulos?

Asiente.

—Irritante e inteligente…

—Gracias. ¿Y tú? ¿Por qué agente especial, *Vicente*?

Suspiro, juego con mi anillo.

—No lo sé, creo que nunca lo supe. Supongo que porque no sabía qué mierda hacer con mi vida y el servicio militar parecía una buena idea. Después, una cosa llevó a la otra y… aquí estoy. —Busco sus ojos—. No soy como tú, no hay nada pasional en mi trabajo. Es solo eso, un trabajo.

—No te creo.

Alzo las cejas, espero más.

—ilumíname, dime por qué soy un mentiroso.

—Si no hubiera nada pasional, harías cualquier otro trabajo. Trabajarías en el negocio familiar, por ejemplo.

—¿El negocio familiar? Prefiero arrancarme la piel antes que trabajar en la cafetería con mis padres.

—¿Por qué? Tienes una familia estupenda, no todos se preocupan así. Te cuidan, Vincent, deberías apreciarlo.

—Quieren controlarme.

—Quieren verte bien. —El tono de su voz es tajante—. ¿Crees que todas las familias le

ponen atención médica personalizada las veinticuatro horas del día a un hombre de treinta y tres años que, en una semana, tal vez menos, habría tenido el alta? No, Vincent, eso no lo hace cualquiera, créeme.

—¿Qué quieres decir?

Desvía la mirada, se concentra en el perro.

—Lo que dije.

—No, hay más.

Suspira.

—No me necesitas, Vincent. Clínicamente hablando, ya no necesitas monitoreo constante. No te daban el alta por una cuestión protocolar, para ver tu evolución, pero no corres peligro. —Se digna a mirarme—. Estarás bien si haces reposo y te permites sanar, es así de sencillo. Incluso tú podrías limpiarte bien la herida si aprendes cómo. Lo único que necesitas es… amor, por trillado que pueda sonar. Solo necesitas amor. Cuidados básicos, atención, compañía. Cualquiera puede darte eso, no necesita un título universitario. Sin embargo, aquí estoy…

—¿Me estás diciendo que mis padres me pusieron una niñera? Realmente. Sabiendo que no necesitaba asistencia médica las veinticuatro horas te llamaron.

—No. Te estoy diciendo que creo que tus padres están tan asustados y cansados de que los empujes de tu vida que creyeron que un completo extraño haría un mejor trabajo cuidándote.

Furia roja, en llamas, voraz.

—No sabes nada, ni de mí ni de mi familia.

—No me hace falta saber nada, con lo que veo es suficiente. Los dos sabemos por qué estoy aquí.

—¿Quieres irte? Porque con todo gusto te abro la puerta.

Su expresión cambia, se vuelve tensa.

—No hace falta que seas un imbécil solo porque no te gusta la verdad.

—¿Me estás insultando?

—Si la honestidad te insulta…

Clavo la vista en la pared, aquella llena de momentos, no recuerdos, instantes en los que fui feliz, en los que estuve vivo.

Me pregunto qué mierda hago hablando con esta mujer cuando debería estar en mi habitación llamando a Estella, mi superior, para suplicarle que me asigne un operativo. Pero me quedo, sin saber por qué me quedo a su lado mirando ese estúpido documental hasta que mis ojos comienzan a cerrarse.

Es tibio, me hace cosquillas en la piel desnuda del hombro. Disfruto de la sensación un poco más antes de que mis párpados se abran y el infierno me reclame.

Violeta. Violeta duerme apoyada en mi hombro; Picasso, sobre nuestras piernas.

Dormidos. Nos quedamos dormidos en el sofá. Juntos.

La observo, los labios ligeramente entreabiertos rozando mi piel, despertándola.

Mi pulso se dispara.

Las paredes se contraen, me tragan y me escupen en el averno.

Todo se vuelve rojo. Y arde.

Me levanto tan rápido que mi abdomen se reciente. El dolor termina de espabilarme, me aferro a él. Es mi castigo.

Aún dormida, Violeta se acomoda entre los almohadones.

Subo la escalera, agarro un paquete de tabaco y salgo al balcón. Dejo que la lluvia fina me enfríe, me permita pensar con claridad.

La noche quema, lo veo todo tan rojo como la punta del cigarro entre mis labios.

Me paso las manos por los brazos, no puedo arrancarme la sensación de su mejilla sobre mi piel, su aliento cálido…

—Lo siento, Sammy —susurro—. No volverá a pasar. No volverá a pasar.

14

VIOLETA

Despierto en el sofá con un dolor de espalda infernal y la cabeza de Picasso sobre mi abdomen. Me toma varios segundos entender dónde estoy, por qué, qué hora o qué año es, y analizar cómo voy a levantarme.

Miro alrededor, Vincent no está. La televisión apagada, la lluvia repiqueteando en la ventana.

Es de día, dormí toda la noche en el salón.

Acaricio las orejas del can, pienso que voy a extrañarlo cuando me vaya. Llevo meses pidiéndole a Alan que adoptemos un perro o un gato, pero insiste en que ni siquiera podemos cuidar de nosotros. Y tiene razón, aunque deteste admitirlo.

Me levanto, acomodo los almohadones y tiro a la basura el pote de helado. Le pongo agua fresca y comida a Picasso, miro la hora. Son las nueve de la mañana, dormí mucho más de lo debido.

Subo la escalera para ver a Vincent, pero su cama está vacía. Retrocedo pensando que puede estar en el baño cuando veo la puerta de la habitación prohibida entreabierta.

Observo el cartel que dice «Nina» en letras bonitas. Asomo la cabeza, la imagen me estruja el corazón.

Vincent duerme en la cuna.

Doy un paso al frente, me detengo.

«Esta habitación está absolutamente fuera del límite para ti. No quiero que vuelvas a poner un pie dentro, ni siquiera mires esa puerta».

Lo dudo, pero la botella de licor en el suelo me impulsa a cruzar el límite.

Entro, me acerco a la cuna.

Es difícil poner en palabras lo que siento al ver a un hombre tan alto y corpulento acurrucado en posición fetal, dormido, abrazando un peluche. Jamás, en todos mis años de experiencia, presencié una escena tan vulnerable. Tan… íntima. Tan rota.

Miro la botella de alcohol, está medio vacía. Me siento sobre el piso de madera, pienso.

¿Qué hago? No soy psicóloga, la salud mental no está dentro de lo que puedo curar.

Este hombre no me necesita, no a mí, necesita a alguien que lo ayude a sanar aquellas heridas que no se ven, pero sangran.

«Estoy bajo el agua y no puedo escuchar nada».

Está bajo el agua y yo no sé nadar, no puedo ayudarlo.

No hay paz en su rostro dormido, hay dolor. Dolor que se aloja en ese ceño fruncido, en la forma en que se aferra a ese oso de peluche…

«Levanta el muro».

Miro alrededor, inhalo profundo y dejo escapar el aire con lentitud dolorosa.

«¿En qué me estoy metiendo?».

Analizo si debo despertarlo o no. No sé cuánto durmió, en qué momento de la noche dejó el sofá. ¿Se quedó dormido él también? ¿Se fue cuando yo me quedé dormida?

Pienso en llamar a sus padres, decirles que esto no está funcionando, que su hijo necesita otro tipo de ayuda, cuando suena el timbre.

Me petrifico, espero que abra los ojos y eche fuego por la boca como el dragón que es cuando se trata de proteger esta habitación, pero no se mueve, continúa dormido.

Salgo sin hacer ruido, bajo y abro la puerta.

Una hermosa joven de cabello largo castaño claro, ojos avellana muy expresivos y piel algo pecosa, se quita la capucha del piloto.

—Violeta, ¿verdad?

Asiento.

—¿Zoe?

Asiente, me sonríe y pasa.

—Es un gusto conocerte. —Deja el abrigo empapado en el perchero—. ¿Mi hermano está despierto?

—En realidad… no, y llegas en el mejor momento. —Cierro la puerta, me apoyo en ella—. Pensaba llamar a tus padres.

—¿Le pasa algo?

—No, no hay ninguna emergencia, no te preocupes. ¿Tomarías un té conmigo? Creo que tenemos que hablar.

La preocupación se queda en su semblante, no se va ni siquiera cuando apoyo dos tazas de té humeante sobre la mesa y le recalco que nada malo sucedió con su estado de salud física.

—Es… otra cosa. —Me siento a su lado, bajo un poco la voz—. Me preocupa Vincent, Zoe. Me preocupa su salud mental. No quiero entrometerme, sé que apenas conozco a tu familia y no es asunto mío, pero como médica…

—No tienes que excusarte —me interrumpe mirando la infusión caliente entre sus manos—. Somos conscientes de lo que ocurre con él. De todo. Al menos yo.

El recuerdo de la sensación de aquella cicatriz bajo las yemas de mis dedos eriza mi piel.

—¿Recibe o… recibió ayuda?

Inhala profundo, luce incómoda. Sé que estoy tocando una fibra sensible, pisando un terreno pantanoso sin ningún derecho.

—Tiene un psiquiatra, el doctor Bennett, un día antes de que entrara al hospital nos llamó para decirnos que no había ido a las últimas tres citas. —Se pasa las manos por el pelo, mira por la ventana—. Vincent se rehusaba a ir, solo asistía porque su jefa lo obligaba. Es la condición para seguir trabajando, y no todos los días. Solo lo llaman para casos especiales. Si me preguntas, no creo que esté comprometido con su tratamiento. Lo más probable es que mienta en cada sesión.

Bebo, pienso bien cómo decir lo que tengo que decir.

—Zoe, yo… vi la cicatriz en su brazo.

—No va a suicidarse. —Su voz no es un susurro, es seguridad—. No puede hacerlo.

Me gustaría saber por qué tiene tanta seguridad sabiendo que ya intentó lastimarse.

—¿Por qué estás tan segura?

—No… quiero entrar en detalles, solo lo sé. Créeme.

Asiento.

—¿Puedo… preguntar qué le pasó?

Su mirada cálida y húmeda me encuentra.

—Perdió a su esposa y a su hija de la manera más horrible que puedas imaginar.

Mi cabeza crea cientos de escenarios tórridos, el estómago comienza a dolerme.

—¿Hace cuánto?

—Dos años. —Suspira—. Desde entonces no es él, es un fantasma. —Borra una lágrima antes de que toque su mejilla—. ¿Sabes lo que se siente saber que tu hermano quiere morir? Te destruye. Destruye todo tu entorno, tu familia… Te oscureces junto a esa persona, te ahogas a su lado en impotencia y desesperanza. Te conviertes en una sombra de lo que fuiste, tienes miedo de despertar, miedo de preguntar cómo está porque sabes que un día llegará la respuesta que tanto temes.

El arrebato de sinceridad me incomoda, me angustia, no sé qué hacer ni decir.

—Perdóname, ni siquiera sé por qué te estoy contando esto.

—Está bien. —Estiro la mano por encima de la mesa, agarro la suya—. Todos necesitamos hablar, no hay nada vergonzoso en eso.

Sonríe, aprieta con suavidad mi mano.

—Me extraña que no hayas salido corriendo.

Le devuelvo la sonrisa.

—No me asusto con facilidad.

—Tu colega dijo eso mismo cuando hablamos por teléfono.

Nos sonreímos un poco más, dejamos que las emociones mermen en silencio.

—Piensas que no deberías estar aquí, ¿verdad?

Me gusta cómo lee a las personas.

Asiento.

—Tu hermano necesita cuidados, sí, pero no me necesita a mí. Cualquiera de ustedes podría hacer lo que yo hago. Creo que… Vincent necesita otro tipo de asistencia, Zoe, otro tipo de contención.

—No podemos. —Niega, la vergüenza continúa a su lado—. No nos deja acercarnos, no empuja. No aceptaría que me quedase aquí para hacer lo que tú haces, tampoco mis padres. Él puede manipularnos, Violeta, pero no a ti.

Miro mi té, suelto el pensamiento que estuvo dando vueltas en mi cabeza desde anoche.

—¿Qué pasará cuando me vaya?

—No lo sé… No deberías preocuparte por eso, estás haciendo tu trabajo y lo haces bien. Mi madre me contó que no te dejas doblegar, que le haces frente. Eso es justo lo que Vincent necesita ahora mismo, alguien que lo ponga en su lugar, que le muestre que no siempre tiene la última palabra.

«No deberías preocuparte por eso». «Levanta el muro».

—¿Tienes hermanos, Violeta?

El aire se espesa, soy consciente de cada inhalación, del nuevo ritmo de mi pulso.

—No.

—Son una parte de ti. Te vuelven loca, los odias, quieres gritarles y abrazarlos y odiarlos otra vez, pero te cortarías las piernas por ellos si te las pidieran, les darías tus pulmones si los necesitaran para volver a respirar.

Su reflexión me llena de envidia y desolación, angustia y furia contenida.

—Lamento que tu familia esté pasando por esto.

—Y yo lamento que sea eterno… A veces me pregunto cuándo volverá a ser el de antes, cuándo volveré a ver a mi hermano. —Una sonrisa triste curva sus bonitos labios—. Hacía chistes, ¿sabes? Era el alma de todas las reuniones. El primero en robarte una sonrisa, el primero en bailar en una fiesta, el primero en querer salir en las fotografías… Insoportablemente positivo, soñador, y ahora… esto.

Intento imaginar a ese Vincent, feliz, con el mundo a sus pies.

El silencio vuelve, le damos la bienvenida, ambas dijimos demasiado.

—¿Puedo despertarlo? —dice un siglo después.

—Está… en la habitación de la bebé.

Cierra los ojos, se toma un instante.

—Lo hace todo el tiempo, duerme en la cuna de Nina. Me destrozó la primera vez que lo vi.

—Es una imagen fuerte. —Juego con mis dedos, de repente me siento muy nerviosa—. No pude despertarlo, él… no quiere que entre a ese cuarto.

—No lo tomes personal, es muy territorial con esa habitación. Nada se tocó en dos años, todo sigue sin usar, nuevo.

—¿Nuevo?

Hay dolor en su mirada cuando dice:

—Nina no nació.

Llevo una mano a mi boca, juro que el corazón se retuerce en mi garganta.

—Lo lamento, yo creí que... Nunca pensé que…

Es ella la que aprieta mi mano ahora.

—Iré a despertarlo, haré que se acueste en su cama.

Asiento.

Me quedo sola, mi cabeza y mi pecho a punto de estallar.

«Nina no nació».

Vi las fotos, la enorme panza de su esposa, cursando el último trimestre sin ninguna duda. ¿Murió antes de dar a luz? ¿Murió dando a luz? ¿Qué pasó con la bebé?

«Perdió a su esposa y a su hija de la manera más horrible que puedas imaginar».

Masajeo mi pecho, no sé cómo deshacerme de esta asfixiante sensación.

Vincent no conoció a la hija que hoy llora.

15

VINCENT

Déjà vu.

Las caricias de Zoe en mi pelo, su voz despertándome con más suavidad de la que merezco, sus brazos ayudándome a salir de la cuna.

Déjà vu. Mi vida es un oscuro y eterno *déjà vu*.

Abro la boca, pero me calla.

—No te gastes, no me interesan tus excusas.

Dejo que me lleve a mi habitación. Con cada paso, los retazos de la noche se mezclan con el viejo sabor del alcohol y la culpa.

«Te acercaste, bajaste la guardia».

Recuerdo cada sensación, la media botella de licor no hizo nada por mí.

Su pulgar rozando mi boca, mi pulso acelerándose, mis pensamientos más crudos, su voz, el helado, su sonrisa, la traición…

Zoe me acuesta entre las sábanas, aleja el cabello de mi rostro.

—¿Cómo te fue en el examen? —Mi voz es un susurro ronco.

Me tapa, se sienta a mi lado.

—Creo que bien.

—¿Hay algún profesor que esté molestándote?

—No, Vincent, no necesito que le hagas una *visita* a nadie.

Sonrío, busco su mano y me la llevo a la boca, dejo un beso en el dorso. Está tibia y yo, tan frío.

—No me vas a comprar con un beso.

—¿Con dos?

Niega, pero veo la esquina de su boca curvarse.

—¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera tomado media botella de licor y dormido en una cuna.

Suspira, agarra mi mano y la acaricia.

—Acabo de conocer a tu enfermera.

Revoleo los ojos, bufo.

—Es insufrible.

—A mí me pareció muy profesional, empática… y hermosa —agrega.

—Veo que nadie puede dejar pasar el hecho de que Violeta Galeno parece una muñeca…

—¿Y tú? ¿Puedes dejarlo pasar?

Contengo la respiración por un instante, mis pensamientos y emociones colisionan.

—¿Viniste a verme o a romperme las pelotas?

Sonríe.

—Ambas. No sería una visita mía si no te provocara un poco, ¿no?

Agarro una punta de su cabello húmedo.

—Sigue lloviendo.

—Como si fuera el fin del mundo.

—Quizá lo es.

Tres golpes suaves en la puerta, Violeta pasa luego de pedir permiso. Tiene una bandeja cargada que huele demasiado bien, pero no puedo detenerme a disfrutar del aroma porque la culpa me recuerda lo que tengo que hacer.

—Buen día, Vincent. —Deja el desayuno en la cama, mira el lugar que Zoe ocupa sobre el colchón, el mismo que a ella le negué—. ¿Cómo estás?

No respondo, continúo jugando con el anillo en el índice de mi hermana.

—¿Te parece si te limpio la herida antes de que desayunes?

—Zoe puede hacerlo.

Mi hermana me mira como si tuviera un tercer ojo.

—No sé cómo hacerlo, deja que ella se encargue de…

—Es fácil —la interrumpo—. La vi hacerlo, yo te guiaré. Violeta, danos tu maletín y déjanos solos.

Violeta nos mira, hay sorpresa y algo más en sus ojos.

—Vincent, déjala hacer su trabajo.

—¿No me escuchaste, Galeno? El maletín.

Zoe se tapa la cara con las manos, niega.

Violeta me mira, solo me mira.

—No estoy de humor para pedírtelo por tercera vez. Es muy simple: el maletín. —Separo las sílabas del sustantivo—. Veo que tu colega te sobreestima cuando te recomienda…

—Vincent. —Zoe me reprende y busca a la enfermera con la mirada—. Por favor, discúlpalo.

—¿Por qué tiene que disculparme? Solo le pido que haga su trabajo.

—Su trabajo es cuidarte y no se lo pones fácil.

—Su trabajo es asistirme. —La miro—. Asísteme, Violeta, tráeme ese maletín.

La superioridad en su mirada me hace sentir un niño inexperto, estúpido, pero no se lo hago saber.

Sale de la habitación.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Cómo vas a tratarla así?

—No veo nada malo en lo que hice, solo le pedí su maletín.

Zoe se levanta, pasea por el cuarto.

—Esta es la razón por la que la gente se aleja de ti, Vincent. Esta es la razón por la que estás solo.

—Estar solo es justo lo que quiero.

—Eso dice la gente que grita en silencio.

Galeno vuelve con su valijita, la apoya en la cama.

—Estaré abajo si me necesita, *señor* Hamilton.

Sale.

—Vas a terminar consiguiendo que se vaya antes de tiempo.

—No creo tener tanta suerte.

Niega, abre la valija y me mira.

—Espero que hayas prestado atención de verdad, porque no sé para qué se usa la mitad de esto.

Saco las vendas, la cinta, la tijera, los guantes y los líquidos extraños que Violeta usa para limpiarme. Lo coloco todo sobre la sábana.

—Listo, en ese orden.

Zoe se pone los guantes, quita la venda y mira la herida con asco.

—¿De verdad tengo que hacer esto?

—Es una herida, Zoe, no tengo las tripas afuera.

Comienza a limpiarme con manos torpes, tardando el triple de lo que tardaría Galeno.

—¿Cuáles son tus planes ahora?

—Ya sabes que no hago planes.

Hace rodar los ojos.

—Me refiero a qué piensas hacer mientras te recuperas, si es que harás algo más que molestar a tu agradable e infinitamente paciente enfermera.

Estudio el contenido del maletín, identifico varios potecitos de pastillas para dormir.

—Voy a llamar a mi superior, insistirle para que me asigne un operativo lo antes posible. Sabes que detesto estar quieto, me aburro.

—Te aburres porque no tienes una vida fuera del trabajo. Cualquiera estaría agradecido de pasar unas semanas en casa…

Agarra una gasa, seca con toques suaves.

—Yo no soy cualquiera.

—Cierto, no eres de este planeta.

Comienza a vendarme otra vez. Se saltó un paso, pero no me importa.

—Mamá y papá vendrán a verte esta noche, cuando cierren la cafetería. Trata de no estar borracho y no ser un imbécil, ¿sí?

—Intentaré intentarlo.

Me regala esa mirada llena de desaprobación que tanto caracteriza a la responsable Zoe Hamilton.

—Voy a tirar esto al baño.

Se aleja con las vendas sucias.

Miro la valijita de Galeno, agarro un pote de pastillas y lo guardo debajo de la almohada.

—Listo. —Cierra la puerta, vuelve a sentarse a mi lado—. Ahora, cómete ese desayuno antes de que se enfríe o termine robándotelo.

Cuando abro los ojos Zoe no está y el sol se convirtió en luna.

Miro las estrellas que brillan para mí en este pedazo de cielo que Sammy me regaló, sé que

en un rato vendrán mis padres y no estoy listo para fingir que no acabo de soñar que moría y me sentía libre. Ligero. Nadie. Nada.

¿Cuántas veces pienso en la muerte? Eso me preguntó el doctor Bennett la primera vez que asistí a su consultorio, que me arrastraron a él.

¿Cuántas veces *no* pienso en la muerte? Esa es la verdadera pregunta.

Depresión. Ese fue mi diagnóstico hace un año y medio. Ese sigue siendo mi diagnóstico hoy. Tengo un cajón lleno de pastillas que harían la realidad menos dolorosa, que me ayudarían a superar la pérdida de mi hija y mi esposa. Superar. ¿Quiero superarlo? ¿Quiero dejarlo atrás? ¿Quiero avanzar? ¿Hacia dónde? ¿Hacia qué? ¿Para qué?

No se trata de poder respirar, se trata de querer hacerlo.

Me levanto, abro el cajón de la mesa de noche y saco mi celular. No el que llevaba a los operativos y perdí en el último, el personal. Hace días que no lo enciendo y temo hacerlo. Temo encontrarme con la vida que solía tener y que ahora miro como si fuera una película con un trágico final.

El fondo de pantalla siempre me golpea, pero también me acaricia allí donde acaba de herirme. Samantha sonríe, yo sonrío. Sentada sobre mis piernas, una de mis manos abrazando su cintura, la otra descansando sobre su panza enorme. Nina entre nosotros, a semanas de conocer el mundo.

Felicidad. Eso es lo primero que viene a mi cabeza cuando nos veo. Felicidad que se convirtió en sangre.

Entro a la casilla de mensajes, vacía.

Escribo y envío:

Espero que tengas algo para mí. Se te escapan los billetes y a mí, la paciencia.

Lo apago y lo dejo en el cajón.

La habitación es un desastre, y necesito una ducha.

Salgo, la imagen me paraliza.

Violeta cierra la puerta del baño, está desnuda, envuelta en una toalla, mojada.

Gira.

No respiro.

No quiero mirar, pero no puedo apartar la mirada.

La piel de sus hombros brilla, hay gotas deslizándose por su clavícula, perdiéndose en su escote. Las mejillas rojas, húmedas, el cabello lacio sobre su espalda.

Mis pulmones están duros. Todo está duro.

—Vincent. —Mi nombre se le escapa en un susurro avergonzado—. Yo… olvidé la ropa. Me metí a la ducha sin pensarlo, aprovechando que dormías. No creí… Yo… —Señala el cuarto de invitados—: Voy a cambiarme. Discúlpame, por favor.

Pasa a mi lado, pero la detengo.

—Que sea la última vez, Galeno. Esta escena no se verá muy bien en tu currículum, ni en las cartas de recomendación.

Sacude con suavidad el brazo, liberándose de mi agarre. Me mira, no, me desafía.

—Fue sin querer. No te preocupes, Hamilton, no tengo interés en seducir a ningún paciente, mucho menos a uno que apenas puede soportarme. —Alza el mentón, ni siquiera parpadea—. Ahora, si me lo permites y dejas de mirarme como si pudieras ver a través de esta toalla, voy a

cambiarme.

Sonríe con falsedad y cierra la puerta con absoluta delicadeza, cuando esperaba un portazo.

Me encierro en el baño aún cubierto de vapor.

No puedo mirarme al espejo, no cuando estoy así de duro por otra mujer.

Me saco el pantalón y el bóxer, abro el agua fría y me meto bajo la ducha. Apoyo la frente en la pared, me repito que es una reacción física, que no puedo controlarla, que no tiene nada que ver con lo que siento.

La excitación no se va, a pesar de que estoy tiritando de frío.

Pienso en mi esposa, recuerdo cada curva de su cuerpo, cómo me hacía sentir su piel, lo que me provocaba con un solo susurro, una caricia involuntaria… Pienso en cada mañana, tarde o noche de pasión que compartimos, en cada vez que morí y reviví entre sus brazos, cada vez que me llevó al paraíso con un «te amo».

Extraño sus caderas rozando las mías con cada vaivén lento o desenfrenado. Extraño el olor y el sabor de su piel, de su boca. Extraño su voz. Extraño sentirme vivo junto a su calor. Extraño lo que éramos juntos fuera y dentro de la cama.

Y sin darme cuenta, mi mano rodeó mi erección, bombea al ritmo de los recuerdos y el llanto que araña mi garganta.

Y aquella piel desnuda y húmeda en el pasillo se mezcla con el pasado que intento evocar, enfureciéndome.

Y voy más rápido, más fuerte.

Y de repente los ojos celestes de Sammy se vuelven verdes.

Y me odio, me odio por no detenerme.

Y el pasado y el presente están en guerra, luchan por un lugar en esta ducha.

Y me aferro con uñas y dientes al pasado.

Y exploto con una sola sonrisa en la cabeza, y no es de la mujer que amo.

16

VIOLETA

Esta casa comienza a asfixiarme.

Su silencio comienza a asfixiarme.

Hace dos días que Vincent duerme, solo duerme. Apenas está despierto un par de horas para comer. No me mira, no me habla, responde a mis preguntas con gestos o monosílabos.

Y me asfixia la soledad, me siento una extraña entre estas paredes.

Alan me dice que vuelva a casa, que Vincent ya no me necesita. Quiero hacerlo, quiero retomar el ritmo normal de mi vida, dejar de vivir cada día sintiéndome la persona más indeseada del planeta, pero algo me frena, algo me grita que me quede. Un poco más, solo un poco más.

Miro el mensaje de Angus.

Te extraño. El hospital te extraña. Dime que podremos vernos este fin de semana.

Si supiera dónde estoy, con quién estoy, no lo aprobaría. Angus es de los que pone el muro más alto posible entre él y los pacientes, es su forma de seguir cuerdo después de tantos años, de no llevarse el trabajo al hogar. Y le funciona, es eficiente, una eminencia.

Pongo el celular debajo de la almohada, a pesar de que sé que no debo hacerlo. Es uno de los tantos hábitos que no puedo romper.

Cierro los ojos, intento dormir. Llevo horas tratando de relajarme, de poner la mente en blanco, pero todo vuelve. Los padres de Vincent que no dejan de adularme cada vez que vienen o llaman por teléfono; Alan que amenaza con venir a buscarme; Angus que reclama atención, a pesar de que no tenemos nada serio; Morgan que insiste en que desperdicio toda oportunidad de divertirme que me ofrece y yo... ¿Dónde quedo yo?

Aprieto los párpados, cuento hasta cien hacia atrás. Nada. Los músculos agarrotados, la mente llena.

¿Por qué no traje mi estúpido vibrador? Podría olvidarme de todo por un rato…

—Picasso, bonito, ven —susurro.

Se arrastra por la cama hasta apoyar la cabeza en la almohada. Lo acaricio, huele demasiado bien para ser un perro.

—Menos mal que tú me quieres... —Lame mi mano—. ¿Te cuento un secreto? Tu padre es un idiota.

Me mira como si supiera exactamente de lo que estoy hablando.

Lo acaricio hasta que mis ojos se cierran y, poco a poco, voy cediendo a la magia del sueño.

El estruendo me paraliza.

Abro los ojos, la oscuridad es absoluta.

Mi corazón late a un ritmo inhumano cuando el miedo trepa por mis piernas.

Picasso está alerta.

El segundo estallido no es solo ruido, es caos.

Salto de la cama, el perro me sigue, ladra.

Vidrios que se rompen, muebles que se caen. El caos proviene de la puerta al final del pasillo, la habitación de Vincent.

Corro, entro.

Todo está destrozado, no queda ninguna pieza intacta. Muebles, ropa, cuadros, portarretratos, lámparas, todo desparramado.

La luz que se filtra por la ventana ilumina a Vincent, arrodillado entre los vidrios, la cabeza hacia delante, el mentón rozando su pecho, el torso brillante de sudor, la garganta en llamas.

Grita. El grito es desgarrado y nace de lo más profundo de su alma. Está roto, todo en este hombre está roto. Se ahoga con el llanto que quiebra su voz y sacude sus hombros.

—¿Vincent?

Doy un paso al frente, otro atrás. Cada grito es más desolador que el anterior, me eriza la piel, me estruja el corazón, hace que me cuestione si debo acercarme o salir corriendo.

—Vincent… —un susurro que se pierde en su agonía.

Junto coraje para acercarme al hombre que agoniza de rodillas, con un par de alas en la espalda, rodeado de oscuridad y recuerdos.

Me tiemblan las piernas cuando con extrema suavidad pongo una mano en su hombro. Espero lo peor, que me aleje, quizá un empujón cegado por el trance del dolor, pero nada llega. Solo llora. Solo grita su angustia con la voz rota.

Me arrodillo despacio, esquivando los vidrios, cada movimiento es calculado.

—Vincent —otro susurro—, no estás solo.

No se mueve, no me empuja, y es la señal. Pego mi pecho a su espalda, rodeo su cintura, lo abrazo.

—No estás solo —hablo suave a su oído, acaricio su abdomen con mi pulgar—. Sé que duele, lo sé. Yo también quise morir. Deseé no despertar, porque el mundo era más cruel de lo que podía soportar. Pero aprendí algo: si no dejas que duela, que queme, que sangre, jamás sanará. Déjalo sanar, Vincent. Déjalo sanar.

El primer paso para sanar es limpiar la herida, y las heridas del alma se limpian llorando.

Dejo que limpie su herida, dejo que llore en mis brazos. Y mientras apoyo la mejilla en su espalda, sobre esas alas llenas de historia, y siento su dolor, me pregunto cuál es el origen de mis lágrimas.

¿Lloro por compasión? ¿Por él? ¿Lloro por mí? ¿Lloro por todo aquello que fui y nunca dejé atrás?

Lloro por todas las veces que me rompí y no me permití sanar.

17

VINCENT

Descanso en la nada que hay entre nosotros. Permanezco allí, entre el odio fingido y los demás sentimientos reprimidos, entre el *me gustas* y el *te detesto* por hacerme sentir así; tan vulnerable, tan equivocado, tan roto.

Siento mía la parsimonia con la que respira, siento mío su sueño tibio.

Miro aquellos ojos dormidos como si tuvieran la respuesta a todos mis problemas, espero que me hablen, que me guíen, que me digan lo que tengo que hacer, aunque termine hundiéndome como siempre, aunque jamás encuentre la superficie.

«… Si no dejas que duela, que queme, que sangre, jamás sanará. Déjalo sanar, Vincent».

¿Para qué? ¿Para aceptar que sigo respirando y ellas no? ¿Que tengo una vida por delante cuando sus sueños fueron cruelmente arrebatados?

Contemplo su perfil dormido, cerca, muy cerca, su mano sobre la mía, sus rodillas rozándome, el cabello esparcido por el suelo…

No recuerdo en qué momento dejé de gritar, llorar, y me acosté a su lado.

No sé cómo reunir el coraje para separar mi mano de la suya, para ponerle fin a este instante que nunca debió existir.

No sé por qué no me levanté, si hace una eternidad que estoy despierto.

Hay retazos de la pesadilla viviendo en mi garganta, en mi pecho. No pude vaciarme, a pesar de que no me quedan lágrimas. Jamás podré vaciarme.

La miro, miro su boca.

«No quieres su boca, quieres besar. Solo extrañas sentir…».

Empujo la tentación, lleno mi mente con cualquier cosa. Me pregunto por qué se quedó, si hace días que la ignoro y la trato como no se merece.

¿Cuál es su límite? ¿Es sano ser tan bueno, tan noble, tan… leal?

«Yo también quise morir. Deseé no despertar, porque el mundo era más cruel de lo que podía soportar».

Pienso en las veces que la habrán lastimado, porque un alma como la suya nunca sale bien parada.

¿Cuál es su herida? ¿Qué la llevó al borde del abismo? ¿Qué tan oscura es esa parte de su vida que protege bajo llave? ¿Será como la mía? ¿Será el infierno en la Tierra?

«Una vez vi mi futuro en los ojos de una persona, pero no vio el suyo en los míos». «Nunca tuve suerte en el amor».

Su pulgar está sobre el dorso de mi mano, es pequeño. Lo recuerdo acariciándome hasta que

mis párpados hinchados se cerraron.

«No estás solo, Vincent».

La soledad es cruel, se alimenta de recuerdos, caricias y sabores. Te oscurece hasta que ya no brillas, hasta que pierdes la capacidad de soñar despierto.

La soledad no siempre es física, no siempre se ve. A veces quema en silencio, vive allí donde otros ven sonrisas, convierte la risa en llanto, es ese chubasco que te sigue a todas partes.

«Sí estoy solo, Violeta. Estoy solo incluso cuando la habitación está llena de personas que me aman».

Mi pecho arde, mi garganta duele, mi estómago está revuelto. Pasó tanto tiempo desde que una pesadilla me dejó tan exhausto. Pero soñar con esa noche es descender al infierno.

Inhalo profundo, deslizo con cuidado mi mano hasta que ya no siento su piel.

—Violeta —susurro.

Sus ojos permanecen cerrados.

—¿Violeta?

Hay un mechón de cabello negro rozando su pómulo. Me pican los dedos, quiero alejarlo de su rostro, pero me detengo antes de tocarla.

Cierro los ojos, respiro.

Me pongo de pie, la habitación es la escena de un crimen. Me di cuenta de lo que estaba haciendo cuando la mitad de las cosas estaban rotas. Y no paré, no supe cómo.

Paso un brazo debajo de sus rodillas, otro por su espalda, y la levanto. Pesa más de lo que imaginaba, para ser tan pequeña.

«Sesenta kilos de ego», pienso. No, ego no, seguridad diría ella.

—¿Qué…? —Entreabre los ojos, me mira —. ¿Vincent? ¿Qué haces? No puedes… —Mira alrededor, entiende que la estoy llevando a su habitación—: Hacer fuerza. Bájame.

—Shhh…

Apoya la mejilla en mi pecho solo un segundo, sus ojos se cierran.

La dejo en la cama junto a Picasso, el traidor se lleva una caricia.

—¿Qué hora es?

—Aún es de noche, duerme.

—¿Cómo estás? Déjame… tomarte la fiebre, hervías hace un rato…

La tapo.

—No tengo fiebre.

—Vincent…

Apoyo la palma de mi mano en su mejilla. Electricidad pura y efímera.

—Estoy frío ahora, ¿ves? No tengo fiebre. Duerme, Galeno.

—Hamilton…

—Duerme.

Salgo del cuarto antes de que continúe o se levante. Me encierro en el baño, lleno la tina con agua humeante.

Estoy frío, tan frío.

Descubro la causa del ardor en las plantas de mis pies cuando el agua adquiere un tinte rosado. Examino los cortes, caminar va a ser una tortura por unos cuantos días.

Apoyo la cabeza en la bañera, cierro los ojos.

Las imágenes están ahí, crudas, vivas, latentes.

Sangre. Gritos. Llanto. Desesperación. Muerte.

Intento ahogar los recuerdos, pero sus garras me reclaman. Y antes de poder gritar, estoy bajo el agua.

Aún estoy bajo el agua.

18

VINCENT

Dos años atrás

Apoyo el mentón en su hombro, giramos en círculos dulces, sentimos al ritmo de la música. Mi pecho rozando su espalda, mis manos acariciando su vientre abultado.

—Me gusta esta nueva forma de bailar lentos…

Una risa suave, un beso en mi mejilla.

—Ya lo creo —susurra—. Veo que lo disfrutas. —Con discreción restriega sus curvas contra mi entrepierna, me roba una sonrisa y un suspiro—. Pero extraño poder abrazarte.

—Nina nacerá en dos semanas, podrás abrazarme todo lo que quieras pronto. Queda menos, preciosa.

Suspira, lleva días pensativa. Sé que afloraron los miedos. Sé que está cansada, las últimas semanas son difíciles.

—Voy a necesitar un buen masaje de pies después de esto.

—Qué suerte que te casaste con el mejor masajista del mundo.

Siento su sonrisa en mi cuello, asiente.

—Un hombre de muchos talentos…

Continuamos bailando pegados, en nuestro mundo, ajenos a las risas y charlas que mantienen viva la fiesta. Dejo que el momento me envuelva, consciente de que este es uno de los últimos instantes en que solo seremos ella y yo. En días, Nina me mirará a los ojos, cambiará mi mundo, me enseñará otra forma de amar, ocupará un lugar en nuestra cama, será el centro de nuestras vidas. Y lo ansío, me desvela, me ilusiona.

Domino la ansiedad, el anhelo y el miedo, me concentro en el perfume dulce y fresco que desprende su piel.

—¿Ya te dije que estás tan hermosa con este vestido que no decido si quiero dejártelo puesto o quitártelo con desesperación?

—Sí, una docena de veces…

Recorro su nuca con la punta de la nariz, su piel se eriza.

—Eres lo más hermoso que vi desde que pisé este mundo, Sammy.

Entrelaza nuestros dedos, ambos abrazamos a Nina.

—No mientas, parezco un pez globo.

—No sabía que los peces globo eran tan *sexys*…

Otra risa que me hace vibrar.

—Me lo dices para evitar la crisis emocional que tendré cuando intente quitarme este vestido

y me asfixie en el proceso.

—Te lo digo porque eres un sueño hecho realidad.

La hago girar con suavidad, la abrazo con Nina entre nosotros.

—Me tienes a tus pies, Sam. Todas tus versiones me tienen a tus pies. —Sujeto su rostro, me encuentro en esos ojos de cielo—. A veces me pregunto qué hice para merecerte… Dios debe adorarme, debo ser su favorito, por eso te puso en mi camino. Mi ángel… Mi propio ángel en la Tierra.

Sus dedos acarician mi nuca, se entierran en mi cabello, me acercan a su boca. Esa boca que venero con absoluto respeto y admiración, la misma que me enciende con un susurro y me completa con una sonrisa.

El beso es magia. Es pureza. Son sueños. Es amor.

Cuando dejo de saborear sus labios, mi corazón bombea a un nuevo ritmo, ese que solo se experimenta cuando sientes que llegaste, rozas tus sueños con las puntas de los dedos, estás en la cima, venciste a la tormenta, eres feliz.



Estaciono. Pienso en guardar el auto en la cochera, pero Samantha luce exhausta. Acaricio su mejilla, contemplo su perfil dormido.

—¿Sam? Sammy, bebé, llegamos.

Sus ojos se abren perezosos.

—¿Eso significa que ya puedo quitarme este vestido?

Sonrío, le quito el cinturón de seguridad.

—Eso significa que voy a quitarte ese vestido, prepararte el mejor baño y darte el masaje de pies más increíble del planeta.

—Suena muy prometedor, agente Hamilton.

Le guiño un ojo.

—Sabes que cumplo con las expectativas.

Se acerca, me busca en un beso fugaz que pronto se vuelve eterno. Lenguas que danzan sin prisa, promesas y sueños que se tejen en silencio.

Mi celular suena, rompo el beso cuando veo el nombre de mi jefa en la pantalla. Atiendo.

—¿Estella?

—Sé que es tu noche libre, pero necesito un avance del informe del caso Walsh. Hay mucha presión, Vincent, demasiada. Dame algo, lo que sea.

Suspiro.

Samantha baja del auto, comienza a abrir la puerta de casa.

—Está bien, te mandaré algo esta misma noche.

—Gracias. Saluda a tu esposa de mi parte.

La observo entrar.

—Lo haré.

Guardo el teléfono en el bolsillo de mi traje, aseguro el auto antes de cruzar el jardín que Sammy cuida con esmero.

Está oscuro, la luz de la recepción no funciona.

—¿Otra vez se quemó esta lámpara? ¿Cuántas cambié en el último mes?

Vuelvo a activar la alarma, me quito los zapatos, el saco, y camino descalzo.

—No muevas un dedo, Sammy, nada de ponerte a ordenar. Directo al baño y a la cama.

Picasso no viene a recibirme, Sam debe estar besuqueándolo.

El salón también está oscuro, silencioso, pienso que cortaron la luz hasta que veo encenderse la de la cocina. Avanzo.

—Por favor, dime que guardaste un pedazo de pastel en tu cartera. Me muero por…

Mi pulso se detiene.

La vida se detiene.

Una llama calienta mis pies, el fuego repta por mis piernas. Me incinera.

Es instinto, reflejo, busco el arma en mi cintura, pero no está.

Una M4 apuntando a mi pecho, una Desert Eagle en la cabeza de Sammy.

—Ni un movimiento más o la puta embarazada muere.

No respiro.

No parpadeo.

Los ojos de Sammy están llenos de lágrimas, terror, preguntas.

Tres. Tres hombres con pasamontañas. Distintas alturas, complexiones, posturas.

Busco. Busco toda esa calma y racionalidad que tengo en cada operativo, no la encuentro.

—Pueden… llevarse todo lo que quieran. Les abriré la caja fuerte. Solo suelten a mi esposa.

Uno de ellos, el más alto, el que me apunta, ríe.

—¿Crees que esto es por dinero? ¿Crees que soy un simple ladrón? Hijo de puta… —Niega, se mueve con pasos erráticos hacia delante y hacia atrás. Está nervioso—. ¿Creíste que ibas a quedar impune? ¿Que nadie iba a vengarse por lo que hiciste? Estás a punto de conocer el infierno.

Samantha grita cuando los otros dos tipos me sujetan, la punta del silenciador de la M4 está en su panza ahora.

Mi mundo pierde color.

—Sammy, mi amor, tranquila. Todo estará bien.

Niega, sujeta su vientre, llora. Está pálida, aterrada, y yo no puedo pensar. No puedo actuar.

Tengo armas en cada rincón de la casa, pero si muevo un solo músculo, si intento reducirlos, Sam…

Me sientan, ponen precintos sobre la mesa. Me resisto en cuanto agarran mis manos, pero el grito de Sam me paraliza.

—Lo creía más inteligente, agente… —Tiene el cabello de Sammy en su puño, tira, le arranca sollozos—. ¿Está seguro de que no va a colaborar? Piénselo bien…

Vuelvo a sentarme, mi pecho endurecido. Me atan a la silla, Samantha suplica.

—No sé quién eres, no sé qué mierda pasa, pero podemos arreglarlo de hombre a hombre —mascullo—. Llévenme, iré voluntariamente. No haremos un solo ruido. Me tienen.

Otra risa.

Uno se queda a mi lado, el otro regresa al costado de Sammy.

—Tienes una esposa muy hermosa, *Hamilton*. —Le acaricia la mejilla, todo mi cuerpo se tensa.

—No le pongas un puto dedo encima.

—¿O qué? —Se cruza de brazos, el arma descansa contra sus costillas—. ¿Qué vas a hacer? ¿Impedirlo? ¿Matarme?

Agarra un mechón de su cabello largo, lo huele. Samantha no se mueve, solo solloza y abraza a Nina en su vientre.

—Te lo suplico. Seas quien seas, quieras lo que quieras, podemos solucionarlo. —Mi voz tiembla, no puedo dominarla—. Mírame, me tienes aquí, rendido, llévame. No seas cobarde, no te metas con ella…

Huele el perfume de su cuello, su hombro.

La cercanía me desespera, el arma apuntándole otra vez a la cabeza me nubla la vista.

No puedo pensar. Necesito pensar.

—Déjala. Déjala fuera de esto. Te lo ruego. Por Dios, está embarazada…

—Qué observador… —Mira el cuerpo de Sam de pies a cabeza—. Ahora que lo pienso, nunca vi a una mujer embarazada desnuda. No entiendo por qué a tantos hombres les calienta la imagen…

Me falta el aire, todo está negro.

—Llévame. ¡Llévame y haz lo que quieras conmigo! ¡Vamos! ¡No seas cobarde!

Intento moverme, pero es imposible, mis manos y pies están atados de forma tan tirante que cortará la circulación de mi sangre.

Se acerca a paso lento, me acecha, lo disfruta. Pone la M4 en mi sien.

—Samantha, querida, desnúdate, por favor.

La mirada aturdida de Sammy me encuentra, niega de forma frenética.

—Veo que necesitas un poco de inspiración…

La culata del arma golpea mi pómulo, abre la piel.

Sam grita, suplica, se ahoga con el llanto.

—No lo hagas, Sammy. No lo hagas. Todo estará bien, lo prometo. Mírame, preciosa, estarás bien.

—Qué romántico… Todo estará bien. —Aplaude—. ¿Necesitas otro incentivo, *Sammy*?

El metal encuentra mi nariz, la sangre sale a borbotones, inunda mi boca. Toso, abro y cierro los ojos, reprimo el dolor, intento pensar, negociar.

—¿Qué te hice? ¿Qué es… lo que quieres?

—¿Ahora? Que tu esposa se quite la ropa. ¿Piensas tardar mucho más, cariño? Porque ya me cansé de los golpes, la próxima será una bala.

Sammy tiembla, jamás la había visto así. Jamás me había sentido tan… impotente. Aterrado.

—No lo hagas, Sam —balbuceo—. Todo… estará…

Lleva las manos a su espalda, el vestido toca el suelo.

Mi garganta se cierra.

Las lágrimas se mezclan con la sangre, tienen el mismo sabor.

Agacha la cabeza, aprieta los ojos, permanece allí, desnuda, vulnerable, consumida por el pánico.

—Sammy… —Me sacudo en la silla, no consigo nada—. ¡Llévame! ¡Hijo de puta, llévame! ¡Haz lo que quieras conmigo, pero déjala en paz!

Él, el único que habla, se agacha frente a mí. Se quita el pasamontaña, sus ojos oscuros me miran fijo.

—Mírame bien, Hamilton. —Lo hago, memorizo todas sus facciones—. Llevo meses esperando este momento, meses planeando hasta el último detalle. —Niega con la cabeza—. Meses pensando… ¿Cuál será el castigo apropiado?

Se levanta, se acerca a Samantha.

—¡Aléjate! —el grito gutural enciende mi garganta—. ¡Si le tocas un pelo voy a matarte!

Una señal con la cabeza, cinta plateada cubre mi boca. Me silencian sin importar cuántas veces intento morderlos.

—¿La muerte? ¿Es la muerte suficiente? ¿No es demasiado rápido, fácil? Hasta que llegué a una conclusión: tú no tienes que morir, tienes que vivir. Tienes que vivir con esto.

Su mano agarra los pechos de Sammy, la toca. Ella grita, se retuerce, patea, pero la sujetan mientras esa mano desciende y se pierde bajo su ropa interior.

Y la toca. La toca con violencia sin dejar de mirarme.

Pierdo el control, la cinta amortigua mis gritos. Las lágrimas no me dejan ver, mis ojos van a explotar.

Me sacudo hasta que la silla cae y el mundo está al revés.

Y Samantha grita, pero su voz es silenciada. Cinta rodea su cabeza, sella sus labios. Y sus ojos están fijos en los míos mientras su cuerpo, ese que amo, ese que engendra vida, nuestra vida, es vulnerado.

Y no puedo impedirlo.

«Esto no está pasando».

—Y una de esas tantas noches donde fantaseé con tu sufrimiento, Hamilton, imaginé esta escena. Tú mirando cómo me cojo a tu esposa. ¿Qué peor tortura que esa? Pero… me enteré de un pequeño detalle. —La mano asciende, vuelve a sus pechos. Quiero cerrar los ojos, pero no puedo romper la conexión. Sé lo que hace. Sé por qué Sammy me mira así, se está refugiando en mí—. La señora Hamilton está embarazada. Un giro inesperado…

Arranca la cinta de su boca, la besa, silencia sus gritos, y muero un poco más.

«Perdóname, Sammy. Perdóname. Perdóname, mi amor».

La suelta, el labio de Sam sangra.

Vuelvo a retorcerme en el suelo, respiro como un animal.

—Aunque no me creas, no soy un monstruo. Hasta yo tengo mis límites. No voy a violar a una mujer embarazada… ¿Cómo iré a misa los domingos? —Le acaricia el cabello y los labios antes de volver a amordazarla—. Creo que con este espectáculo tuviste suficiente… No lo olvidarás, ¿verdad, Hamilton?

Sammy intenta cubrirse, tiembla. Ya no suplica. Ya no me mira.

—Levanten la silla, quiero que vea esto en primera fila.

El mundo gira, vuelve a estar de pie.

Se acerca, me mira, pienso en todas las formas en que voy a destriparlo.

—Eso fue por mí, por toda la agonía que me hiciste pasar. Esto es por mi hermano.

La bala es muda; los gritos de Samantha, también.

Cae de rodillas, intenta contener la sangre que mana de su vientre.

Tiembla.

Sus ojos me buscan.

La segunda bala perfora su cabeza.

Su cuerpo cae hacia a un costado, la mirada fija en mí. Vacía.
Estoy muerto.
—Ojo por ojo, Hamilton.

19

VIOLETA

En el instante en que mi cabeza toca su pecho y sus brazos me rodean, me doy cuenta de que era todo lo que necesitaba; esto, un abrazo.

Respiro como hace días no lo hago, me siento liviana, segura, casi la misma de siempre.

—Yo también te extrañé, pero me gustaría que mis pulmones siguieran funcionando —dice con voz entrecortada.

Sonrío y aflojo un poco el agarre, pero no lo suelto.

—Jamás pensé que diría esto, pero extrañé tu olor. —Entierro la nariz en su cuello, huelo su perfume—. Maldito desgraciado, ¿por qué olés tan bien?

Besa mi cabeza, me apretuja un poco más.

—Porque a las mujeres les gusta.

—Casanova…

—Y con orgullo.

Nos despegamos, aunque podría quedarme entre sus brazos todo el día. Necesito ese algo familiar que solo Alan puede darme.

—¿Puedo sentarme un minuto?

—Creo que sí…

Deja la bolsa con los libros y las piezas de cerámica que dejé sin pintar el día que armé la valija y terminé en esta caja de recuerdos ajenos.

—Gracias por traerme las cosas, no sabés cuánto necesito distraerme.

Se sienta, ocupo un lugar a su lado en el sillón.

—De nada. Espero que esta vez termines de pintarme la taza, la vieja pide a gritos un cambio. Y si podés agregar: «Acá solo toma el cirujano más *sexy*», mejor.

—Te prometo que la próxima vez que nos veamos el cirujano más *sexy* tendrá su nueva taza.

Me guiña un ojo. Mira alrededor, absorbe la historia que cuenta el muro de fotografías.

—Es hermoso, ¿no? Toda una vida plasmada en fotos…

—Es… intenso.

Sonrío, lo miro.

—¿Muchas emociones para el casanova?

—Demasiadas.

Vuelvo a posar la vista en la pared, en esa foto que me cautiva de forma especial, esa en la que ella está sentada sobre las piernas de Vincent, manos en el vientre abultado, y ambos sonríen como si tuvieran el mundo a sus pies.

—Ese tipo de amor… Daría todo por tenerlo.

Siento la mirada de Alan en mi perfil.

—¿Es *esa* fecha del mes o esta casa te está poniendo melancólica?

—Las dos. No me hagas caso. —Me dejo caer entre los almohadones, juego con los bolsillos de mi ambo—. ¿Cómo está todo por casa? ¿Sigo teniendo tangas?

—El cajón lleno, una más hermosa que la otra.

Le doy un codazo, me tira un beso.

—La realidad es que también te extraño. Ya me acostumbré a que dejes bombachas húmedas en la ducha, es duro entrar y no ver ninguna.

Me tapo la boca para silenciar la risa, Vincent duerme. Es todo lo que hace, apenas me dirigió la palabra desde la noche en que destrozó su habitación y yo hice y dije más de lo que debía.

—Volvé a casa, Leta. Esto ya no tiene sentido.

Lo sé, tiene razón. ¿Qué sentido tiene ayudar a alguien que no necesita mi ayuda, que rechaza aquella que sí haría sus días más fáciles?

—No lo sé —soy casi un susurro—. Su familia… me apena. Pusieron tanta fe en mí, creen que estoy haciendo lo que ellos no pueden. No quiero decepcionarlos.

—El tipo se comporta como un imbécil —habla bajo—. No deja que hagas tu trabajo, no te hace caso, es infantil, rebelde, no quiere mejorar. Me decís que desde hace días ni siquiera te habla… ¿Por qué te exponés a esto? No sos una santa, Violeta, sos humana. No harás ningún milagro. No puede sanar aquel que se enamora de la herida.

Suspiro, contemplo las fotografías…

—Hay más, siempre hay más. Nada es blanco o negro.

—No. No me digas que te gusta el paciente.

Un duelo de miradas.

—No.

—Violeta…

—Callate. No es así. —Miro hacia la escalera—. Es que… está tan roto, Alan, tan. Siento que necesita… un amigo.

—Me dijiste que tenía, el bombero que está más bueno que comer dulce de leche del pote —me cita.

—Sí, pero no esa clase de amigo. Siento que necesita otra cosa, alguien nuevo, que no esté relacionado con su pasado. ¿Entendés? Alguien que lo ayude a descubrir quién es ahora, quién puede llegar a ser...

—¿Y creés que vos podrías ser ese alguien?

—Yo soy su enfermera.

—Exacto. Sería poco profesional. No podés ser las dos, es tu paciente.

Lo pienso. Mentiría si dijera que es la primera vez que lo hago.

—Si no lo fuera…

—Violeta, el tipo te detesta. Me dijiste que te trató como basura desde que le salvaste la vida. No entiendo por qué todavía estás acá, ¿y querés ser su amiga?

—Olvidalo…

—Sí, olvidalo. Volvé a casa. Olvidate del dinero. No necesitás pasar por esto. Dejá de

regalarle tu tiempo a quien no lo quiere.

—No es un regalo, me pagan. Es trabajo.

Alza las cejas, me mira.

—¿La amistad que intentás brindarle está incluida en tu salario? ¿El oído que le prestás, el trato especial? Te conozco desde que tenías esas horrendas paletas de leche, Violeta, a mí no me engañás.

Me pongo un almohadón en la cara.

—¿Puede irse el Alan que juzga y volver el que me abraza?

Descubre mi rostro.

—Puede.

Me abraza. Cierro los ojos, intento ordenar los pensamientos, las emociones. Todo se intensificó desde aquella noche en que lo vi de rodillas, en la que lo dejé ver una parte de mí.

Sé que estoy haciendo lo que no debo, rompiendo las reglas, cruzando los límites, pero es más fuerte que yo, no puedo evitarlo. Me atrae. Es su dolor, es encontrar pedazos míos en su mirada… No lo sé.

—¿Galeno?

Sigo la voz, Vincent está en la escalera.

Me separo de Alan como si mi padre me hubiera encontrado besándome con un noviecito a los quince años.

—Vincent. —Me levanto, aliso mi uniforme—. ¿Te sientes bien?

Sus ojos algo hinchados por el sueño van de mi compañero a mí.

Alan se levanta, se acerca al final de la escalera y le tiende la mano.

—Alan Barone.

Vincent desciende, mira su mano por lo que se siente una eternidad, termina apretándola.

—Hamilton.

Los tres permanecemos en el silencio más incómodo hasta que Alan lo rompe.

—Yo ya me iba, vine a traerle unas cosas a Violeta. —Un saludo con la cabeza a Vincent—. Que te mejores pronto.

Lo acompaño hasta la puerta.

—Volvé a casa, no me hagas suplicártelo —me susurra.

Miro de reojo la sala, Hamilton sigue parado en el mismo lugar.

—Andá.

Mira por encima de mi hombro.

—¿Vas a estar bien?

—Estaré bien.

Suspira, besa mi frente.

—Te llamo en unas horas, antes de acostarme.

—Está bien.

Cuando cierro la puerta respiro la tensión. Cuento hasta tres, vuelvo al salón.

Vincent me mira fijo, el rostro inexpresivo.

—No sé en qué clase de casas trabajaste, pero no vas a traer a tus novios a la mía.

No puedo evitar reír.

—¿Mis novios? ¿Así, en plural? ¿Tengo cara de promiscua?

—No lo sé, dímelo tú. Alan Barone, Angus… ¿Incluyo a Nathan o es muy pronto?

Me cruzo de brazos, lo observo con una sonrisa.

—Continúa, Hamilton, me interesa tu punto…

—No te burles de mí, Galeno. Haz lo que te plazca de la puerta para afuera, pero no en mi hogar.

Señalo la bolsa de papel sobre la mesa de centro.

—Solo vino a traerme algunas cosas con las que entretenerme cuando me ignoras, no me hablas, no me dejas hacer mi trabajo, me tratas como basura o duermes más de doce horas al día.

Su pecho desnudo sube y baja al ritmo de la furia. Vincent es una mecha que se enciende sola.

Saca el gorro gris del bolsillo de su pantalón, se lo pone sin dejar de mirarme, y va directo a la cocina.

Me quedo unos segundos tildada, su voz es eco en mi cabeza.

«Alan Barone, Angus…».

Lo sigo.

—¿Cómo sabes quién es Angus? Jamás te hablé de él.

Termina de beber, deja la botella de agua y busca todos esos paquetes de frituras que escondí hasta que coma algo que lo ayude a recuperarse.

—Vi su nombre en la pantalla de tu celular, te llama más que la reina a su asistente.

Me apoyo en la mesada, lo estudio.

—¿Estás controlando mis llamadas? ¿Revisas mis cosas, Hamilton?

—No tengo interés ni tiempo para eso, *Violet*. Solo vi su nombre en la pantalla del puto teléfono, eso es todo.

—¿Y solo por eso asumes que es uno de mis tantos novios, *Vicente*?

Se encoge de hombros. Después quiere que no lo trate como si tuviera cinco años.

—Toda esta conversación no tiene sentido. Debía terminar después de que dije: no vas a traer a tus novios a la mía.

Intenta irse, pero le bloqueo la salida.

—¿Qué haces?

—Aclararte algunas cosas. Primero: respeto mi trabajo y a mis pacientes, jamás traería *novios* a una casa que no es mía, mientras cumplo con mi deber. Segundo: no tengo novios, pero si los tuviera, ¿cuál sería el problema?

Nunca nadie, jamás, me miró así, como si quisiera… besarme y hacerme desaparecer de la faz de la Tierra al mismo tiempo.

—Por mí puedes acostarte con toda la población masculina de Londres, me da igual. Pero no en mi casa. ¿Ahora me puedo ir?

—Solo si me pides disculpas.

Una risa escueta, pero que deja una sonrisa en sus labios.

—¿Disculpas?

—Por insinuar que soy la clase de persona que ensucia su trabajo y no tiene respeto por sus pacientes.

—No voy a disculparme por señalar los hechos.

Alzo las cejas, me cruzo de brazos.

—¿Me viste revolcándome con alguien en tu sofá? Porque no lo recuerdo, tu inmadurez debe causarme amnesia…

—Invitaste a alguien a mi casa sin mi permiso.

—No lo invité, solo me trajo algo y se sentó un minuto para preguntarme cómo estaba.

—Se estaban abrazando.

—Perdón por cometer semejante acto de depravación fuera del horario de protección al menor.

Suspira, cierra los ojos, aprieta el puente de su nariz. Me mira.

—¿No te cansas, Violeta?

—¿De este teatro? Sí.

—De ofrecer la ayuda que nadie te pidió. ¿Tan poco amor propio tienes para quedarte donde no eres bienvenida?

Me golpea, lo hace, pero soy buena fingiendo que nada puede tocarme.

—¿Tú me vas a hablar de amor propio?

Se acerca, doy un paso atrás. La altura en los hombres me resulta atractiva, pero esta vez es… sofocante.

—Eres irritante. —Su mirada absorbe cada detalle de mi rostro—. Te crees perfecta, superior, la solución a todos los problemas, la persona ideal. Pero ¿sabes qué? Cuando te miro solo veo defectos.

Trago.

Mi boca se abre, pero no tengo palabras.

«… Solo veo defectos».

Cierro los ojos, lo reprimo, pero está ahí. Siempre está ahí, buscando cuándo emerger.

«No sirves para nada. Eres un error, un defecto. Por eso estás aquí».

El timbre suena.

—Hazte un favor —susurra cerca, muy cerca—, conserva un poco de dignidad, junta tus cosas y vete.

Sale.

Llevo una mano a mi pecho, divido el pasado del presente. Ya no sé dónde estoy, qué suelo piso.

Me sirvo un vaso con agua, bebo. Desde la cocina veo cómo Vincent sube la escalera con un hombre que viste de negro, informal, pero intimidante. Ronda los cuarenta años, no hay nada amigable en su expresión cuando me mira.

Son las dos de la mañana, me acosté después de dejarle la cena y la medicación en su habitación. Dormí algunas horas, pero me desperté con una horrible sensación en el pecho.

Doy vueltas en la cama. Tomé una decisión, pero no me atrevo a dar el paso. No me gusta tirar la toalla, tampoco pelear batallas que no son mías.

Acaricio la oreja de Picasso, miro la valija. Llevo minutos haciéndolo, juntando coraje. Me levanto, la agarro, comienzo a guardar mis cosas.

Me voy. A primera hora del día llamaré a los padres de Vincent para comunicarles mi

decisión.

«¿Tan poco amor propio tienes para quedarte donde no eres bienvenida?».

No se trata de lo que dijo, se trata de aceptar que le ofrezco algo que no necesita, que no quiere. Vincent no necesita una enfermera, necesita un psicólogo. Necesita familia, amigos, tiempo, voluntad, un objetivo. Todo lo que no está en mis manos.

Guardo algunos libros, bajo para buscar los que tengo desparramados por ahí. Nunca fui muy buena con la regla número nueve: no dejar pertenencias por la casa.

Paso por el balcón, la lluvia cae fina y constante. Me pregunto sobre qué hablaban Vincent y aquel hombre allí afuera, rodeados de papeles y ceños fruncidos, hasta que la tormenta los espantó.

Recojo dos libros de la sala de estar, voy a la cocina. Enciendo la luz, hay un papel en la mesa. Es el reglamento de convivencia. Está arrugado, subrayado, escrito en todos lados. Hay una nueva regla.

«Regla número quince: Violeta **NO** invitará a sus novios ni se abrazará con nadie en mi salón».

Sonrío, miro el «NO» remarcado con furia. Niego con la cabeza, agarro la lapicera, escribo:

«Regla número dieciséis: no más reglas».

Vuelvo a pegar el reglamento en la heladera, subo la escalera. Me detengo antes de entrar a mi habitación, miro su puerta. Suspiro, decido chequear cómo está. Una última vez. Una última noche.

Golpeo con suavidad, no responde. Abro despacio, está oscuro. Dejo que la luz del pasillo se filtre e ilumine el interior.

Las sábanas revueltas, la cama vacía.

Mi ceño se frunce, mi pecho se endurece, el pulso se acelera.

Dejo los libros en el suelo, toco la puerta del baño.

—¿Vincent?

Nada.

Abro. Vacío.

Me desespero. Salgo al balcón, solo la lluvia y la noche.

Vuelvo al pasillo, miro esa puerta, la habitación prohibida. Me acerco, tres golpes suaves en la madera.

Nada.

Abro. Vacía, fría.

Bajo corriendo, me paro en el medio del salón.

El silencio me ensordece.

No está. Vincent no está.

20

VIOLETA

Nathan entra empapado, la llovizna es una tormenta furiosa ahora. Casi tan furiosa como yo.

Tiro de su mano, cierro la puerta.

—Gracias al cielo estaba tu número de teléfono pegado en la heladera, no quería llamar a sus padres.

Me sonríe y guiña un ojo.

—Me alegra ser tu primera opción.

—Ahora no, boludo.

—¿Qué? No vale usar palabras que no entiendo.

—Ahora no, Nathan. Te necesito enfocado.

De repente, es todo seriedad.

—Tranquilízate y cuéntame bien lo que pasó.

Salto sobre un pie mientras me pongo la otra zapatilla, hablo:

—Estaba enojado, como siempre, se puede decir que discutimos. Luego… vino un hombre. Estuvieron durante horas hablando en el balcón. Nunca lo había visto, pero no me dio buena vibra.

Se arrodilla, termina de atar mis cordones. Me mira desde abajo.

—¿Cómo era?

—¿Por qué?

—Conozco a algunos de sus colegas.

—Mmm… Alto, fornido, casi rubio, cabello corto, vestimenta oscura… Rondaba los cuarenta y… su mirada no era nada amigable.

Se levanta, mira alrededor, luce pensativo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Quién es?

—No lo sé, no me suena. ¿Vincent había tomado?

—No, le vacié todas las botellas de alcohol y me aseguré de que no pidiera ninguna cuando nos hicieron las compras.

—Tiene una petaca en cada parte de la casa, Violeta. Encuentro tres, mínimo, si reviso su habitación. Estoy seguro.

De repente me siento pesada, el calor del miedo me envolvió con su abrazo.

—¿Se llevó la moto?

—¿Tiene moto?

—Sí, en la cochera.

Me pongo una campera fina, busco las llaves.

—Nunca estuve en la cochera.

Nathan mira el muro de fotos, está rígido, perdió todo el júbilo que lo caracteriza.

—¿Qué fecha es?

—Diecisiete. ¿Por qué?

—Carajo. —Se agarra la cabeza, me observa—. Vamos, ya sé dónde está.

La lluvia golpea la ventana, borra el camino.

—¿Falta mucho?

—Es la tercera vez que lo preguntas en menos de cinco minutos. No, solo unas cuadras más. Cálmate, estará bien. Y necesitará que seamos firmes. Créeme, lo digo por experiencia.

Suspiro. Pienso en todo lo que no quiero pensar.

—Deja de morderte esa uña. —Me quita el dedo de la boca—. Te quedarás sin pulgar.

—Tiene que volver a terapia —suelto abruptamente—. Necesita volver con su doctor. ¿Bennett? ¿Así se llama? Si tienes su número de teléfono, lo llamaré yo misma.

Niega.

—No es tan sencillo, Violeta. ¿Crees que no lo intentamos todo? Vincent es adulto, necesitamos su consentimiento. Además, es experto en manipulación, en hacerte creer que está bien, si eso quiere. No exagero si te digo que creo que hasta engaña a su terapeuta. Lo hizo con todos en el trabajo…

Me observa, lo observo.

—Entiendo esa mirada, lo hago, pero no sabes lo que es luchar con alguien que no se deja ayudar.

Apoyo la cabeza en la ventanilla.

—Lo sé, en realidad lo sé.

Continuamos en silencio. Me concentro en la lluvia, intento calmarme, poner la mente en blanco para poder ayudarlo cuando lo encontremos.

Lucho, reprimo aquella parte de mi historia, pero rasguña mis brazos, no se rinde, le encanta la superficie.

Nathan estaciona en la entrada del cementerio.

Bajo, la capucha no puede protegerme de la lluvia.

Caminamos entre las tumbas, el corazón se me va a salir del pecho. Apunto con la linterna del celular, sigo las indicaciones del bombero.

El viento mueve los árboles, susurra verdades ácidas.

Y allí, acostado al lado de la tumba de su esposa, está Vincent.

—Por Dios…

—Es su aniversario de bodas. Debí recordarlo, debí pensar que este año también vendría. A veces viene incluso el diecisiete de cada mes. Viene, aunque se caiga el cielo, y le trae las mismas flores que adornaron su casamiento.

No sé cómo articular las palabras, cómo decir todo lo que se atora en mi pecho mientras lo veo allí, tan vulnerable, tan… entregado, necesitado.

—¿Qué hago? ¿Qué se supone que debo hacer, Nathan? ¿Tengo derecho a levantarlo, a separarlo de su esposa? Es… injusto. Todo esto es injusto.

Suspira, algunos cabellos se le pegan a la frente.

—Quédate lejos, siempre se pone violento al principio.

Permanezco paralizada bajo la tormenta mientras Nathan se aleja. Se agacha a su lado, le acaricia la espalda. Se queda así, en cuclillas, consolándolo algunos minutos.

Pienso en lo que me contó Zoe, su hermana, recuerdo aquella frase que Vincent me susurró casi sin aliento la noche del operativo.

«No pude, mi amor, no supe vivir sin ti… Lo lamento, Sammy, lo lamento… tanto».

¿Cuál es la magnitud de su dolor? ¿Se puede superar una pérdida semejante? ¿Con qué derecho le exigimos que viva, que aprecie y disfrute el aire que respira? ¿Con qué derecho juzgamos el dolor de los demás?

Nathan se levanta, lo pone de pie. Una botella cae de sus manos cuando empuja a su mejor amigo.

—¡Si manejaste hasta aquí borracho te juro que voy a romperte la cara! —La voz del bombero silencia la tormenta—. ¿Dónde está la moto?

Vincent lo empuja otra vez, pero él es el único que se tambalea y termina en el suelo.

Doy un paso al frente, pero su voz me detiene.

—¡Vete! ¡Déjame con Sammy! Es… nuestro aniversario…

—Hermano…

—¡Tenemos que estar juntos! ¡¿Por qué todo el mundo quiere separarnos?!

La lluvia lava mis lágrimas, pero no puede opacar la angustia del hombre que yace de rodillas junto a la tumba del amor de su vida.

—Déjame ayudarte a levantarte, hermano, vamos…

—¡No voy a moverme de aquí! ¡Vete! ¡Nadie te quiere! ¡Nadie te llamó!

Nathan intenta levantarlo otra vez, ambos terminan en el barro.

Corro. Mi pecho arde, la vida está en llamas.

—Te pedí que te mantuvieras alejada…

Ignoro la advertencia, me arrodillo junto a Vincent. Sus ojos están rojos, llorosos, hinchados; su rostro, embarrado y el cabello se le pega a las sienes.

Lo miro, miro directo a su dolor.

—Vamos a casa.

Me observa, el ritmo de su respiración deja entrever la batalla que desangra su alma.

Sujeto sus mejillas, lo miro fijo, cerca.

—Sammy no quiere esto. Sammy no quiere verte sufrir, no quiere ser testigo de cómo desperdicias la vida que ella no puede disfrutar. No es justo, no la destruyas así. —Sacudo con suavidad su rostro—. Hónrala. Levántate, ve a casa y hónrala. Honra el amor que le tienes. Mejora, sana. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por ella. Se lo debes.

Sus ojos son lagos de oro y sangre, y me hipnotizan, me devoran, me reclaman, me consumen.

Mira la tumba de su esposa.

«Aquí yacen Samantha y Nina Hamilton, los dos pedazos de mi alma».

—Por ellas, Vincent. Levántate por ellas.

Me pongo de pie, le tiendo mi mano. La mira, me mira, y la toma. Lo hace, se levanta.

Su piel húmeda me acelera el pulso, la súplica en su mirada afloja mis piernas.

Nathan me ayuda a mantenerlo erguido, salimos del cementerio abrazados.

Tres vidas, tres historias entrelazadas por el dolor.

—¿Sabes manejar, Violeta?

Sostengo el lado derecho de Vincent con toda la fuerza que tengo.

—Sí.

—Bien. Llévalo a casa en mi camioneta, yo buscaré la moto.

La ansiedad me roba la capacidad de manejar la situación como una adulta.

—¿Estás seguro? ¿No prefieres… hacerlo al revés?

—La moto será demasiado pesada para ti. No la viste, es inmensa. —La lluvia no da tregua, apenas puedo mirarlo—. ¡Busca las llaves en su bolsillo!

Me las ingenio para meter una mano en el bolsillo del pantalón de Vincent. No las encuentro, pruebo con el trasero.

—¡Aquí están!

Intercambiamos llaves mientras Hamilton balbucea, pero no dice nada. Apesta a alcohol y a tierra mojada.

Nathan lo sube a la camioneta, me abre la puerta del piloto.

—Buscaré la moto y te alcanzaré. —Toquetea el tablero, lo señala—. Sigue el GPS, te guiará de vuelta a casa.

Asiento.

Le da una última mirada a lo que queda de su amigo desparramado en el asiento del copiloto.

—Llámame si se pone difícil. Te veo en unos minutos. Ve con cuidado.

—Tú también.

Subo, me quito la capucha, Nathan cierra la puerta. Lo veo alejarse.

Inhalo profundo.

Hace un año que no manejo, mucho menos un vehículo tan monstruoso como este.

—*Okay*… —susurro—. Todo estará bien… —Tamborileo los dedos sobre el volante—. Cinto. Primero el cinto.

Me inclino sobre Vincent para ponerle el cinturón de seguridad, pero está sentado sobre él.

—¿Vincent? ¿Hamilton, me escuchas?

Abre los ojos, apenas unas hendijas doradas. Me mira.

—Levanta la cola, déjame sacar el cinturón de seguridad.

No parpadea, no se mueve, solo me observa.

—Vincent, por favor, necesito un poco de ayuda.

Nada. Inmóvil, concentrado en lo que sea que está viendo en mis ojos.

La lluvia golpea el techo y los cristales con violencia, juega con mis nervios.

Me inclino más sobre su cuerpo, nuestras ropas mojadas se rozan. Lucho con el cinto atascado hasta que sus dedos tocan mi mejilla. La caricia me paraliza. No me muevo, quizá tampoco respiro.

Alzo la vista, encuentro su mirada. Incluso ahogados en pena y alcohol sus ojos son hermosos.

—Vincent…

—No lo dije en serio —un susurro ronco que me eriza la piel—, no veo defectos. Cuando te miro… solo quiero besarte.

La borracha confesión me roba el aliento.

Mira mi boca, la contempla como si fuera un fruto prohibido.

La caricia de su pulgar sobre mis labios cierra mis párpados, acelera la vida.

El silencio y su piel me abruman.

—¿Cómo? —Sus dedos se deslizan por mi mejilla, alejan el cabello húmedo de mi rostro—. ¿Cómo algo tan hermoso puede hacerme tanto daño?

21

VIOLETA

Existo en el adictivo y tortuoso vórtice de sus palabras.

Navego en el anhelo y el dolor de su mirada.

Respiro sus mentiras, sus verdades grises, sus confesiones con sabor a *whisky* y castigo.

Existo. Existo y después pienso qué hacer con lo que su tacto me hace sentir.

—Vincent, estás borracho.

Su mirada vidriosa repara en cada detalle de mi rostro.

—Lo sé. Por eso… tengo el coraje para decirte esto. Me gustas.

—Una lágrima se desliza por su mejilla sucia—. Me gustas mucho, Violeta. Y no me había gustado ninguna mujer desde Sammy, no…

—Vincent… —Mis dedos sellan sus labios—. No. Te arrepentirás mañana, me odiarás mañana.

Toma mi mano con extrema delicadeza, la separa de su boca y la sostiene entre la suya mientras me mira como si estuviera a punto de desnudar lo que queda de su alma.

—Lo sé, sé que voy a arrepentirme como me arrepentí esa noche en el balcón, como me arrepentí esa noche en el sillón… —Su labio inferior tiembla—. Pero tengo que sacarlo, Violeta. Tengo que sacarlo, porque me está asfixiando. Tú me estás asfixiando.

Niego, saboreo una lágrima huérfana sin saber que no será la última.

—Solo quise ayudarte. Solo *quiero* ayudarte.

—¿Por qué?

—No lo sé… Supongo que… es lo que hago.

—Lo sabes. No quieres verlo, pero está ahí —susurra apoyando la punta de su índice en mi corazón—. Incluso yo lo sé, ángel, y ni siquiera te conozco…

Su voz cierra mis párpados, espesa el oxígeno que florece en mis pulmones.

—Vincent…

—Ya estoy bailando con el diablo esta noche, Violeta, ¿qué puede hacerme un pecado más?

El latir de la vida acelera cuando la palma de su mano acuna mi mejilla y me acerca a su boca.

Cierro los ojos, siento la humedad de sus labios en mi pómulo. Un beso casto, una caricia censurada, una emoción prohibida. Su boca se desliza hacia mi oído dejando un sendero de piel despierta y deseos ciegos.

—Tu sonrisa… —susurra—. Tu risa. Tienes una risa hermosa, tan viva. Y eres mandona, insoportable, pero… humana. Tan humana. —Juro que puedo sentir el latir exultante de su

corazón, o quizá es el mío—. Y me gustan tus ojos, tu pelo, tu cuerpo, tu voz… Me gustas, Violeta. Me gustas mucho y está mal, muy mal.

Aún si tuviera palabras, no sabría cómo expresar lo que siento, no sabría qué nombre ponerle a ese aleteo agridulce en mi estómago; ese al que tanto temo, no sabría cómo describir aquella sensación que despierta mi piel, esa que quema, duele y sana a la vez.

—Y te pienso —murmura, y tiemblo—. Odio pensarte. Odio pensar en tu boca…, en besarte, saborearte... Sentirte.

Junto la fuerza que no tengo para alejarme. El calor de sus labios deja de rozar mi mejilla, nuestras miradas se baten a duelo bajo la sombra de lo dicho y lo callado.

—Eres un hombre hermoso, Vincent. Ojalá todos amaran como tú.

Suspira, cierra los ojos, el alivio se adueña de su expresión. Luce como si se hubiera quitado un inmenso peso de encima.

Cuando la vida y la muerte en su mirada vuelven a encontrarme aún estoy ahí, sobre su cuerpo húmedo, atada a sus palabras, a cada peca de su rostro, a las cicatrices que se ven y aquellas que se esconden.

Su boca sabe cómo destruirte y cómo armarte con un solo susurro.

—¿Puedes abrazarme, por favor? Jamás volveré a tener las pelotas para pedírtelo.

Muerdo el interior de mi mejilla, reprimo lo que sea que lucha por salir. Asiento. Nuestros pechos mojados se unen, lo rodeo con mis brazos, me rodea con los suyos. Firme, fuerte, como si temiera que el abrazo fuera a romperse antes de que tenga suficiente.

La noche es lluvia, lágrimas, amor, anhelo y confesiones.

—Justo como imaginé que abrazabas —susurra—, dulce y segura.

Cierro los ojos, siento entre sus brazos.

«No me digas que te gusta el paciente».

Soy consciente de la caricia que su mano deja en mi cintura, la disfruto. Y siento culpa cuando quizá debería sentir…

«Me gustas mucho y está mal, muy mal».

—No quiero pensar en besarte —susurra y apoya la cabeza en mi hombro —, por eso tienes que irte. No quiero traicionar a mi esposa. Mi Sammy… Ella no lo merece. Te lo suplico, Violeta, sal de mi vida. Me haces desear lo que no puedo tener, lo que no debo tener. Lo que una vez tuve… —Se separa un poco, busca mis ojos—. Si quieres ayudarme, te irás.

Su calor, su olor y magnetismo me abandonan.

Se recuesta sobre el asiento, cierra los ojos.

—Llévame a casa… Llévame con Nina.

Apoyada en el marco de la puerta, el corazón exhausto, la piel confundida, las palabras agolpándose en mi garanta, observo cómo Nathan ayuda a Vincent a quitarse la ropa embarrada y acostarse en la cuna.

Subirlo por la escalera fue un suplicio; el viaje; otro nivel de tortura.

Nathan llegó incluso antes que nosotros, me ayudó a bajarlo de la camioneta, intentó convencerlo para que se acostara en su habitación, pero no se puede razonar con el Hamilton

borracho. Tampoco con el sobrio.

Se acurruca en la cuna, no dijo una sola palabra desde que me suplicó que me fuera, que lo hiciera por su bien.

Nathan sale de la habitación de Nina como un huracán, lo sigo. Entra al cuarto de su amigo, comienza a darlo vuelta.

—¿Qué haces?

—Sacarle hasta la última gota de alcohol. —Me mira, su rostro está rojo por el esfuerzo y la ira—. No sabemos si bebió antes o después de llegar al cementerio. ¿Y si manejó borracho? Podría haberse matado, Violeta. Podría haber matado a alguien… y él jamás se lo perdonaría. —Levanta el colchón, encuentra una petaca—. Esto termina. Se termina hoy.

—¿Tiene… problemas reales con el alcohol o…? Quiero decir…

—Solo lo hace para olvidar, para evadirse. No es adicto, al menos no todavía. Puede estar sobrio sin ningún problema, es una condición básica para que lo incluyan en los operativos. —Abre unas cajas que hay debajo de la cama—. De hecho, antes de lo que ocurrió con Sam no tomaba ni una maldita copa… Ni siquiera en una fiesta, jamás le gustó beber. —Señala la cajonera—. ¿Puedes revisarla?

La miro, no me siento cómoda con la idea.

—No crees que…

—Por favor, Violeta, ayúdame. Tenemos que quitarle todo.

Suspiro, me acerco a los cajones. Busco. Ropa, más ropa, fotos, armas que intento no tocar, pastillas.

El caos en mi cabeza se detiene cuando agarro el pequeño frasco de pastillas. Mi frasco de pastillas para dormir.

Mientras la furia reemplaza mi sangre y comprendo por qué durmió más de doce horas la última semana, revuelvo el cajón.

Docenas, cientos de pastillas que no son mías. Meses y meses de medicación. Agarro uno de los frascos.

—¿Qué es eso?

Leo la prescripción autorizada por el doctor Bennett.

—Ansiolíticos y... —Busco sus ojos—. Estos son los antidepresivos que Vincent debería estar tomando.

22

VINCENT

Siento la culpa calentando mi sangre incluso antes de abrir los ojos.

Anoche fue un error, no debió existir. Un pecado tras otro, ni siquiera el diablo va a quererme.

Ensucié nuestro aniversario, profané su paz con mi tristeza ahogada en alcohol, confesé la lujuria que siento por otra mujer, me sinceré entre sus brazos, disfruté de la cercanía, del tacto de su piel y su aroma. Besé su mejilla, pero anhelé besar cada centímetro de su cuerpo. Tuve hambre de su calor, sed de su voz.

Y ahora pago. Ahora suplico en silencio perdón.

«Eres un hombre hermoso, Vincent. Ojalá todos amaran como tú».

Me rehúso a abrir los ojos, si continúo en la oscuridad un rato más quizá pueda olvidar lo que su abrazo me hizo sentir.

«No quieres su boca, no quieres su cuerpo, no la quieres. Solo extrañas sentir. Solo extrañas a Sammy».

Me aferro al oso de peluche de Nina, hago lo que siempre me ayuda a escapar de lo que siento, a huir de mí: pensarla. Imagino cómo sería su voz, cómo brillarían sus ojos, qué le gustaría y qué no, con quién de los dos se dormiría más rápido, cuál sería su primera palabra, cuántas horas pasaría mirándola…

El murmullo que se filtra por debajo de la puerta me desconcentra, me obliga a poner los pies sobre la tierra.

La habitación da vueltas cuando bajo de la cuna.

Solo visto ropa interior, mi pelo está enredado, los recuerdos de ayer taladran mi cabeza y sigo mareado.

Bajo la escalera agarrándome de la baranda, el murmullo se convierte en voces, las voces en llanto.

Piso el último escalón, me entumezco.

Mis padres, Zoe, Nathan, Violeta, mi jefa y mi psiquiatra. Me miran. Todos me miran.

—¿Qué es esto?

Mi madre intenta hablar, pero su voz está rota. Mi padre la abraza.

—¿Qué pasa? ¿Quién murió?

La mirada de Zoe hoy no es dulce, es un puñal directo a mi pecho.

—Nadie. Pero, si sigues así, esta será la escena cuando nos arruines la vida para siempre.

Se levanta, deja el salón cerrando la puerta con furia. Nate la sigue.

Miro a cada una de las personas que invaden mi hogar, intento entender qué carajo hacen todos en un mismo lugar.

Estella, mi jefa, se levanta del sofá. Alisa su traje impecable, alza el mentón, sus ojos me aniquilan.

—Estás suspendido por tiempo indeterminado, hasta nuevo aviso. Ni siquiera trabajarás en los casos especiales.

Cada palabra me quita el oxígeno, me quiebra los huesos.

—¿Qué? Pero… ya casi estoy bien, casi estoy listo para volver.

—Busco a Violeta, una mirada suplicante—. Díselo, dile que estoy mejorando y podré volver antes de lo previsto.

Galeno no me mira, su boca está sellada.

—Esto no tiene nada que ver con tu recuperación física, Vincent, tiene que ver con el estado de tu salud mental.

—Mi salud mental no te concierne. Sé cómo comportarme en el campo, jamás puse en riesgo la vida de ningún integrante del equipo, de ningún civil…

—¡Nos engañaste! —Es la primera vez que escucho a mi padre alzar el tono de su voz—. Las pastillas… —Intenta calmarse—. No estás tomando tu medicación, incluso… le robaste somníferos a tu enfermera.

Mi mirada se clava en aquella mujer que admiro y detesto en partes iguales.

—¿Así que esto es tu culpa?

El doctor Bennett se pone de pie, interviene con su absurda serenidad.

—No se trata de encontrar culpables, Vincent, se trata de hallar soluciones.

—Con todo respeto, doctor, puede meterse su diplomacia en el culo.

Bennett asiente, acepta el insulto con la cabeza bien alta. Agarra una fina carpeta de su maletín, se la da a Estella.

—Estás suspendido —mi jefa continúa—, revocamos tu permiso para la tenencia de armas de fuego y esta misma tarde procederemos a quitarte tanto las de uso reglamentario como las que tienes por afición. —Me mira fijo antes de darme el último golpe—. Se te devolverá tu placa, tus armas y tu puesto cuando retomes el tratamiento con el doctor Bennett y él considere que estás en condiciones de volver al servicio. Además, deberás pasar un examen toxicológico que muestre que no tienes una gota de alcohol en sangre y demuestre que tomas la medicación prescrita.

Se derrumba. La poca estabilidad que quedaba en mi vida se derrumba.

—No. No puedes hacerme esto. Sabes que este trabajo es todo para mí ahora mismo.

Estella suspira, agarra su maletín.

—Ya está hecho. Tú lo hiciste. Teníamos un trato y no cumpliste. Acepta las consecuencias.

La furia me enciende, me consume en cuestión de segundos.

—¡No conseguirás a ningún hombre como yo! ¡Nadie quiere poner la cabeza bajo la guillotina! Nadie aceptará las misiones que me asignas…

—Lo sé, Hamilton, por eso te cuido, porque te necesitamos.

—No sabes lo que estás haciendo, Estella…

Se acerca, aún no me muevo del último escalón. Me mira, no es su mirada asesina, es la maternal que pocas veces deja escapar.

—No puedes ayudar a nadie si no reconoces que quien más necesita ayuda eres tú. Abre los ojos, Vincent. El trabajo te espera; la vida, no.

Sin más, sale de la casa.

Cólera viva y ardiente domina cada paso que me acerca a Violeta, pero algo me detiene. Una valija. Su valija.

Busco esos ojos verdes que me hacen sentir y desear más de lo que quiero.

—¿Te vas? Prendes fuego mi vida entera y… te vas.

Da un paso al frente. Odio que me mire así, como si pudiera escuchar todo lo que callo.

—Hago lo que me pediste —susurra—. Te ayudo a tu manera.

Río, niego.

—¿Ayudar? ¿Esto es ayudar para ti? Acabas de arrebatarme lo único que me levanta de la cama.

Cierra los ojos, mi mentón roza su cabeza cuando doy un paso más.

—Estás terminando de arruinarme la vida, Violeta. Felicidades.

Alza la vista, estamos en guerra.

—Algún día entenderás que solo queremos ayudarte.

Inhalo, mi pecho se infla con rabia, miedo y otras emociones que no quiero entender.

—Vete, no tolero verte ni un minuto más.

—Vincent, no seas descortés.

Ignoro a mi padre, solo miro a Galeno.

Detiene el tiempo cuando me abraza. Me rodea con sus brazos y apoya la mejilla sobre mi pecho desnudo. Me descoloca. Me desarma. Me hace temblar. Me enfurece.

Permanezco inmóvil, no la abrazo. Me repito que no lo necesito, no soy el imbécil borracho de ayer.

Se separa. Saluda a mis padres, les agradece, murmura mierdas hipócritas que no me interesan. Acaricia una última vez a Picasso, agarra la valija y vuelve a mirarme.

No hay palabras. No hay nada más que esta asfixiante sensación flotando entre los dos.

Mete la mano en el bolsillo de su uniforme, saca un pequeño papel. Se acerca, me contamina con su electricidad cuando lo pone en la palma de mi mano. Lo abro, veo un número telefónico al lado de su nombre.

—No voy a necesitar una enfermera.

Me sonríe con tristeza.

—Pero tal vez necesites una amiga.

23

VINCENT

El vacío no es algo inanimado, a veces tiene tu vida en sus manos. No es estático, es cambiante. Luce muchas caras. No discrimina, no duerme, se alimenta de tus sueños. No es plano, tiene capas oscuras y profundas, cada una custodiada por ese perro de tres cabezas llamado *soledad*.

El vacío no es silencio, es ruido, y hoy me deja sordo. Me hace descubrir una nueva entrada al laberinto de su corazón.

Hoy entiendo que siempre se puede estar más vacío.

—Nos quedan quince minutos, Vincent.

Agarro el séptimo caramelo del cuenco que hay en la mesa baja que viste su consultorio.

—Lo sé. Me enseñaron la hora en la escuela, Bennett.

Juega con su pluma cara, me mira con esa paciencia infinita que lo caracteriza.

—Hace veinticinco minutos estás en silencio.

—¿Cuál es su problema? Le voy a pagar igual.

Deja el cuaderno y la lapicera en el brazo de su sofá individual, se inclina hacia delante, pretende meterse en mi mente.

—¿Es muy difícil creer que no me importa el dinero?

Pongo los pies sobre la mesa, miro mis botas.

—Bastante.

—Tienes que hablar, Vincent, ese es el trato: cooperar. No vas a recuperar todo lo que momentáneamente perdiste si solo te sientas ahí a comer caramelos.

—Todo lo que Violeta me quitó, querrás decir.

Su mirada hace que me arrepienta de haber abierto la boca.

—¿Quieres hablarme de tu enfermera?

—No. Ni siquiera la conozco.

—Por la forma en la que interactuaban aquel día daba la impresión de que había cierta… confianza, cercanía.

—No es nadie. No tiene importancia.

—Fue lo primero que dijiste en media hora, dudo que no tenga importancia…

Suspiro, desvío la mirada.

—No la tiene.

—¿Estás seguro, Vincent?

La furia hace tronar los huesos de mis manos.

—¿Por qué hace tantas preguntas?

—Porque es parte de mi trabajo.

No tolero su mirada marrón cálida, ni su postura de «tengo la vida resuelta».

Cierro los ojos, intento dominar la ira.

—Ella tiene la culpa de todo. Fin.

Escucho movimiento, lo veo agarrar su libreta. Espera más, como siempre.

—¿Por qué?

—Porque desde que entró a mi vida todo es un desastre. Todo está fuera de mi control.

—¿Qué controlabas que ya no puedes controlar?

«A mí».

Me paso las manos por el rostro, por el pelo. Agarro el gorro de mi bolsillo, lo observo.

Pasaron tres días desde que se fue dejándolo todo en llamas, arrebatándome lo único que me daba un objetivo.

Camino por las paredes, eso es lo que hago ahora.

—Ella… —«Me salvó la vida sin permiso»—. Ella… —«Me recordó cuánto extraño sentir el calor de un cuerpo junto al mío»—. Se metió donde no debía.

Me levanto, salgo del consultorio.

—Vincent… ¡Vincent! Aún no puedes irte.

No miro atrás, solo avanzo a ciegas enterrando cada emoción venenosa.

La soledad que me ahoga es justo lo que quería. ¿Por qué no la disfruto? ¿Por qué estoy incómodo en mi propio hogar? ¿Por qué quiero gritar?

La voz del silencio me susurra al oído, la oscuridad de la noche me cobija.

Una última pitada, una última mirada al cielo.

La hamaca está vacía; la casa, también.

¿Cómo lo hizo? ¿Cómo lo consiguió en doce días? ¿Cómo dejó su perfume en cada rincón? ¿Cómo dejó el eco de su risa? ¿Cómo *me* dejó sintiéndome tan solo cuando soledad es todo lo que pedía?

Extraño la electricidad de su piel recorriéndome con cada roce involuntario.

Extraño la llama que encendía con cada discusión.

Extraño el tono de su voz, oír algo más que mis pensamientos.

Extraño sentir que estaba ahí, simplemente ahí…

Extraño sentir. Sentir algo más que el latir de mi corazón muerto.

Tiro la colilla, entro. La casa está oscura, silenciosa, fría.

Zoe duerme en el sofá rodeada de apuntes de la universidad. Ella, Nate y mis padres se turnan para no dejarme solo hasta que «me acostumbre a mi nueva y temporal realidad». En términos menos suaves, hasta que me acostumbre a estar drogado las veinticuatro horas con antidepresivos y ansiolíticos, hasta que deje de querer destrozarme los nudillos contra la pared cada vez que recuerdo que me quitaron las armas, mi placa, mi trabajo, lo único que me quedaba del Vincent que fui. Que fui a su lado.

Entro a la cocina, miro el frasco de pastillas para dormir que Bennett me recetó. Están ahí, sobre la mesa, al lado del pedazo de papel arrugado y sucio que tiré a la basura tres veces y fui a

buscar cada una de ellas.

Su número de teléfono.

«No voy a necesitar una enfermera». Niego, restriego mis ojos cansados, alejo su voz. «Pero quizá necesites una amiga».

Tomo el tubo de plástico, saco dos pastillas. Abro el refrigerador para agarrar una botella de agua, uno de los papeles sostenidos con imanes se cae. Lo levanto. Es el reglamento de convivencia. Un trozo de papel arrugado, borroneado, subrayado y tachado, que está lleno de recuerdos.

Y de repente la siento aquí, sentada junto a la mesa, leyendo cada regla con su exquisito e irritante sarcasmo, discutiendo cada punto, encendiendo la mecha, haciéndome vibrar, sentir cualquier cosa menos… nada.

Y está ahí, riendo como una niña mientras escribe sobre mis palabras, impidiendo que le quite la hoja de las manos.

Y el recuerdo se esfuma tan rápido como llegó.

Y vuelvo a estar solo.

Levanto el imán, pego el reglamento en el refrigerador. Por alguna estúpida razón aún no consigo deshacerme de él.

Algo capta mi atención. Hay una nueva regla.

«Aquí Violeta ignorando cuánto odia los números impares para agregar una regla. Regla número diecisiete: Vincent luchará por todo lo que ama. Vincent no olvidará que no está solo. Vincent no se dará por vencido».

24

VIOLETA

Hay risas.

Hay risas, amor, diversión y amistad, pero no puedo dejar que nada me arrope, porque…

—Estás en otro mundo.

Parpadeo, pongo toda mi atención en el rostro colorado y ebrio de Alan.

—Solo estoy cansada.

—Estás tildada. —Pasa un brazo por mis hombros, me pega a su cuerpo—. Y yo sé exactamente dónde te tildaste… En la casa de un sujeto cuyo nombre empieza con V y sigue con I de «Insisto, es una mala elección».

Niego, le doy otro sorbo a mi cerveza. Intento no pensar en él, en la desilusión en su mirada cuando vio mi valija junto a la puerta.

—Y sigue con N de «No tenés idea de lo que estás hablando porque estás borracho».

Me toca la punta de la nariz, sonríe como lo hacía en Navidad antes de abrir el sobre con dinero que le enviaba su abuela.

—Y continúa con C de «Cómo te atrevés a intentar engañar a tu mejor amigo».

—¿Sigue con E de «Estás como una cabra»?

—Y con N de «No lo niego…». ¿Sabés con qué termina, mi Violetita linda? Con T de «Tu corazón se romperá otra vez».

Cada palabra que escapa de su boca suma un nudo a mi garganta.

—No lo lleves para otro lado, Alan.

—Hay un solo lado, Leta, ese donde terminás hecha polvo y yo intento volver a armarte.

El abrazo se desvanece, hay seriedad en sus ojos. Esquivo su mirada, observo a Morgan, su novio y Angus jugar a las cartas en nuestro salón.

—Mirame.

—No tenés de qué preocuparte.

—Mirame, Violeta. —Lo hago, cedo al sermón—. Podés acostarte con medio mundo, pero no te entregues. Lo veo en tus ojos. Lo vi entonces y lo sigo viendo desde hace una semana cuando llegaste a casa destrozada. Te gusta, y cuando te gusta alguien, cuando querés algo más que lo que cuelga entre sus piernas, salís lastimada.

Todo el cariño se esfuma, lo miro con crudeza, dolor y pasado.

—No necesito que me lo recuerdes.

—Parece que sí. Parece que olvidaste cómo terminaste la última vez.

—Estás siendo un imbécil, Alan.

Acaricia mi cabello, sujeta mi nuca.

—Estoy cuidándote porque te amo como si fueras mi propia sangre y voy a perder la cabeza si alguien te lastima una vez más.

Un beso en la frente, un susurro:

—Por favor, olvidate de él. Está roto. Tenés que dejar de intentar arreglar a los demás cuando no podés pegar tus propias piezas.

La verdad en sus labios me eriza la piel.

Acepto el abrazo protector, me repito que tiene razón, que ya aprendí dónde pisar y dónde no.

La voz de Angus se filtra en el momento, y lo agradezco.

—¿Puedo robarme a la enfermera y doctora más *sexy* de Argentina y Reino Unido?

—Solo si la tienes en el pedestal que merece…

Angus me sonríe. Sé lo que promete esa sonrisa: sexo y paz. Bienestar efímero. Una descarga. Una droga. Mi droga.

—Créeme que tiene un altar entero.

Me encuentro entre sus brazos antes de notar que enterré aquella horrible sensación, pero aún tengo el sabor del pasado en la boca. Angus se lo lleva con sus labios, solo deja el presente dulce.

—No sabes cuánto extrañaba esto —susurra—. Tú y yo, un poco de normalidad…

Sus ojos marrones desprenden esa calidez que tanto necesité cuando llegué aquí, cuando escapé de mi pedazo de mundo.

Sus brazos crean una jaula, me acorralan entre su cuerpo y la mesada.

—Dime que vienes a casa conmigo, por favor.

Siento su aliento tibio en el cuello, en la mandíbula, en los labios.

«Me gustas, Violeta. Me gustas mucho y está mal, muy mal».

—Necesito dormir contigo. Hace semanas que no duermo bien. No me preguntes por qué, pero tienes mejor efecto que los somníferos.

—Angus, yo…

«Cuando te miro… solo quiero besarte».

Cierro los ojos, me concentro en esas caricias que tanto me gustaban. No, que me gustan. En presente. Me gustan, las necesito hoy.

«No quiero pensar en besarte, por eso tienes que irte».

Besa mi pómulo, pero no son sus labios los que siento. Son otros más suaves, más castos y emocionales.

«Si quieres ayudarme, te irás».

—Iré. Llévame, Angus. Sácame de aquí.

25

VINCENT

No sé ni qué día es, solo sé que el verano le dio paso al otoño. Las primeras hojas de los árboles se caen, me marchito otro poco.

Es el veneno de la vida que ves pasar sin disfrutar.

Estoy frío, pero aún respiro. Eso tiene a todos más tranquilos.

Existo en este bucle blanco donde no soy, solo estoy.

El tiempo borró los golpes de mi rostro, sanó aquella fallida promesa de muerte.

Las pesadillas fueron mermando, pero el río de sangre no se secó. Sigue ahí, espeso, tibio, acercándose a mí.

También vive el eco de su risa en cada rincón, no aprendió a morir. Tampoco lo hicieron mis ganas de probar su boca y dibujar sus curvas con mis dedos.

El pecado aún late, el tiempo no supo callarlo.

—¿Violeta?

Su nombre es una patada en el estómago.

Alzo la vista, Bennett me analiza.

—¿Qué pasa con ella?

—Repite lo que dijiste, Vincent, por favor.

Suspiro.

—Soñé otra vez con mi esposa, Sammy celebraba su cumpleaños. Lucía hermosa y tan… feliz.

Se quita los lentes, me mira fijo.

—Vincent, voy a repetir lo que dijiste la primera vez. «Soñé otra vez con mi esposa, Violeta celebraba su cumpleaños. Lucía hermosa y tan feliz».

Mi pulso se detiene.

—Yo no dije eso. Dije mi esposa, estoy hablando de Samantha.

—Vincent, es la cuarta vez en tres semanas que dices su nombre sin darte cuenta.

—No es verdad. Usted escucha lo que quiere escuchar.

Se recuesta contra el respaldo, me observa pensativo.

—¿Por qué querría que mencionaras a Violeta?

Lo ignoro, clavo la vista en el techo. Le gusta jugar con mi mente.

—Lo estás haciendo bien, Vincent. Empezaste a hablar, intentas abrirte. Negar que Violeta tiene un lugar especial en tu mente es una piedra en el camino.

—No tiene ningún lugar especial. No es nadie. ¡No es nada!

Respiro profundo, exhalo, intento serenarme.

Los recuerdos del pasado y el presente se funden, me enloquecen, me ahogan.

—Me gustaba. ¿Está bien? Me gustaba su cuerpo, su risa, su mirada. Sí, me gustaba. Por primera vez en años me fijé en otra mujer. Una fantasía, algo físico. Punto. ¿Satisfecho?

No hay sorpresa en su mirada.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Satisfecho? ¿Qué se siente sacarlo, ponerlo en palabras?

Restriego mi rostro, estoy física y emocionalmente exhausto. Las pastillas me tienen durmiendo la mayor parte del día, pero jamás me siento renovado.

—No tiene importancia.

—Permíteme diferir… Voy a preguntarte algo, Vincent.

—Cómo no…

—¿Estás seguro de que elegiste bien el tiempo verbal?

Lo miro.

—¿Qué mierda quiere decirme, Bennett? Suéltelo sin tantas vueltas.

—¿Te gustaba? ¿En pasado?

Una semana después

—Te noto particularmente inquieto hoy, también más delgado. ¿Estás respetando todas las comidas?

Camino por el consultorio, todo da vueltas, siento el vómito verbal gestarse en mi garganta. Voy a explotar.

—Vincent, ¿estás… borracho?

Bennett se levanta, me enfrenta. Tiene dos pares de anteojos. No, son cuatro. Qué tipo gracioso.

—No lo soporto más —susurro.

—Siéntate.

Dejo que me guíe. Me caigo en el sofá. Hay estrellas en pleno día.

—Dime qué y cuánto tomaste. ¿Lo tomaste junto con las pastillas?

—La quiero, Bennett.

Se sienta en la mesa baja, apoya los dedos en mi muñeca, toma ese puto pulso que no deja de latir.

—¿A quién, Vincent? ¿A quién quieres o qué quieres?

—A ella, al ángel.

—¿El ángel?

—Violeta… La quiero en presente. Quiero… su boca, su cuerpo, su risa. Me quema. No soporto desearla así. Tengo que verla.

—Vincent, intenta…

—Me ofreció su amistad.

Saco ese pedacito de papel de mi bolsillo, lo abro, veo su letra. Bennett lo mira, busca mis ojos.

—¿La quieres? ¿Quieres su amistad, Vincent?

—La necesito.

—¿Por qué?

—Ella… me hace sentir. Rabia, deseo, diversión, confusión… Una chispa. Cualquier cosa menos nada. Lo extraño, Bennett. Extraño sentir.

—Entonces, ¿qué te detiene?

Me llevo la mano al pecho, duele.

—Todo este dolor por necesitarla.

26

VIOLETA

Sus manos son suaves, su boca es cálida, el peso de su cuerpo me hace sentir bien, deseada.

Todo encaja en este rompecabezas donde no se pone el alma.

Me saborea una última vez, el placer serpentea por mi piel.

—Cena, flores, velas, sexo… Si no te conociera bien, pensaría que estás a punto de proponerme casamiento.

Siento la risa vibrando en su pecho.

—Sabes que estoy enamorado de la vida, Violeta. Me gusta exprimir cada segundo, hacer de cada instante algo especial, experimentar con todos los sentidos…

Hay más, con Angus siempre hay más. No es un hombre de intenciones transparentes.

—¿Y…?

—Y… tengo que pedirte dos favores.

Acepto el beso, me pruebo en su boca.

—Sabes que tu cuota de favores conmigo se agotó hace mucho…

Se acuesta a mi lado, el codo flexionado, la cabeza apoyada en la palma de la mano. Me observa con esa mirada capaz de derretir glaciares.

—Escúchame antes de decir que no, por favor.

Suspiro, me tapo un poco con la sábana.

—Lo escucho, director.

Muerde su labio inferior, le gusta que lo llame así. Su ego es tan grande como su casa y cierta parte de su cuerpo.

—Primero y más importante: necesito que extiendas la suplencia dos semanas más.

—Angus…

—Te lo suplico, no puedo poner a nadie que no seas tú en la jefatura de enfermería ahora mismo. La mitad del hospital es un descontrol. Necesito orden, Violeta. El orden que solo tú y tu experiencia pueden darme.

—Eso mismo dijiste hace casi un mes, Angus. ¿Qué pasará dentro de dos semanas?

—Conseguiré a la persona que ocupará el puesto de forma permanente, lo juro.

Miro hacia la ventana, la brisa de la noche baila entre las cortinas.

—Sabes que quiero abrirme camino como médica, eso no sucederá si trabajo doce horas como enfermera.

—Lo sé, lo sé, preciosa. —Me abraza, entierra los dedos en mi cabello. El gesto me hipnotiza —. Conseguirás el puesto que quieres, es cuestión de tiempo. Debes tener más fe en ti.

Disfruto de cada caricia. No sé cómo llegué a creer que ya no las necesitaba.

—¿Qué me dices entonces? ¿Dos semanas más? Por favor…

Cierro los ojos. Sé lo que hace, me seduce con mimos. Y soy débil, no puedo rechazar empleos para siempre y extraño a Morgan.

—Está bien. Dos semanas más.

Besa mi frente.

—Gracias, Galeno.

—¿Y el otro favor?

—Ese es terreno más… delicado.

—No pienso hacer doble turno.

—Jamás te lo pediría. ¿En qué momento nos veríamos? —Vuelven las caricias, ahora mi espalda es la afortunada—. En diez días es la boda de mi hermana, necesito acompañante.

—No.

—Por favor. Si aparezco solo a otro casamiento tendré que soportar cientos de preguntas sobre mi soltería. No sabes lo que son mis tías… Querían casarme a los dieciocho años. Ten piedad.

Río, muevo la mejilla sobre su pecho como un felino en busca de atención.

—Esa es la línea, Angus, lo sabes. No voy a cruzarla.

—Vienes como amiga. No voy a engañar a nadie, no te presentaré como nada más que una amiga.

—Lo lamento, no. Pídeselo a cualquiera del hospital, estoy segura de que incluso los hombres harán fila para acompañarte.

—No quiero a cualquiera, te quiero a ti. Por favor, solo es una fiesta. ¿Cuántas veces salimos de fiesta desde que nos conocimos? Docenas.

Alzo la vista, adoro cómo se embriaga su mirada después del orgasmo.

—Es distinto, estará toda tu familia. No me gusta jugar con fuego, Angus, lo sabes.

—Estás en mi cama, entre mis sábanas, acabamos de tener sexo dos veces, ¿y acompañarme a una fiesta es jugar con fuego? Eres extraña, Galeno.

Me pongo seria, la necesidad de asegurarme de que nos estamos entendiendo se roba los retazos de satisfacción.

—Sin compromisos, solo físico, solo placer. Lo aclaramos.

—Y compañía. ¿Recuerdas? Placer y compañía. Eres mi amiga, Violeta. Me conoces más que cualquiera en ese hospital, incluso personas con las que trabajé durante años.

—Los amigos no se arrancan la ropa.

—No todos…

Suspiro, vuelvo a refugiarme en la neutralidad de su cuerpo, el calor sin chispas de su piel.

—¿Aclararías que solo soy tu amiga?

—Hasta te pegaría un cartel en la frente.

Me odio por sopesar la idea.

—No lo sé… Déjame pensarlo.

—Tienes más de una semana para triturarte esos bonitos sesos.

El silencio nos envuelve.

Me gusta la sensación de su piel desnuda junto a la mía, calla la soledad, calla las voces que

susurran que no soy suficiente.

Continúo perfeccionando el arte de poner la mente en blanco, de no pensar en el pasado, de aferrarme al presente, aunque solo dure un suspiro.

Pero hay deseos que ni los días ni las noches supieron calmar. Hay llamas que no se apagan, curiosidad que no es saciada, sensaciones que no se olvidan, pensamientos que no se controlan… Hay cosas que simplemente *son* por encima de nosotros, nuestros caprichos y miedos.

Y dentro de esas cosas está él. El *whisky* añejo en sus ojos, las estrellas salpicando su piel, las heridas que gritan y aquellas que son mudas, sus labios susurrando verdades que desearía que fueran mentiras, su alma de rodillas, su corazón en pedazos que jamás podré tocar, sanar, pegar.

Mi teléfono suena.

—¿Otra vez? —Angus habla medio dormido—. Es la segunda vez que te llaman. ¿No deberías atender?

—¿Qué hora es?

Alzo la cabeza, busco el reloj despertador. Las dos de la mañana.

Un tono tras otro, la llamada no se corta.

Me levanto, mi piel desnuda se eriza al despegarse de su calor. Camino hasta el banco bajo la ventana, busco el celular en mi cartera.

Número desconocido.

Atiendo mientras Angus elogia mis curvas con susurros adormilados.

—¿Hola?

Silencio.

—¿Hola?

—¿Aún quieres ser mi amiga? Porque… te necesito.

27

VIOLETA

Su voz está rota. Todo en él está roto.

Su nombre muere en mis labios, por alguna razón no me atrevo a susurrarlo.

—¿Quién es? Vuelve a la cama, no quiero dormir solo.

Silencio.

Una vorágine de sensaciones creándose en mi estómago, jugando con el ritmo de la vida.

—Estás… ocupada. —Conozco bien el dolor que impregna el susurro—. No quise molestarte. Olvida… olvida que te llamé.

Su voz desaparece, no queda nada más que un corazón roto del otro lado de la línea.

—¿Estás bien? ¿Era algo importante?

Estoy paralizada, pero mi cabeza va a mil por hora.

«¿Aún quieres ser mi amiga? Porque te necesito. Te necesito».

—¿Violeta? ¿Está todo bien?

Miro alrededor, las velas, los restos de placer aferrándose a la noche.

—Era… Alan. Me necesita en casa.

No sé por qué miento cuando no tengo que excusarme con él.

—¿Ahora?

—Sí.

Se sienta en la cama, intenta espabilarse.

—Te llevo.

Busco mi ropa por el suelo, me visto con rapidez.

—No hace falta.

—¿Vas a tomar un taxi sola a las dos de la mañana?

Trato de peinarme el cabello con los dedos, agarro la cartera.

—Soy una nena grande, Angus. —Me acerco, dejo un beso breve en sus labios—. Duerme.

—Escríbeme, Galeno.

—Lo haré.

La noche se ralentiza cuando subo al taxi, veo la vida pasar en cámara lenta. Los minutos se sienten horas; los kilómetros, desiertos entre nosotros.

Llamo a su teléfono fijo, suena y suena sin cesar.

«Vamos, Vincent».

Miles de escenarios desfilan por mi mente cada vez que nos detenemos en un semáforo.

El tono de su voz, ese dolor, la súplica.

«Te necesito».

¿Por qué ahora? ¿Por qué después de un mes desde ese adiós agridulce?

Apoyo la cabeza en la ventanilla, mentiría si dijera que no me asusta la facilidad con la que dejé todo y subí a este taxi. Intento no analizar cada paso que doy, pero es difícil cuando temes cometer los mismos errores que te arrastraron al infierno.

Bajo, camino hacia la puerta de su casa. No hay una sola luz iluminando el jardín, todo está oscuro.

Toco el timbre, espero en el silencio de la noche.

Nada.

Golpeo, la adrenalina trepando por mis piernas.

—¿Vincent? Soy yo, Violeta.

Nada.

Giro el picaporte, la puerta se abre.

Huele a encierro, todo está en penumbra.

Picasso me da un susto de muerte cuando salta sobre mí. Lo acaricio hasta que se calma y me deja avanzar.

Enciendo una lámpara de pie, el salón y la cocina están vacíos.

Subo la escalera.

—¿Vincent?

La puerta de la habitación de Nina está abierta.

El oxígeno se extingue cuando lo veo, allí, sentado en el piso, la espalda apoyada en la pared, despeinado, barbudo, una botella de licor intacta a su lado y… un arma en su mano.

Mi pulso se detiene.

—¿Vincent?

Alza la mirada, la luz que se filtra por la ventana hace brillar el dorado de sus ojos.

—Viniste.

Su voz reanuda el ritmo de mi corazón, pero el latir es errático.

—Qué… —No doy un paso adelante, pero tampoco retrocedo—. ¿Qué… haces con eso?

Mira el arma, la estudia.

—La encontré sin querer, había olvidado que esta casa está llena de escondites.

Trago.

—¿Está… cargada?

—Siempre están cargadas.

Aprieto los puños, pienso.

—Vincent, ¿puedes dejar el arma en el suelo?

Me mira. Luce agotado, descuidado.

—¿Te asusta?

—No… No me gusta verte con ella en la mano.

Coloca el seguro, la desliza hasta mis pies. Inhalo profundo antes de correrla con la punta de la bota hasta sacarla del cuarto.

—¿Puedo pasar?

Mira alrededor, casi como si pidiera permiso. Asiente, me permite cruzar el límite, entrar en

su templo.

Dejo la cartera en el suelo, me siento a su lado. Observo la botella de licor intacta, no sé si es la segunda o si aún no bebió una gota.

—¿Bebiste?

—No. Quería estar sobrio cuando hiciera esto.

No puedo evitar mirar hacia la puerta, al arma que hace minutos estaba en sus manos.

—¿Qué?

—Llamarte.

Contemplo su perfil, las sombras de la madrugada no logran opacar el dolor en su expresión.

—Quería estar consciente cuando reconociera que… la quiero. Quiero tu amistad, Violeta. Quiero… tenerte alrededor.

La confesión espesa el aire.

—¿Puedo saber qué te hizo cambiar de opinión? Ya sé que soy única e irrepetible y un deleite para los ojos. —Choco su hombro con suavidad—. Pero me gustaría saber si hay otra razón.

Inhala y exhala con pesadez, mira el techo.

—No sé qué tienes, Violeta, pero estar a tu alrededor es… estimulante. Estar a tu alrededor me hace sentir más… despierto, más…

Calla, pero dijo suficiente.

—Me suplicaste que me fuera porque…

—Lo sé. Sé por qué te pedí que te fueras, por la misma razón que tardé más de un mes en admitir que quiero tu amistad.

Cierro los ojos un instante, intento procesar toda esta repentina sinceridad.

—Solo necesito asegurarme de que sabes lo que me estás pidiendo, Vincent.

—Quiero ser honesto, Violeta. No voy a pretender que no me gustas, ni que todo lo que te dije es mentira. Está ahí y ahí va a quedarse. —Juega con sus dedos, no me mira—. Hay cosas que no puedo explicar, otras que no quiero entender. Pero… estoy cansado de sentirme tan solo. Cuando estuviste aquí… —Sus ojos húmedos me encuentran—. Cuando lo contaminaste todo con tu risa, tu sarcasmo, tu buen humor y… energía, olvidé un poco que aún sigo atado a esa noche.

—¿Esa noche?

—La noche en que lo perdí todo.

No sé qué decir, dejo que el silencio nos abrace.

Una eternidad después, Vincent se acuesta de perfil sobre el suelo. Sin saber por qué, lo imito, me animo a tumbarme a su lado antes de acobardarme.

Nos miramos entre las sombras.

Nos sentimos cerca, pero aún tan lejos.

Nos entendemos sin conocernos.

—Creí que no ibas a venir —susurra.

Mis labios se curvan en una sonrisa triste.

—¿Qué puedo decir? Extrañaba demasiado a Picasso.

Sonríe. Y lo reprimo. Reprimo lo que ese gesto me provoca.

—Ese perro sufrió más tu ausencia que la mía, es un traidor.

—Es inteligente…

El silencio nos consume otra vez.

Solo permanecemos uno junto al otro, tumbados en la oscuridad, rodeados de pasado, anhelo, dolor y futuro incierto.

—Cuéntame algo de ti que nadie sepa.

—¿Por qué?

—Porque quiero contarte algo de mí que nadie sabe.

Su mirada es ese *whisky* añejo que te despierta del letargo, que reanuda las agujas del reloj cuando la vida decidió ponerte en pausa.

Mi piel se eriza mientras busco en ese agujero negro y decido qué poner en palabras.

—Cuando tenía seis años pasé una noche entera encerrada en un armario. —El susurro quema, jamás dejará de hacerlo—. Era pequeño, oscuro, apenas podía respirar, creí que iba a morir. No era la primera vez que sucedía, pero esa noche… nadie vino a buscarme. Me fracturé dos dedos intentando salir.

Su expresión cambia, puedo notarlo incluso cuando las sombras me ocultan la mitad de su rostro.

—Galeno…

—Tu turno —interrumpo la lástima que florece en sus labios.

Suspira.

—Hace algunos años, cuando comencé a trabajar en Asalto y Táctica, cometí un error de novato en un operativo grande. Caí en las manos equivocadas, me molieron a golpes. Apenas respiraba cuando llegó el grupo de refuerzo. —Me estremezco solo con imaginar la escena—. Cuando desperté en el hospital, mi esposa estaba ahí. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar, lucía agotada. —Cierra los ojos un instante, sé que está viajando al pasado—. Le hice prometer que, si algo me ocurría algún día, ella seguiría adelante. Cumpliría sus sueños, sería feliz por los dos. Por ella y por mí, por todo lo que fuimos. ¿Lo entiendes, Violeta? ¿Entiendes lo hipócrita que soy? Le hice prometer algo que yo jamás podré cumplir.

Absorbo su confesión, respeto el silencio angustiado que procede.

—¿Por qué me lo cuentas a mí si nadie más lo sabe? —me animo a susurrar cuando su mirada crea tanta tensión que apenas puedo respirar.

—Porque no hay amistad sin confianza, ahora lo nuestro tiene cimientos.

Me gusta su respuesta, pero no me gusta que me guste.

«¿Sabés con qué termina? Con T de “Tu corazón se romperá otra vez”».

—No creo que seas hipócrita, Vincent, solo eres humano. Y, si me preguntas, creo que ella diría lo mismo, habría querido que fueras feliz por los dos.

Su mirada pensativa recorre mis facciones.

—Tal vez.

Hago a un lado todas las preguntas que me abrazan.

¿Qué hago aquí, en la oscuridad junto a este hombre? ¿Por qué no aprendo? ¿Por qué sigo pisando suelo minado? ¿Por qué no puedo dejar de mirarlo así? ¿Por qué me gusta que me mire así?

Los minutos pasan entre miradas que dicen y voces que callan.

—¿Podemos empezar de nuevo?

Asiento.
—Soy Vincent Hamilton. —Alza la mano, observo su palma—. Es un placer conocerte.
—Violeta Galeno. El placer es mío.
Acerco mi palma a la suya, entrelaza nuestros dedos. Su piel es tibia, suave.
Vibro. Vibro en lo más recóndito de mi ser.
—¿Te quedas conmigo esta noche, Violeta?

28

VINCENT

Rodeado de personas que aman tu luz y tu oscuridad; días y noches inmerso en ese amor que late, pero no vive, hasta que un completo desconocido llega y te despierta. Te ves a través de sus ojos, eres consciente del ritmo de tu respiración y del latir de tu corazón, de las horas y la vida. Esa vida que ves pasar sin entender muy bien qué debes hacer con ella.

Y ahí está, mirándome, aceptándome a pesar de las cosas que dije y que callé, sonriéndome como si este instante fuera obra inevitable del destino.

Y siento su mano en la mía, dedos entrelazados con capricho y miedo, anhelo y culpa.

Y la suavidad de su tacto me recuerda que alguna vez fui afortunado, alguna vez agradecí estar vivo.

Picasso entra, busca un lugar entre nosotros, lengüetea el rostro de Violeta. Ella lo deja, lo abraza, le devuelve más amor del que recibe.

—Parece que Picasso también quiere que te quedes.

Me observa mientras lo acaricia. El can apoya la cabeza en su pecho, disfruta la atención. Mi enfermera tiene razón, es un perro inteligente.

—No puedo negarme si me lo pide así.

—Gracias.

—¿Por no negarme?

Recuerdo esa voz masculina en el teléfono, apagada, lejana.

—Por venir. Sé que no… estabas sola.

Su boca permanece sellada. Tampoco espero una explicación, no me la debe.

—¿Qué se supone que hacen los amigos, Violeta?

—¿Qué haces con Nathan?

La mención de su nombre me recuerda que Walker pasará mucho tiempo aquí, ahora que tiene la oportunidad de volver a pedirle su número. Y también me pateará las pelotas cuando descubra que lo tengo desde hace más de un mes y no se lo di ninguna de las tres veces que lo mencionó.

—Pelear.

Sonríe.

—¿Además de pelear?

—Ver fútbol, escucharlo mientras me habla de mujeres, limpiar armas, comer porquerías…

—*Okay*, haremos todo lo contrario.

—¿Empezando por…?

Mira a Picasso, vuelve a mirarme.

—¿Qué te parece un paseo? Creo que este galán tiene ganas de dar una vuelta.

—¿A las tres de la mañana?

—¿Tienes algo más importante que hacer a las tres de la mañana, Hamilton?

Me levanto, le tiendo la mano.

—Nada más importante que un paseo nocturno con mi enfermera y el traidor.

Sus dedos vuelven a entrelazarse con los míos, se pone de pie.

—Ya no soy tu enfermera, Hamilton. Ahora puedo regañarte como amiga.

Me guiña un ojo y sale de la habitación con el traidor siguiendo sus pasos.

Cierro la puerta del cuarto de Nina unos segundos después, agarro un buzo, las llaves y la correa de Picasso. Intento no analizar esta noche, si lo pienso demasiado daré marcha atrás. Incluso querré de vuelta cada palabra que solté sin pensar.

Violeta está apoyada en la pared cuando bajo la escalera. Me fijo en su ropa, un pantalón de *jean* ajustado, un suéter fino y gris, botas marrones cortas. Es la primera vez que la veo sin su uniforme, la primera vez que no es la doctora o enfermera Violeta Galeno.

—No deberías dejar la puerta abierta, Hamilton. En especial de noche.

—Olvidé cerrar, pero este barrio es seguro. No te preocupes.

—Me gustaría poder decir lo mismo de algún barrio de Argentina.

Le pongo la correa a Picasso, que ya está desesperado por salir.

—Tengo que conocer ese país. Dos argentinos llegaron a mi vida en el mismo año, mismo momento, tiene que ser una señal.

Violeta abre, la brisa de la noche otoñal nos recibe.

—Tal vez, si te portas bien, algún día te lleve. Pero debo advertirte, no habrá vuelta atrás cuando pruebes el dulce de leche o los alfajores.

—¿Alfajores? —Me esmero en la pronunciación, recordando lo que el *hacker* me enseñó—. Probé alfajores… Jorgito, me encantaron.

Sonríe, su rostro se pone rojo. Está aguantando la risa.

—¿Puedes decirlo otra vez?

—¿Qué? ¿Alfajor? —Me creo el dios de la pronunciación.

—Jorgito.

Sonrío.

—Alfajor Jorgito.

Detiene sus pasos, se cubre la boca.

—Me sale bien, ¿o no?

—Un diez. Tan bien que te grabaría y te pondría como tono de llamada.

—No te burles de mí, Galeno…

—¿No ves mi inocencia, Hamilton? —Señala la circunferencia de su cara—. Jamás me burlaría de ti.

Continuamos caminando en silencio. La noche está bastante fría, augura que este invierno será crudo.

Se huele la lluvia, no hay luna ni estrellas.

—¿Cómo estuviste este… mes y algo que no nos vimos? —Me sorprende ser el primero en preguntar.

Violeta me quita la correa de Picasso, lleva al traidor.

—Creo que… bien. Buscando algún hospital que me acepte como médica y no como enfermera.

—¿Tuviste suerte?

Suspira.

—Estás mirando a la jefa de enfermería del St Clement›s Hospital.

—¿Me vas a golpear si te felicito?

Niega, se acomoda el cabello detrás de la oreja. Tiene un montón de aros pequeños y delicados que brillan. Me pregunto cómo es que recién lo noto cuando vivió durante diez días en mi casa. ¿Serán nuevos?

«¿O será que estuviste mirando todo menos sus orejas?».

—Es un puesto increíble, más de lo que merezco por ser tan nueva en la ciudad, pero es temporal. No es lo que quiero. Se siente pésimo decirlo en voz alta, quejarme por tener el trabajo que miles de personas quieren. —Me mira, sus ojos encandilan más que las farolas—. ¿Sabes lo que quiero decir? Es estupendo y estoy agradecida, pero jamás conseguiré lo que quiero si sigo invirtiendo mi tiempo y energía en cosas que no me nutren ahora mismo.

—Te entiendo, Galeno. No tienes grandes responsabilidades, eres joven, libre, estás experimentando en otro país. Si no lo buscas ahora, ¿cuándo? Si tiene sentido para ti, a la mierda los demás.

Sonríe.

—Ese es un consejo que daría un buen amigo, Hamilton. Tienes potencial.

Niego, finjo que la chispa que encendió su comentario no existe.

—¿Y tú? ¿Cómo estuviste todo este tiempo?

Suspiro, pateo una piedrita.

—Me gustaría tener una respuesta tan sencilla como la tuya.

—Nada es sencillo conmigo, Vincent. No te dejes engañar.

Busco su mirada, le pregunto qué hay detrás de aquellas palabras. Sus ojos no responden, y sé que querré averiguarlo.

—Existiendo. Esa sería una buena respuesta. Estuve… existiendo.

—¿Volviste a terapia?

La charla comienza a desviarse hacia zonas pantanosas.

—Sí. Las primeras dos semanas fueron una tortura, ahora… es soportable.

—¿Y la medicación?

—Si lo que te preguntas es si sigo acumulándola en el cajón, la respuesta es no.

Picasso se detiene para orinar junto a unos arbustos, Violeta pretende evitar mi mirada, pero termina entregándose al magnetismo.

—Lamento lo que hice, Vincent, lamento cómo te hice sentir. Impotente, traicionado, enojado, quizá… vacío, pero tenía que hacerlo. No fue fácil reunir a toda la gente que te ama y… tomar decisiones que sabía odiarías. —Agarra mi brazo, lo aprieta con suavidad—. Pero lo hice por ti. Todo lo hicimos pensando en ti, en tu bienestar. No tienes enemigos, Vincent. —Niega, me suelta—. Sé que aún no me perdonas, pero confío en que algún día lo harás. Entenderás que hice lo que debía hacer por ti.

Aprieto los puños a los costados de mi cuerpo, intento aprender a dominar aquella confusión

que me asalta cuando pienso en ella, cuando la veo, la siento.

La odio por haberme quitado la posibilidad de reunirme con Sammy y Nina, sí, pero también la necesito. Necesito eso que me hace sentir, esa electricidad, esas emociones sin catalogar, ese algo más que rabia y dolor.

Es una droga, me da y me quita en partes iguales. Me hace bien y me daña. La odio y la necesito. La quiero lejos, pero no puedo soltarla. Quiero ignorarla, pero no dejo de pensarla.

Y no quiero ser adicto a nada ni a nadie.

Acepta mi silencio, continuamos paseando entre dudas y preguntas atoradas en la garganta.

—Esa barba está fuera de control, Hamilton.

Me rasco la barbilla.

—No me afeito hace semanas.

—Te creo… —Señala mi rostro—. Es bueno conocerte sin las heridas.

—Es bueno conocerte sin uniforme.

Frunce el ceño, calla aquello que está pensando.

—¿Cómo está tu abdomen? ¿Cicatrizó bien?

—Supongo que sí. No fui a los controles.

—¿Por qué no me sorprende? —Niega con la cabeza—. ¿Puedo ver?

Lo pienso, termino asintiendo. Nos detenemos, Galeno levanta un poco mi buzo hasta que sus dedos fríos y suaves encuentran la cicatriz.

—Hay un poco de queloide y algunas zonas están vascularizadas, pero estará bien con algo de clobetasol diario durante algunas semanas.

—¿Ves por qué no me gusta ir al médico? Antes de que la miraras estaba bien. Simplemente *bien*.

Deja caer la prenda, retoma la marcha.

—Te equivocaste de época, Hamilton, debías haber nacido en la prehistoria.

—Seguro era más feliz.

Un trueno interrumpe su sonrisa, la lluvia nos empapa en cuestión de segundos.

Picasso enloquece, comienza a dar vueltas y enroscar la correa. Violeta me la pasa y empiezo a correr.

—¡¿Por qué corres?!

Volteo.

—¡Está lloviendo!

—¿Y? ¡No es ácido!

La observo caminar con parsimonia, reírse de mí.

—¡¿Te gusta mojarte, Galeno?!

—Me gusta vivir el momento, Hamilton.

Me detengo.

A paso relajado se acerca a mí, la lluvia cae con tanta violencia que apenas me deja mirarla.

—Cierra los ojos, Vincent.

—¿Puedo cerrarlos cuando estemos en casa?

Ríe.

—No. Cierra los ojos.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Hasta cuando duermo.

Niego, pero lo hago. Cierro los ojos.

—Respira profundo, siente el aroma de la lluvia. Óyela.

Inhalo, la humedad, la tierra y el paso mojado abruman mi olfato.

—¿Escuchaste lo que dijo?

—¿Quién?

—La lluvia.

Sonrío.

—Estás loca, Galeno. ¿De qué hablas?

—«Vale más un hoy que dos mañanas».

Mis párpados se abren. Violeta está cerca, tan cerca que su pecho casi roza el mío.

—Este es tu hoy, Vincent. —Apoya la palma de su mano en mi corazón—. Cómo te sientes ahora, lo que experimentas, lo que percibes y decides hacer con este mismo instante es todo lo que importa. El mañana no existe sin un hoy.

Cuando entramos a casa, Picasso no me da tiempo a secarlo, se revuelca en el sillón, embarrándolo todo.

—Siempre haciendo obras de arte…

—No me contaste por qué se llama Picasso. —Violeta curiosea mientras se quita las botas y el suéter mojado.

Intento mirarla sin notar cómo la camiseta de tirantes empapada deja ver su ropa interior.

—No tenía nombre, su dueño lo llamaba perro. La primera noche que pasó aquí tiró unas latas de pintura que estábamos usando para renovar la cocina, a la mañana siguiente encontramos sus huellas por toda la casa y los sillones.

Violeta sonríe, se acerca al susodicho y le acaricia las orejas húmedas.

—Llegó para ponerle arte a tu vida, me gusta.

Nos observamos en silencio, mojados, incómodos tal vez.

—¿Vamos a la cama?

Sus cejas tupidas y bonitas se alzan.

—Quiero decir… cada uno a su cama. A dormir.

Un relámpago ilumina la sala.

Violeta pasa a mi lado.

—Vamos a la cama, Hamilton.

La observo subir la escalera con el corazón latiéndome a la velocidad de la luz.

La sigo. Agarro unas toallas del baño y una de mis camisetas antes de detenerme en el cuarto de huéspedes, su antigua habitación.

—Toalla y ropa seca.

Galeno observa la camiseta, me agradece y la deja sobre la cama. Comienza a secarse el cabello con la toalla y yo la observo apoyado en el marco de la puerta.

—¿Qué opinas de nuestra primera salida como amigos?

Pienso.

—Mojada.

Sonríe.

—Coincido.

Deja la toalla sobre el respaldo de una silla, nos miramos. Lo odio. Odio que siempre nos miremos así, pero no puedo detenerlo. No sé cómo.

—Que descanses, Violeta.

—Que descanses, Vincent.

No me muevo. Ni un puto centímetro, nada.

Me mira, solo me mira. Espera. Espero. ¿Qué? Ninguno lo sabe.

—¿Estás bien, Vincent?

«No. No estoy bien. No está bien nada de lo que pienso cuando estás cerca, tampoco lo que siento cuando estás lejos».

Devoro la distancia que nos separa de tres zancadas, la rodeo con mis brazos. Es instinto, es irracional el querer sentir su pecho junto al mío.

Hundo la nariz en su cuello, la respiro sabiendo que la culpa me comerá más tarde.

Siento sus manos aferrarse a mi espalda un suspiro después.

—Llevo un mes arrepintiéndome de no haberte devuelto ese abrazo —susurro—. Descansa, Violeta.

Huyo. Huyo como un cobarde, me encierro en mi habitación.

Me tiemblan las piernas, las manos, siento el corazón en la garganta, los sentidos alertas.

Apoyo la frente en la puerta, cierro los ojos.

«Vale más un hoy que dos mañanas».

La culpa. La culpa podrá destriparme mañana.

29

VINCENT

Observo el lado vacío de la cama, frío, muerto. Contemplo el juego de luces que el amanecer dibuja sobre las sábanas negras. Pierdo el tiempo porque me sobra cuando no lo quiero, porque aún no tengo el coraje para levantarme sabiendo que ella está aquí. Que *yo* la quiero aquí.

Intento entenderme, termino desistiendo. Soy caos, irracionalidad, un sinsentido que solo quiere volver a sentir, pero detesta respirar.

Contradicciones, eso soy.

Me levanto, mi cabello aún huele a lluvia. Necesito una ducha, es probable que Galeno también.

«¿Estás listo para afrontar las consecuencias de tus actos?», la pregunta no me deja en paz desde que abrí los ojos. «De tus peticiones».

Abro las ventanas, respiro. El día está fresco y gris, pero el sol asoma. Siempre asoma.

Miro el reloj despertador, es temprano. En tres horas tengo cita con Bennett. Apuesto a que le encantará saber que lo hice, di el brazo a torcer, me acerqué a alguien en lugar de alejarlo, cedí a aquella maldita y primitiva necesidad.

No me esmero demasiado en vestirme, pasaré por la ducha en minutos. Un pantalón de pijama gris, y salgo al pasillo.

La puerta del cuarto de huéspedes está abierta, la cama hecha, una nota sobre la almohada.

Vicente:

Son las seis de la mañana, tengo que irme si quiero bañarme y cambiarme antes de entrar al trabajo a las ocho.

Lo de anoche fue lindo. Esta amistad puede funcionar siempre y cuando aceptes que soy genial y siempre tengo razón.

Creo que estaré libre el próximo sábado. Podemos hacer algo, si no te arrepentiste de ofrecerme tu amistad.

Que tengas una buena semana.

Tu enfermera.

P. D.: lo decía en serio, hablar contigo es… lindo. Hasta me pareces adorable cuando no estás odiándome.

P. D. 2: me robo a Picasso, está claro que prefiere vivir conmigo.

P. D. 3: es mentira, pero algún día será real. En tu lugar, lo tendría bien vigilado.

Cuando termino de leer me percato de que estoy sonriendo. Leo la nota otra vez con la misma sonrisa idiota.



—¿Cómo te sentiste?

Observo al doctor Bennett, tiene unos lentes nuevos hoy. La montura es marrón y muy gruesa, pero son más modernos que los que solía llevar.

—No lo sé… Liberado, tal vez.

—¿Vas a dejarla entrar, Vincent?

Agarro un caramelo, juego con él.

—Le pedí su amistad. ¿Eso no es dejarla entrar?

—Resume tu amistad con Nathan, por favor. La esencia, lo que significa para ti, lo que son.

Frunzo el ceño, nunca entiendo bien hacia dónde quiere ir.

Suspiro.

—Ambos sabemos que daríamos la vida por el otro, nos apoyamos, nos escuchamos, nos insultamos cuando es necesario, estamos ahí, prácticamente no hay secretos… No lo sé, supongo que eso lo resume.

Bennett asiente, anota.

—¿Estás listo para tener eso con Violeta?

Suelto el caramelo, me siento derecho.

—Violeta no es Nate.

—Exacto, por muchas razones, pero la principal: Nathan no te atrae físicamente.

—No. No quiero ir de nuevo ahí. Solo vamos a ser amigos. Eso no daña a nadie. Es sano, no está mal.

Me mira fijo.

—Desearla como algo más que una amiga tampoco está mal, Vincent. Sigue siendo algo sano y natural, es…

—Estoy casado, Bennett, ya lo hablamos.

—Vincent…

Me levanto.

—Vincent, aguarda, por favor. No puedes irte de la sesión cada vez que algo te incomoda.

—¿No? Míreme.

Me acerco a la puerta.

—Vincent, detente.

Lo hago, no sé por qué me detengo.

—Quieres que sea tu amiga. —Lo escucho hablar a mi espalda—. Eso implica ser su amigo. Ella no será un simple recipiente que tú podrás llenar con todo lo que quieras, Vincent. Ella querrá recibir lo mismo que da. ¿Eres consciente de eso?

Cada palabra acelera el ritmo de mi corazón, dibuja escenarios que me aterran, moldea la culpa.

—¿Estás listo para conocerla? Para divertirte a su lado, para escucharla, para estar cuando te necesite, para quererla… Eso es amistad, Vincent. ¿Sabes lo que pediste? ¿Estás realmente listo para dejarla entrar?



Suena *Something* de The Beatles, la noche cae solitaria, el cigarro muere en mi mano.

Hace tres días que no la veo.

Hace tres días que la culpa me devora despacio, me disfruta.

Hace tres días que leo una y otra vez los mensajes de texto que me envía a cualquier hora, esos que no me animo a responder porque sé que no podré parar.

¿Sabías que en Argentina merendamos? Es sagrado. No como aquí, que solo toman algún café, té o jugo al pasar, comemos un montón de cosas dulces o saladas (o dulces y saladas al mismo tiempo). Un día voy a prepararte una merienda real, Vicente. Será como descubrir otro planeta.

Estoy de guardia hace catorce horas. ¿Me recuerdas por qué estudié medicina? Dulces sueños, Vicente.

¿Sabías que roncas y que tienes un lunar en la nalga derecha? Justo en el centro, una obra de arte minimalista. Cosas que descubres cuando tus pacientes son nudistas… Que tengas un lindo día, Vicente.

Soñé que secuestraba a Picasso. Esto ya es serio, deberías preocuparte.

Hace tres días que no dejo de pensar en lo que dijo Bennett.

«¿Estás listo para conocerla? Para divertirte a su lado, para escucharla, para estar cuando te necesite, para quererla… ¿Sabes lo que pediste, Vincent?».

Para quererla…

Tiro el cigarro que se consumió sin que le diera una sola pitada, miro el cielo nocturno, me hamaco con pereza, me fundo con la madrugada.

¿Sé lo que pedí?

Mi teléfono vibra. La electricidad que me recorre al pensar que puede ser ella me aterra. No lo toco. Lo dejo vibrar y vibrar. Son mensajes, muchos mensajes.

Inhalo profundo, lo agarro cuando no puedo soportarlo más.

Es Nate.

¿De verdad no vas a venir? Es mi cumpleaños. ¿Puedes olvidarte de toda la mierda solo por un día?

Le dije cuatro veces que no, pero Nathan se pone especialmente insoportable en su cumpleaños.

Escribo:

No frecuento esos lugares y no me siento bien.

La respuesta es inmediata:

Es un club, Vincent, tampoco es el infierno. Tragos, un poco de música, compañía… Una noche, por favor. Extraño a mi mejor amigo.

No respondo, ya no sé qué más decir.

El celular vibra de nuevo. Otro mensaje, es una foto. Una mesa enorme, alcohol, una docena

de personas sentadas. Miro los rostros, la mayoría desconocidos. Estoy a punto de tirar el aparato a un costado cuando la veo.

Mi pulso se dispara.

Allí, sonriendo junto al hombre con el que la encontré abrazándose en mi sala una vez, está Violeta.

Detengo el vaivén de la hamaca, amplío la imagen. Boca roja, vestido plateado, cabello suelto y ondulado, nada de uniformes y trenzas despeinadas.

Trago.

Solo faltas tú.

Escribo:

¿Qué hace mi enfermera en tu fiesta de cumpleaños?

Mientras espero la respuesta miro la foto, ampliándola todo lo posible.

Encontré su teléfono en tu casa ayer. La invité, le dije que podía traer amigos. Vamos, ven a divertirte un poco. Es solo un día, Hamilton.

Otra foto, una más borrosa, mal tomada. En esta Violeta sale de fondo, ríe sin percatarse de la cámara, la vista fija en el tal Alan.

¿Qué me dices? ¿Vienes?

30

VIOLETA

—Te tiene ganas.

Observo a Nathan del otro lado de la enorme mesa circular abarrotada de bebidas.

—Ya lo sé, por eso te traje.

Alan coloca su índice en mi barbilla, gira mi rostro de forma íntima y seductora.

—¿Soy el novio protector otra vez?

—No tanto, esta vez amigos con derechos basta.

Deja un beso tibio en la comisura de mi boca. No reprimo la risa.

—¿Qué pasó con Angus? A él le queda mejor el papel.

—Está de guardia.

—Así que no solo me traés a una fiesta para usarme, además soy la segunda opción…

Me llevo el mojito a los labios.

—¿Ya estás melodramática? Ni siquiera es tu cuarto trago.

Se acerca un poco más, me habla al oído.

—*Okay*. Vamos a los negocios. ¿Qué tanta mano te meto?

—Alan.

—Respondé, Galeno. Tengo que conocer las reglas del juego.

—Lo justo y necesario para que piense que tenemos algo.

—Eso no es muy claro. Lo justo y necesario para mí, si tuviera una amiga con derechos, sería beso con lengua y sexo en el baño.

—A veces me das asco, Barone.

—Mentira. Tenés sueños húmedos conmigo, aunque jamás lo admitas.

Río tanto que creo que voy a ahogarme.

—Atrapada. Mis sueños más sensuales fueron con vos, en especial cuando te empezó a crecer ese bigote que parecía mugre en lugar de vello.

Alan ríe bonito, le quita protagonismo a la música.

—Nada de beso con lengua. Solo comportate como lo hacés con todas las mujeres que tienen la desgracia de caer en tus manos.

—¿Increíblemente seductor? ¿Un semental? ¿El dios de la masculinidad?

Hago una mueca dudosa.

—Con un treinta por ciento menos de arrogancia estamos bárbaro.

Mira a Nathan de reojo, vuelve a centrarse en mí.

—¿Por qué no le decís que no estás interesada y ya está? Aunque deberías pensarlo dos

veces. ¿Lo viste bien? Tiene pinta de que tiene una manguera, y no hablo de la que usa en su trabajo.

Le doy un codazo.

—Lo vi bien, y confío en tus observaciones, pero… no lo sé. Me cae bien, no quiero que las cosas sean raras si lo rechazo.

—¿Esto tiene algo que ver con que es el mejor amigo de tu nuevo amiguito?

Niego.

Se acerca para hablarme al oído otra vez.

—¿Y con que estás hasta las manos con *Vicente el demente*?

—¡No le digas así!

—Cómo lo defiende…

Muerde mi mandíbula, Nathan nos mira mientras intenta seguir con su conversación.

—¿Vas a empezar a molestarme? ¿Tenemos nueve otra vez, Alan?

—¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos? No es divertido si no bailás conmigo o no puedo ir a coquetear con alguien más.

—¿Quién dijo que no voy a bailar?

Alza las cejas, se pone de pie. Acomoda su camisa azul Francia, sabe vestir y también que tiene un cuerpo privilegiado.

—¿Me concede esta pieza?

Observo su mano, hace el ridículo como siempre.

—Considerar «pieza» a estos tres minutos de Auto-Tune y efectos baratos me parece mucho, pero acepto.

Dejo que Alan me lleve a la pista bajo la mirada de todos los colegas del bombero.

—Los hombres te miran como si quisieran comerte de un solo bocado y las mujeres sueñan con desfigurarte esa cara bonita —me susurra al pegar nuestros cuerpos—. No sé si están felices o tristes de que hayas venido.

—No seas malo. Son todos muy amables, además, necesitábamos un poco de diversión. ¿Cuándo fue la última vez que salimos?

—¿Cuando nos rateamos para ir a probar mi bici nueva? ¿En qué estábamos? ¿Séptimo grado?

—Por Dios, no me recuerdes lo feo que eras en esos tiempos…

Me hace girar, pega su pecho a mi espalda.

—Pero te gustaba, Galeno, admitilo.

—Sí, hasta que me besaste y fue como besar a un sapo.

Ríe sobre mi nuca.

—Era la forma más fácil de descubrir si podíamos ser algo más.

Otra vuelta, y vuelvo a estar entre sus brazos. Alan baila bien. A decir verdad, lo único que no se le da bien es la monogamia.

—Estoy feliz de que podamos ser solo esto —admito, rodeando su cuello con mis brazos—, porque no soportaría perderte. Y ya sabés que en esa clase de amor nunca gano.

Acerca su boca a mi cuello y me besa, se toma su papel muy en serio. Reprimo la risa.

—No me alejás ni con una orden judicial, Leta. Tenemos esposas invisibles para siempre, ¿te acordás?

Sonrío, viajo a la niñez mientras acaricio su cabello.

—¿Por qué estamos bailando salsa cuando es música electrónica?

—Porque hay que llamar la atención, aunque el vestido que te pusiste hace todo el trabajo. Estás dejando poco a la imaginación esta noche, mi amor.

Sus manos dibujan mi cintura, mis caderas.

—Uso una bolsa de papas doce horas al día, dejame ser Cenicienta una noche.

—Una versión triple X de Cenicienta, pero no tengo quejas.

Otra vuelta, las luces y los mojitos me marean.

—Está mirando —susurra con la vista sobre mi hombro—, a punto de hacer un berrinche. Creo que es momento de besar al sapo otra vez, Galeno.

—Está bien, sin lengua.

—¿Un poquito de lengua? Le da más credibilidad.

—Alan…

Sonríe y agarra mi nuca.

—Vení.

El beso es suave, pero sensual e íntimo. No hay chispas, no hay escalofríos, no hay nada más que infinito cariño y respeto.

Alan muerde mi labio inferior antes de dejarlo ir.

—¿Qué parte de «sin lengua» no entendiste? —susurro y muerdo su cuello.

—Parecía que te comía la boca, pero apenas me sentiste. Decí la verdad.

Sonrío, niego.

Me hace girar una vez más antes de pegar mi espalda a su pecho.

Está mirando, sí, pero no es solo Nathan. Allí, parado entre la multitud y elegantemente vestido, está Vincent.

31

VINCENT

Estoy anclado a este instante, a ese beso que no deja de repetirse una y otra vez en mi cabeza.

La música y la gente desaparecen. Solo quedan ellos bajo el juego de luces, sonriéndose con complicidad, acariciándose, bailando.

Violeta me mira, su mundo también se detiene. Jamás la había visto así: tan enérgica, seductora, tan… libre.

Sus pasos se detienen, solo me mira. La sonrisa se borró de su rostro, el brillo de su piel satinada comienza a opacarse.

Alan besa su cuello, y todo vuelve. La música, la gente, el bullicio, el calor.

Le doy la espalda al espectáculo, busco la mesa de Nathan.

—¡Miren quién llegó!

—No puede ser… ¡Díganme que no estoy alucinando!

No me gasto en intentar sonreír, ni ser sociable. Saludo a todos con la cabeza y ocupo un asiento al lado de Nate.

—¿Cómo va tu fiesta?

—Iba de maravilla hasta que descubrí que cometí un grave error al decirle a Violeta que podía traer amigos. —Señala la pista—. Creo que eso me deja en la *friendzone* por el resto de la noche.

Acepto la cerveza que pone en mi mano.

—¿De la noche?

—No son novios, no es algo serio.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo experiencia en estas cosas, huelo a los novios posesivos. Él… —Señala a Alan con la cabeza—: No es más que un pene conocido.

Estoy en desacuerdo, pero no digo nada. Me acomodo en el asiento, bebo e intento no mirar hacia la pista.

Me pregunto qué mierda hago aquí, pienso en irme cuando cuente hasta cien.

—¿Cómo te sientes, hombre? —Chris, el hermano menor de Nathan, rompe el hielo—. Nate me contó que esa belleza te salvó la vida.

—Me dejaría agujerar como un colador si ella va a salvarme…
—acota otro bombero—. O quemar como los pollos que cocina tu esposa, Kev.

Los miro, intento que no se note que quiero romperles la cara.

—¿Estamos hablando de mí o de mi enfermera?

Sonríen.

—¿Tenemos otro enamorado de la enfermera *sexy*? —Chris me guiña un ojo, cada día se parece más a su hermano—. Bienvenido al club de los que caímos por ese par de piernas.

Apoyo la cerveza con un golpe seco, me levanto.

—*Hey*, Hamilton, no es para tanto…

Me alejo tres pasos de la mesa cuando la veo acercarse. Me petrifico.

Su perfume dulce me embriaga. Esa boca aún roja, la piel brillante y el cabello algo despeinado acaparan toda mi atención.

—No esperaba verte aquí.

Lleva los ojos maquillados, el verde de su mirada realza.

—Lo mismo digo.

Nos observamos. No, esto no es mirarse, es una guerra silenciosa.

—Le dijimos adiós a la barba fuera de control.

No digo nada, solo dejo que contemple mi rostro recién rasurado. Alza la mano, su pulgar acaricia mi mandíbula.

—Ten más cuidado la próxima vez, Hamilton, no querrás que te cure otro corte.

Ignoro la puta electricidad.

Violeta se percata de que la mesa está en silencio, todos están mirándonos.

—¿Otra ronda de mojitos? —dice, y el grupo acepta con fervor—. ¿Te sientas un rato conmigo?

—Yo… me iba.

—Pero si acabas de llegar.

—Y de entender que fue un error.

Me alejo, pero su mano me detiene.

—Hace días que no hablamos. Vamos, quédate un rato.

—¿No le va a molestar a tu novio?

Frunce el ceño, sonríe.

—No tengo novio, ya te lo dije. ¿Qué tiene que ver eso con charlar un rato?

—¿Y el bailarín?

—¿Alan?

—Creí que era solo tu amigo.

—Lo es.

Me acerco, mi nariz roza su frente.

—¿Besas a todos tus amigos, Violeta?

Alza el mentón, me mira fijo.

—¿Me estás haciendo una escena de celos, Hamilton? ¿O estás triste porque a ti no te besé?

Su transparencia me golpea, me arranca una risa nerviosa.

—¿Yo? ¿Celos de ti? Apenas te conozco. Tienes un ego muy grande…

—Entonces siéntate junto a tus amigos y pasa un buen rato sin mirarme así.

—¿Así? ¿Cómo se supone que te estoy mirando?

—Con enojo y frustración. —Da un paso adelante, su vestido roza mi camisa—. Como si no supieras si quieres gritarme o besarme.

Las palabras, la mirada, la seguridad, no puedo saber qué es lo que me hace temblar. Es todo.

Es ella. Ella es la rabia, el enojo, la frustración, las ganas. Ella es todo lo que me consume en este momento.

Miro por encima de su cabeza, los ojos de toda la mesa siguen puestos en nosotros.

Paso a su lado, vuelvo a sentarme junto a Nate y los demás.

—¿Qué fue todo eso?

—Ahora no —mascullo y le doy un trago al botellín—. ¿Por qué mejor no me explicas cómo mierda te robaste su teléfono de mi casa?

—Robar es un término un poco fuerte, hermano. Además, ¿desde cuándo lo tenías? Llevo dos meses pidiéndotelo.

—Te dije desde el primer momento que no iba a dártelo si lo tenía. ¿Por qué no se lo pediste? ¿Dónde están las majestuosas pelotas que dices tener?

Me observa con demasiado interés, no me gusta.

—Esto se está poniendo interesante, Vincent Hamilton…

—Cállate. No me hagas arruinarte la cara en tu cumpleaños.

Sonríe. Va a replicar, pero Violeta se sienta a mi lado.

Mi cuerpo entero se vuelve una roca al instante. Intento ignorarla, pero su vestido brilla, ella brilla, y ese perfume…

Cierro los ojos, me concentro en el sabor de la cerveza hasta que la imagen de Alan besándola lo vuelve todo rojo.

—¿Cómo está mi galán preferido? —me pregunta.

—¿Qué?

—Picasso.

Hago rodar los ojos.

—Traicionero como siempre.

Sonríe y, carajo, no sé cómo respiro.

La miro de reojo.

—¿La mujer «trabajo catorce horas al día» encontró tiempo para divertirse?

—Una escapada de último momento… Nathan me invitó hace algunas horas, justo cuando llegaba a casa.

—¿Estás sin dormir?

—Hace veintiséis horas.

—¿Y preferiste venir aquí a que te taladren la cabeza en lugar de dormir?

Se encoge de hombros.

—A veces me gusta fingir que tengo una vida…

Me quedo prendido de la frase, le doy vueltas.

Alan, el amiguito, vuelve de quién sabe dónde y se sienta a su lado.

—Aquí está mi chica. —Le da un beso en la sien, no puedo apartar la mirada—. *Hey*. —Clava sus ojos y esa sonrisa arrogante en mí—. Ya nos conocimos, ¿verdad? ¿Cómo estás? ¿Recuperado?

Lo miro fijo.

—Como si ese cuchillo de diez centímetros jamás me hubiera tocado.

Me mira, aún sonríe.

—Genial. Brindo por eso. —Besa la mejilla de Violeta—. Y por este bombón que hace tan

bien su trabajo.

Bebe y empieza a hablarle a Galeno en español. No entiendo una sola palabra de lo que dice, pero suena íntimo. Me exaspera.

La risa de Violeta incrementa la tensión. Mi tensión.

Me muevo incómodo en el asiento. No quiero mirarlos, pero se me van los ojos.

La toca. No puede dejar las putas manos quietas. Que si el pelo, que si los aros, que si el tirante del vestido, cualquier excusa vale para poner las manos en su cuerpo.

—Veo que tienes mucho que contarme, Hamilton —me susurra Nate.

Ignoro el comentario, miro alrededor. Cada hombre de la mesa tiene los ojos puestos en Violeta.

—¿Dónde están las demás mujeres? Tienes una docena de amigas, mínimo.

—Van directo al *after party* en casa. —Me guiña un ojo—. ¿Quieres que nos alejemos un rato para hablar?

—No tengo nada que contar.

—Permíteme dudar… No estoy ciego, Vincent.

Bebo, lo ignoro hasta que se cansa y vuelve a la charla con su escuadrón.

—¿Cómo estuviste esta semana? —la preferida de Picasso me habla cuando termina de divertirse con su *amigo*.

—Bien.

—Eres un hombre de monosílabos, Hamilton…

—Prefiero no hablar de más cuando no tengo nada importante que decir.

Me mira, se lleva el pequeño vaso a esos labios rojos y voluptuosos que me dan ganas de arrancarme los ojos, porque no encuentro otra manera de dejar de mirarlos esta noche.

—… Lo es. ¡Por favor, mírenla! ¡Mírenla! ¡Violeta lo confirma! La carne argentina es la mejor…

La mesa entera se paraliza.

Violeta lo mira.

—Esta «carne argentina» te dejará sin dientes para comerla si vuelves a referirte a las mujeres como un pedazo de algo.

Chris palidece.

—No… Yo no… No lo decía literalmente, no quise decirlo de forma despectiva.

—Hay una sola forma de decir algo así, cariño, la forma de mierda. Un consejo para la próxima, a nadie le gusta que se refieran a su cuerpo como carne. —Le guiña un ojo y vuelve a centrar su atención en la bebida.

No puedo evitar sonreír.

«Eso, Galeno. Esa es la mujer que conozco».

—Violeta, ¿bailas conmigo?

Clavo los ojos en Nate, que espera una respuesta.

Ella mira hacia la pista, sonríe con… ¿timidez? No, Galeno no es tímida. ¿Con incomodidad?

—Quizá más tarde.

—Vamos, esta canción es buenísima.

La canción es una mierda, pero insiste.

—Me duelen un poco los pies, más tarde tal vez…

—Vamos, Violeta. Una canción, solo una.

Lo siento, estoy a punto de perder el último tornillo.

—¿Cuántas veces necesitas que te diga que no para entenderlo?

Nathan me mira como si me hubiera vuelto loco, quizá lo hice.

Mira a Galeno con su sonrisa de nene bueno.

—Mis disculpas, Violeta. No pretendía incomodarte.

Ella niega, le hace saber que está bien con una sonrisa que se desvanece pronto.

Alan siguen ahí, rodeándola con el brazo, acariciando la piel desnuda de su hombro con esos dedos inquietos.

Me masajeo las sienes, no sé qué carajo hago aquí. Me afeité, me vestí como hace años no lo hacía y salí corriendo como un idiota. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Nunca te había visto tan… elegante —casi me susurra mientras su compañero habla de autos con alguien más—. Estás… muy… bien esta noche.

Lo intento con todas mis fuerzas, ignorar su apariencia, ese vestido color plata, ese escote que muestra más de lo que me hace bien conocer…

—Tú también. Pareces… alguien distinto.

—La bolsa de papas que uso de uniforme no es *sexy*, coincido.

—Todo en ti es *sexy*.

El vaso se detiene a la mitad del camino hacia su boca, las luces rojizas acentúan su mirada.

El peso de lo que acabo de soltar sin pensar cae sobre mis hombros. Y es demasiado. Esta noche es demasiado.

Me levanto, me alejo de la mesa, me mezclo entre la gente. No sé adónde voy, solo necesito desparecer.

Unos dedos agarran mi muñeca, la electricidad me lo dice todo.

Giro, Violeta me mira, allí, brillando entre cientos de desconocidos.

Se acerca, juega con mi pulso.

Ese par de ojos resplandece y me mira. Me mira solo a mí.

—¿Bailas conmigo, Vincent?

Se me seca la garganta, me tiemblan las piernas. No sé qué mierda me pasa, pero tiene su nombre.

—Yo… no bailo.

—¿No? Qué raro, me dijeron que eras el primero en abrir la pista y el último en dejarla.

Miro alrededor. Lo empujo, lucho por mantenerlo en el fondo.

—Ese Vincent ya no existe.

—¿Podrías traerlo un ratito para mí esta noche?

Esa forma de mirarme, como si no existiera nada ni nadie, como si el tiempo fuera una leyenda, como si el dolor y la culpa no tuvieran voz, como si el anhelo reemplazara la sangre que nos mantiene vivos. Cerca. Latiendo. Me hipnotiza.

Y antes de pensar en negarme está entre mis brazos, su corazón junto al mío, mis dedos en su cintura, los suyos en mi nuca, frentes unidas, almas en guerra.

Giramos en círculos lentos, en completa desarmonía con la música, con el mundo.

—¿Por qué estamos bailando así en un club de música electrónica?

Sonríe, continúa moviéndose de esa manera elegante y seductora.

—Porque eso no es bailar. Si quisiera saltar contigo te invitaría al gimnasio.

Sonrío sobre su mejilla, intento no pensar en lo confundido que me siento. Miro de reojo alrededor.

—Nos miran. Creo que estamos haciendo el ridículo.

—Es de las cosas más inteligentes que podemos hacer.

Cuando te gusta su cuerpo estás jodido, pero cuando te gusta su mente no hay vuelta atrás.

Y me gusta. Me gusta su forma de pensar. Y quiero salir corriendo.

Violeta se acerca un poco más, uno o dos centímetros tortuosos que eliminan cualquier distancia entre nuestros cuerpos.

Su aroma, su voz, cada curva, el cabello rozando su cintura… Es demasiado. Esta cercanía es demasiado. No puedo permitírmela, pero no sé cómo alejarme.

—¿En qué piensas? —susurra a mi oído, despertando cada milímetro de piel.

Pienso en evadir la pregunta, en mentir, pero la verdad aflora, es una bala que no puede esperar para salir.

—En que estamos muy cerca.

—¿Te molesta?

Suspiro.

—Sí. No. No lo sé.

—Eres la persona más confusa que no conozco, Hamilton.

—Eres la persona más directa que conozco, Galeno.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Continuamos bailando pegados, frentes rozándose, corazones latiendo en sintonía.

Cierro los ojos, dejo escapar la confesión.

—La última vez que bailé así con alguien… lo perdí todo.

La ruidosa música deja de existir, solo está su voz.

—La vida no es un bucle, Vincent. El pasado no tiene por qué repetirse.

—Se repite cuando no lo dejas atrás.

Acerca sus labios a mi oído.

—El pasado es ese pote de helado que nos rescata cuando estamos deprimidos, esa caja de fotos que nos saca una sonrisa cuando estamos tristes, pero cuando la dulzura y los recuerdos se acaban, solo queda el presente. —El roce de sus labios en mi cuello detiene el tiempo—. No está mal vivir entre los fantasmas del ayer, siempre y cuando recuerdes que tú no eres uno. Eres presente. Eres hoy.

Su voz cala profundo, anida allí donde no la quiero, justo en ese lugar que intento mantener de cualquier color menos violeta.

—Cuéntame un secreto —susurra.

—¿Por qué?

—Porque quiero contarte uno.

Pienso.

—Tú primero.

Somos círculos atemporales, existimos en medio del caos.

—Le pedí a Alan que me besara…

—No me interesa lo que hagas con tus novios, Galeno —la interrumpo.

—Déjame terminar. Le pedí a Alan que me besara para que Nathan creyera que estamos en algo, que no tiene oportunidad conmigo.

El ritmo de mi corazón acelera.

—¿Por qué me estás contando esto?

Se separa un poco, busca mi mirada.

—Porque no quiero que pienses que fue real.

Olvido respirar.

—¿Por qué te importa lo que piense?

—Porque soy estúpida, porque busco calor aun sabiendo que voy a quemarme.

Apoya las manos y la cabeza en mi pecho, las mías encuentran su cabello antes de que pueda arrepentirme.

—Te cuento un secreto —susurro, y asiente—. Vine por ti.

Sale del escondite, me mira fijo.

—Por favor, no…

—No pienso hacer preguntas, Hamilton. —Me roba el pensamiento—. Solo quiero disfrutar mi hoy.

Su mejilla vuelve a mi pecho y yo, a sentir aquello que no puedo describir, entender, ni aceptar… Eso que me pone en jaque.

Giramos sobre nuestros secretos hasta que el ritmo de la música cambia. Es sensual, algo más lento.

—Esto sí se puede bailar… —Galeno cambia la postura, me da la mano, espera—. Muéstrame qué tienes, Hamilton.

Juro que el tiempo se detiene en su sonrisa.

La miro, me mira. La vida late entre los dos.

«¿Puedes traerlo para mí un ratito esta noche?».

La hago girar con un movimiento tímido que muere cuando su espalda roza mi pecho. Inhalo su fragancia directo de la curvatura de aquel cuello esbelto.

—Estoy oxidado, Violeta.

Lleva mi mano hacia el centro de su abdomen, la suya serpentea hasta perderse en mi nuca.

—Es solo un poco de polvo, Vince.

No puedo detenerme a deleitarme con la melodía de aquel *Vince* en sus labios, el movimiento de sus caderas me roba la razón.

Cierro los ojos, la siento en cada parte de mí.

El sudor comienza a perlar mi piel, la suya se eriza cuando recorro su hombro con la punta de la nariz.

Mi otra mano encuentra el camino hacia su cintura, navega la curva de su cadera.

El ritmo de su respiración iguala el mío, casi jadeante. Una súplica viviendo en mis pulmones.

Las puntas de mis dedos rozan el final de su vestido, encuentran la suavidad de su muslo.

Me endurezco sin poder evitarlo.

Solo puedo pensar en besarla, en tenerla. Quiero borrar de sus labios el beso que él le dio, quiero que tenga mi sabor cuando se vaya a casa. Quiero llevarme el suyo. Quiero…

La doy vuelta, sujeto la base de su cuello con ambas manos.

El corazón es una bomba dentro de mi pecho, me cuesta respirar.

Me mira con deseo, anhelo, necesidad, el mismo cóctel que acaba con cada pensamiento racional que tengo.

—¿Por qué piensas tanto las cosas que solo se deben sentir?

Miro sus labios de neón, las palabras danzan a mi alrededor.

Me acerco a su boca.

«Incluso cuando no pueda besarte sentiré tus labios». La voz de Sammy me detiene.

Siento el calor de cada una de sus exhalaciones laboriosas, con un solo suspiro podría probar su sabor.

«Eres mi beso eterno. Te amo, Vincent Hamilton».

La miro a los ojos, no es Samantha, no es mi esposa.

—¿Qué estoy haciendo?

—¿Vincent? ¿Estás bien?

La suelto, me alejo.

—¡Vincent!

Empujo a cada persona que se interpone en mi camino.

—¡Vincent, espera!

Me encierro en el baño para hombres. Segundos después, tocan la puerta.

—Vincent, ¿puedo entrar?

—Déjame solo.

—Por favor…

—¡Necesito respirar! Déjame solo.

Silencio.

Miro mi espejo, la angustia anidó en mis ojos. Sujeto mi cabeza.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? —Golpeo el espejo, se raja a la mitad—. ¡¿Qué mierda estás haciendo?!

Me paso las manos por el pantalón, aún estoy duro como una roca.

«Ibas a besarla».

—Por Dios…

«Querías arrancarle ese vestido, lamer cada centímetro de su cuerpo».

Me apoyo en la pared, me dejo caer sobre las baldosas frías del suelo.

«Quieres sentirla. Quieres olerla. Quieres tenerla. La quieres».

Hay un nudo en mi garganta.

Abrazo mis piernas, intento respirar. Solo respirar.

«Te excita. Violeta te excita. Quieres su cuerpo. Lo quieres todo».

—Perdóname, Sam, perdóname. No sé cómo controlarlo. Te necesito. Ayúdame a controlarlo…

La puerta se abre, Nathan entra. Se sienta a mi lado, mira el espejo roto.

—No hace falta que digas nada, lo vi todo. Lo entendí todo. Ven aquí. —Dejo que me abrace —. Siempre supe que este día llegaría, hermano…

Acepto cada caricia que deja en mi espalda. Observo el anillo en mi dedo anular, es una promesa dorada y borrosa a través de las lágrimas.

—Me atrae, me hace sentir cosas que… no entiendo. Tengo una maldita revolución en el

pecho. Por primera vez estoy duro por otra mujer y me siento un hijo de puta.

Acaricia mi cabeza, suspira.

—Tuviste docenas de oportunidades para acostarte con alguien desde que Sam no está, Vincent, y no lo hiciste. Violeta no solo te gusta, hermano, no solo quieres cogértela, abre los ojos. —Otro suspiro, uno más cargado—. ¿Toda la escenita de celos de la mesa? ¿Ese baile casi pornográfico en la pista? ¿La forma en que la sujetabas, la mirabas? Tiene algo, te importa. La enfermera te importa.

—¡No quiero que me importe! ¿Lo entiendes?

—¿Por qué siempre tengo que ser el que te rompa la ilusión? Noticia de último momento, Hamilton: el dinero no llueve del cielo y tú no vas a sacártela de la cabeza.

Saboreo el llanto, la culpa.

—Tengo miedo, Nate. No quiero. No quiero sentir. No quiero sentir esto.

32

VIOLETA

Del calor al frío, de la risa a la angustia. Todo cambió en un instante. La magia se acabó. La burbuja explotó, la realidad fue demasiado para su alma.

Aún siento su tacto, su calor. La perfección con la que cada parte de él encajaba en cada parte de mí, un rompecabezas perfecto danzando en el tiempo.

Iba a besarme, lo sé, y lo quería con cada célula de mi cuerpo.

¿Por qué? ¿Por qué busco calor allí donde voy a quemarme?

«Vine por ti».

La puerta del baño se abre, Vincent sale como un huracán.

—Vincent, ¿podemos hablar? Por favor… —Lo persigo—. ¡Vincent!

—Violeta —Nate interviene—, será mejor que dejes que…

No me quedo para oír el final de la frase, corro detrás de Hamilton. Sí, yo, la que juró que nunca más iba a caer en las manos equivocadas.

—¡Vincent!

Sale del club, dobla a la izquierda. Los zapatos de taco alto no me dejan ir más rápido.

—Vincent, por favor, solo déjame hablar contigo un minuto.

No se detiene, se adentra en la oscuridad del callejón con rapidez.

—¡Por favor! Escúchame…

Gira.

—¡Tú escúchame! Esto fue un error, no podemos ser amigos. ¡Ni siquiera puedo mirarte a los ojos sin querer comerte la boca! Olvídate de mí y de todo lo que dije, Violeta.

Cada palabra es una bala, pero avanzo. Me detengo solo cuando estamos frente a frente.

—Eres un cobarde. —Mi voz suena serena, profunda—. Quería decírtelo mirándote a los ojos.

Su mandíbula se tensa, su boca es una línea recta.

—Sí, soy un puto cobarde. ¿Contenta? ¿Terminaste?

—No. ¿Crees que vas a dejar de pensar en mí si no me tienes alrededor? —Niego—. Lamento darte la mala noticia, Hamilton. No voy a salir de tu cabeza, así como tú no saliste de la mía desde que me empujaste fuera de tu vida.

El ritmo de su respiración cambia, sus ojos rojos y llorosos me miran. Sujeta mi rostro con ambas manos.

—Me haces daño, Violeta. Me hace daño desearte así. ¿Lo entiendes? Quema, me lastima.

Sujeto su rostro, lo acerco a mí. Somos dos locos sosteniéndose los pedazos rotos.

—¿Piensas que eres el único que tiene una guerra en la cabeza? —Niego—. Me gustas, Vincent. También me gustas. También pienso en ti. También me importas. También te deseo. Y ojalá no fuera así, porque sé que vas a romperme el corazón.

Me mira como si recién me hubiera descubierto, como si no conociera algo más hermoso.

—No puedo hacer esto, ángel, amo a mi esposa.

—Lo sé. —Uno nuestras frentes, lo respiro—. Pero eres tú el que está aquí ahora, Vincent. Está bien sentir otra vez. Está bien animarse a saltar al vacío por otra persona. Está bien respirar. Está bien intentarlo… Deja de culparte por vivir.

Un silencio peligroso.

Me empuja, mi espalda toca la pared. Sus manos a cada lado de mi cabeza, sus ojos buscándome.

—No puedo. No sé cómo hacerlo. No sé si quiero. No sé por dónde empezar. Soy un caos, Violeta.

—Por dejarte llevar. Se empieza dejándose llevar.

Apoya la frente en mi hombro, respira agitado, agotado. Hay una guerra fría entre su cabeza y su corazón.

—Quiero ese beso que ibas a darme —susurro en la oscuridad—. Quiero sentir todo eso que sientes e intentas controlar.

Alza la cabeza, me mira. El anhelo brilla en sus ojos. Sujeta la base de mi cuello, contempla mi boca, la acaricia con el pulgar.

—Quiero besarte. Quiero desnudarte. Quiero lamerte. Quiero sentirte. Quiero escucharte. Quiero tener cada pedazo de ti.

La vida en mis venas florece. Las agujas del reloj enloquecen, el mundo gira más rápido.

—Lo quiero. Quiero que lo hagas.

Nos miramos.

Nos odiamos.

Nos deseamos.

Nos gritamos en silencio.

Su boca ataca mi cuello. Besa, lame, muerde, huele con desesperación, con hambre, con miedo. Mis párpados se cierran, mis manos viajan a su cabello mientras las suyas recorren cada curva. Toca, aprieta, siente, quiere más. Quiero más.

La pared gélida a mi espalda contrasta con el calor que emana de nuestros cuerpos.

Todo es abrumador, pero a la vez insuficiente.

Sus labios descienden por mi hombro, se pierden en mi escote. Y sus manos vuelven a trazar las líneas de mi cuerpo sin dejar un solo rincón sin marcar.

Alza una de mis piernas, la enrosca en su cintura, la acaricia por debajo del vestido hasta que las puntas de sus dedos rozan la ropa interior. Empuja suavemente, me hace sentirlo.

Aprieto su camisa, lo miro jadeante, expectante.

—Bésame. Por favor, bésame.

Su cabello está despeinado, su boca húmeda por el arrebato de pasión. Hay lágrimas en sus ojos.

—No puedo. No puedo besarte. Si lo hago, ya no sabré cómo parar.

Me suelta. La magia se evapora otra vez.

Su mirada es una súplica, es agonía.

—No podré olvidar tu sabor…

Me da la espalda, camina, se aleja.

—¿Por qué deberías olvidarlo?

No mira atrás.

—¡Vincent!

Nunca mira atrás.

Y me quedo sola en medio de una calle vacía, entre las sombras y el silencio, sintiendo aquella oscura premonición, viendo el futuro de mi maltrecho corazón en sus manos.

33

VIOLETA

Diez años atrás

Me miro al espejo una vez más, hace tiempo que no me siento tan a gusto con la imagen que me devuelve. Fue difícil aceptarme. Es difícil. Aliso la falda de mi vestido blanco y veraniego, me acomodo el cabello largo detrás de la oreja.

Papá está en la cocina, baja el diario y me estudia mientras saco la torta de la heladera.

—¿En qué momento creció mi niña?

—En todas esas horas que tiene la nariz enterrada en los libros de medicina. —Le muestro la torta antes de ponerla en una caja—. ¿Parece que la hice yo?

Se baja los anteojos, observa el pastel. Sencillo, nada ostentoso.

—¿Querés que parezca que la hiciste vos?

—Sí.

—Entonces parece que fue hecha por tus preciosas manos, hija.

Sonrío, termino de guardarla con cuidado, las veintiséis velitas a un costado.

—¿Volvés tarde?

—Hoy no vuelvo. Es la fiesta sorpresa de Thiago, ¿te acordás? Ni lo imagina… —Muerdo mi labio inferior, los nervios me contraen el estómago—. Cree que tengo un examen parcial y pasaré todo el día en la universidad.

—¿El muchacho está trabajando?

—Dejá de decirle muchacho, papá. Llevamos tres años juntos. ¿Cuándo va a tener tu aprobación?

—¿Nunca?

Resoplo mientras busco la cartera y un saco de hilo fino.

—Sí, está trabajando, pero tengo las llaves de su casa. Voy a preparar todo para cuando llegue.

—¿Alan estará allí?

—Vendrá cuando termine de estudiar, en algunas horas, junto con los demás. No te preocupes, estaré bien.

Me acerco, lo abrazo con energía.

—La casa está muy silenciosa cuando no estás, pajarito.

—Te prometo que haré tanto ruido cuando vuelva, que desearás que me vaya de nuevo.

Ríe.

—Jamás.

—Te amo, papá.

—Yo más. Ve, vuela.

El sol colorea mis mejillas, camino la última cuadra con la lengua afuera. El calor de enero es insoportable.

Entro a la pequeña casa que Thiago alquila en el centro del pueblo, esa que nos concede toda la privacidad que mi padre y la universidad se esmeran en quitarnos.

Dejo la torta en la heladera, me quito la cartera, un ruido seco en la planta alta me paraliza.

—¿Thiago? Amor, ¿estás en casa?

Piso el tercer escalón, los sonidos me petrifican, enfrían mi sangre, nublan mi visión.

«No. No es posible. No, no, no, no».

Gemidos amortiguados se funden con el rechinar de la cama.

«Subí. Entrá. Escapá. Escapá».

Mi corazón bombea a un ritmo inhumano, bestial. Mis extremidades están pesadas, lánguidas. No puedo respirar.

«Abrí esa maldita puerta».

La vida se ralentiza cuando mis piernas avanzan, un paso tras otro, adentrándome en aquel bucle oscuro de sonidos tortuosos.

Abro la puerta de la habitación.

El mundo que conocía se derrumba.

No puedo moverme, no puedo hablar ni gritar, solo estoy aquí, inerte, mirando cómo mi novio y mi hermana tienen sexo en nuestra cama.

Los sonidos cesan, alguien dice mi nombre.

—… Puedo explicarlo.

—… Andate. ¡Celeste, andate!

La mirada fija en las sábanas revueltas. Sábanas que yo compré para él, para nosotros.

Alguien sujeta mi rostro, veo sus ojos a través de las lágrimas.

—Podemos hablar. Puedo explicarlo todo, mi amor.

Miro por encima de su hombro, Celeste busca su ropa, se cambia, sus ojos vacíos me miran de reojo.

—Violeta, ¿me escuchás? ¿Amor?

Me muevo, aunque no sé lo que hago. Mi mente está en otro lado. Levanto su corpiño de encaje, lo pongo en sus manos.

Sus ojos, los ojos de mamá, me encuentran. Los miro por última vez.

—Estás muerta para mí.

No intenta disculparse, solo agarra sus cosas y hace lo que mejor saber hacer: desaparece.

No hay una sola parte de mí que no tiemble, que no desee dejarse caer en ese vacío que susurra mi nombre.

—Juro que puedo explicarlo… Ella me sedujo. ¡Sabés cómo es con los hombres!

Miro su cabello castaño y revuelto, su desnudez, esa de la que disfruté durante tres años de mi vida, esa que creí adoraría para siempre.

—Trajo marihuana y otras cosas, fumamos y…

—Estás muerto para mí.

Mis piernas intentan conducirme hacia la salida del infierno, pero el demonio de ojos dulces me apresa.

—Soltame.

—Por favor, bebé, tenés que escucharme. Tenés que creerme, ella…

—Acabo de verte entrando y saliendo de mi hermana. ¿De verdad vas a echarle toda la culpa?

Sé que le asusta la serenidad de mi voz, también me aterra.

¿Dónde están los gritos? ¿El llanto desgarrado? ¿Dónde… estoy?

—No significó nada. Te lo juro. Estoy drogado, ni siquiera sé lo que hice.

No puedo apartar la mirada de las sábanas revueltas, sucias.

—Soltame.

—Violeta, mi amor, por favor, hablemos… Te amo, sos mi mundo entero.

Intenta abrazarme, besarme, pero lo empujo.

—¡Te dije que me soltaras! —Otro empujón furioso, desconozco mi fuerza—. ¡Hijo de puta! ¡¿Acabás de revolcarte con mi hermana y me tocás?! ¡Todavía tenés su olor, basura!

Recobra el equilibro, se agarra la cabeza, me mira fijo.

—Es tu culpa. ¡No estás! ¡No existís! ¡Te la pasás estudiando con Alan! Pensando en el puto futuro… ¿Y yo? ¡Yo soy el presente! Apenas te veo, Violeta. ¡Apenas me tocás! ¡Ya no recuerdo lo que es pasar una noche juntos!

—¡¿Y eso te da derecho a acostarte con mi hermana?! ¡¿Eso te justifica, Thiago?! ¡¿No podías simplemente hablar conmigo?! ¡Me das asco! ¡Vos y ella me dan asco! ¡Sean felices! Son el uno para el otro, dos basuras.

Salgo de la habitación, el pasillo da vueltas.

Sujeta mi nuca, me hace girar.

—¿No lo ves? —Mi espalda impacta contra la pared—. ¡Te necesito tanto que tengo que reemplazarte! ¡Tengo que buscar afuera lo que no podés darme!

—Dejá de culparme, imbécil. No soy yo la que no puede mantener los genitales dentro de los putos pantalones.

—Me sedujo, Violeta. Cuando me di cuenta ya estábamos en la cama. Por favor, amor, escuchame…

—Dejame ir, Thiago. Ya escuché suficiente.

Apoya la frente en la mía, niega.

—Te amo, sabés que te amo. Quiero toda mi vida con vos.

—Gracias por abrirme los ojos. Me ahorraste una vida de sufrimiento al lado de un hijo de puta.

Me lo saco de encima, empiezo a bajar la escalera de dos en dos.

—¡Nadie va a quererte como yo, Violeta! —Su mano tira de mi cabello, vuelve a estamparme contra la pared—. Te enseñé todo lo que sabés, te hice lo que sos como mujer. Ni siquiera sabías cómo satisfacer a un hombre cuando llegaste a mis manos… Tenés que perdonarme, me lo debés.

Mi cuero cabelludo arde, todas las alarmas suenan. Miro de reojo la puerta.

—Si no me soltás, voy a gritar. Voy a alertar a todos los vecinos.

—¿Gritar como gritás en la cama conmigo? Vamos, sabés que nadie va a tocarte como yo,

nadie te conoce como yo. Nadie va a quererte como yo, amor. Nadie quiere a una mujer que apenas sirve en la cama. Tenés suerte de tenerme. Si te vas, Violeta, te quedarás sola para siempre.

Las lágrimas no me dejan ver, pero siento su aliento cálido rozando mis labios.

—Prefiero estar sola antes que con un hijo de puta que me abraza por las noches y se coge a mi hermana por las mañanas.

—No sabés lo que decís…

Su mano trepa por mi pierna, aprieta mis curvas.

—¿Creés que sos el dios del sexo? ¡¿Querés que te diga cuántos orgasmos fingí desde que estamos juntos?! ¡Todos, Thiago! ¿Creés que me enseñaste a coger? —Me río—. Andá a buscar a tu maestra, porque te enseñó muy mal.

Saboreo la sangre antes de sentir el ardor del impacto.

Mi pulso se detiene, un pitido agudo estalla en mi cabeza.

—Por Dios…

Rozo mi boca con dedos temblorosos que se tiñen de rojo.

—Violeta, no quise... —Acuna mis mejillas, me mira con los ojos llorosos muy abiertos—. Perdí la compostura, me dejé llevar por la furia. Yo… estoy drogado. No sé qué estoy haciendo. Por Dios, mi amor, perdoname. No volverá a pasar. Jamás volverá a pasar.

Trago, el sabor metálico invadiéndolo todo.

Lo empujo. Corro. Muero. Tiemblo.

Nunca miro atrás.

34

VINCENT

Existo entre recuerdos que me enseñan cómo vivir.

Existo en el presente de su piel bajo mis dedos, de su voz tocando las oscuras puertas de mi alma y su aroma llevándome a la dulce locura de lo prohibido.

Existo allí, entre el capricho y la necesidad, entre el deseo y la culpa, entre el hoy y el olvido.

Y me pregunto cuántas veces tengo que romperme para sentirme vivo.

Las sombras me entienden, comprenden la vergüenza que se filtra en mis venas mezclándose con los vestigios de la lujuria que me conquistó esta noche.

Besé su piel. Lamí su piel. Mordí su piel. Y quise más, mucho más. Acaricié cada curva. Apreté cada curva. Las reconocí. Las adoré. Las reclamé. Mías.

Me embriagué con su perfume hasta imaginarnos juntos entre las sábanas. Vivos. Latiendo. Sintiendo.

Dejé que su voz me sedujera como un canto de sirena, caí en cada nota dulce, olvidé por un instante las marcas que el infierno dejó en mi piel…

Me avergüenza la reacción de mi cuerpo ante el recuerdo.

Me avergüenza necesitarla.

Me avergüenza aceptar que estoy perdiendo el control, que quizá nunca lo tuve cuando se trató de aquel ángel latino.

Desbloqueo el celular, el video se reproduce por tercera vez. Sammy sonríe a la cámara, está despeinada, los ojos adormilados de placer. Se cubre la desnudez con la sábana. Escucho mi voz pidiéndole que lo repita, mi piel se eriza cuando la suya lo inunda todo.

—Acepto. Acepto casarme contigo, Hamilton.

—¿Hasta que la muerte nos separe?

—No, hasta que nos vuelva a unir.

La puerta de mi habitación se abre, apago el teléfono.

Se acuesta a mi lado, la vista clavada en el techo estrellado.

—¿Quieres hablar de lo que pasó esta noche?

—No.

—No ganas una mierda guardándotelo todo. Estoy aquí para escucharte.

—No quiero hablar contigo sobre ella.

Me mira.

—¿Por qué no?

—Porque babeas apenas menciono su nombre, Nathan.

Suspira.

—Quiero acostarme con medio mundo, Vincent, pero desde el momento en que los vi bailar y me di cuenta de lo que ocurría entre ustedes, Violeta pasó a ser como una hermana.

Mi risa es puro sarcasmo.

—Claro. Dejarás de mirarla como si pudieras cometerla con los ojos.

—Eso es justo lo que voy a hacer. Me conoces, sabes que la amistad está siempre primero. Lo que tú quieres, yo lo quiero para ti.

Me cubro el rostro con el antebrazo, pienso. Siento. Y, carajo, últimamente siento demasiado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué quieres contarme?

—Nada.

Suspira.

—*Okay*, entonces quieres el interrogatorio. ¿Cuándo empezó?

Trituro mi alma en busca de una respuesta honesta para él y para mí.

—¿A gustarme? Desde que desperté y la encontré sentada a mi lado en la habitación del hospital, sosteniéndome la mano. Creí que estaba soñando, no parecía real.

—No hablo de lo físico, Vincent. Eso está muy claro, solo tienes que mirarla. Hablo de algo más.

—No hay nada más.

—Hay un mundo detrás de esa respuesta tajante, Hamilton. Quizá no te conoces, pero yo sí. Si Violeta solo te pareciera una mujer hermosa le hubieras dedicado unas cuántas miradas, pero nada más.

—¿Estás insinuando que me estoy enamorando de ella? —La risa ya no es sarcástica, es nerviosa—. Amo a Samantha, lo haré hasta el último de mis días. Ella y Nina son todo para mí.

Suspira.

—El amor es algo que se construye, Vincent, y te veo poner un ladrillo sobre el otro.

Enciende la llama.

—No sabes lo que dices. Déjame solo, quiero dormir.

—Quieres evitar lo inevitable.

—¡Deja de tocarme las pelotas, Nate!

—Puedes amar a más de una persona, Vincent, no seas incrédulo… ¿De qué te sirve engañarte si lo sientes?

—¡Recién la conozco!

—Y ya lo quieres todo. La deseas, la piensas, la extrañas, la celas. Hermano, lo veo en tus ojos incluso ahora mismo. Estás luchando, estás intentando no enamorarte otra vez. —Se pone de perfil, su cuerpo gigante ocupando la mitad de la cama—. No funciona así, Vincent. Cupido es un hijo de puta que te destroza el corazón con su flecha cuando menos lo esperas.

La siento. Siento esa flecha atravesándome el pecho, obligándome a sentir todo aquello que murió con ella.

—Amo a Sam.

—Y la amarás para siempre. ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Lo que pensaría… Sam?

Cierro los ojos, su mirada y aquellas palabras aún están ahí.

«Hasta que nos vuelva a unir».

—Cuando Sam vivía yo creía que jamás podría sentir… algo por otra persona, que jamás tendría ojos para nadie más. ¿Qué cambió, Nate? La amo como siempre la amé, ella solo… no está.

—Cambió que tú sigues vivo. Perdóname por ser tan crudo, hermano, pero estás vivo y ella no. Tú sigues aquí, sigues necesitando amor, compañía, una caricia, alegría, las putas mariposas en el estómago y todo lo demás. —Sujeta mi mejilla, sacude mi cara en un gesto bruto y fraternal —. Estás vivo, Vincent. Acéptalo, abrázalo, disfrútalo.

—No puedo pensar en disfrutar si no es con ella…

—Entonces hazlo *por* ella. Disfruta de tu vida por Sam.

—No se siente correcto.

Niega.

—Si fuera al revés, si ella aún estuviera aquí y tú no, ¿qué querrías que hiciera? ¿Que te llorara día y noche o que fuera feliz? ¿Que se quedara sola el resto de su vida o que conociera a alguien que la haga volver a sentir? ¿Que disfrutara de su vida o que intentara terminar con ella en cada puta oportunidad que se le presenta? Sé brutalmente honesto contigo, Vincent.

No necesito pensarlo, siempre supe la respuesta. Por mucho que odie pensar en Sam con otro hombre, desearía que rehiciera su vida.

—Lo sé, Nate, lo sé.

—Entonces deja de empujarlo. Date tiempo, ve despacio, no corras cuando apenas puedes caminar, pero asegúrate de estar moviéndote, hermano. Siempre moviéndote.

El cielo se rompe en mil pedazos, es tan caprichoso como mi corazón.

—¿Hoy estás listo para hablar de lo que sentiste, Vincent?

Miro al doctor Bennett, viste a juego con la tarde.

Asiento.

—Me olvidé de todo por un instante. —No hay duda en mi voz, solo remordimiento—. Del dolor, del odio, del miedo, la impotencia… El mundo entero enmudeció, solo quedamos ella y yo. Me sentí… extasiado, necesitado, vivo.

—Vivo —puntualiza.

Inhalo profundo.

—Vivo. Quería… cada emoción que estaba sintiendo, lo quería todo hasta que… —Una pausa, la guerra continúa—: Pensé en besarla. Su boca, no su cuello ni sus hombros, su boca. Probar su sabor.

—¿Qué te detuvo?

Juego con el gorro de lana en mis manos.

—Que si lo hago voy a descubrir que es todo lo que creo, lo que quiero.

—Si lo *haces*, no si lo hacías. ¿Aún quieres descubrirlo, Vincent?

Pienso en la charla que tuve con Nate hace unos días.

«El amor es algo que se construye, Vincent, y te veo poner un ladrillo sobre el otro».

Miro a Bennett, se quita los lentes, asiente a pesar de que no dije nada.

—Ve a buscar ese beso, Vincent.

Saco el pedazo de currículum que tiene sus datos personales, el papel está tan empapado como yo. Es aquí. Es ahora.

«Ve a buscar ese beso».

Bajo de la moto, alejo el cabello mojado de mi rostro y entro al complejo de departamentos junto con una señora y su perro. Incapaz de esperar el ascensor, subo por la escalera.

Me tiemblan las piernas, tengo el corazón en la garganta cuando me detengo frente a su puerta.

«Está bien sentir otra vez. Está bien animarse a saltar al vacío por otra persona».

Cierro los ojos, respiro profundo, golpeo.

Escucho movimiento en el interior, zapatos de tacón acercándose.

La puerta se abre, mi pulso vuela.

Violeta luce sorprendida y vestida de gala.

—Vincent.

Quiero quedarme una eternidad devorando su aspecto, admirando aquel vestido negro y largo que se ciñe a su cuerpo, pero sé que voy a acobardarme en un suspiro.

Doy un paso al frente, mis manos frías y mojadas sujetan su rostro.

—Tienes razón, soy un cobarde. —Me pierdo en esos ojos verdes—. Debí besarte la primera vez que quise hacerlo. Espero que ahora no sea…

Alguien carraspea.

Mi atención se desvía hacia el hombre de esmoquin detrás de Violeta.

—¿No vas a presentarme a tu amigo, preciosa?

35

VIOLETA

La determinación con la que me sujeta, me mira, me anhela, se desvanece como un secreto susurrado al viento.

Sus manos húmedas y gélidas abandonan mis mejillas, su cuerpo empapado da un paso atrás.

Esos ojos ambarinos lucen avergonzados, colmados de preguntas, suplicantes.

Tomo una bocanada de coraje.

—Vincent, él es Angus, el director del hospital donde trabajo y un amigo.

—Amigo con derechos —recalca y le da la mano.

—Angus —mascullo.

—¿Qué? Te encanta mi franqueza.

Hamilton estudia su mano, todo color desapareció de su rostro.

—Vincent —se presenta con la voz firme y acepta el apretón.

—Déjame adivinar… ¿Un amigo que no puede dejar de pensar en su boca? Bienvenido al club.

La acotación me deja entre las cuerdas, no puedo creer que haya dicho eso. Él no es así.

—Angus, ¿qué carajo pasa contigo?

Me sonríe y pasa el brazo alrededor de mi cintura.

—Nada, estoy siendo educado con tu… —Lo mira de arriba abajo—: Amigo.

Mi mirada dice todo lo que mi voz no puede en presencia de Vincent.

—Danos un minuto, por favor.

—Llegamos tarde a la boda.

—Un minuto, Angus.

—No hace falta, yo… me iba.

Vincent da media vuelta, sale del departamento. Lo persigo.

—¡Vincent!

Se detiene a mitad de la escalera, mira por encima de su hombro.

—Por favor, dame cinco minutos, bajaré y hablaremos.

Niega.

—Yo… no sé en qué estaba pensando. Deben ser las pastillas, me confunden.

—Hamilton, por favor…

Puedo sentir su mirada acariciándome, recorriendo cada porción de mi cuerpo.

—Estás… hermosa.

Se lleva un pedazo de mi corazón cuando desaparece escaleras abajo.

Doy un paso adelante, piso el primer escalón, pero el miedo a repetir la historia me paraliza.

«Olvidate de él. Está roto. Tenés que dejar de intentar arreglar a los demás cuando no podés pegar tus propias piezas». La voz de Alan se funde con la de Vincent. «Debí besarte la primera vez que quise hacerlo».

La mente llena, las emociones palpitando, distorsionando mi capacidad de pensar, de actuar.

—Preciosa, vamos a llegar tarde.

Giro la cabeza como la niña de *El exorcista*.

—¿Puedes explicarme por qué te comportaste como un imbécil?

—Solo estaba siendo sociable.

Cierro la puerta con un golpe seco.

—Estabas siendo territorial, Angus, y me sorprende. Conoces muy bien las reglas del juego.

Coloca el cabello sobre mi espalda con una caricia, mira mi cuello, sus dedos rozan aquella marca que me mantuvo despierta cada noche desde ese callejón.

—¿Fue él? —Pasa el pulgar por el chupón—. ¿Él te hizo esto?

Siento la necesidad de tocar ese recuerdo, cerrar los ojos y volver a sentir la boca de Vincent sobre mi piel.

Una mirada implacable antes de decir:

—Eso no te importa.

Busca mis ojos.

—Lo hace.

—No debería.

Su tacto se despide de mi piel, pero toda su atención sigue en aquella marca.

—¿Te gusta?

Me tenso.

—¿Yo pregunté algo cada vez que encontré rasguños en tu espalda o ropa interior femenina en tu habitación? No, porque tenemos un acuerdo, Angus. No tienes ningún derecho a interrogarme.

—¿Lo hace mejor que yo? Solo quiero saber si te derrites con él como lo haces conmigo.

No es la pregunta egocéntrica lo que me pone nerviosa, es la oscuridad que se apoderó de su mirada. No me gusta el rumbo que toma la noche, lo vulnerable que me hace sentir.

—Creo que estás confundiéndote. No te debo explicaciones. Nosotros solo tenemos sexo, Angus, nos divertimos, nos sentimos menos solos cuando nos apetece. Eso es todo. Ambos así lo quisimos, ¿recuerdas?

Acaricia mi mejilla, me sonríe con su calidez de siempre. Pero lo veo, veo su orgullo herido.

—Solo es una pregunta, Violeta.

—No, no es solo una pregunta, Angus. Me parece que… será mejor que te vayas.

La realidad ensombrece su bello rostro.

—No me falles, no hoy. Sabes que te necesito esta noche.

Pongo un poco de distancia, las paredes me asfixian.

—No me sentiré cómoda después de lo que acaba de pasar.

—Nada acaba de pasar.

—Acabas de hacerme una escena de celos, Angus. Tú.

—Estás exagerando.

—Vete, por favor. Hablaremos cuando estemos más tranquilos.

—¿Hablar? ¿De qué tenemos que hablar?

Lo niega. Niega lo que tiene delante de los ojos. Es peor de lo que imaginaba. Las reglas del juego no fueron tan claras para el director.

Aprieto mis sienes, busco la calma que tenía hace tan solo un instante.

—Angus, quiero estar sola.

—Violeta…

—Por favor.

Suspira, pero es fiel a su caballerosidad y asiente sin más.

—Te veré el lunes en el hospital. —Besa mi frente—. Tienes la dirección del salón de fiestas por si cambias de parecer.

La puerta se cierra.

El silencio me abraza.

Me tiemblan las piernas.

Un pensamiento fugaz cruza mi cabeza, es un *shock* de epinefrina.

Desearía que Alan estuviera aquí para decirme que no es buena idea, pero no está. Y soy muy mala ignorando a mi corazón.

La tormenta tiene a Londres en sus manos cuando bajo del taxi. Protejo la *pizza*, completamente fría, de la lluvia mientras atravieso el maltrecho jardín.

El timbre no funciona, no hay electricidad en la zona.

Golpeo la puerta.

Nada.

El impermeable no puede contra el chaparrón, me empapo en cuestión de segundos.

Aporreo la puerta hasta que se abre.

Una vela ilumina el rostro de Vincent.

Muevo la caja en su dirección, sonrío.

—Dime que no cenaste.

36

VINCENT

Mojada, con una sonrisa, una caja de pizza y mi puta estabilidad emocional en sus manos, espera.

Una parte de mí quiere cerrarle la puerta en la cara y olvidarse para siempre de esos ojos; la otra, se hace a un lado y la deja pasar.

La puerta se cierra, pero entre estas paredes la tormenta ruge con más fuerza. Ella pone la electricidad; yo, la furia de la tempestad. Juntos haremos Londres cenizas.

Apoya la *pizza* en la mesa baja, acepta cada lengüetazo de Picasso antes de quitarse el abrigo. La elegancia del vestido negro y ceñido a sus curvas contrasta con el cabello mojado.

Nos miramos a la luz de las velas.

Quiero preguntarle qué hace aquí.

Quiero besarla.

Quiero pedirle que se vaya.

Tirita, y me doy cuenta de que está empapada y hace frío.

—Voy a buscarte una toalla.

Paso a su lado, su mano se aferra a mi muñeca.

—Lamento lo que sucedió hace un rato. —Su tacto me hace vibrar—. Lo que hiciste… fue inmenso, lamento que no haya sido el momento… correcto.

La miro desde arriba, tan pequeña, tan feroz, tan… tanto.

—No sabía que había un momento correcto.

Me libero de su agarre, subo la escalera. Intento no pensar mientras busco un bóxer y mi buzo más grande, pero está ahí. Todo está ahí. Esas palabras orbitando a mi alrededor.

«¿Un amigo que no puede dejar de pensar en su boca? Bienvenido al club».

Alan, Angus, Nathan… ¿Con quién más voy a competir por su atención?

Me dije que había reunido el coraje, pero en el fondo sé que seguí un impulso.

¿Y si su *amigo con derechos* no estaba? ¿Qué hubiera ocurrido? ¿Podría perdonármelo?

Dejando de lado la impotencia y la vergüenza con la que conduje hasta aquí, sé que fue lo mejor. Tiene que serlo.

Vuelvo al salón iluminando cada paso. Violeta puso vasos, bebida y servilletas junto a las velas en la mesa baja. Detesto y adoro la naturalidad con la que se mueve en esta casa.

—Aquí tienes. —Le doy la ropa—. Quizá, si vuelve la luz, podamos secar tu vestido.

Asiente, sonríe. Necesito que pare de hacerlo. Su sonrisa es peligrosa, te desarma y te pone a sus pies.

La observo alejarse hacia el baño, apoyo la vela y me dejo caer entre los almohadones que colocó sobre la alfombra, alrededor de la mesa.

La bola de pelo marrón se acerca, busca una caricia.

—¿Qué vamos a hacer con ella, Picasso?

El traidor me mira.

—Lo sé, lo sé…

Violeta aparece, el buzo le cubre casi hasta las rodillas. Nadie, además de Sam, usó mi ropa, ni siquiera mi hermana.

Tiene los zapatos altos en la mano, los deja junto al perchero.

El oxígeno escasea cuando se sienta a mi lado.

Inhalo profundo, la respiro conscientemente.

—Creo que deberíamos hablar. —Su voz es casi un susurro—. Creo que…

—No. —Abro la caja de *pizza*—. No hay nada de qué hablar. Come, Galeno.

Me mira.

—¿No hay nada de qué hablar? Viniste a mi casa a besarme, Vincent.

La manera en que lo dice, tan claro, tan simple, me atropella.

—Y descubrí que fue un error.

—¿Por qué piensas que todo lo que haces es un error?

Una mirada tensa.

—Porque lo es. Lo es cuando se trata de ti.

Baja la vista, hasta yo puedo sentir el golpe de mis palabras.

—Lo siento. No quería decir… —Suspiro—. ¿A qué viniste, Violeta?

Sus ojos me buscan.

—A estar contigo, a hablar sobre lo que pasó en la fiesta, en… el callejón.

Calor trepa por mis piernas, el recuerdo de mi boca sobre su piel me consume.

—No tengo nada para decir.

—¿Por qué juegas conmigo, Vincent?

La acusación me descoloca.

—¿Qué estás diciendo? Jamás jugaría contigo.

—¿No? No quieres verme, pero me buscas. Quieres ser mi amigo, pero me acorralas contra una pared en el medio de la calle y me tocas con desesperación, me…

—Basta.

Acomoda todo su cabello sobre un hombro, me muestra su cuello.

—Tú, la misma persona que me empuja y asegura que soy un error, hiciste esto. —Agarra mi mano, la deposita sobre su esbelta garganta—. Y quisiste más, Vincent, igual que yo.

Observo la marca, la siento con mis dedos, recuerdo la voracidad con que mi boca estuvo allí…

Yo hice eso. Yo la acorralé contra una pared, apreté mis caderas contra las suyas, quise que me sintiera como yo sentí cada una de sus curvas.

No sé lo que pienso.

No sé lo que hago.

Me acerco con lentitud peligrosa a su cuello, dejo un beso lento y tibio sobre la marca.

—Lo lamento —susurro a su oído—, no quise marcarte.

Baja el rostro hasta que nuestras narices se rozan.

Y la respiro cerca, tan cerca como tantas veces fantaseé.

—Me marcaste mucho antes, Vincent. Me marcaste esa noche, en ese helicóptero, mirándome como si fuera tu cielo.

Esa noche. La noche en que debí morir. La noche en que todo debió terminar para mí.

—Quédate conmigo —susurra—. El presente. Vale más un hoy, ¿recuerdas?

Cierro los ojos, me pregunto si puede sentir el desenfrenado latir de mi corazón.

—Estás muy cerca.

—Lo sé.

—Tengo miedo.

—Lo sé.

Mi pulso late vivo, tan vivo que la verdad se me escapa sin que pueda procesarla.

—Quiero conocerte.

—Y yo a ti.

Nuestras narices se acarician, nuestros labios inician un tortuoso juego donde solo vale rozar las comisuras. Nada más. Nada menos. Tortura dulce y pura.

—Ya me conoces, Violeta. Sabes que estoy jodido, conoces lo que perdí. Sabes lo que fui y lo que soy ahora... Pero yo, ¿qué sé de ti?

—Sabes más de lo que crees.

—¿Más de lo que sabe Angus?

—Mucho más. Con él nunca tuve una charla verdadera, nunca tuve nada más que algunas risas y…

—¿Sexo?

Asiente.

—No sé qué es esto, pero no lo quiero compartir.

Apoya su boca húmeda en mi mejilla, habla:

—No juegues conmigo.

—No quiero jugar contigo, quiero que juguemos juntos.

—¿Qué me estás pidiendo, Vincent?

—No lo sé, no puedo pensar así.

—Sentir, no pensar.

—No puedo *sentir* con claridad así. Eres demasiado.

La cadencia suave de su risa eriza mi piel.

—Necesito espacio, Galeno. Esto es… Por favor.

Entiende todo lo que encierra aquella súplica, besa mi mejilla y se aleja.

Me siento frío al instante, extraño la cercanía, pero ahora puedo respirar.

Violeta me quita la bandana negra que llevo en la muñeca.

—¿Qué estás haciendo?

Cubre sus ojos.

—Listo.

Sonrío.

—¿Qué haces?

—Dijiste que no podías mirarme a los ojos sin querer besarme, y necesitas espacio. Estoy

eliminando la tentación, Hamilton.

Río. Es una risa verdadera, de esas que hacen vibrar tu pecho, de esas que no regalo hace mucho tiempo.

—Estás loca.

—Por suerte. —Se encoge de hombros—. Vamos, pregunta lo que quieras saber de mí.

La miro, allí sentada como indio, los ojos vendados, las mangas de mi buzo engullendo sus manos.

—¿Cuántos años tiene, doctora Galeno?

—Treinta y uno. ¿Qué más?

—¿No quieres saber mi edad?

—Ya la sé, treinta y tres. Leí toda tu historia clínica tres veces, Hamilton. Sé cuánto mides, cuánto pesas y algún que otro detalle curioso… —Sonríe—. Aliméntame. No cené porque iba a comer hasta reventar en el casamiento.

Con la sonrisa imbécil tatuada en la boca agarro una porción de *pizza*.

—Abre la boca para mí, Galeno.

—Si lo pides así, Hamilton…

Entreabre los labios voluptuosos, los culpables de la venda en sus ojos.

Le doy de comer.

—¿Por qué viniste a Londres? La verdadera razón, no la versión a medias que le contaste a mis padres.

Mastica en su mundo, sin saber cómo estoy absorbiendo cada segundo de este momento, de su peculiar imagen a la luz de las velas.

—¿Por qué crees que es una versión a medias?

—Lo presiento.

Suspira.

—Mi madre murió cuando era adolescente, desde entonces solo fuimos mi padre y yo. El dolor lo envejeció más que los años, pero luchó por siempre tener una sonrisa para mí. Falleció hace casi dos años, creo que no sufrió, tal vez ni se enteró. Se fue a dormir y jamás despertó. —Otro suspiro, uno más sentido—. Me encontré sola en una inmensa casa, no pude soportarlo. Los recuerdos, el silencio, el peso de saber que ya no queda nadie más, que solo… soy yo. Caí en una enorme depresión, apenas me levantaba de la cama. —Agacha la cabeza, juega con sus dedos—. Alan llevaba cuatro años viviendo aquí, me ofreció empezar de cero en un lugar donde jamás estaría sola. Esa es la historia.

No puedo ver sus ojos, pero su voz… Lo sentí la primera vez que contó una versión de esta historia, lo siento ahora, esto no es todo.

—Lamento que hayas perdido a tus padres.

Me dedica una sonrisa triste, y el silencio nos envuelve.

La observo, devoro cada instante.

—¿Qué más quiere saber, agente?

—¿Qué es lo que te mantiene viva? ¿Con qué sueñas, Violeta?

Mira alrededor, a pesar de que la venda y la oscuridad la privan de su sentido más vital.

—Con encontrar mi lugar, con… ser el amor para alguien.

La respuesta me deja un gusto amargo.

—¿Y tú? ¿Con qué sueñas, Vincent?

—Ya no sueño, ángel.

Detengo el vaivén suave de su pecho, lo veo. Busca mi mano, la ayudo a entrelazar nuestros dedos. Contemplo la imagen, es bonita. El contraste de su piel con la mía, sus dedos perfectos y pequeños aferrándose a mí.

—Puedes quitarte la venda, no está haciendo muy bien su trabajo.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que veo es tu boca, me da más ganas de besarte.

El sonido de la lluvia es lo único que se oye.

—¿Qué te retiene esta vez?

Todo. Nada.

Me inclino sobre ella, dibujo su rostro con las puntas de mis dedos, acaricio la bandana negra, su boca.

—¿Quieres saber lo que pensé la primera vez que te vi?

Asiente, la respiración pesada, los labios húmedos esperándome.

—Pensé que eras un ángel. Creí que finalmente había muerto y estaba en el cielo, no había otra forma de explicar qué era esa criatura hermosa que me sostenía la mano.

Muerde su labio inferior, y tengo que recordar cómo respirar.

—Y pensar que heriste los sentimientos de esa criatura hermosa diciéndole que solo hacía su trabajo.

—Soy un imbécil el cincuenta por ciento del tiempo, ángel.

—¿Y el otro cincuenta?

—Soy un imbécil que piensa en ti.

Su mano asciende por mi pecho, aferrándose a la camiseta, llevándome más cerca.

—Vincent…

—Lo sé.

Miro su boca, estoy tan cerca. Me duele. Me duele el cuerpo por quererla así. Pero me miran, las fotos de Sam me miran. Estamos rodeados de una vida que está observando cada segundo de esta traición.

Deshago el nudo, dejo caer la venda. Sus ojos se acostumbran a la tenue luz de las velas.

—No puedo. No puedo hacerlo… aquí.

Acaricia mi mejilla.

—Prométeme que no vas a retroceder de casillero, Hamilton. Esta noche me conformo con eso.

—¿Puedo retroceder después de todo lo que dije?

Me sonríe y se levanta con energía, corre hacia la cocina.

—¿Qué haces?

Vuelve con un papel que conozco muy bien.

—Regla número dieciocho: Vincent nunca retrocede, solo avanza. Siempre avanza.

Sonrío, le quito el papel y la lapicera. Escribo. No me deja terminar, ya está encima intentando leer.

—Regla número diecinueve: Violeta jamás dejará de sonreír para Vincent. —Me mira, me sonríe—. Eso es fácil, Hamilton.

Las sonrisas se desvanecen, nos miramos como si quisiéramos arrancarnos la ropa. Y queremos. Y duele. Duele necesitar su calor.

Por primera vez, mi refugio se convierte en una jaula que no me deja respirar.

—Sácame de aquí, Violeta, por favor.

37

VINCENT

Mi corazón muerto está vivo, late al ritmo de su voz.

—Más despacio. Por favor, más despacio.

Sus brazos rodean mi cintura con fuerza, aplastando mis órganos.

Río.

—Estoy yendo a la velocidad mínima permitida.

Habla en español, no entiendo una sola palabra, pero no suena bonito.

—No me insultes de formas que no puedo entender, Galeno, no tiene gracia.

—¡Los ojos al frente, Hamilton!

¿Está rezando?

Sonrío, tomo la curva con destreza y suavidad.

La lluvia nos empapa. Por primera vez en mucho tiempo no pienso en nada más que en el presente, este efímero instante de paz. El hoy.

—Teníamos que haber tomado un taxi… ¡Mira cómo está lloviendo!

Busco su mano pegada a mi abdomen, la acaricio.

—Confía en mí, Galeno. Mi padre me enseñó a manejar a los catorce años.

—¡No sueltes el manubrio!

Otra risa que se funde con los truenos.

—Si nos caemos, procura no lastimarte mucho, tú eres la enfermera.

Otro insulto en español, estoy seguro.

Me abraza un poco más, quiere fundirse con mi cuerpo.

Navegamos la tormenta y las calles dormidas de Londres sintiendo la vida con los pulmones bien despiertos.

Estaciono frente al edificio, Violeta baja y se quita el casco. Está pálida, descalza, empapada.

—La próxima vez… —murmura sin aliento—, un taxi.

«La próxima vez».

Me quito el casco, bajo, la sigo con una sonrisa que me cuesta reconocer cuando la veo en el espejo del ascensor.

La risa de Violeta rompe el silencio.

—¿Qué?

—Míranos. —Señala el espejo—. ¿Alguna vez viste algo más ridículo?

Observo nuestro reflejo. Mi ropa mojada y pegada a mi cuerpo, el cabello aplastado. Su ropa —mía—, empapada, el cabello enmarañado, sin zapatos.

El elevador se detiene.

Galeno sonríe.

—Me encanta —susurra.

Tira de mí, entramos a su departamento, aquel en el que hice el ridículo hace algunas horas.

Enciende unas luces tenues.

—Aún hay electricidad por aquí, tenemos suerte. —Suelta las llaves y el casco en un recibidor—. Dame tu ropa, la pondré a secar.

Me quedo tildado en la orden.

—¿Qué voy a ponerme mientras tanto?

—Puedo buscarte algo de Alan, seguro te entra.

—No, gracias.

—O puedes quedarte en ropa interior. No es la primera vez que te veo medio desnudo, Hamilton. Te encanta dormir como Dios te trajo al mundo, ¿recuerdas? Lunar en la colita.

Niego, lo pienso. No puedo moverme sin dejar un charco a cada paso.

—Traeré toallas —dice y desaparece.

Miro alrededor. Es un departamento viejo, pero bien conservado. Molduras y detalles intactos. Los muebles, por el contrario, son modernos. Tiene lo justo y necesario. Lo único que abunda son los discos de vinilo y los libros de medicina por todos lados.

Hay fotos de Alan y otras personas que no reconozco, peluches, adornos sentimentales y dos mates. Recuerdo que el *hacker* me dejó uno.

Galeno vuelve con la toalla. Se cambió, lleva una enorme camiseta blanca con una inscripción en rojo furioso que le queda como un vestido.

Me quito el buzo, señalo su pecho.

—¿Qué dice?

Mira la prenda que denota tener varios años.

—Cielo Rojo. Es una banda de mi país, algo *indie*, nada a nivel mundial todavía.

—¿Tienes algo de ellos para escuchar?

Levanta una ceja.

—Tengo todo de ellos para escuchar, soy fanática.

Me quito las botas y el pantalón, pongo las prendas mojadas en sus manos.

Me aterra la intensidad con que me mira.

Me aterra que me guste *tanto*.

—A secar —susurro.

Traga.

—A secar —repite.

Se pierde por un pasillito y yo permanezco allí, en bóxer, en medio de su salón, sin saber muy bien por qué no estoy subiéndome a mi moto en pelotas para escapar de… ella.

Me seco el pelo con la toalla.

—Listo, la ropa estará lista en quince minutos. ¿Quieres café?

Asiento, la sigo a una cocinita pintoresca. El refrigerador está lleno de imanes de distintos países que sostienen fotos. Una Violeta más joven aparece en varias, en todas sonríe como si la vida fuera perfecta.

—¿Estás cómoda aquí?

Me mira por encima de su hombro mientras prepara la infusión.

—Sí, me encanta. No se parece en nada a mi casa en Argentina, pero es cálido, y vivir con Alan es fácil. Excepto cuando trae a sus amiguitas, las que me roban las tangas.

—¿Te roban las tangas?

Sonríe.

—Es una larga historia. Pero sí, mi cajón de tangas fue brutalmente atacado en más de una ocasión. Alan es un asesino serial de lencería. Ahora mismo debe estar cometiendo algún crimen por ahí…

La miro. No, la devoro. Esa camiseta levantándose con cada uno de sus movimientos, exponiendo con sutileza porciones de piel que me daña no sentir bajo mis labios.

Me apoyo en la pared, las manos cruzadas sobre mi hombría. Esto de no llevar ropa es un arma de doble filo.

—Ustedes tienen una amistad… peculiar.

—Es prácticamente mi hermano.

—Pero lo besaste.

Intenté borrar ese beso de mi mente, pero sigue ahí, repitiéndose. torturándome.

Se da vuelta, frunce el ceño.

—No fue real.

—Créeme, se vio muy real.

Pone una taza de café en mis manos, me mira.

—Ya te dije por qué le pedí que me besara.

Bebe, la imito.

Estoy a punto de decir que no tiene que darme explicaciones cuando su pulgar sella mis labios.

—No, no lo arruines. Ven, quiero mostrarte algo.

Nos conduce a una habitación, la suya. Paredes blancas, sencillas, cama individual, un largo escritorio debajo de la ventana, libros, apuntes, recuerdos, fotos de la adolescencia, discos, vinilos, un tocadiscos y algo que reconozco, pero cuyo nombre no recuerdo.

—¿Qué es esto?

—Eso es lo más preciado que tengo, un torno alfarero. —Apoya su taza y la mía sobre el escritorio—. Era de mi madre.

Busca un CD, luce indecisa. Segundos después, una balada de *rock* inunda la habitación. La voz del cantante es grave, nostálgica y rota. Es agradable, siento las emociones a pesar de que no entiendo la letra.

Agarra un delantal claro muy manchado, lo pasa por mi cabeza, su pecho roza el mío cuando lo ata a mi espalda. Cierro los ojos, la siento. Siento.

—¿Qué haces?

—Era bailarina, tenía una escuela de danzas clásicas en el centro del pueblo. Siempre quiso enseñarme, pero tengo dos pies izquierdos. Supongo que a papá le fue mejor conmigo. —Sonríe y acomoda una silla de madera muy baja, casi al ras del suelo, frente al torno—. Cuando enfermó de cáncer, los días eran batallas. Una guerra imposible de ganar… Ya no podía bailar, a veces ni siquiera podía pararse sola. Era inquieta, necesitaba ser productiva, hacer algo con cada minuto del día. —Abre unas cajas, saca utensilios—. Mi padre le compró este torno cuando la vio

mirando un documental sobre alfarería, le construyó esta silla a medida. —Acaricia los bordes rugosos e imperfectos de la madera—. Mi madre pasó cada tarde que pudo sentada aquí, practicando, creando, viviendo a través de la arcilla.

Me tiende su mano, la acepto y dejo que me guíe hasta que estoy sentado en aquella silla tan especial.

—Yo era adolescente, estaba enojada con el mundo. Lo sentía, Vincent, sentía cómo nuestro tiempo juntas se acababa, se escurría entre mis dedos. Y le debía tanto, le debo tanto… —Enciende el torno, la arcilla comienza a girar—. Le pedí que me enseñara. Pasé cada tarde después de la escuela aprendiendo a su lado. Ni siquiera me gustaba, pero sabía que era lo último que compartiríamos. —Sujeta mis manos y con delicadeza tocamos el barro fino—. Aprendí muchas cosas durante aquellas tardes. Aprendí que sin importar cuánto moldee las cosas a mi gusto, jamás serán como las imaginaba. Serán lo que tengan que ser. Entendí que no tenemos el control. La vida es primavera; un instante llueve, al otro sale el sol.

El silencio nos envuelve, nuestras manos comienzan a darle forma a aquello que nace entre los dos.

Alzo la mirada, la busco.

—¿Cuánto llovió para ti?

Siento sus dedos entre los míos, la arcilla, la vida, ella.

—Llovió, Vincent. Llovió tanto que creí que jamás vería el sol.

Calla, y lo respeto. Pero su angustia está ahí, entre su pecho y el mío.

Continúa guiando mis manos hasta que juntos formamos algo muy parecido a un jarrón. Líneas simples, nada pretencioso.

No puedo concentrarme, no cuando la tengo cerca, tan cerca.

La cago, no sé cómo, pero la cago, porque su risa lo llena todo. El jarrón se deshizo, es solo barro.

Apaga el torno.

—Retomaremos la clase más tarde, ¿te parece? Cuando logras dominarlo es relajante. Creo que es lo único que me trae a la Tierra después de un día de mierda.

Abre el armario intentando no tocarlo demasiado, saca una toalla. Se acerca, limpia mis manos.

Frunce el ceño, me observa, sonríe.

—¿Por qué me miras así?

—Porque te busco un defecto, Violeta. Intento encontrar algo que no me guste para no hacer lo que quiero hacer.

El ritmo con el que me limpia se ralentiza, humedece sus labios en un gesto inconsciente.

—¿Qué… quieres hacer?

Lo sabe. Ambos lo sabemos.

Agarro su cintura, la siento a horcajadas sobre mis piernas.

—Quiero descubrir si sabes tan bien como lo imagino.

Deja caer la toalla, rodea mi cuello, se mueve sobre aquella parte de mí que no puede evitar endurecerse cuando me mira así.

Suspira.

Suspiro.

Unimos nuestras frentes.

Nos respiramos.

Peleamos.

Perdemos.

Ganamos.

—Di algo o haz algo, Hamilton.

Mis manos ascienden por sus piernas, siguen el camino sedoso hasta su cintura, recorren la curva de sus pechos, se entierran en su nuca.

Inhalo sobre la fina línea de su mandíbula. Los ojos cerrados, el resto de los sentidos floreciendo.

—¿Qué me haces, Violeta? No lo entiendo…

Su cabello húmedo entre mis dedos.

Su aliento tibio rozando mi frente.

—No tienes que entenderlo, tienes que sentirlo. —Ladea su cuello, me da lo que busco—. Eres especial, Vincent, lo veo. Nadie siente como tú…

Paso mi lengua por su piel, vuelvo a morder allí donde dejé mi huella. Busco su mirada hambrienta.

—No soy especial, soy solo un hombre roto. Un hombre cansado de luchar contra molinos invisibles. Me rindo, ángel. Me rindo, y va a tragarme el infierno.

La beso.

Temblando pruebo sus labios. Muero y revivo en su boca. La devoro con ansiedad disfrazada de timidez, torpeza y dulzura experta. Nuestras bocas se mueven como si conocieran este baile, como si fuera su pieza favorita, aquella que repiten una y otra vez sin cansarse.

Y se buscan.

Y se encuentran.

Y es guerra y paz, pasado y presente.

Y el ángel sabe a café, verdad y un nuevo amanecer.

Sus manos se pierden en mi pelo, su cuerpo me domina.

El beso pierde la inocencia, se vuelve bruto, puro. Desde el comienzo de los tiempos fuimos necesidad.

La camiseta de Cielo Rojo desaparece, tengo sus pechos en mi boca antes de robarle la siguiente bocanada al destino.

No hay palabras, solo manos, bocas, lenguas, miedo, necesidad. Tanta necesidad.

Vuelvo a sus labios, bebo cada gemido. Muerdo, adoro, lamo, siento. Me abro el pecho al medio bajo su mirada suplicante y siento. Siento todo. Cada puta sensación, todo aquello que llevo años reprimiendo.

Había olvidado la magia de un beso. El dolor, el anhelo y las historias que pueden compartirse con un dulce roce de lenguas.

Había olvidado el poder de una caricia, del calor de un abrazo.

Había olvidado lo que soy cuando me siento deseado.

Había olvidado al hombre detrás del Vincent que lo perdió todo.

Y lo encuentro aquí, deshaciéndose por una boca con la que soñó despierto, sintiendo cómo su corazón galopa, explorando aquellas emociones que creyó enterradas, descubriendo el reflejo

del sol bajo el agua.

Y cuando el hechizo termina, la magia no se rompe.

Nuestras bocas se separan, jadeantes, rojas, satisfechas.

Nos miramos.

Entendemos lo que acabamos de hacer.

No hay tiempo ni sonidos, solo esta mujer sentada sobre mí, casi desnuda, jadeante, poderosa, entera.

Contemplo su rostro lleno de arcilla, el cabello despeinado, la piel enrojecida por mis besos.

Y caigo. Resbalo del precipicio sin paracaídas.

Lágrimas colman mis ojos, el llanto araña mi garganta.

Y me rompo entre sus brazos sabiendo que salí a la superficie sin saber respirar.

38

VIOLETA

El mismo hombre que hace un suspiro me besó como nadie lo había hecho en mi vida yace entre mis brazos, perdiendo la guerra entre el pasado y el presente, sin saber a qué bando aferrarse, buscando mi calor como un niño herido.

Eso es Vincent, placer y agonía. Frío y calor. Dulce y salado. Odio y amor. Una hermosa contradicción.

Recibo su angustia, la abrazo, dejo que acaricie mi piel, que se filtre en mis venas.

Por la forma en la que llora, como si no fuera a ver otro amanecer, creo que soy la primera mujer que ha besado desde su esposa. Me siento especial y culpable al mismo tiempo, me replanteo si le hago bien o le hago mal. Pero entonces pienso en la sonrisa que aparece en su rostro en respuesta a mi sarcasmo, en cómo brillan sus ojos cuando me ve, en aquellos gestos inconscientes que lo animan a tocarme, aunque solo sea un simple roce de manos, porque lo necesitamos. Nos necesitamos.

Sujeto su rostro, borro cada lágrima.

—Sé que quieres salir por esa puerta y desaparecer —susurro—, pero, por favor, dame una oportunidad. Quédate en el hoy. Quédate conmigo.

Nadie, jamás, me miró con tanto dolor. Ni siquiera aquel chico de los colores tan sumido en la oscuridad, ese que llegó a mi vida cuando creí que el amor no hablaba mi idioma.

—Duele. Se siente… No sé lo que siento.

—Lo sé, cariño.

Aquella súplica paradójica en su mirada grita que lo deje ir, susurra que no lo suelte. Y lo hago, me aferro a ese susurro, ese deseo primitivo que nos encontró cuando queríamos perdernos.

Nuestros ojos se enfrentan, todas las cartas sobre la mesa. Lo que fuimos, lo que somos, lo que perdimos, lo que ganamos, lo que gritamos, lo que callamos.

—El destino me puso en ese helicóptero aquella noche, *te* puso en mis manos. No voy a dejarte ir, Hamilton.

Esta vez soy yo la que busca su boca, la que intenta perder el miedo a abrir su corazón y decir con un roce de lenguas todo aquello que las palabras no pueden.

El beso es lento, sedoso, profundo. Sabe a lágrimas, culpa, deseo y esperanza.

Vincent toma el control, nos levanta de la pequeña silla de madera y aterrizamos en la cama.

Le quito el delantal entre besos brutos, nuestros pechos desnudos se unen. Somos piel que anhela sentir, corazones rotos que vuelven a latir.

Siento el roce de su ropa interior con la mía, y solo quiero que todo desaparezca.

Lo rodeo con las piernas cuando me besa con más urgencia que la primera vez. Más necesidad. Más prisa. Más.

Vincent besa como si se llevara una parte de tu alma al hacerlo; es dulce, crudo, tierno, pasional. Memorable. Tan memorable.

Se detiene. Sus ojos devoran cada detalle de mi rostro. Lo imito, perdiéndome en esas pecas, esos ojos ambarinos.

—Es tu obra de arte —susurro al ver hacia dónde se dirige su atención—. ¿Quieres que te preste una pluma para firmarla?

Es bastante primitiva la fascinación con la que mira aquella marca que su deseo dejó en mi cuello.

—Tienes permiso para marcar cada centímetro que quieras, Hamilton, si yo puedo hacer lo mismo.

Giramos, recupero el control. Lo siento duro debajo de mí.

La lluvia, Cielo Rojo susurrando verdades, sus ojos, los míos, aquella pregunta flotando entre los dos.

Toma mis pechos, los aprieta con suavidad, los acaricia hasta que solo puedo pensar en dar un paso más.

Quiero esto. Lo quiero sin detenerme a pensar en lo que hará con mi corazón.

Con lentitud tortuosa me restriego contra él, cada nervio de mi cuerpo despertando.

—Violeta…

La forma en la que dice mi nombre, como si fuera su último deseo, será mi perdición.

—¿Qué?

No hay vocablos, solo sus dedos en mi nuca, acercándome a esa boca que convierte cada beso que di en el pasado en una nebulosa.

Me besa, me muerde, murmura incoherencias mientras su cadera inicia ese baile que ambos queremos disfrutar sin ropa.

Lo siento. Me siente. Somos demasiado para este pequeño cuarto.

Deslizo una mano entre nuestros cuerpos húmedos, jadeantes, acaricio aquella longitud robándole más de un suspiro.

Los ojos cerrados, el rostro contraído en una expresión ambigua, goce y tormento.

—¿Vincent? —Detengo la caricia, espero—. ¿Vince?

Inhala profundo, suspira.

—No puedo. Quiero. Carajo, no sabes cuánto quiero. Pero… no estoy listo. De a poco. Por favor, de a poco.

El erotismo se esfuma, todo lo que siento es… culpa.

Me levanto, busco mi camiseta.

—Lo lamento, no quise… forzar nada. —Cubro mi desnudez—. Yo… creí que… Las cosas estaban…

Acostado en mi pequeña cama, casi desnudo, excitado, confundido, me mira.

—Ven aquí, Violeta.

Miro alrededor como si algo fuera a salvarme de la humillación que siento. ¿Hice algo que detesto? ¿Malinterpreté la situación? ¿Me propasé?

—Ven.

Me acuesto de perfil en el espacio que deja para mí, enfrento aquel torbellino de emociones en su mirada.

Acaba de besarme, de tocarme, está compartiendo una cama conmigo. Con otra mujer. Me abruma la magnitud del momento, no sé qué hacer, qué decir.

Sus dedos acarician mi mejilla, alejan el cabello todavía húmedo.

—Eres de lo más hermoso que vieron mis ojos, Galeno.

Lo intento, juro que intento que su voz no despierte aquella parte de mí que lleva años dormida.

—No tienes por qué disculparte por lo que acaba de pasar. No malinterpretaste nada... La temperatura subió muy rápido. —La mirada aún irritada por el llanto, la boca hinchada por mis besos—. Disfruté tu caricia, ángel, y ese es el problema. Aún no estoy listo para aceptarlo.

Asiento, nunca rompo el contacto visual.

—¿Cómo… te sientes? —Jamás hice una pregunta tan banal con tanta necesidad.

Baja la mirada, busca mi mano, entrelaza nuestros dedos.

—Culpable, confundido, excitado, feliz…

Atesoro aquella última palabra.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

«Como que vas a romperme el corazón».

Respiro profundo, pienso mientras me acuesto sobre mi espalda.

—Ilusionada. Asustada.

Silencio.

—¿Por qué?

—Porque estoy acostumbrada a perder y esto se siente como estar ganando.

Se incorpora un poco, apoyándose en su codo flexionado.

—Mi intención no es lastimarte.

—¿Cuál intención, Vincent? No tienes ninguna. Hasta hace un par de días ni siquiera me querías en tu vida.

Me mira, me dice tanto sin abrir la boca. Apoya la mejilla en mi pecho, me abraza como si fuera a despertar y darse cuenta de que todo fue un sueño.

Permanecemos en silencio una eternidad, escuchando la lluvia fundirse con la letra de una de las canciones de mi vida.

—¿Cuántos años tenías en esas fotos? —Señala un *collage* en la puerta.

—Dieciocho. Fue mi viaje de egresados, en Argentina es tradición. Realizas un viaje con tu curso cuando terminas la educación secundaria.

Su pulgar se las arregla para levantar mi camiseta, comienza a trazar círculos hipnóticos en mi cadera.

—Suena divertido.

—Y caótico. Las peores decisiones pueden tomarse en ese viaje.

—¿Quiero saber?

—No quieres.

Ríe suave.

—¿Tienes fotos de cuando eras pequeña? Me muero por ver tu minicara mandona.

Me tenso.

—No tengo. No me gustan mucho las fotos, traje solo algunas que me recuerdan a casa.

Sé que continúa escaneando mi habitación.

—¿Conoces a Alan de toda la vida?

—Prácticamente. Tenía doce años cuando lo conocí.

—¿No te da miedo perder una amistad así?

Lo pensé tantas veces, me quitó el sueño unas cuantas noches.

—No, ya no. Con el tiempo comprendí que las personas son momentos y los momentos no son para siempre.

—Me aterra la idea, Violeta. Perder… No puedo perder nada más.

Mi mano aterriza en su cabeza, mis dedos se pierden en su pelo. Le dejamos el resto al silencio.

Cuando creo que se quedó dormido, su voz me endulza.

—Aquella noche, en el callejón, dijiste algo… No pude dejar de pensar en eso. «¿Piensas que eres el único que tiene una guerra en la cabeza?». —La caricia en mi abdomen se vuelve más sedosa—. ¿Cuál es tu guerra, Violeta?

La pregunta me arrastra, me hace caer en aquel bucle oscuro del que intento salir cada día.

¿Cómo hablar de mi guerra sin mostrarle las heridas de mis batallas?

Elijo qué mostrar, qué guardar, me aseguro de ser la única que me conoce entera.

—Esa noche quise decirte que para mí también es difícil abrirme, confiar, apostar. No eres el único que tiene miedo, Vincent.

—¿Por qué tienes miedo?

—Porque me arrancaron el corazón y lo tiraron a la basura. Porque luché toda mi vida para ser alguien digno de cariño y me hicieron sentir insuficiente.

Sus brazos se tensan a mi alrededor.

Sé que quiere más, pero respeta mi silencio como yo respeto el suyo. Entiende que, quizá, ambos necesitamos tiempo.

—Me gusta la melodía de esta canción. ¿De qué habla la letra?

—De lo estúpido que sería enamorarse y lo trágico que sería no hacerlo. De cómo un beso puede despertarnos. De cómo podemos caminar juntos, incluso con el mundo encima.

Somos silencio cómodo, verdades implícitas.

Apoya el mentón en mi pecho, me mira. Nos mira.

—¿Y ahora qué?

Lo contemplo, lo siento. Acerco mis dedos a su piel, lo acaricio hasta que sus párpados se cierran.

—No lo sé, pero es contigo.

39

VINCENT

Una sensación tan familiar como ajena despierta mi piel, es tibia, real.

Mis ojos se abren, buscan la razón de aquella presión dulce en mi pecho. Una mata de sedoso cabello negro.

Mi corazón enloquece, la electricidad viaja por mi cuerpo.

—¿Sam? ¿Amor?

Observo la mano que descansa sobre mi abdomen, uñas cortas, prolijas y rojas. Samantha odia el rojo.

Miro alrededor, el amanecer colorea la habitación, las cortinas ondean al ritmo de la brisa otoñal.

Libros. Fotos. Adornos. Vinilos. Arcilla. Y ese aroma…

«Violeta».

La realidad me golpea.

Levanto la cabeza, Galeno duerme sobre mi pecho.

«¿Pasé la noche aquí? Dormí con ella».

Las emociones amasijan mi corazón, la confusión martilla mi cabeza.

Cada retazo que compuso la noche cae como un balde de agua fría sobre mí. Los besos, las confesiones, las caricias, las palabras que jamás podré pedir que me devuelva, el miedo, la culpa, el deseo, las ganas de más, de menos.

Voy a colapsar, lo sé, lo siento.

Con cada beso le di la mano, dejé que me arrastrara a esa vorágine de placer y necesidad. Le abrí mis puertas, la dejé entrar, permití que me mostrara lo que podríamos ser juntos… Y lo quise. Lo quise tanto como perderme en su boca el resto de la eternidad.

Y por un instante de vulnerabilidad no pensé en Sammy, ni en Nina, tampoco en la sed de venganza que me mantiene caminando, no pensé en nada más que en besar al ángel.

Y se sintió tan bien, tan cálido, tan real, tan… vivo.

Y quise hacerle el amor, descubrir su cuerpo y su voz en su estado más inerme. Quise nutrirme de su seguridad, hablar con sus secretos, desnudarla hasta que no quede nada más que su esencia.

Y no es mi esposa.

¿En qué clase de hijo de puta me convierte eso?

Violeta se mueve, me tenso. No quiero que despierte. Necesito desaparecer, no puedo enfrentarme a sus ojos.

Su pierna cruza las mías, su brazo me rodea, es más que un abrazo inconsciente, es aferrarse de forma primitiva a un *tal vez*.

Entierro la nariz en su cabello, está seco, pero aún huele a humedad. Recuerdo la lluvia, la cena a la luz de las velas, el viaje en moto, el jarrón de arcilla que no fue, los besos que sí.

La besé, aún no puedo creer que la besé.

Sin darme cuenta, mis dedos se pierden en su pelo. Dejan caricias, se entregan a aquella necesidad constante de tocar, de sentir, de estar cerca.

«Acabas de despertar junto a otra mujer».

El momento me abruma. Inhalo profundo, el techo luce borroso a través de las lágrimas.

«¿Qué voy a hacer?».

Llevo dos años queriendo morir y ahora… ¿Qué? ¿Qué quiero? ¿Qué busco? ¿Quién carajo soy? ¿Qué mierda es esta sensación que oprime mi pecho, que no me deja respirar ese oxígeno que tanto detesto?

Cierro los ojos.

«¿Y ahora qué?». Esa pregunta abandonó mis labios dejándome con sabor a pánico.

«No lo sé, pero es contigo».

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué mierda estoy haciendo? Esta mujer es increíble, merece un Nathan, un Alan, incluso un estirado como Angus. Merece un hombre con los pies en la tierra, alguien dispuesto a cumplirle ese sueño, a dejar que ella sea… el amor.

¿Qué hago aquí, robándole unas horas de magia a la verdad? Yo no soy ese hombre, nunca podré serlo. Estoy roto. No me amo, me odio. Me culpo. Lo perdí todo. Quiero morir. Ese soy, no esto que la abraza con esperanza.

Me levanto con cuidado. Violeta se mueve, pero sigue durmiendo. Agarro un lápiz y un papel de su escritorio, escribo una nota rápida.

La miro. La camiseta acariciando esas caderas que besé con desenfreno, las piernas desnudas incitándome a recorrerlas con mis dedos, el cabello esparcido alrededor de la almohada, el rostro relajado, perfecto… Sereno. Tan sereno.

La habitación gira, las paredes parecen venir a mi encuentro.

No respiro.

Las lágrimas no me dejan ver.

Salgo del cuarto, me tambaleo por el pasillo.

—La mañana se puso interesante…

Sigo la voz, Alan me observa desde el sofá con una taza a mitad del camino hacia su boca.

—Leta, Leta, no aprendes…

Estoy paralizado, casi desnudo, aún atontado por el sueño y la noche.

—Supongo que buscas tu ropa. —Su inglés es bueno, el acento un poco más pulido que el de Violeta.

Asiento.

—Está en la secadora. Anoche, la lluvia nos empapó.

—Claro, la lluvia. —Bebe sin dejar de mirarme —. Adelante, búscala. Estás en pelotas en el medio de mi sala, no es como si te diera vergüenza entrar al lavadero sin permiso.

Mantengo la compostura, busco la puerta por donde Violeta se fue con mi ropa anoche.

Me cambio con rapidez, salgo.

—¿Estás escapando como un cobarde? —Alan deja la taza, se levanta. Es alto, tanto como yo —. ¿Tocas y te vas, Vincent?

—No es asunto tuyo.

Un paso al frente, otro más. Casi nariz con nariz.

—Te equivocas, Violeta es asunto mío. De hecho, es más mío que de nadie.

Una punzada de celos me atraviesa, se mezcla con la tranquilidad que me provoca saber que no está sola, tiene un *rottweiler* que no duda en mostrar los dientes.

—No tienes de qué preocuparte, mi intención no es lastimarla. Ahora, si me dejas pasar, tengo que irme.

—Eres afortunado y desafortunado a la vez, ¿sabes? Afortunado porque le gustas, lo veo, no solo te quiere para un par de revolcadas, quiere más. —Su mirada es desafiante—. Desafortunado porque Violeta tiene equipaje, y yo estoy en él. La tienes a ella, me tienes a mí respirándote en la nuca. —Me mira fijo, está destripándome—. ¿Sabes lo que le ocurrió al último tipo que la lastimó? ¿Te lo contó? Tuvieron que sacármelo entre tres personas, estuve a punto de matarlo. Y antes de que lo preguntes, sí, te estoy amenazando. Le tocas un solo pelo de esa bonita cabeza, juegas con sus sentimientos o haces que se sienta poca cosa, y la puñalada que te dieron será una caricia comparado con lo que te harán mis manos, Hamilton.

40

VIOLETA

Una caricia seductora recorre mi brazo, me eriza de punta a punta. Rememoro la noche antes de abrir los ojos, cada beso, cada palabra, esas manos ávidas, curiosas.

—Vincent…

—Frío, Leta. ¿O debería decir caliente?

Giro, Alan está en la cama.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —Aturdida, miro alrededor—. ¿Dónde está…?

—¿El agente semidesnudo que escondías bajo tus sábanas?

Lo miro. No, lo descuartizo.

—¿Qué le hiciste?

Sonríe.

—¿Yo? Nada, solo tuvimos una charla amigable.

—¿Sobre qué? ¡¿Qué le dijiste, Alan?!

Se aguanta la risa, eso no augura nada bueno.

Lo empujo contra el colchón, me siento sobre él y rodeo su cuello con mis manos.

—Hablá, Barone.

—Si te ponés así es difícil concentrarse, Leta…

Paso de su chistecito, necesito que escupa cada palabra que le dijo.

Aprieto.

—¡Está bien! ¡Está bien! No quiero morir virgen, loca.

Mi carcajada despierta la suya, reímos, pero mantengo la amenaza.

—Le dije que tuviera cuidado con vos, eso es todo.

—¿Qué más? Soltalo todo o te hago una circuncisión gratis.

Bajo una de las manos.

—¡No! ¡Las manos lejos de mi anaconda!

—Va a cambiar de piel muy pronto si no hablás…

—¡Lo amenacé un poco!

—¿Un poco?

—Sabe que si te hace sufrir voy a ser su peor pesadilla, eso es todo. Lo juro.

Alzo las cejas, le dedico mi mirada asesina.

—¿Contaste algo que no debías?

—No… Quizá se me escapó algo sobre lo que le pasó al último tipo que te lastimó.

Me bajo de su regazo, entierro la cabeza en la almohada.

—¡Esa boca, Alan!

—¿Qué? Ninguna se queja…

—Eso es porque la usás para todo menos para hablar.

Aleja el cabello despeinado de mi rostro, me mira.

—Fue sin querer, lo solté sin pensarlo. ¿No le contaste nada? Teniendo en cuenta que salió casi en pelotas de tu habitación, creí que ya habían tenido la charla de los ex.

—¿Entendés que él no tiene ex? Su esposa murió, Alan, él aún la ama. De hecho, si no hubiera muerto, esto entre nosotros no existiría.

Se pone serio, me acaricia la mejilla.

—Eso es crudo, Leta, incluso para alguien tan sincero como vos.

—Lo sé. Pero no me gusta hacer castillos en el aire, me explotan en la cara.

Suspira, ambos miramos el techo como si fuera interesante.

—¿Te acostaste con él?

—No. Solo nos besamos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. —Busco su mirada necesitando ese algo familiar que solo él puede darme—. No puedo sacármelo de la cabeza. Me tiré a la pileta, ni siquiera miré si había agua.

—¿Hay?

—Hay, pero es turbulenta. Un puto maremoto.

—Hace semanas que no te escuchaba putear, esto es importante.

Sonrío.

—¿Le preparás un café a la única mujer del planeta capaz de soportar vivir con vos?

—Solo si me planchás el ambo.

—Extorsionador…

—¿Tenemos un trato?

—Si le agregás dos tostadas al café, hay trato.

Resopla, se levanta.

—¿Cómo es que siempre caigo en tus redes?

—Es un talento que pulí ganándote a la casita robada.

—Gana un par de veces y ya se cree la reina del juego.

—Te gané veinte años seguidos, Barone.

Hace rodar sus ojos, cierra la puerta.

Me encuentro en el silencio.

Se fue. Se fue antes de que despertara. No quiso afrontar el después del arrebato de pasión que nos descubrió entre estas sábanas.

¿Qué haré con él? Sé que necesita tiempo, pero yo necesito saber que mi recompensa estará detrás de las horas, meses o años que tenga que darle. Necesito… seguridad, y Vincent es todo menos eso ahora mismo.

Inhalo profundo, junto coraje y me levanto.

Mi teléfono suena, es un mensaje de Morgan:

Angus te quiere aquí en treinta minutos.

Frunzo el ceño, respondo:

Es mi día libre.

El aparato vibra.

Te quiere aquí ya. Por favor, mi diosa latina, no lo hagas esperar, está insoportable. Apiádate de nosotros.

Me desinflo como un globo, dejo el celular en el escritorio. Un papel llama mi atención.

> *Mereces más de lo que puedo dar. Lo lamento.*
>
> *Vincent*



—… No sabe lo que quiere, está jugando conmigo. Yo ya no estoy para esto, diosa, salí del armario hace años y me costó los dos testículos. No pienso pasar por eso otra vez. ¿Violeta? ¿Me estás escuchando?

Asiento, a pesar de que perdí el hilo de la conversación hace varios minutos. Me siento culpable, pero no puedo dejar de pensar en esa nota.

«Mereces más de lo que puedo dar». Lo sé. Aun así, aquí estoy, incapaz de olvidar su boca.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Morgan. Lo siento, me distraje un segundo con estos papeles. —Señalo las historias clínicas que Angus me puso a archivar—. ¿Me repites la última oración, por favor?

—Olvídate de mi drama, pasemos al tuyo.

—No, no soy esa clase de persona. —Suelto las hojas—. Quiero escucharte.

Suspira.

—*Okay*. Tom.

—Tu novio.

—Me apuré con la etiqueta. Ahora me dice que no está tan seguro de que le guste mi pene, después de que se lo comió mil veces. Dice que está confundido. ¿Sabes qué creo yo? Que es un cagón. —Me ayuda con las carpetas y continúa, indignado—: Todos tuvimos miedo a decirlo, pero él le teme a otra cosa: perder la fortuna de sus papis. Papito empresario no va a dejarle el imperio a su hijo maricón cuando tiene otro *perfecto* y heterosexual.

—¿Cómo te metiste en este dramón, Morgan? Tú, el que esquiva las complicaciones como el mejor.

—No lo sé, diosa, pero estoy hasta la médula. Me gusta, ¿sabes? Creí que era el indicado, el príncipe después de tanto sapo…

—Quizá deberías darle tiempo, puede que eso acomode las cosas.

—¿Tiempo? ¿Darle lo más preciado que tengo a alguien que no se la juega por mí? No, reina, si quiere tiempo que se compre un reloj.

Morgan sigue hablando, pero mi cabeza está rumiando.

«¿Darle lo más preciado que tengo a alguien que no se la juega por mí?».

La puerta se abre, Angus entra.

—Te veo en el descanso, diosa. —Morgan escapa como una rata.

El silencio es tenso; su presencia, abrumadora.

—¿Cómo estás?

—Trabajando en mi día libre. ¿Cómo te parece que estoy? —Señalo las carpetas, los archivos —. ¿Qué es esto, Angus? ¿Me estás castigando?

—Es trabajo, alguien tiene que hacerlo.

—¿Tu jefa de enfermería? ¿De verdad? ¿No había nadie más? ¿Ningún residente?

Se acerca, me quita los folios de las manos, acuna mis mejillas.

—Necesitaba verte. La forma en que nos despedimos… me está volviendo loco.

Intenta besarme, pero me corro. Sus labios rozan mi pómulo.

—Tenemos que hablar —susurro—, en otro lugar.

—Ven a mi casa esta noche.

Su voz me estruja el estómago.

—No puedo. Quedemos en una cafetería en el próximo rato libre que tengamos.

Sus labios ascienden, besan mi frente.

—No hagas esto, Galeno, por favor.

—Angus…

La puerta se abre, nos separamos. Una enfermera entra, nos mira con complicidad antes de abrir varios cajones.

Angus me observa, hay algo distinto en sus ojos. Algo que creí que jamás vería en un hombre como él.

No sé lo que hago, pero la frase de Morgan no deja de torturarme mientras toco el timbre.

Hace frío, son las once de la noche y una llovizna fina hace brillar mi abrigo.

La puerta se abre, Nathan luce sorprendido de verme.

—¿Está Vincent?

Asiente, me deja pasar.

La sala está más ordenada que anoche, ya no hay velas, solo luz. Zoe Hamilton está en el sofá, tiene los ojos llorosos y la forma en la que mira a Nathan me resulta… extraña, feroz, íntima. Hay tensión flotando entre los dos.

—Zoe, es un gusto verte de nuevo.

Me sonríe y desvía la mirada hacia la taza que sostiene, escondiéndome sus emociones.

—También me alegra verte, Violeta.

Picasso viene a saludarme, le doy unos mimos antes de seguir a Nate hasta la cocina.

—¿Puedo hablar con él?

Se rasca la barba de varios días.

—No creo que él pueda… hablar en este momento.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Bebió tanto que si le acercas un mechero explota.

Suspiro, cierro los ojos.

—¿Está en su habitación?

Niega.

—En la de Nina.

«Allí vamos otra vez».

—¿Te parece bien si subo?

Asiente.

Doy media vuelta, pero me retiene.

—Violeta, yo… —Mira hacia el *living* por encima de mi hombro, baja la voz—. Lamento todo el coqueteo, la insistencia. No sabía lo que tenías con mi hermano. Solo quería aclararlo. ¿Estamos bien?

«… Lo que tenías con mi hermano». Mi estómago es un amasijo de nervios. ¿Acaso tenemos algo?

—No hacen falta las disculpas. —Le sonrío—. Estamos bien.

—Genial. —Me devuelve el gesto—. Sube, ve a ver si consigues levantarlo.

Nate vuelve con Zoe, yo dejo la mochila y el abrigo en una silla antes de subir. Tengo el ambo sucio, ni siquiera me cambié al salir del hospital. Solo tomé el primer taxi que crucé y le di esta dirección sin pensar.

La puerta del cuarto de Nina está entreabierta, la empujo despacio.

Vincent está sentado sobre la alfombra, la espalda apoyada en la cuna. El violín a su lado.

Me desarma verlo tan desalineado, tan vacío, tan distinto al hombre que anoche me abrió un poco su quebrantado corazón.

—¿Puedo pasar?

El *whisky* en sus ojos me mira.

—No.

El retroceso me duele más que la indiferencia en su voz.

Acepto la negativa, me siento en el suelo, apoyo la cabeza en el marco de la puerta.

—¿Quieres hablar?

—No.

—¿Quieres que me vaya?

No me mira, solo observa ese violín que me rogó que dejara enterrado entre su ropa el día que lo encontré. Ese que no volvió a tocar desde la muerte de su esposa.

—No.

Suspiro. Espero. Le doy tiempo. Mi tiempo. El tiempo que Morgan valora como yo jamás lo supe hacer.

Cierro los ojos.

Los minutos pasan silenciosos, mortíferos.

Una melodía suave, sufrida y exquisita endulza mis oídos, eriza mi piel.

Mis párpados se abren, Vincent toca el violín. La música naciendo de su dolor, nutriéndose de cada herida.

41

VINCENT

Pasé noches enteras en la oscuridad preguntándome qué se hace cuando esa persona que amaste se vuelve una foto en un viejo cajón...

Pasé noches enteras intentando descifrar el acertijo en que se convirtió mi vida desde que te fuiste.

Soy un laberinto sin salida, tú eras mi único atajo.

Estoy atrapado en mí, rescátame. Te lo suplico.

Doblo aquella nota que escribí hace más de un año, vuelvo a dejarla dentro del álbum de fotos de nuestro casamiento. Lo cierro, lo guardo en un cajón junto a mi corazón.

—Es difícil decirlo, lo sé.

Bennett me mira, hoy luce cansado.

—Más difícil es aceptarlo. —Suspiro, me dejo caer por completo en el sillón—. Merece más. Merece un hombre capaz de convertirla en el centro de su universo, un hombre entero, lleno de vida, de sueños, un hombre capaz de… amar otra vez.

—¿Te crees incapaz de amar otra vez, Vincent?

«Sí. No. No lo sé. ¿Quiero descubrirlo?».

—¿Cómo podría llegar a amarla si ni siquiera tengo amor propio? Si… Samantha se llevó mi corazón, me dejó vacío. Y ella, Violeta es… tanto. Quiero que tenga lo que merece, Bennett, y eso no soy yo.

—¿No crees que debería ser ella quien decida qué quiere y qué merece?

—No puede. Su bondad… es cegadora, no la deja ver, no la deja saber cuándo darse por vencida. Violeta es de esas personas que terminan sufriendo por ser tan buenas, yo no quiero ser la causa de ese dolor. —Cierro los ojos, sigo hablando—: Mírame, Bennett, soy un puto desastre. Soy cobarde, no valgo un centavo, perdí mi rumbo, no sé qué demonios será de mí mañana, me irrito con facilidad, lloro a cada rato, me frustro, me… ¡¿Qué bien puede hacerle un hombre como yo?!

—No eres tú el que habla, Vincent, es la depresión.

—Somos lo mismo…

Bennett cierra el cuaderno, me mira fijo. Conozco esa mirada, está a punto de soltar algo que me dejará caminando por las paredes cuando vuelva a casa.

—Te haré una pregunta cruda, directa. Hace una semana, cuando viniste aquí deshecho por haberla besado, me dijiste que jamás, en estos últimos dos años, te habías sentido tan vivo. ¿No vale la pena? Esa sensación, esa… libertad. ¿Estás seguro de que no estás dispuesto a luchar por Violeta, Vincent?



Hace tres días que me levanto de la cama solo para ir al baño, quizá para buscar algo de agua o comida.

Hace diez días que no veo a Violeta, solo tengo el sabor de sus besos y los mensajes de texto que me envía desde aquella noche en que, al terminar de tocar la pieza favorita de Sam, destrocé el violín contra la pared y la eché de casa.

Fui un imbécil, no merezco ni uno solo de los mensajes que tanto me hicieron reír.

Violet:

¿Qué le dice una impresora a otra? ¿Esa hoja es tuya o es impresión mía?

Es malísimo, lo sé.

Que tengas un buen día, Hamilton.

Violet:

¿Qué le dice una foca a su madre? I love you, mother foca.

Te reíste. Voy mejorando, lo sé.

Duerme bien, Hamilton.

Violet:

¿Cuál es el baile favorito del tomate? La salsa.

Perdón, tengo sobredosis de café.

Violet*:*

¿Qué le dice un techo al otro? Techo de menos.

Techo de menos, Vicente.

Releo ese último mensaje antes de guardar el celular en mi bolsillo.

Toco el timbre por segunda vez, mamá y Zoe se abalanzan sobre mí.

—¡Feliz cumpleaños! —Mi hermana me deja sin oxígeno—. Por muchos más, ¿me oyes? Muchos más.

Detesto el miedo que veo en su mirada, yo lo puse ahí.

—Feliz cumpleaños para mi hombrecito especial… —Mamá me besuquea sin parar—. Por Dios, ¿cuándo creciste tanto? —Me mira como si no me hubiera parido—. Esa barba, Vincent. ¿Cuándo fue la última vez que te afeitaste? —Niega—. Pasa, pasa, la cena ya está lista. ¡Hice tu pastel favorito de postre!

Ni siquiera la tarta de frutillas me entusiasma. ¿Dónde quedó todo lo que fui?

Papá se levanta del sofá cuando me ve entrar, me da un abrazo cariñoso. Jamás escatimó el afecto, siempre nos hizo saber que somos su mundo. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de criar a Nina como él nos crio a Zoe y a mí.

—Mi muchacho, treinta y cuatro años… ¿Eso me convierte en un viejo decrépito?

—¿Te digo la verdad o te miento?

Me sonríe, Palmea mi hombro y me invita a sentarme a su lado, pero mi teléfono vibra. Es un mensaje que en nada se parece a los de la enfermera, a pesar de que me pone la piel de gallina.

Estoy cerca.

Escribo:

¿Estás siendo cuidadoso?

Responde:

Sabes muy bien por qué me contrataste.

Suspiro.

Lo quiero vivo.

El timbre suena, me tiemblan las manos cuando guardo el celular.

—¿Es Nathan? —pregunto, sabiendo que no suele perderse ninguna comida familiar.

—No, el bombero más *sexy* del mundo ya está aquí. —Baja de la escalera como si la casa fuera suya. De hecho, creo que mis padres lo quieren más que a mí—. Feliz cumpleaños, hermano.

Acepto el abrazo efusivo.

—¡Yo abro! ¡Yo abro! —Mamá corre hacia la puerta.

—Después me dices qué quieres de regalo —Nate continúa, pero no tiene mi atención—, ya sabes que soy pésimo para elegir.

Mi traicionero corazón enloquece cuando la veo.

Doce días sin esa sonrisa. ¿A quién quiero engañar? Estaba volviéndome loco.

—Cielo, gracias por aceptar la invitación. Sé que apenas tienes tiempo para respirar con tanto trabajo, lo apreciamos mucho. ¡Por Dios, estás hermosa! Creo que es la primera vez que te veo sin tu uniforme. ¡Qué silueta!

No soy el único que devora su aspecto. *Jeans* negros, un top color crema y un saco corto a juego. La perdición con o sin uniforme.

Las mejillas de Galeno florecen con los halagos, sus ojos se encuentran con los míos. Es fugaz, pero está ahí, la incertidumbre, la incógnita que represento en su vida.

¿Qué soy? ¿Dónde estamos parados?

Miro a Walker de reojo.

—Ni me mires, no tengo nada que ver con esto. Soy casamentero, sí, pero tengo mis límites.

—Fui yo. —Zoe me abraza por detrás, pone rostro angelical—. Nathan me contó que entablaste una amistad con ella.

—Se suponía que no ibas a mandarme al frente, caramelo.

—Deja de decirle caramelo a mi hermana, Walker. Llevo años pidiéndotelo.

—¡Es con pura ternura, Hamilton!

—Entonces —Zoe continúa, interrumpiéndonos—, le dije a mamá que sería buena idea invitarla a la cena. Es tu cumpleaños, tienes que estar rodeado de todas las personas que te aprecian. Además, me cae estupendo. ¡Y no quiero quejas!

La pequeña diablita se aleja sonriéndome como si supiera más que yo. Y tal vez lo hace.

Violeta se acerca, detiene el tiempo, marca el ritmo de la vida con sus caderas.

Inhalo profundo.

—Feliz cumpleaños. —Pone una caja roja y mediana en mis manos—. Por muchos más.

Me da un beso suave en la mejilla, se aleja para observarme abrir el regalo. Pero no reacciono, estoy hipnotizado por el perfume de su cercanía.

—Ábrelo, Hamilton.

Lo abro. Sonrío, saco la caja de alfajores Jorgito. Hay algo más, envuelto con mucha maña. Una taza de forma orgánica, imperfecta, hecha a mano, única. Leo el «Vicente» grabado en el centro.

—¿Tú lo hiciste para mí?

Su afirmación oprime mi pecho.

—Gracias, Galeno. Me encanta.

—¡No sé lo que es, pero quiero! —Zoe me quita la caja de alfajores, comienza a investigar —. Violeta, bienvenida a casa. Me encanta tu cárdigan, por cierto.

Ambas se sonríen. Mi padre y Nathan se acercan, la saludan, la llenan de cumplidos sinceros.

Es ella, es su magnetismo, es ese algo que hace que quieras estar a su alrededor.

Es peligroso.

Zoe abre un alfajor, me amenaza con robarme la caja mientras lo devora. Hoy está… distinta. Más enérgica, más alegre que de costumbre. Casi la misma chica que solía ser antes de que yo les arruinara la vida.

—En minutos servimos la cena —mamá anuncia desde la cocina—. Vincent, muéstrale la casa a Violeta. Haz que se sienta parte de la familia.

Galeno me mira, hay una revolución en sus ojos, y en mi pecho se desata la guerra otra vez.

42

VIOLETA

Ahí está, tendiéndome su mano después de evitarme durante más de una semana. No es el único, Angus se las ingenia para no tener tiempo para aquella charla inevitable.

Acepto la mano de Vincent, me aterra descubrir cuánto extrañé su piel. Dejo que me guíe por la casa de sus padres. El lugar es espacioso, luminoso y muy tradicional. Una familia típica, de esas que podría aparecer en una publicidad.

Cruzamos la sala, salimos a un gran jardín trasero. La noche cae fría, el invierno está cerca.

—Cuando mi madre dijo «mostrar la casa», se refería al invernadero. Se lo muestra a todos los invitados, está orgullosa de él.

Lo sigo hasta la pequeña casa de cristal al fondo del parque, el camino iluminado por guirnaldas de luces tenues.

Todos mis sentidos florecen cuando pongo un pie en aquella selva de ciudad. Una mezcla agridulce me seduce, jazmín, rosas y hierbas. Colores y texturas que gritan «mírame», «apréciame».

—*Wow*… Este lugar parece salido de un cuento.

Vincent cierra la puerta para protegernos del viento.

—Mi madre pasa todas las tardes aquí. Su sueño es ser paisajista, pero por alguna razón nunca se animó a cumplirlo.

Camino, me detengo en cada especie, admiro cada flor.

—Aún está a tiempo, incítala.

—Algunas personas tenemos miedo a saltar al vacío, Violeta, no todos somos valientes como tú.

«Tenemos».

Me apoyo en un escritorio de madera rústica repleto de herramientas y frascos de semillas. Lo miro.

—¿A qué vacío tienes miedo de saltar?

La forma en que se acerca es tan dulce como dolorosa.

—A ti.

Lo respiro, ese perfume intenso y varonil.

—Me estás evitando —susurro.

Un paso más cerca.

—Estoy hablando contigo, Galeno.

—Solo porque estoy aquí. —Niego—. Tu madre me llamó dos veces para invitarme, es muy

amable. No supe decirle que no. Lamento estar aquí, si no es lo que querías.

Se detiene cuando sus zapatos tocan los míos. Alza la mano en un gesto grácil, acaricia mi mejilla.

—No me doy cuenta de cuánto te necesito hasta que te veo y me muero por tocarte. —La punta de su nariz roza mi cuello, inhala profundo—. Me repito cada día que no te necesito, que eres un capricho, pero… en cuanto te veo, tiro a la basura horas de charla frente al espejo.

Me abruma, me confunde. ¿Cómo alguien puede ser tan directo y esquivo a la vez?

—¿Qué me haces, Vincent?

El roce asciende hasta mi pómulo, habla sobre mi piel:

—No lo sé, pero me disculpo. —Me acaricia con su boca, me besa como si sus labios fueran inocentes—. Por estar loco, por desearte, por confundirte, por echarte de mi casa la otra noche… No espero que me perdones, solo quiero que sepas que lo lamento. Estoy en guerra conmigo, y me quedo sin armas cuando te veo.

Vibro al compás de la confesión, incapaz de evitar terminar entre sus brazos.

—Acabaré en el manicomio por tu culpa, Hamilton.

Sonríe.

—Te haré lugar en mi habitación —acota, y lo miro con falsa seriedad—. Es un chiste, aunque no tan bueno como los tuyos… ¿*Techo* de menos? Yo también. *Teché* de menos, enfermera.

Lo observo como si acabara de salirle un tercer ojo.

—¿Estás bien? —Toco su frente—. No, no tienes fiebre. ¿Estás bajo el efecto de algún estupefaciente?

Ríe suave, lindo.

—¿Los ansiolíticos cuentan? —Suspira—. Estuve… avanzando con Bennett, creo. Me hace pensar hasta que me duele la cabeza. Estoy… no lo sé. ¿Intentando vivir el hoy? Vale más que dos mañanas, ¿no?

Una chispa de esperanza.

«No te aferres, Violeta. No te aferres».

—¿Qué persona tan sabia te dijo eso?

—Una a la que me encantaría besar, pero no sé si me devolverá el beso porque fui un imbécil la última vez que la vi.

El oro en sus ojos brilla con una calidez especial.

—Supongo que no sabrás si no lo intentas…

No pierde un segundo, sujeta mi rostro y devora mi boca en un beso que comienza tímido y se vuelve hambriento.

La mecha se enciende sola cuando estamos juntos.

La danza de su lengua hace que un cosquilleo placentero florezca en mi espina dorsal. El mismo que explota expandiéndose por todo mi cuerpo en cuanto esas manos aprietan mi cintura.

«*Techo* de menos es un eufemismo», pienso, pero no lo digo.

No puedo respirar, pero no me importa. Solo necesito que no deje de besarme, que no deje de vivir el hoy.

Pasos.

El beso febril se rompe.

—Sé que el invernadero debe estar muy interesante —Zoe habla desde afuera—, y me encanta que así sea, pero ¡está la cena!

Vincent está como un tomate, casi como si hubiera sido atrapado en una travesura. Sonrío y le quito lápiz labial de la boca.

—Ya… —carraspea—. Ya vamos.

Su hermana ríe bajito y se aleja.

Acaricio sus facciones, aceptando que debo dejarlo ir por el resto de la velada.

—Creo que empieza a gustarme cómo se siente esa barba, Hamilton.

—Creo que empiezo a perder la cabeza de formas nuevas, Galeno. —Pongo cara angelical—. No me mires así. Sabes muy bien que es por ti.

Atravesamos el jardín de la mano, pero me suelta con delicadeza al entrar al salón.

—Violeta, cielo, toma asiento al lado de Vincent, por favor. Zoe, al lado de Nathan, como siempre.

—A mi madre le gusta mucho ser anfitriona, pero está exagerando —me susurra Zoe—. Para ella eres la mismísima reina. —Me guiña un ojo antes de sentarse al lado de un Nathan algo… tenso.

Le sonrío y me siento junto a Vincent, que luce como un pez fuera del agua en esta reunión familiar.

Norah sirve el *Sunday roast*, esa comida tradicional reservada para ocasiones especiales, sin dejar que la ayudemos. Agradezco al recibir mi plato.

Arthur me observa de una manera extraña, amigable, pero extraña. No, a mí no, a nosotros. Vincent también se percata y no hace nada para ocultar su incomodidad. Ese hombre noble nos está leyendo, lo sé.

—¿Cómo te trata el trabajo, Violeta? —me pregunta y se levanta para servir el último plato, el de su esposa.

Odio ser el centro de atención de esta manera, pero lo esperaba.

—Bien, aunque desafiante. Estoy al mando de la enfermería por un tiempo.

—Imagino que eso es maravillo para tu carrera, ¿verdad, cielo?

—Lo es. Preferiría volver a ejercer como médica, pero, de momento, es un buen puesto.

—Tus padres deben estar orgullosos de ti, Violeta.

—Lo estaban —suavizo el nudo en mi garganta—. Realmente lo estaban.

Su rostro palidece.

—Lo lamento, no quise incomodarte.

—No me incomoda en absoluto, señor Hamilton. Es la vida, todos vamos y venimos.

—Dime Arthur, hija.

Sonrío.

—Me cuesta tutear, pero lo intentaré… Arthur.

Comenzamos a comer, los cumplidos hacia la cocinera llueven. Contemplo la dinámica familiar, me enamoro de la relación entre Arthur y Norah. Sueño con algo así, genuino, pacífico, longevo.

La cena transcurre cálida, animada, sin pretensiones, natural, como si siempre hubiese ocupado esta silla. Todo me hace extrañar mi casa, mi país, mi hogar, mi familia. Mi padre, mi todo.

Mi celular vibra en el bolsillo del cárdigan, lo ignoro hasta que Vincent me hace una seña. Frunzo el ceño, saco el teléfono con discreción mientras todos escuchan con atención una anécdota del bombero.

Vicente:

Te ves casi triste. ¿Estás incómoda? ¿Quieres que te lleva a casa?

Niego con la cabeza.

Escribo algo rápido:

Solo extraño mi hogar, Argentina.

Tu familia me encanta, Hamilton.

La respuesta vibra al instante.

Te la regalo.

Sonrío.

Sus pulgares vuelan sobre la pantalla.

Así está mejor.

Vuelvo a incorporarme en la charla, escucho cómo Nathan tuvo que entrar en un hotel de alojamiento en llamas mientras todos corrían desnudos.

El celular vibra sobre mis piernas otra vez.

Vicente:

No dejo de pensar en el invernadero.

Mis mejillas se encienden.

Y necesito una botella de tu perfume. Me calma.

—Vincent, apenas comiste. ¿Qué pasa, cariño? ¿No te gustó?

—Está rico, como siempre, pero no tengo hambre, mamá.

—Hijo, estás cada vez más delgado…

—No es verdad.

—Sí lo es —concuerdo con su madre—. Perdiste algunos kilos desde que te conocí. —«Te vi desnudo», pienso—. Sé que la situación por la que estás pasando puede quitarte el apetito, pero deberías ver a un…

—Necesito un poco de aire.

Se levanta de forma abrupta, sale por la puerta principal. Nadie mueve un solo músculo, como si esto fuera algo cotidiano.

—Ya volverá, cielo. A veces… el cariño lo abruma. No fue siempre así… —Suspira, luce perdida en tiempos mejores—. Rezo todas las noches para que algún día vuelva a ser mi hijo.

Norah parpadea para disimular las lágrimas, pero las veo y forman un nudo en mi estómago.

Su hijo está perdido y ella lleva años buscándolo en la oscuridad.

—Traeré el postre —murmura.

Arthur la ayuda a llevar los platos. Una vez más, no aceptan mi colaboración. Me quedo allí, obligándome a permanecer sentada, a no salir detrás de Vincent.

«A veces el cariño lo abruma».

Observo la interacción entre Zoe y Nathan. Hay tensión, hay miradas penetrantes, hay… algo. Esos dos tienen algo. ¿Será que el bombero no es el casanova que todos creemos conocer?

Norah sirve té justo cuando la puerta se abre. Vincent tiene la nariz colorada por el frío, la fina camisa blanca no puede contra la noche otoñal.

—Me voy.

La desilusión sacude a toda la familia.

—¿Ya? Pero ni siquiera cortamos tu pastel de cumpleaños.

—No quiero pastel, gracias.

Agarra su campera de cuero del perchero, el casco, y camina hacia la puerta, pero se detiene. Retrocede y deja un beso fugaz en la frente de su madre.

Abre la puerta, me mira.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Miro alrededor, incómoda.

—Creo que sería buena idea —interviene Zoe—, así no tienes que volver sola.

—Aunque nosotros podríamos llevarte, Violeta. —Arthur apoya las manos en los hombros de su hija—. Zoe tiene razón. Siéntete libre de irte cuando gustes, nadie va a ofenderse.

Los segundos son tensos. No quiero parecer malagradecida ni descortés, pero no puedo ignorar la súplica en esa mirada ambarina.

—Creo que aceptaré que Vincent me lleve a casa.

Arthur me acompaña hasta la puerta, Norah me da postre para llevar, Zoe me abraza y Nathan… es Nathan, con sus chistes picantes.

—Hagan todo lo que yo haría —me susurra y me guiña un ojo.

Hago rodar mis ojos.

—Cuidadito con Zoe, bombero, si no quieres que Hamilton te prenda fuego.

Pone cara de inocente, no dice nada.

Después de una despedida tan cálida como la bienvenida, me encuentro sola en la noche. Camino hacia Vincent y su moto. Me pone el único casco que hay.

—¿Tienes frío?

Niego.

Saca su gorro gris del bolsillo de la chaqueta, se lo pone. Me mira, me traspasa.

—¿Estás bien?

No responde, se aleja. Retrocede, vuelve a alejarse. La veo, esa lucha interna.

Se detiene frente a mí, mira el cielo, suspira, vuelve a encontrarse con mis ojos.

—No estoy listo para dejarte ir y… Picasso te extraña. ¿Quieres pasar la noche con nosotros?

43

VINCENT

Estoy en silencio desde que llegamos. Hay demasiado ruido en mi cabeza, no encuentro mi voz.

«¿Estás seguro de que no estás dispuesto a luchar por Violeta?».

Llevo las tazas de té al salón, Violeta está con Picasso en el sillón. Se recogió el cabello en un moño desordenado del que escapan varios mechones, está descalza, luce tan… segura. Cómoda. Me siento a su lado, pongo la infusión en sus manos.

—Gracias.

—De nada.

La ausencia de palabras predomina otra vez, tensa el momento.

—Estás analizando cada paso como si estuvieras en campo minado, Vincent. Nada va a explotar.

Suspiro, relajo los hombros.

—Lo lamento. ¿Estás incomoda? ¿Te llevo a casa?

Busca mi mano, la aprieta con suavidad.

—¿Por qué no te relajas? Piensa que somos dos amigos pasando el rato, sin pretensiones.

—No quiero besar a mis amigos, Violeta.

Me estudia, deja su taza en la mesa de centro, hace lo mismo con la mía antes de sentarse sobre mis piernas. Su aroma me abruma, aquel punto donde nuestros cuerpos se rozan no me deja pensar con claridad.

—Esto no ayuda, Galeno.

—¿Sabes qué ayuda, Hamilton? Rendirse, entregarse. Aceptar.

—Suena tan fácil en tus labios…

—Quizá puedo ayudarte —susurra sobre la comisura de mi boca—. En el invernadero dijiste que estabas intentando vivir el hoy. —Mis ojos se cierran, la siento olerme, recorrerme con caricias que me encienden—. Este es el hoy. Nosotros somos el hoy.

Me besa como si sus labios fueran la respuesta a aquella pregunta que llevo dos años haciéndome: ¿quién soy ahora? Y por un instante lo veo. Soy esto, un hombre destruido y confundido que tiene la dicha de besar a un ángel. Un hombre con una segunda oportunidad en sus manos llenas de sangre.

Intensifico el beso dejándome llevar, adorando la curvatura de su espalda con mis dedos, liberando su cabello, perdiéndome en cada hebra sedosa.

El saquito resbala por sus brazos, aterriza en la alfombra. El top se le une poco después.

La miro con ojos embriagados de placer, de necesidad, de anhelo, de dolor.

Mis dedos recorren el valle entre sus senos, sienten el encaje negro, la dulzura de su piel tersa.

—Hermosa —susurro—. Abrumadoramente hermosa.

Incapaces de soltarnos, buscamos alivio en la boca del otro. Buscamos amor, respuestas, compañía, un camino…

El beso se vuelve bruto antes de lo esperado. Jadeante, violento, necesitado.

Soy una roca debajo de su cuerpo.

—Voy a explotar si vuelves a gemir así —balbuceo sobre su boca.

Me ignora, continúa entregándose al frenesí.

Sus pechos contra mi pecho, sus labios devorándome, mis manos descubriendo cada curva como si fuera la primera vez.

Besa mi cuello, siente mi hombría.

—Necesito una ducha fría.

Deja de lamer mi piel, tiene la mirada extasiada, la sonrisa seductora.

—Yo también.

Sigo el impulso, me obligo a no pensar mientras me levanto. Sus piernas rodean mi cintura, subimos la escalera entre besos húmedos y profundos.

Me está matando. O reviviendo. O todo a la puta vez.

La puerta del baño golpea la pared cuando entramos, estamos debajo del agua fría antes de parpadear.

Nos miramos mientras la lluvia artificial nos empapa. Su respiración tan jadeante como la mía, la llama intacta.

No hay palabras, solo manos desesperadas que se arrancan la ropa.

Por primera vez en dos oscuros años siento el calor de un cuerpo desnudo junto al mío. Tiemblo de pies a cabeza, y no tiene nada que ver con el agua gélida.

Violeta me contempla.

El momento es tan sexual como emocional, jamás estuve más desnudo que ahora. Y no hablo solo del cuerpo, estoy mostrándole mi alma. Cada cicatriz, cada marca que dejó el tiempo, mis errores, mis virtudes, mis defectos.

Estoy gritando en silencio: «Soy esto, dime que vale la pena salvarme».

—Hermoso —susurra—. Abrumadoramente hermoso.

Me roba las palabras como yo robo su boca. La beso contra los azulejos, el agua cayendo sobre mi espalda, las manos curiosas.

Los recuerdos me arañan, esa voz que me destruye no deja de susurrarme al oído: «Estás cruzando un límite, traidor. No hay vuelta atrás». La empujo, me aferro al presente. El hoy. Mi hoy.

Mi estómago se revuelve, me falta el aire.

Me separo de su boca.

—No puedo —murmuro—. No puedo hacerte el amor, ángel.

Hay decepción y confusión en su mirada.

—Quiero, puedes verlo, quiero, pero… no puedo. —Apoyo mi frente en la suya, la respiro—. Me duele. Tengo tantas ganas de sentirte que me duele. Pero si dejo que me hagas el amor, olvidaré para siempre lo que ella me hacía sentir.

Lo veo en sus ojos, mis palabras la golpean un poco.

—Aun si lo hicieras, Vincent, aun si te entregases a mí, jamás olvidarías lo que Samantha te hacía sentir, porque es parte de ti. —Sujeta mi rostro—. Y lo tengo muy claro, no pretendo borrarlo ni competir con eso. Ella es tu pasado, yo quiero ser tu presente.

Me explota el corazón, no puedo contener lo que siento, no puedo pensar. Carajo, ¿por qué siempre tengo que pensar?

—Lo quiero. Quiero esto que me haces sentir y me aterra. Quiero que seas mi revelación. Quiero sentirte.

—Soy paciente cuando algo vale la pena, Vincent. Estoy aquí porque quiero estar aquí, porque tú vales la pena. —Apoya mi mano en el centro de su pecho—. Siénteme a tu manera, tú marcas el ritmo *hoy*.

Busco su boca, su abrazo, su calor. Me pierdo en ese beso que me hace sentir todo aquello que creí muerto.

—Quiero tocarte —susurro—. ¿Puedo tocarte, Violeta?

Ríe.

—¿Qué es gracioso?

—Que me preguntes si puedes tocarme cuando estamos desnudos en la ducha y está más que claro que me muero porque lo hagas.

Devoro su sonrisa, vibro al ritmo del beso.

Mi mano desciende por cada curva húmeda hasta posarse en el vértice entre sus piernas. Su mirada cargada de necesidad me encuentra cuando hundo dos dedos en ella. Los muevo, y el gemido suave se convierte en súplica.

La cabeza apoyada en mi pecho, su confianza en mis manos.

—Llevo meses queriendo hacer esto —confieso—. Es mejor de lo que imaginé.

Alza la mirada, me sonríe, los ojos adormilados de placer.

—¿Lo imaginaste?

Le devuelvo la sonrisa antes de morder sus labios.

—Tengo una imaginación muy activa cuando se trata de usted, enfermera.

Continúo tocándola, su cuerpo se vuelve lánguido.

—Ven aquí.

Me apoyo contra los fríos azulejos, la espalda de Violeta descansa sobre mi pecho. Mi mano sigue haciéndola delirar, rozando su centro con la palma.

—Quiero escucharte —susurro a su oído—. Me muero por escucharte.

Cambio el ritmo, y Violeta se rompe gimiendo mi nombre. Su voz me despierta, me sacude, me libera. Es la primera vez que alcanzo un orgasmo sin que nadie me toque.

Mi pecho sube y baja a un ritmo animal, estoy mareado, las piernas flojas.

Beso su cabeza, río bajito.

—Voy a tener que limpiarte.

Me deja libre acceso a ese cuello esbelto que no tardo en adorar.

—Báñame, Hamilton.

Un rato después estamos en la habitación de huéspedes, acostados en la cama, intentando procesar lo que acaba de ocurrir.

—Dime que mañana cuando despierte encontraré a este Vincent.

Suspiro, la observo. Tiene puesta una de mis camisetas, nada debajo, el cabello húmedo esparcido sobre la almohada.

—Me gustaría poder prometerte que será así, ángel, pero… no lo sé. Solo… —Miro el techo, vuelvo a mirarla—: Tengo clara una cosa, quiero esto. Quiero lo que me haces sentir, a pesar del dolor y las contradicciones que me genera, me haces sentir bien, ligero… vivo. Y creí que jamás lo diría, pero creo que lo quiero. Quiero sentirme vivo, si es contigo.

—¿Esto significa que me haces un lugar en tu vida?

Me coloco de perfil, acaricio su mejilla.

—Esto significa que voy a luchar, incluso si no tengo forma de ganar la batalla.

Acaricia mi brazo, las yemas de sus dedos rozan aquella fina cicatriz. La expresión de su rostro cambia, se llena de ansiedad y amargura.

—No soy un suicida, Violeta.

—Pero… quieres o querías… morir.

—Pero no soy capaz de quitarme la vida. Si lo fuera, no estaríamos aquí.

Su ceño se frunce, sé que no va a entenderme.

—¿Por qué? ¿Por qué eres capaz de enfrentarte al peligro deseando que acabe contigo, pero no puedes hacerlo tú mismo? ¿Cuál es la diferencia?

—Porque cuando me casé, le juré a Sam que siempre lucharía por nuestra familia, sin importar lo que sucediera. Si me pongo la Glock en la sien y me vuelo la tapa de los sesos estaría fallando a mi promesa.

Un escalofrío recorre su piel, lo siento bajo mis dedos.

—Pero lo buscas, tientas al destino. ¿No es lo mismo?

—Lo tiento, pero no está en mis manos, él decide, así como decidió ponerte en ese helicóptero la noche en que debí morir.

—Estás engañándote, dices lo que quieres oír… —Inhala profundo, deja escapar el aire con pesar—. Nada me alegra más que haber estado en ese helicóptero aquella noche, Vincent.

No resisto a la tentación, me entrego a la necesidad de sentir su sabor. La beso con paciencia, lentitud y ternura.

—Tú tienes heridas, pero no de las que se ven —susurro sobre sus labios—. Muéstramelas, ángel. Déjame conocerte.

Cierra los ojos, lo piensa tanto que creo que no volveré a escuchar su voz.

—Me entregué por completo a una persona cuando tenía diecinueve años. Fue mi primer y único novio, estuvimos tres años juntos. Creí que era el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. —Sonríe con tristeza, niega—. Lo encontré en la cama con… alguien a quien le confié mi vida. Ambos me traicionaron. —Mis músculos se tensan, la acerco más a mi pecho—. Él… quiso negarlo, a pesar de que los encontré entre las sábanas. Discutimos, me golpeó. Fin de la historia.

Beso su frente, la abrazo más fuerte.

—Le cortaría las putas manos si lo tuviera aquí ahora mismo.

—Alan se encargó de él.

—Ahora me cae mejor.

Ríe bajito.

—Lamento que hayas tenido que pasar por algo así.

—Es pasado, Vincent, y lo dejo donde debe estar.

—Incluso así, si hay alguien que no lo merece eres tú.

—Lo sé. Le di lo mejor de mí y recibí lo peor de él. Por eso no volví a tener nada serio desde entonces y no lo tendré hasta que no esté segura de que voy a recibir lo mejor de alguien. —Alza la vista, me mira, me desarma—. También aplica para ti. No voy a entregarme hasta no estar segura de que tú harás lo mismo. No vas a romperme, Vincent, ni siquiera sin querer. Ya nadie va a romperme.

El silencio nos encuentra abrazados, desafiando al pasado y al presente. Violeta se duerme entre mis brazos después de dibujar palabras sobre mi pecho durante minutos que se sintieron una eternidad a su lado.

Pienso en todo lo que dijo, la pregunta de Bennett también pulula por mi mente.

«¿Estás seguro de que no estás dispuesto a luchar por Violeta?».

Miro al ángel dormido y veo algo que no existía en mi infierno: esperanza.

44

VINCENT

Un ruido me despierta.

Me toma unos segundos entender que estoy en la habitación de huéspedes, durmiendo con Violeta. Busco su calor, pero su lado de la cama está frío y vacío.

Picasso no está a los pies.

Me incorporo justo cuando el sonido del cristal estrellándose llega desde la planta baja. Me paralizo un instante.

—¿Violeta?

Bajo la escalera, la luz de la cocina está encendida.

—¿Qué pasó, ángel? ¿Te lastimaste?

Mi corazón se detiene.

—Te dije que nos volveríamos a ver, Hamilton.

Mis piernas fallan, me sostengo de la arcada.

Violeta llora mientras una mano aprieta su boca y el cañón de la M19 se entierra en su sien.

El mundo pierde foco, color.

—Déjala… déjala ir.

Su risa es exactamente como la recordaba, ácida, superior, mortífera.

—¿Creíste que no iba a descubrir que tienes a un puto sicario buscando mi cabeza? ¿Me crees tan estúpido?

Doy un paso al frente, pero un cañón acaricia mi nuca.

—Quieto.

—Espero que no le estés pagando demasiado a tu hombre, no hace bien su trabajo, se dejó ver por todos mis muchachos. Quizá podrías invertir ese dinero en un mejor sistema de alarma. Entrar a tu casa sigue siendo tan fácil… —Señala las sillas—. Siéntate, las manos debajo de las piernas.

Un zumbido me aturde, me atonta.

No puedo respirar.

«¿Me voy a desmayar? No, no puedes dejarla sola ahora».

Me empujan hasta que me siento.

—¿Creíste que no iba a volver? Te hice una promesa, Hamilton, y soy un hombre de palabra. El infierno en la Tierra, ¿recuerdas? Destruir todo lo que ames hasta el fin de tus días. —Mira a Violeta, entierra el rostro en su cuello, la huele como un animal mientras me sacudo en la silla—. Veo que seguiste adelante. Pobre Samantha, ¿qué pensaría? —Ríe—. ¿Esta puta también está

embarazada?

Tira del cabello de Violeta, su grito me desgarra el alma.

—¡Suéltame! Por favor… —balbucea entre lágrimas, y sus ojos aterrados me encuentran—. Vincent, haz que me suelte. —Su voz se rompe antes de ser silenciada de nuevo por esa mano que me lo arrebató todo.

«¡Muévete, haz algo! No, no tienes armas. Van a matarla si te mueves. ¡Van a matarla de todos modos!».

—¿Cómo te trató la vida estos dos años? Debo admitir que me sorprende verte en una sola pieza. ¿Y esto, Vincent? —Lame su rostro, Violeta se retuerce entre sus brazos—. Se parece a tu esposa, eso es muy retorcido de tu parte. ¿Piensas en ella cuando la coges?

El cañón continúa apretando mi nuca, acelerando mi pulso.

—¿Por qué no la dejas ir y terminamos de una puta vez con esto? Solo tú y yo, como siempre debió ser. ¡Acabemos con esto como hombres! —El grito gutural me astilla la garganta.

Su rostro está desfigurado por la excitación, el placer de la venganza.

—Eso sería muy fácil, Hamilton… ¿Qué gracia tiene? —Tironea de su cabello, arrancándole otro grito a ese pequeño cuerpo que no deja de temblar—. Torturaste a mi hermano, ¿o ya lo olvidaste? —Escupe—. Porque yo no puedo. Veo su puto cuerpo destrozado cada vez que cierro los ojos, así como tú verás el de tu esposa y el de tu querida enfermera hasta que tu corazón se detenga.

—¡Déjala ir!

Me levanto, pero un golpe con la culata vuelve a sentarme. La sangre mana tibia y abundante, cubre la mitad de mi rostro, lo borra todo.

—¿Recuerdas cómo manoseé el cuerpo de tu esposa? ¿Cómo gritaba y suplicaba que la ayudaras mientras tú simplemente mirabas? ¡¿Lo recuerdas?! Vamos a repetir la historia, Hamilton.

Agarra a Violeta de la nuca, apoya su pecho sobre la mesada sin dejar de apuntarle a la cabeza.

Estoy paralizado. Las lágrimas y la sangre nublan mi visión.

—Quieta, dulzura. Cuanto más forcejees, peor será.

«Muévete. ¡Haz algo! Cobarde, hijo de puta, ¡muévete! ¡No te quedes mirando otra vez!».

Levanta su camiseta, mi camiseta, esa que le puse después de adorarla en la ducha.

—Nada debajo… ¿Me estabas esperando, bonita?

Se quita el cinturón, baja sus pantalones.

«Actúa. No van a matarte, no a ti. Es tu ventaja. Actúa. Actúa. Actúa».

Los gritos de Violeta me sacan del trance.

Me levanto, lanzo un codazo hacia atrás que me da ventaja para abalanzarme sobre *él*.

Lo agarro de la chaqueta, caemos abrazados.

El disparo me despierta.

Hay arena en mis pulmones.

Tiemblo.

Estoy frío y empapado.

Los gritos son llamas en mi garganta.

—¿Vincent? Vincent, ¿qué pasa?

Una luz tenue se enciende, Violeta se arrodilla a mis pies.

—¿Qué pasa? —Acaricia mi mejilla, me mira con ojos preocupados—. Cariño, háblame. ¿Qué sucede?

Acuno su rostro con manos temblorosas, la acerco a mí.

—Estás bien.

Me sonríe.

—Claro que estoy bien.

La examino, busco cualquier tipo de herida.

—Estás bien. Estás bien. Estás bien.

—Estoy bien. —Apoya su frente en la mía—. ¿Qué sucede?

—Fue un sueño —susurro—. Fue un sueño. Solo un sueño.

La puerta de la habitación se abre.

—No fue un sueño, fue una pesadilla. Soy tu pesadilla, Hamilton.

Apunta a Violeta, dispara.

Despierto.

Las sombras de la noche se proyectan en el techo.

Mi corazón late a un ritmo animal.

Ladeo la cabeza, Violeta duerme a mi lado. Sana. Segura. La abrazo, me pego a su cuerpo con desesperación. Coloco la palma de mi mano entre sus pechos, siento el latir acompasado de su corazón.

«Viva».

Respiro. Respiro y lloro en silencio hasta caer exhausto en los brazos del sueño otra vez.

45

VINCENT

Miro al vacío, siento el calor del té humeante entre mis manos, me preparo para lo inevitable: sangrar otra vez.

Violeta baja la escalera, está vestida con su ropa, que sequé y dejé a los pies de la cama.

—Buen día. —Me sonríe y acaricia a Picasso cuando salta sobre sus piernas demandando atención—. Gracias por encargarte de mi ropa. ¿Cómo dormiste?

Apoyo la taza en la mesa de centro, no encuentro el coraje necesario para mirarla a los ojos cuando digo:

—Tenemos que hablar.

Silencio.

Picasso no recibe más caricias, vuelve a echarse en el sofá.

—Esa frase nunca augura nada bueno.

Se sienta a mi lado, tenerla tan cerca lo hace aún más difícil.

—Hace dos años mi esposa cruzaba esa puerta con un vestido precioso que realzaba sus casi nueve meses de embarazo. —Miro a la nada, dejo que los recuerdos me envuelvan—. Volvíamos del casamiento de un colega, había sido una noche increíble. Con el trabajo y las reformas de la casa, llevábamos meses sin divertirnos tanto. —Suspiro, lucho por mantener a raya las lágrimas —. Sammy entró primero, yo la seguí cuando terminé una llamada laboral. Entré, todo estaba a oscuras, excepto por una luz que se encendió en la cocina. Allí… Él la tenía allí, una mano en su boca, un arma en su sien. —Me atrevo a mirarla, me veo reflejado en el dolor de sus ojos—. Por instinto busqué el arma en mi cintura, pero no la tenía. Esa noche se suponía que íbamos a divertirnos, sin violencia, solo… vivir, disfrutar de los últimos momentos donde solo fuéramos dos… —Hago una pausa necesaria. Cierro los ojos, alejo las imágenes que me persiguen día y noche—. Obedecí, hice lo que pedían, permanecí quieto con la esperanza de que me llevaran. Era a mí a quien querían, tenía que ser yo, Samantha era inocente… Pero no me llevaron, me arrebataron la vida sin tocarme. No pude hacer nada, Violeta. No pude hacer nada más que mirar cómo… la tocaban, cómo… ponían el cañón sobre su panza y le quitaban la vida a mi hija. Y luego… —Mis ojos se llenan de lágrimas—. Sam… Ella cayó de rodillas, desangrándose, gritando, suplicándome que la ayudara cuando yo estaba atado a una silla, solo… mirando, incapaz de moverme, incapaz de ayudarla. Hasta que todo terminó. Apuntaron a su cabeza y dispararon sin parpadear.

Silencio que solo es interrumpido por un hilo de su voz.

—Por Dios, Vincent…

Intenta acercarse, pero la alejo. Necesito empezar a despegarme.

—Pasé dos días junto a su cadáver, inmóvil, incapaz de girar la cabeza, de cerrar los ojos, de dejar de verla… Dos días tirado en el suelo, atado de pies y manos, mirando a mi esposa y a mi hija muertas a centímetros de mí, sin poder abrazarlas, sin poder… hacer nada. —Esa presión tan familiar estruja mi pecho, cierra mi garganta—. Creí que había muerto y estaba en el infierno, Violeta. Era el infierno, uno que jamás podré olvidar. Su piel… cambió de color, sus labios comenzaron a secarse, su olor…

Me abraza, y me aferro a su cuerpo a pesar de que no quiero, porque sé que tengo que soltarla.

—No sé qué decir… y no me gusta hablar por hablar, así que solo voy a abrazarte muy fuerte.

Hundo el rostro en su cuello, la respiro como deseé respirar a Sam una última vez.

—Zoe me encontró. Había quedado con Sammy para ir de compras. Ella… tuvo que verlo todo, jamás voy a perdonarme por eso. —Tiemblo entre sus brazos, me sostiene con más fuerza —. Me llevaron al hospital, tenía un severo cuadro de deshidratación, además del estado de *shock* que me dejó mudo por varias semanas. No entendía qué había pasado, apenas sabía quién era… —Busco sus ojos, hay lágrimas—. Ni siquiera pude ir a su funeral, Violeta. No fui al funeral de mi propia esposa.

Borra mis lágrimas, busca qué decir, pero no hay palabras de consuelo para mí.

—¡¿Con qué cara iba a explicarles a sus padres lo que ocurrió?! Fue mi culpa… Samantha está muerta por mi culpa. ¡Yo quité y la vida me quitó!

—No digas eso, no es tu culpa…

—¡Sí lo es! Maté. —Me separo, las manos en sus hombros para mantener la distancia—. Maté cientos de veces, torturé, hice cosas inenarrables… —Los rostros, las miradas, me asfixian —. Torturé a su hermano, le quité lo que más quería y él me lo quitó todo. ¿Lo entiendes? No soy un hombre bueno, Violeta.

Hay sorpresa, confusión y dolor en sus ojos.

—Hacías… hacías tu trabajo, Vincent. La gente como tú…

—La gente como yo va al infierno. La gente como yo no es digna de ángeles como Sam, como tú…

—Vincent…

—Torturé al hermano de uno de los narcos más grandes del país para llegar a él. Y no llegamos, pero confié en mi equipo, en mi superior, en todas las putas cabezas por encima de la mía. Confié en que hacía mi trabajo y que los demás hacían el suyo. Confié y lo perdí todo. —La miro fijo—. Y no va a pasar otra vez. No voy a perderlo todo de nuevo, por eso tengo que dejarte ir.

Se arrodilla frente a mí, como en mi sueño, y sujeta mi rostro.

—No soy Sam, cariño.

—Anoche lo soñé. —Saboreo cada lágrima—. Soñé que te hacían lo mismo que a Sam, soñé que morías en mis brazos, Violeta.

—Fue una pesadilla, solo una pesadilla…

—Mis pesadillas se vuelven realidad, ángel.

Niega, une nuestras frentes, eterniza lo inevitable.

—El pasado no tiene por qué repetirse, somos otra historia…

—Jamás será otra historia mientras mis pecados y yo estemos en ella. —Tomo su rostro entre mis manos, acaricio esos pómulos tersos, humedecidos por la angustia—. Tengo que dejarte ir, y me duele porque creo que sería feliz a tu lado. No la clase de felicidad que tenía, una nueva. Una que solo siento cuando te veo.

Nos sostenemos con la clase de desesperación que solo se siente cuando sabes que estás a punto de perder una parte de ti.

Y lo es, es esa parte de mí que creyó que no volvería a enamorarse y aquí está, de rodillas entre sus brazos.

—No tienes que dejarme ir, tienes que sanar. Podemos sanar solos o acompañados, cada corazón elige.

—No voy a destruirte mientras junto mis piezas —susurro, sintiéndola cerca por última vez —. No voy a hacerlo, ángel.

—Nadie sabe por lo que estás pasando, solo tú… No voy a juzgar la magnitud de tu dolor, ni tus tiempos, es tu proceso. Si me quieres, quiero lo mejor de ti, y solo podré tenerlo cuando estés listo para dártelo a ti mismo. Cuando estés listo para darte lo mejor de ti, Vincent, estarás listo para amar de nuevo.

Cada palabra se graba en mi mente, entibia el frío de mi pecho.

—No sé si ese día llegará, ángel.

Se aleja, pero aún sostiene mi rostro. Me mira a los ojos de esa manera en que solo te miran una vez en la vida: desnudándose, entregándose al capricho del destino.

—Tengo una sola pregunta, Vincent —susurra—. Si tu esposa entrase por esa puerta ahora mismo, ¿te olvidarías de mí para siempre?

La pregunta me abruma, me angustia, me aterra.

Como si lo supiera, sus labios aterciopelados rozan los míos. Es un beso casto, efímero, una despedida silenciosa.

—Piensa en eso mientras curas tus alas. Si la respuesta es no, ven a buscarme.

Una sonrisa triste entre lágrimas y silencio.

Agarra sus cosas y sale de mi vida de la misma forma que entró, haciéndome sentir todo menos nada.

46

VIOLETA

Te soñé, éramos los de siempre. Risas, juegos, charlas, lágrimas, aprendizaje, un abrazo.

Tu voz sonaba alegre, como cada mañana que me veías entrar y me dejabas enterrar la mejilla en tu pecho, oler tu colonia fresca, sentirme en casa.

Me hacés falta, papá. Más de lo natural, mucho más.

Cierro el cuaderno, miro por la ventana. Londres lleva casi una semana llorando, no es la única.

Paso los días y las noches perdida en la bruma de la angustia. Al principio creí que se trataba de nosotros, de lo inevitable, la pérdida, la incertidumbre, pero estaba equivocada, se trata de él. La crudeza y el dolor de su relato me atravesaron el alma, oscurecieron otro pedazo de mí. No puedo dejar de pensar en el peso que cargan sus hombros, la agonía que rasguña su corazón y llena de sangre su garganta hasta que ya no puede respirar.

Si su dolor me duele, ¿cómo es arder en su infierno?

¿Cómo hace para mirarse al espejo? ¿Cómo sobrevivió a aquella eternidad junto al cadáver de la mujer que amó? Que ama. ¿Cómo aprendió a vivir sin corazón? Porque lo perdió esa noche, así como yo dejé el mío en sus manos esa mañana cuando me fui de su casa susurrando una pregunta en el aire.

«Si tu esposa entrase por esa puerta ahora mismo, ¿te olvidarías de mí para siempre?».

Pensé en la respuesta cada día y, aunque queme, sé que no daré un solo paso más hasta conocerla.

Salgo de la habitación envuelta en pasado y presente, Alan me sonríe.

—Ay, no… —La sonrisa se borra—. Tenés puesto el suéter de las decisiones.

—¿Eh? Es solo un suéter, Alan.

—Un suéter que te ponés solo cuando vas a tomar una decisión importante. ¿Qué estás a punto de hacer, Leta?

Agarro el piloto y mi cartera del perchero.

—Poner un poco de orden en mi vida, últimamente es un caos.

—¿Vas a ver a Vicente el demente?

—Te dije que no le dijeras así, y no. Estamos… Estoy… —Suspiro, busco un paraguas—. Lo

que sea que tenemos está en pausa.

—¿No vas a darme los detalles? Llevo días preguntándote qué pasó.

—Es su vida, su pasado, su dolor, no me corresponde hablar de eso, Alan.

Se levanta, me acomoda el cuello del abrigo.

—¿Estás bien? Me conformo con saber eso. ¿Tengo que matarlo?

Hago rodar los ojos, niego.

—¿Estoy feliz? No. ¿Estaré bien? Seguro, siempre me las arreglo. —Acepto con gusto la caricia que deja en mi mejilla—. Me gusta, Alan. Me gusta de verdad. Pero esto es lo mejor para ambos ahora. Él necesita encontrarse, perdonarse, y yo… siempre puse a toda la gente que me importa primero. Es momento de creerme el ombligo del mundo por un rato. Quiero saber lo que se siente que luchen por mí. ¿Está mal?

—No. —Besa mi frente—. No está mal, Leta. Es lo mínimo que merecés.

Dejo que me apretuje un poco antes de separarme.

—Tengo algo que hacer, quizá vuelva tarde.

—Cuidate, por favor, y llamame si me necesitás. Tengo una guardia de doce horas, pero te atenderé.

Una sonrisa, un par de besos ruidosos y una despeinada después, estoy bajo el aguacero parando un taxi.

Aún me queda una cosa por hacer, y sé que va a doler.

Toco el timbre por segunda vez, aguardo protegiéndome de la lluvia.

La sorpresa se refleja en el rostro de Angus cuando abre la puerta.

—¿Puedo pasar?

Lo piensa, termina haciéndose a un lado.

Su departamento está ordenado con maña, como siempre, no hay nada fuera de lugar. Es casi un museo.

—Creí que no querías venir a mi casa.

Giro, nuestras miradas conectan de aquella forma que solía encenderme.

—Creí que dijiste que no me estabas evitando…

Suspira, cierra la puerta.

—Seré franco, Violeta. No quiero tener esta conversación.

Dejo el paraguas, me quito el bolso y el abrigo.

—Lo sé, pero es inevitable. —*Inevitable*. Esa palabra parece definir mi presente—. Evadir la realidad no hace que desaparezca, Angus.

—¿Cuál es la realidad? ¿Que quieres dejarme?

La elección de sus palabras me sorprende.

—¿Dejarte? Para dejarte deberíamos tener una relación, Angus, y estamos muy lejos de eso.

Se sienta en el brazo del moderno sofá, me mira fijo.

—Entonces, ¿qué somos, Violeta? ¿Qué es esto?

Me acerco, me siento en la pequeña mesa de vidrio y hierro. Busco sus ojos, hablo con voz serena.

—Un trato. Lo sabes tan bien como yo, somos un trato. Te cito, Angus: «Estoy casado con mi profesión, solo quiero pasar un buen rato con alguien interesante, un poco de compañía para

sentir menos la soledad».

Desvía la mirada, luce… incómodo, irritado, ¿angustiado?

—Eso era antes.

—¿Antes?

—Antes de ti. Antes de conocerte, Violeta. Antes escucharte, antes de pasar día y noche a tu lado trabajando, antes de probar tu boca, de descubrir lo que tu cuerpo me hace sentir… Antes. —Toma mi rostro entre sus manos, me mira con ojos llenos de emoción—. ¿Es tan difícil creer que un hombre como yo pueda enamorarse?

Y así, con una simple oración, una de mis peores pesadillas se vuelve realidad. Voy a romper un corazón.

—¿Amor? Angus…

—¿Qué? ¿De verdad te parece tan alocado, Violeta? Eres inteligente, hermosa, sensible, graciosa… y me entiendes. Amas lo que haces tanto como yo, lo pones primero. —Sus pulgares me acarician, la esperanza en su mirada me desarma—. Somos iguales. Podríamos funcionar, preciosa. Ambos sabemos cuáles son nuestras prioridades y estamos en paz con eso.

—Angus —alejo sus manos, pero las sostengo entre las mías—, no sabes lo importante que eres para mí. Fuiste la primera persona en darme un lugar en un país nuevo, en ver mi potencial, en hacerme sentir que valgo profesionalmente. Me ayudaste a crecer, a convencerme de que la decisión que tomé cuando me fui de casa fue la correcta…

Me sonríe con tristeza.

—¿Pero? Porque hay un pero, ¿verdad? Siempre lo hay…

Inhalo profundo, las palabras duelen en mi boca.

—Hay alguien más.

No hay sorpresa en su mirada, solo lágrimas acumuladas. Y no puedo creer que Angus Coleman esté a punto de llorar por mí.

—Es el agente, ¿verdad?

Asiento.

—¿Te trata bien?

—No voy a hablar de él contigo, Angus.

—Solo quiero saber si te merece, Violeta. Porque yo siento que lo hago, yo te haría feliz.

—¿Piensas que no lo sé? Eres el sueño de medio hospital, el hombre ideal. Sé que me harías feliz, Angus. Lo hiciste cada noche que me sentí sola y lejos de casa. Y no hablo de sexo, hablo del amigo que encontré en ti. —Aprieto sus manos, él las mira entrelazadas una última vez—. Pero… mi cabeza y mi corazón están en otro lado. Y, créeme, sé que serías mil veces más conveniente para mí, pero no puedo evitarlo…

Incrédula, seco la primera lágrima que toca su mejilla. Estoy viendo llorar al *insensible*, así lo apodaron. Hemos perdido vidas que estaban en nuestras manos, pero jamás derramó una lágrima. Sin embargo, ahora se deshace entre mis brazos.

—Shhh… Todo estará bien. Vas a encontrar a la persona indicada para ti. Eres un partidazo, Angus, no te conformes con alguien que no puede entregarse al ciento por ciento.

Pretendo que esas palabras son para él, pero en él fondo sé que son para mí.

Se separa un poco, busca mi mirada.

—¿Ya está? ¿Vas a salir de mi vida sin más?

—Yo… venía a decirte que ya no tendremos sexo, no pretendía terminar con nuestra amistad. —Alejo el cabello de su frente, busca mi tacto—. Eso lo dejo en tus manos, tú decides.

Me mira como pocas veces me han mirado en la vida, con adoración y absoluta admiración.

—Eres un ejemplar único, Galeno. Tengo suerte de haberte conocido.

Golpeo su pecho con suavidad.

—Me vas a hacer llorar, si empiezo no podré parar…

—Mejor, así no soy el único. —Se seca el rostro—. Qué vergüenza. Creo que la última vez que lloré frente a una mujer tenía ocho años y mi madre me había castigado por comerme la mitad del pastel antes de mi cumpleaños.

Río.

—¿Vergüenza? Al contrario, estoy aliviada de ver que eres humano. Por un momento creí que eras un robot y por eso no llorabas, para no entrar en cortocircuito.

Me sonríe.

—Carajo, cómo dueles… Pero es mi culpa, creí que quería tu cuerpo, pero no tu corazón. ¿Cómo no querer tu corazón, Violeta?

Lo abrazo sabiendo que es la última vez y, por la manera en que se aferra a mí, sé que también lo sabe.

—Prométeme que seguirás contando conmigo si me necesitas —susurra—. Este es un mundo despiadado para criaturas dulces como tú, Galeno.

—Lo haré. —Acaricio su nuca—. También cuentas conmigo, robot.

Un apretón más y me deja ir. Me pongo de pie, cada paso que me acerca a mis cosas está lleno de pesar y nostalgia que ya se siente.

—Sabes que ahora voy a reprenderte si llegas tarde, ¿verdad?

Sonrío.

—No esperaba menos.

Me ayuda a ponerme el abrigo y deja un beso suave en mis labios. Uno del que no escapo, porque no quiero escapar. Porque cierro una etapa, pero abro una herida.

—Colegas —susurra.

—Colegas —susurro.

Me acerco a la puerta, no quiero mirar atrás, pero el magnetismo que desprende me llama. Eso fue lo que hizo que termináramos entre las sábanas.

—Cuídate, Angus.

—Cuídate, Galeno. Y sigue tu consejo, no te conformes con menos de lo que mereces.

47

VINCENT

—Estuve pensando en ti cada puto de día desde que te fuiste. En ti, en nadie más. Yo… Yo… —Niego, me levanto—. No puedo, Bennett, esto es ridículo.

—Tal vez, pero es un ejercicio que te ayuda a liberarte. —Señala el sofá—. Siéntate, Vincent, por favor.

Resoplo, pero lo hago. Me desplomo pasándome las manos por el rostro cansado. No puedo pegar un puto ojo.

El viejo loco da vuelta su sillón individual, me da la espalda.

—Probemos así, tal vez te sientas más cómodo.

—No es muy cómodo hablarle a mi psiquiatra sesentón como si fuera la mujer que me gusta. Tus métodos son extraños, Bennett.

Su risa llena el consultorio, se funde con la lluvia.

—Funciona, confía en mí.

Inhalo profundo, cierro los ojos. Siento cómo la revolución se forma poco a poco dentro de mí. Lo miro, imagino que detrás de ese sillón está ella.

—Hace dos semanas que no duermo bien, eres lo único que hay en mi cabeza. Haberte alejado me duele tanto como saber que hice lo correcto, que hicimos lo correcto, porque tú tienes todo ese amor propio, sabiduría y madurez de la que carezco. Y sabes hacer lo mejor para ti, Violeta, incluso aunque duela. Te admiro por eso, entre tantas cosas… —Estiro el cuello de mi camiseta, las emociones comienzan a asfixiarme—. Pensé en la pesadilla, en lo que sentí. —Mi carne se eriza—. Volví a sentir que lo perdía todo, esa desolación que te come el corazón, y eso… solo puede significar una cosa: estoy enamorándome de ti. Estoy enamorándome de ti cuando creí que jamás volvería a sentir. —Trago el nudo en mi garganta, lo siento expandirse dentro de mi pecho—. Y quema, porque amé una vez y creí que sería para siempre. Y en cierta forma lo será, ese amor estará para siempre en mí, pero ya no me entibia, no me abraza, no me hace querer caminar el mundo. —Intento controlar el temblor de mi voz—. Y me aterra por tantas razones. Si lo hago, si me entrego, si me permito amarte, serás mi talón de Aquiles. ¿Y se te pierdo? ¿Qué quedará de mí si pierdo el último pedazo de mi corazón? Y si lo hago, si me atrevo a amarte, ¿cómo lavaré la culpa de mi piel? —Desvío la mirada, la tormenta agita las cortinas—. Es difícil ganar cuando eres tu propio enemigo, pero tú me das ganas de intentarlo. Pienso en ti y quiero ganar esta guerra, mi guerra. —Vuelvo a mirar la espalda del sillón como si en verdad estuviera allí, como si realmente hubiera juntado el valor para decirle todo esto—.

Pienso día y noche en la pregunta que me hiciste. Aún no me atrevo a susurrarme la respuesta, aunque la supe antes de que salieras de mi vida.

48

VIOLETA

Son los momentos de soledad, de vacío, de locura, los que te miran a la cara cada noche.

No me llevó mucho tiempo en este mundo descubrirlo, tan solo ocho años. Aprendí a hacerle frente a la nada, a la oscuridad, al frío. Aprendí que soy todo lo que necesito. Aprendí que nadie debe tener el poder de sacudir mi castillo. Sin embargo, aquí estoy, parada en medio de la penumbra de mi habitación, sosteniendo el teléfono con la mirada perdida después de haber recibido una llamada que cambiará mi vida para siempre.

El timbre suena, me cuesta reaccionar, ponerme en movimiento. Estoy confundida, aterrada, furiosa y en blanco. Atravieso el pasillo y el salón hasta el portero eléctrico.

—¿Hola?

—¿Violeta? Soy Zoe. Zoe Hamilton. ¿Puedo… pasar un momento?

El peor escenario se dibuja en mi cabeza, eriza mi piel, se roba mi equilibrio.

—¿Vincent está bien?

—Está bien, tranquila.

Respiro.

—Sube.

Acomodo con rapidez los apuntes que Alan dejó esparcidos por el sofá y le doy forma a los almohadones mientras pienso en la razón que trajo a Zoe hasta mi puerta.

Tres golpes suaves, abro.

—Pasa.

—Disculpa que haya venido sin avisar y de noche, seguí un impulso.

—No hay problema. —Cierro y le sonrío—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien —miento, estoy caminando por las paredes—. ¿Quieres algo de cenar o café?

—Café estaría bien, gracias.

Camino hacia la cocina intentando quitarme la asquerosa sensación que me dejó aquella llamada, pero no puedo dejar de pensar. ¿Qué mierda voy a hacer? ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no siento… nada?

Pongo en marcha la cafetera, miro a una Zoe más tímida de lo normal.

—Siéntate donde gustes.

Corre una de las sillas, toma asiento. Luce tan bonita como siempre. Los Hamilton y sus genes…

—Pareces… algo decaída. ¿Va todo bien?

Abraza su cartera, se encoge de hombros.

—Mal de amores.

—¿El culpable es un bombero de uno noventa y bonitos ojos azules? —Mi pregunta la sorprende—. Perdón, no debí meterme.

—Nathan… no me ve como una mujer, para él soy una niña.

—Estás equivocada —aseguro, y su ceño se frunce—. Lo vi mirarte, definitivamente te mira como lo que eres, una mujer preciosa.

Suspira con expresión pensativa.

—Es complicado… Por favor, no le menciones nada a Vincent. Se volverá loco.

—Tienes mi palabra, secreto hasta la tumba.

Sonríe.

Un incómodo silencio se filtra entre las dos.

—Te preguntarás qué hago aquí… —La voz le falla un poco, casi como si le diera vergüenza lo que va a decir—. La verdad es que no lo sé, o sí, pero no quiero analizarlo demasiado. —Suspira—. Vine a hablarte de mi hermano.

No me sorprende, pero llevo tres semanas sin saber nada de Vincent y no quiero tocar la herida.

—Te escucho, Zoe.

Asiente, se toma unos segundos para empezar.

—Vincent está enamorado de ti, Violeta. No sé si lo sabías, si dudabas, pero lo está. Lo conozco mejor que a mí misma, en todos sus estados, y lo veo tan claro… Pelea con ello cada día, pero no puede evitarlo. Está loco por ti, deslumbrado.

No sé qué decir, ni siquiera estamos de acuerdo. Creo que Vincent está muy lejos de quererme de esa forma.

—Primero, déjame decirte que lamento meterme así en algo que no me incumbe. Sé que apenas nos conocemos, no tenemos suficiente confianza, pero mi hermano es un imbécil y no quiero que pierda la oportunidad de su vida. Y sí, hablo de ti. Eres su oportunidad para ser feliz otra vez.

—Zoe…

El café está listo, apago la cafetera, no soporto el vapor. Sirvo dos tazas, me siento a su lado.

—Zoe, tu hermano y yo nos distanciamos por un tiempo. —O para siempre. ¿Lo tengo claro? —. Él tiene mucho en qué pensar, mucho que sanar, y yo… Digamos que la vida no me mostró las mejores cartas, pero es hora de que gane el juego. Estoy velando por mí esta vez.

—Lo sé. Sé que están dándose… un espacio, se lo contó a mis padres. Habló de ti, de… la amistad y la relación que tienen.

—¿Lo hizo? —No puedo evitar el tono de sorpresa.

—Vincent está cambiando, Violeta. Es un cambio que empezó cuando te conoció. Estas últimas semanas estuvo casi irreconocible, más… abierto, más… como el de antes. Pasos de bebé, pero lo está intentando, ¿sabes? Y creo que lo está haciendo por ti. Antes de ti ni siquiera quería levantarse de la cama, si lo hacía era porque tenía un operativo. Algo en ti lo despertó. Tú le diste un propósito.

Me aferro a la taza caliente para sentir cualquier cosa menos aquello que sus palabras generan.

—Quiero lo mejor para tu hermano, Zoe, así que me alegra lo que me cuentas. En especial si está reconectando contigo y con tus padres.

—Dice que no es todo su mérito, que *el viejo loco* de Bennett lo está ayudando. Pero Bennett siempre estuvo ahí, desde que encontré a Vincent atado junto a… —Frena, respira, bebe—. Apenas respiraba, ¿sabes? Tenía la nariz rota y llena de sangre seca, la boca hinchada. Apenas respiraba…

Extiendo la mano, acaricio la suya. Las imágenes que forman sus palabras me torturan.

—Sé que puede ser un imbécil a veces, pero está intentando renacer. Lo que vivió fue el infierno en la Tierra. Quiere emerger. Esa fuerza no la tienen todos. Esa fuerza no la tenía antes de ti. Eres motivación, Violeta, su motivación.

Mi pecho se calienta, quiero creer todo lo que dice.

—Aprecio que estés aquí, Zoe, y todo lo que estás diciendo, pero… no entiendo qué pretendes, si es que pretendes algo.

Me mira fijo con aquellos ojos tan dulces y expresivos.

—Vine a decirte que, si en verdad sientes algo por mi hermano, lo esperes. Volverá a ti. Está nadando, Violeta. Está nadando hacia ti.

49

VINCENT

Tres meses después

Creí que seguir adelante era olvidarte, aceptar, conformarme con las vueltas de la vida.

Creí que, si disfrutaba de otra risa, olvidaría la tuya.

Creí que, si anhelaba el calor de otro cuerpo, olvidaría tu aroma, tu tacto, tu esencia.

Creí que, si dejaba de mirar el reloj, el tiempo se detendría en nosotros.

Me llevó años entender que estaba equivocado, aún hay noches donde no lo tengo muy claro. Pero creo empezar a descubrir que seguir adelante no es olvidarte, es mantenerte viva dentro de mí. Es recordar por qué quería caminar el mundo a tu lado, por qué adoraba las mañanas, por qué cocinar o bailar descalzo era un placer invaluable.

No hay un antes y un después de la pérdida, solo un después… Un después lleno de preguntas y vacío y un corazón que aún late sin saber por qué.

Llevo tres meses aprendiendo más de mí mismo y de la vida que en treinta y cuatro años, Sam. Y no entiendo el porqué, solo sé que a veces no lo hay…

Estoy más cerca de mamá, papá y Zoe. No es como antes, pero lo estamos intentando. Lo estoy intentando. Aún cargo con el peso del daño que les hice alejándolos, no sé si alguna vez lograré sentirme libre de mis errores.

Volví a ejercitar, recuperé mi peso normal, me acostumbré a los antidepresivos, pero ya no necesito los ansiolíticos. La ansiedad fue mermando, creo que esta vez la soledad ayudó.

Pensé, Sam, pensé hasta que el día se volvió noche y la noche un nuevo amanecer. Pensé en ti, en Nina, en mí. En lo que ustedes querrían para mí. Y lloré. Lloré como un niño en el suelo de la habitación, solo en la oscuridad, rodeado de arrepentimiento. A veces hace falta caer, solo cuando yaces en el fondo eres consciente de la magnitud de la belleza que te rodea. Solo cuando has caído valoras lo lindo que se siente el mundo estando de pie. Y entendí que desperdiciaba aquello que ustedes ya no tienen: una oportunidad. Me sentí indigno, una basura que intenta deshacerse de la vida. Y dolió, Sam, aún duele, porque poco a poco voy comprendiendo que ya no viviré contigo, sino por ti.

Te soñé anoche, caminabas de la mano de Violeta. La traías hacia mí, Sam. Tú la traías hacia mí, casi como si supieras cuánto la necesito… Bennett dice que, tal vez, significa que estoy listo, que terminé de aceptarlo. Que la quiero. La quiero, Sam, como jamás creí que podría querer otra vez.

Por favor, desvanece los retazos de culpa que aún me torturan cuando pienso en cuánto la extraño.

Por favor, dame el último empujón para honrar la vida. Esa que tú y Nina desean para mí.



Es mejor que no nos veamos hasta dar el golpe. Falta poco. Sabrás de mí pronto.

Falta poco para hacer justicia y no sé cómo eso me hace sentir. ¿Qué está pasando? Cambiando…

—Hamilton, quiero ese informe en treinta minutos en mi escritorio.

Me quito los anteojos, alzo la vista.

—Estella, en treinta minutos lo único que puedo hacerte es un café.

Intenta no sonreír.

—Estás empolvado…

—¿Empolvado? Dame una maldita M16, ponme en el puto corazón de un operativo, y veremos quién está empolvado.

Me ignora, toquetea algunas cosas y consigue destrabar la impresora.

—Por favor, te lo ruego por lo que queda de mi sanidad mental, las tareas pasivas no son para mí. No sirvo para esto.

Suspira, me mira fijo.

—Escúchame bien, Vincent. Te prometo que en cuanto Bennett crea que estás listo, seré la primera en asignarte una misión. Este trabajo te necesita tanto como tú a él.



—¿Puedes dejar de mirarme así?

Mi padre cambia la postura, le da un trago a su cerveza.

—Perdón, es que todavía no puedo creer que estemos aquí, los tres juntos otra vez. —Palmea la espalda de Nathan, que tiene un corte de cuatro centímetros encima de una ceja—. Mis chicos… Como en los viejos tiempos.

Miro alrededor, todo sigue igual. La última vez que pisamos este bar fue una semana antes de… perderlo todo. Solíamos venir religiosamente una vez por semana, una tradición que formamos poco después de que el padre de Nate muriera.

—¿Cómo está ese corte?

—Mejor. Fue la envidia, el mundo no puede soportar esta cara bonita.

—Fue una viga, pero si te hace feliz pensar que el mundo te envidia…

Reímos.

—No importa, la cicatriz me agrega carácter, personalidad, creo que estoy más *sexy* ahora.

—¿Qué pasa, Walker? ¿Esta semana no pudiste darle rienda suelta a tu ego? ¿Dónde están tus mujeres?

Se encoge de hombros, come unas papas fritas.

—No hay mujeres.

—¿Tienes fiebre, hijo? —Mi padre le toca la frente y me mira—. ¿Dijo no hay mujeres?

—¿Qué pasa? —Suena defensivo—. ¿Por qué siempre tengo que ser yo el que hable de mujeres o las tenga alrededor?

—¿Porque así fue toda la vida?

—¿No puedo querer cambiar? ¿No puedo… ser diferente? ¿Y qué si un día me enamoro?

Mi padre y yo reímos, hace tiempo que no reía con ellos. Se siente raro, nuevo, pero viejo.

—Espero vivir para ver ese día —dice papá—. El amor de Nathan Walker… Déjame decirte que esa sí será la mujer más afortunada.

—En eso coincido. Mi respeto a la mujer que consiga hacer que sientes cabeza…

Nate no dice nada, saca su celular y responde algunos mensajes mientras bebe. Nos ignora. Quiero indagar un poco más, pero mi padre habla.

—¿Lo hiciste?

—¿Qué?

—Llamarla, hijo.

Suspiro.

—No pude.

—Ayer dijiste que ibas a llamarla cuando salieras del trabajo.

—Lo sé, pero… —Me quito el gorro, lo guardo en el bolsillo de mi campera y me paso las manos por el pelo—. Pasaron tres meses, papá. Tres meses sin saber nada del otro. Y si… ¿Y si pasó de mí? ¿Si siguió adelante? ¿Si me olvidó?

—No lo hizo.

—No lo sabes, y no la culparía. ¿Por qué debería esperarme? Yo no le prometí nada.

—No lo hizo, Vincent. —Me mira fijo, esa mirada paternal que dice más que sus palabras—. Confía en mí, sé lo que vi entre ustedes. Eso no se olvida. Llámala, dile que ya tienes la respuesta, dile que siempre la tuviste.

Lo pienso. Carajo, lo pienso como cada noche que marqué su número y estuve a punto de llamar, de oír su voz.

—No sé si podría soportar saber que se olvidó de mí.

—¿No piensas que ella podría estar sintiendo lo mismo?

—Vincent —Nate interrumpe—, ¿cómo se llama el hospital donde trabaja Violeta?

—St Clement›s. ¿Por qué?

Señala el televisor amurado a la pared a mi espalda.

Giro, el mundo se detiene.

«Toma de rehenes en el St Clement›s Hospital».

Pánico irracional asciende por mis piernas, me consume. Soy fuego.

Me levanto.

—Espera. —Mi padre me agarra del brazo—. El hospital es inmenso, hijo, no pienses lo peor. Ni siquiera sabes si fue a trabajar hoy.

¿Pensar? No puedo pensar. La desesperación nubla mi visión.

El nuevo titular solo aumenta el calor que abrasa mis venas.

«Es un paciente presidiario. Las fuentes informan que está armado».

—Vincent. ¿Vincent? *Hey*. —Nathan me sacude—. Llámala. Llámala ahora.

Saco el teléfono de mi bolsillo, marco su número con manos temblorosas.

Uno, dos, tres, cuatro…

—Hola, soy Violeta, pero eso ya lo sabes porque me estás llamando. Déjame tu mensaje, te llamaré en cuanto pueda.

Su voz. Por Dios, cuánto extrañaba su voz…

Intento de nuevo.

Uno, dos, tres, cuatro… Contestador automático.

«Vas a perderla».

—No atiende. ¡Mierda, no atiende!

Marco otra vez, me agarro la cabeza, este lugar me asfixia.

—Hola, soy Violeta, pero eso ya lo sabes porque me estás llamando…

«El pasado se repite. Pierdes todo lo que amas».

—No puede ser… No. No otra vez, no.

—Vincent. —Mi padre sostiene mi rostro—. Cálmate. Respira, hijo. No te preocupes, ocúpate. Ocúpate. Vamos a su casa, Nathan irá al hospital. ¿De acuerdo?

—Estoy llamando a mis colegas —Nate habla con el teléfono en la oreja—, averiguarán todo lo que puedan.

Salimos del bar como dos locos.

—Dame las llaves, no vas a manejar así. Apenas puedes mantenerte de pie.

Le doy las llaves de la moto a mi padre sin discutir. Subo, me abrazo a su cintura y rezo. Por primera vez en años le pido a Dios algo distinto, esperando que esta vez me escuche.

Aporreo la puerta, voy a tirarla abajo.

—¡Violeta! ¡Alan!

Golpe tras golpe, varios vecinos se asoman.

—Qué… —Un Alan semidesnudo abre—. ¿Qué mierda estás haciendo aquí? ¿Cómo pasaste?

—Violeta. —Lo empujo, entro—. ¿Dónde está Violeta? ¿Está trabajando? ¡Reacciona, Alan! ¡¿Está en el St Clement›s?!

Me mira como si me hubiese vuelto loco. Y lo estoy, acabo de perder la cordura.

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué? ¡Habla!

—Violeta se fue.

El alivio que me provoca saber que no está en el hospital dura poco, el terror que representan aquellas tres palabras alimenta las llamas.

—Cómo… ¿Cómo que se fue? ¿Adónde se fue?

—Volvió a Argentina hace un mes.

Me sujeto de la pared.

«Se fue. Te olvidó. La perdiste».

—No te lo contó, ¿verdad? No te contó nada. —Da un paso al frente, la mirada desafiante—. No conoces su historia, no sabes nada de ella… No se abrió contigo porque sabía que no valías la pena, que jamás harías de ella tu prioridad. Al menos fue inteligente esta vez, se protegió, se puso primero.

Miro alrededor, aún hay cosas de Violeta.

«¿Se fue para siempre? ¿Va a volver?».

—Dame su dirección, te lo suplico, Alan. Tengo que verla.

—No lo sueñes, no voy a ser el que te la ponga fácil. ¿Quieres su dirección? Consíguela.

¿Quieres a Violeta? Demuéstralo. Juégatela o córrete, Hamilton. El camino está lleno de hombres que la merecen.

Me empuja fuera, la puerta se cierra en mi cara.

Violeta se fue, y siento el océano que nos separa partiéndome el puto pecho en dos.

50

VIOLETA

C*umpleaños número seis*

Coloreo con la punta del crayón rojo, el último que me queda. Apenas pinta, así que mojo mi dedo con saliva y esparzo el color hasta que todo el techo de la casita es rojo.

Un hombre sale del cuarto de mamá, se sube el pantalón mientras se tambalea. Me mira, todos me miran. Cuento las tejas que dibujé en el techito hasta que escucho la puerta. Se fue. Respiro.

Pelusa se sube a mis piernas, lo abrazo. Es el gato más gordo, gris y peludo del mundo. Y me ama. Él me ama.

—¿Querés jugar? —susurro, debo hablar bajito cuando mamá está trabajando.

«Es un juego, Violeta. Gana el que hace menos ruido, el que es más invisible».

Me gusta ganar, así que siempre estoy en silencio.

La puerta se abre de golpe, Pelusa sale corriendo.

Él entra. No me gusta, es el único que se queda mucho tiempo y siempre quiere hablar conmigo o con Celeste. Se sienta en el viejo y roto sillón azul, me mira. El estómago comienza a dolerme, pero no tengo hambre.

—Violeta, vení, bonita.

No me muevo, miro mi dibujo, esa casita linda donde quiero vivir.

—Tengo un regalo de cumpleaños para vos.

Alzo la vista. ¿Un regalo? ¿Para mí?

Saca una inmensa caja de crayones de una bolsa. Mis ojos se abren tan grandes como los soles que dibujo. ¡Crayones nuevos! De todos los colores y tan lindos como los de Carmen, mi compañera de la escuela.

—¿Los querés? —me pregunta y sonríe sin mostrar los dientes.

Asiento.

—Vení a buscarlos.

La silla chilla cuando me pongo de pie. Camino despacio, sin hacer más ruido, no quiero perder el juego. Paso por delante del cuarto de mamá, la puerta está entreabierta. La veo desnuda en la cama, creo que duerme. Siempre está muy cansada y tiene los ojitos muy rojos. Sigo. Me detengo frente a él. Tiene más barba hoy y su ropa parece nueva.

Mira mi vestido, la maestra lo compró para mí, pero dijo que tenía que ser un secreto. Solo podía contárselo a mamá y a Celeste, pero no a mis compañeros.

—Estás cada día más grande y linda, Violeta. Pronto serás toda una mujer…

Miro los crayones, no me los da.

—¿Sabés lo que se hace cuando alguien te da un regalo? —No digo nada, aunque sé que se dice *gracias*—. Le das un enorme beso y abrazo.

No quiero darle un beso ni un abrazo, pero me trajo crayones. ¿Es de mala educación si no lo hago? La maestra dice que hay que ser educados.

Señala su mejilla barbuda.

Dudando me acerco, le doy un beso y un abrazo. Quiero alejarme rápido, pero no me suelta.

—Sos tan menudita, una muñequita…

Me sienta sobre sus piernas y pone la caja de crayones en mis manos. Cuento los colores, hay doce. ¡Doce colores! Pienso en todos los dibujos que podré colorear ahora.

—¿Qué te pasó acá? —Acaricia el moretón en mi rodilla. Me caí en la clase de gimnasia, pero no se lo digo. No hay que hablar, él no sabe jugar—. Tenés que prestar más atención si no querés lastimarte…

Su mano sube, acaricia mi pierna por debajo del vestido. No está bien. La maestra nos habló sobre nuestras partes privadas, nadie puede tocarlas, y sus dedos están muy cerca. Me muevo entre sus brazos, pero no me deja bajar.

Celeste entra, su pelo está rosa, ya no es como el mío. Suelta la mochila, corre y tira de mi brazo, la caja de crayones cae conmigo. Me pone de pie, entierra mi rostro en su pecho, me abraza.

—¿Qué mierda estás haciendo acá? —Su voz suena como cuando agarro sus maquillajes sin permiso, está enojada—. Ya te dije que no volvieras.

—Tu madre no dice lo mismo.

—Fuera.

Abrazo más fuerte a mi hermana, abro un ojo y veo cómo el policía se levanta. Saca su arma. Está muy enojado. Solo muestra su arma cuando está muy enojado.

—¿Tomarás su lugar hoy también, bonita?

El corazón de Celeste late muy rápido, más que el mío.

Hay silencio, solo se oye el ruido del tren a lo lejos.

Celeste se agacha, es apenas un poco más alta que yo, a pesar de que tiene doce.

—Encerrate en el ropero.

Las lágrimas están calientes en mis ojos. No me gusta el ropero, es oscuro y pequeño, pero asiento y corro hacia nuestra habitación, me meto en el ropero. Espero. Cuento. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

La llave da vueltas.

—Vendré a sacarte —susurra—. Duerme.

Sus pasos se alejan.

Me hago una bolita como Pelusa y cuento crayones en la oscuridad.

51

VINCENT

Son las dos de la madrugada, estoy hiperactivo, voy y vengo por toda la casa buscando papeles. Picasso me mira con interés.

—Voy a buscarla, no te preocupes, traidor.

Nathan arma mi valija mientras mi padre intenta conseguirme un vuelo para hoy mismo.

Le avisé a Estella que voy a ausentarme del trabajo y llamé a Bennett esperando que me detuviera. Pero no lo hizo, me incitó a cruzar el mundo por ella, por mí, si me sentía seguro para hacerlo.

No sé cómo me siento, solo sé que no puedo perderla. Y si me olvidó, si siguió adelante y me dejó atrás, al menos podré decirle todo lo que siento mirándola a los ojos.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! —Corro con el puto pasaporte en la mano, llevo media hora buscándolo.

Me siento frente a la computadora, busco su contacto.

«¿Quieres a Violeta? Demuéstralo. Juégatela o córrete».

Inhalo profundo y escribo un *email* para Equis, el *hacker* argentino que me hizo conocer los alfajores y participó de uno de los operativos más grandes de mi vida.

Necesito tu ayuda. Es urgente.

52

VIOLETA

Un mes atrás

No derramé una sola lágrima desde que aquella voz al teléfono me dijo que mi hermana había muerto de una sobredosis. No puedo llorar, solo sangro por dentro.

Me avergüenza reconocer que hice uso de medicamentos no recetados para poder dormir esa noche, las siguientes y durante todo el viaje. Para no pensar. Para no sentir.

Y aquí estoy, arrastrando una vida dentro de esta valija, volviendo al pasado.

Encuentro su rostro entre cientos de personas que corren por el aeropuerto. La calidez de su cara familiar me calienta el alma. Camino hacia sus brazos abiertos, apoyo la mejilla en su pecho, me rindo exhausta, me escondo del mundo en aquel abrazo.

—¿Cómo estás?

Huelo su perfume varonil.

—Aún no lo sé. Creo que estoy en esa fase de falsa calma, esa donde todo parece un sueño.

Nos apretamos un poco más antes de separarnos. Lo observo, la mirada clara, soñadora y amigable, el cabello castaño tan enrulado como siempre…

—Los años no pasan para vos, Milo.

Agarra mi valija, me rodea con su brazo.

—Puedo decir lo mismo, estás cada día más hermosa.

Caminamos en silencio hasta el estacionamiento. Subo a su lujoso auto, respiro esta nueva realidad a la que no sé si podré acostumbrarme.

Camilo sube, enciende el motor.

—Gracias —digo, casi en un susurro, y aprieto con suavidad su mano—. No solo por hoy, por haberme ayudado todos estos años.

—Favor con favor se paga, Violeta… Sabés mejor que nadie que para mí es un placer devolverte un poco de lo que me diste.

Le sonrío, me sonríe. Hay tanto implícito en aquel gesto.

No hice nada por Camilo, pero sí por su mejor amigo, y él quiso devolver el favor con toda esa amabilidad que lo caracteriza. En aquellos tiempos, cuando aún era un estudiante de abogacía, me ofreció sus servicios gratis si alguna vez necesitaba un abogado. Y lo hice, lo necesité. No para mí, para alguien que intenté salvar toda mi vida, incluso antes de comprender el infierno por el que caminaba.

Aún recuerdo aquella madrugada en que lo llamé por primera vez y le dije que necesitaba a mi abogado gratis. Vino a verme esa misma noche, desde entonces se encarga de esta parte de mi vida que vuelve sin importar cuánto intente dejarla atrás.

La sonrisa se borra poco a poco de su boca.

—Hay algo que tengo que decirte.

—¿Más? ¿Puede haber algo peor? —pregunto con ironía.

Conozco la seriedad que cruza su mirada y no me gusta.

Suspira, abre la guantera y saca una fina carpeta negra.

—No te lo dije cuando te llamé porque… era mejor que estuvieras acá, segura, conmigo, antes de hablar de esto. Por favor, no te enojes.

El miedo y la confusión se mezclan con el dolor mudo que corroe mis huesos.

—Hablá, Milo.

Me da la carpeta, la abro. Hay una foto de un bebé, tiene grandes ojos verdes y no mucho más de un año.

El ritmo de mi pulso acelera.

«No».

—Es tu sobrino, Violeta. Se llama Nerón, y sos lo único que le queda en el mundo.

53

VIOLETA

Un mes atrás

Un hijo. Mi hermana tuvo un hijo y yo ni siquiera lo sabía.

—Está en un hogar para niños. —La voz de Milo suena lejana, no puede entrar en este bucle donde solo estamos esa foto y yo—. Tiene diez meses. Está sano, parece que tu hermana no consumió durante el embarazo. Tampoco lo amamantó, al menos no los últimos meses, no hay rastros de ninguna sustancia en su sangre, y está acostumbrado a la leche de fórmula. Con respecto al padre, no hay ninguna información. Celeste fue la única que registró su nacimiento.

«Tiene diez meses. Está sano».

Está sano. Pudo luchar contra su adicción por él. ¿Qué pasó después? ¿Por qué esa basura fue más fuerte que su hijo?

«No la juzgues». Aquella voz me reprende. «No te atrevas a juzgarla».

—Violeta. —Su mano acuna mi mejilla, me saca del trance—. Sé que es demasiado, no imagino lo que es estar en tu lugar ahora mismo, pero necesito que me prestes atención. Hay que resolver cuanto antes el asunto de Nerón, por su bien.

Asiento, miro el resto de los papeles que hay en la carpeta. Información sobre su estado de salud, vacunas, alguna documentación que fue encontrada en la casa que alquilaba Celeste.

—Estuve hablando con los asistentes sociales y los abogados que llevan el caso. Dado que, de momento, no hay forma de saber quién es el padre, hay dos opciones: aceptás la custodia legal por ser el único familiar directo que tiene o iniciás los trámites para darlo en adopción provisoria.

Alzo la vista.

—¿Darlo?

—Tenés derecho a conocer tus opciones, Violeta, y a decidir lo mejor para él y para vos. —Apaga el motor, me mira fijo—. Sos soltera, actualmente vivís en otro país, trabajás más de doce horas al día… Es difícil. Tu posición es difícil. Nadie va a juzgarte, no importa qué decidas.

Darlo. Abandonarlo a su suerte. O quedármelo. Yo, una mujer que jamás en su vida tuvo contacto con bebés, que ni siquiera sabe cambiar un pañal, que vive para su trabajo y en la otra punta del mundo.

—Quiero que tengas en cuenta que Nerón tiene la edad más buscada por los adoptantes, se estima que encontraría una familia rápido. Es una realidad triste, pero todos quieren bebés.

Lo sé, yo fui esa realidad triste.

—¿Podés llevarme con él? Tengo que conocerlo.

Asiente, me sonríe con un dejo de pena.

—Estoy acá para llevarte adonde quieras. Vamos a salir de esto juntos.



Juré que nunca más iba a pisar un orfanato, sin embargo, aquí estoy. Recorriendo pasillos idénticos a aquellos por los que una vez corrí, jugué, lloré. Mirando paredes iguales a las que un día me cobijaron y también asfixiaron.

—No te preocupes por ningún asunto legal, estoy para eso. —Milo camina a mi lado con su elegante andar y aquel portafolio lleno de mis problemas—. Decidas lo que decidas, yo me encargo de todo el papelerío. Vos solo conocelo, sentí, pensá.

Inhalo profundo, entro a la habitación. Es bastante moderna, alegre y acogedora, hecha para esconder lo que sentís cuando nadie te quiere y terminás a la deriva en un mundo demasiado cruel.

Una mujer rubia, alta y con sonrisa amigable me da la mano.

—Soy Lucrecia, llevo el caso de Nerón. Es un gusto conocerte, Violeta.

Acepto el apretón, intento devolverle la sonrisa. Pero estoy mareada, nerviosa, ansiosa, fuera de mi propio cuerpo.

—¿Lista para conocer a tu sobrino?

«¿Se puede estar lista para conocer a un sobrino que hasta hace una hora no existía?».

Asiento.

Sigo a Lucrecia hasta el fondo de la habitación. Allí, sobre una colorida alfombra de goma, Nerón juega con pelotas de tela.

La vida deja de latir solo para encontrar un nuevo ritmo. Uno feroz, extasiado, aterrador, cálido y maravilloso…

—Acercate con seguridad. No tengas miedo, es muy sociable.

Dejo la cartera sobre una mesa para niños, mis piernas tiemblan cuando me arrodillo a su lado.

Esos ojos enormes, tan parecidos a los míos, a los de Celeste, me miran. Apenas tiene algo de fino cabello castaño, es aún más pequeño de lo que imaginaba. Cachetes sonrosados, enormes pestañas… y esa mirada que te desafía a sonreír. Lleva puesto un *body* que simula ser un esmoquin, y culpo a la prenda por la risa estúpida que me asalta. Risa que termina en llanto que ahogo para no asustarlo.

Acaricio su cabecita con dedos torpes, como si no mereciera tocar tanta pureza.

Es una parte de Celeste. Es lo único que queda de ella en el mundo.

—Hola, Nerón —susurro, y sus ojos se agrandan al oír mi voz—. Soy… Soy tu tía Leta.

Gatea hacia mí, agarra un mechón de mi cabello largo y lo inspecciona antes de intentar trepar mis piernas. Lo alzo, su peso entre mis brazos colorea la realidad. Cierro los ojos, siento sus deditos por todo mi rostro.

Y lloro. Lloro por mí, por él, por su mamá. Lloro porque ni siquiera sé de qué manera llegó a este mundo. ¿Fue con dolor? ¿Fue con amor? Lloro porque no sé si podré hacer de esta tierra un lugar menos hostil para él, lloro porque no supe hacerlo para su madre.

Abrazo a esa pequeña criatura que aún no tiene la fuerza para pararse solo, pero sí para ponerme de rodillas. Siento su corazón junto al mío, escucho la respuesta que buscaba.

Ladeo la cabeza, miro a Milo y asiento. Asiento una y otra vez mientras las lágrimas lo borran todo.

Contemplo la inocencia en los ojos de Nerón.

—Vos y yo nos vamos a casa.



El pasado vuelve en forma de presente.

Una eternidad de firmas, papeles, datos, trámites y compromisos después, estoy aquí, sentada en el corazón de esta casa que me vio crecer, rodeada de recuerdos, el eco de la risa y el llanto, el aroma del amor, el sabor de la familia…

Acabo de acostar a Nerón en mi antigua cama, hice una muralla de almohadas a su alrededor, lo miré dormir embobada, asustada, enamorada.

Quien diga que el amor a primera vista no existe, nunca miró a un ángel…

—Tomá, vas a necesitarlo si querés seguir unas horas más despierta. —Milo me da una gigante taza de café.

—El *jet lag* me está matando.

—Entre eso y las emociones, estoy seguro de que vas a desmayarte en cuanto toques las sábanas.

Le doy la razón con una sonrisa cansada.

—Todavía no puedo creer que estoy acá… —Miro alrededor, todo sigue igual, y eso reconforta y duele a la vez, porque yo no soy la misma—. Pasó tanto, pero aquí se detuvo el tiempo.

Su mano deja caricias en mi espalda.

—Es mucho para un solo día, Violeta.

—Es mucho para una sola vida…

—Vení acá.

Dejo la taza en la mesa de centro, acepto su abrazo.

—No sé qué habría hecho sin vos, estaría ahogada en todos esos papeles y términos que no entiendo… No sabés cuánto aprecio todo lo que estás haciendo.

—No es nada, basta de agradecer. —Juega con el puño de mi cárdigan—. Esto recién empieza, aún tenemos muchos trámites por delante. Yo me encargaré de todo, vos enfocate en Nerón.

—Necesita cosas. Los bebés necesitan cosas… ¿Tenía alguna pertenencia?

—Era una casa muy humilde, solo tenía una cuna y un poco de ropa.

Suspiro.

—Quiero todo nuevo. Le compraré todo nuevo.

—Haceme una lista de alimentos y cosas básicas para él, iré al centro del pueblo con el auto. Mañana veremos lo de la cuna y el resto de las cosas con calma.

Asiento, busco papel y lápiz para armar la lista. Peleamos durante diez minutos porque no acepta mi dinero, no consigo convencerlo, y finalmente se va.

Me dejo caer en el sofá, recuerdo las tardes de lluvia que papá me leía aquí mientras mamá cocinaba tarta de frutillas.

La vida me dio una segunda oportunidad y fui feliz. Hoy soy esa segunda oportunidad para Nerón. Hoy me toca devolver un poco de lo que recibí.

El timbre suena.

—¿Qué se olvidó el abogado? —digo, acercándome a la puerta.

Abro.

Mi sonrisa se detiene en el tiempo.

Ese par de ojos por los que creí que volvería a entregar mi corazón me devuelve la mirada. Brillan como si los años no hubieran pasado, como si su alma no albergara nada más que amor. Ya no hay dolor, solo paz.

—Vico.

Sonríe. Me sonríe, y creo que es un espejismo. No puede ser real. Se suponía que jamás volveríamos a vernos… Susurramos un *hasta luego* que dolió como un *hasta nunca*.

—Me dijeron que te sentís sola. —Da un paso adelante, abrumándome con su perfume, su altura, su presencia llena de recuerdos—. Y no puedo permitirlo. Trajiste luz al momento más oscuro de mi vida, Violeta, ahora es mi turno.

54

VIOLETA

Un mes atrás

Ahí está, una vida después, parado frente a mí, acelerando el canto de mi corazón como la primera vez que me vi en sus ojos.

—Decime que puedo abrazarte. —Su voz es más calma y ronca de lo que recordaba—. Porque me muero de ganas.

Miro ese par de ojos café, ese cabello oscuro y algo largo que peiné con mis dedos tantas veces…

—¿Desde cuándo tenés que preguntar?

Su sonrisa tan peculiar, esa que comienza de costado y se apodera de su boca, aún hace temblar mis rodillas. Porque cuando Vico sonríe, sonríe el mundo.

Siento el cuero de su chaqueta bajo mi mejilla, sus brazos rodeándome con fuerza, su perfume anclándome al momento.

«Es él. Es real».

—Creí que jamás volvería a verte —susurro y me aferro a su calor con todo lo que soy.

—La vida no podía ser tan injusta, Violeta. Los dos sabemos que nos merecíamos otro abrazo.

Asiento sobre su pecho y disfruto en silencio su presencia.

—Volví —confiesa, el mentón apoyado en mi cabeza—. Volví cuando me enteré de lo de tu padre, pero ya no estabas. Una vecina me dijo que te habías ido a Londres.

Alzo la vista, busco su mirada.

—¿Volviste?

—Claro que sí. Tu padre fue muy importante para mí, vos sos muy importante para mí. —Su pulgar borra una lágrima que acaricia mi mejilla—. Lo lamento. Lamento mucho lo que sucedió. Lamento no haber estado aquí.

Lo abrazo una vez más antes de dejarlo pasar.

Un *déjà vu* tan dulce como doloroso me atraviesa cuando lo veo caminar por el salón.

El hombre del que le hablé a Vincent cuando me preguntó sobre mi pasado amoroso; ese al que podría haberle dado mi corazón después de que Thiago lo rompiera, ese que sería mi amigo, aunque la vida jamás volviera a cruzarnos, volvió a mí. Vico, el chico que me enseñó a mirar el atardecer con otros ojos, el que renació entre mis brazos, volvió a mí para llenar de colores mi oscuridad.

—Tantos recuerdos… —habla bajo, mirando alrededor, la nostalgia grabada en su sonrisa—.

Siento que hay una parte de mí en cada rincón.

Cierro la puerta, me apoyo en ella.

—Hay. Dejaste una parte tuya en cada rincón.

Se acerca, aún pienso que es un sueño.

—Me alegra, porque hay una parte tuya acá. —Lleva mi mano hasta su corazón—. Y es para siempre.

Soy consciente del rol fundamental que jugué en su vida, pero no sé si él es consciente del suyo. Ese par de ojos y su alma noble y torturada me hicieron creer en el amor otra vez. Y aunque no pudo ser, aunque ese tipo de amor no podía florecer entre nosotros, siempre nos quedará esto, este lazo invisible que nos une, que nos ata por el resto de la eternidad.

Parpadeo de más, intento alejar las lágrimas. Este día no podría ser más intenso.

—¿Café?

Sonríe.

—Café.

Voy a la cocina, aún caminando sobre nubes, incapaz de gestionar todas las emociones.

—¿Lo viste a Camilo? Salió hace unos minutos.

—Es difícil no verlo con ese traje.

—Es un hombre de ciudad… Además, tuvo que jugar al abogado hoy, no te burles.

—Tenés razón, para eso está toda la gente del pueblo.

Se me escapa una risa suave.

—¿Cómo estás? —decimos al unísono. Sonreímos—. Vos primero —nos pisamos otra vez.

Niega, aún con esa sonrisa que tanto me costó conocer.

—Estoy bien. —Se sienta junto a la mesa—. Más que bien, estoy viviendo una vida con la que solo me atreví a soñar.

Sus palabras calientan mi pecho.

—No sabés cuánto deseé escuchar eso.

—No sabés cuánto deseé darte las gracias otra vez. Es por vos, Violeta. Tengo la vida que soñé gracias a vos.

Niego.

—No es verdad, no exageres. Tenés que darte crédito.

—Me salvaste. Si alguien se lleva el crédito, sos vos.

Abrumada por su convicción y los recuerdos, giro. Le doy la espalda mientras sirvo dos tazas del café que hizo Milo, dejando la mía olvidada en el salón.

—Hablemos de vos —dice cuando me siento a su lado—. Milo me puso al tanto de lo que ocurrió. Decime qué sentís, qué necesitás, qué querés, a qué le temés… Liberate, Violeta, dame tu carga.

Inhalo profundo, el aroma del café endulzando mis pensamientos.

¿Qué siento? ¿Qué necesito? ¿Qué quiero? ¿A qué le temo? ¿Hay preguntas más necesarias y aterradoras que esas?

—¿Qué siento? —susurro—. Me gustaría saberlo… Estoy en ese momento de la vida en el que sentís tanto que apenas sos consciente de lo que está pasando. Estoy aterrada, enojada, confundida, dolida. —Suspiro, apoyo la mejilla en la palma de mi mano—. De un día para otro mi hermana está muerta y no tengo tiempo para llorar su pérdida porque, de repente, soy madre.

¿Soy madre, Vico? ¿Eso es lo que debo ser para Nerón? ¿Es real? ¿Esto me está pasando? ¿Tengo un bebé a cargo? Yo, una mujer que solo sabe cuidar de sí misma.

—Eso no es verdad. Cuidaste de mí. Cuidás de cientos de personas todos los días de tu vida. Es tu vocación, es parte de lo que sos. ¿Qué te hace pensar que no podrás cuidar de tu sobrino?

—Eso es diferente…

—Sí, es diferente. Esto es personal, por eso lo harás incluso mejor.

Cierro los ojos, intento creer en su visión.

—Soy todo lo que tiene en este mundo. ¿Entendés el peso que eso pone sobre mis hombros? Tengo que hacerlo bien. Tengo que… honrar lo que mis padres hicieron por mí.

—Lo harás. —Su mano busca la mía, la caricia me transmite la seguridad de sus palabras—. No tengo ninguna duda.

—Jamás en mi vida cambié un pañal… Y no, ser medica no me da ventaja en eso.

Un llanto agudo me eriza la piel.

«Nerón».

Me levanto, voy a la habitación. Enciendo una luz tenue, el pequeño llora tanto que se está poniendo rojo. Lo alzo, paseo por el cuarto intentando calmarlo. Huele mal, muy mal. Lo acuesto en la cama, le quito el *body* y descubro la razón. Caca. Mucha caca.

Busco el bolso que la asistente social me dio. Saco pañales, toallitas, talco y otras cosas cuyos rótulos comienzo a leer.

La risa de Vico llega a mis oídos, está apoyado en el marco de la puerta.

—Tu cara, por Dios… Jamás hubiera imaginado que te daría asco. A vos, después de todo lo que hiciste, lo que hacés a diario.

—No es asco, es… impresión. Es tan pequeño. ¿Y si lo hago mal? ¿Si lo lastimo?

Se acerca, me quita el pañal de las manos.

—¿Puedo?

Asiento, le dejo espacio.

Se inclina sobre Nerón, que llora a todo pulmón, y comienza a hablar suave.

—Pero miren a este galán… Hola, Nerón. ¿Cómo estás? Soy Vico, es un placer conocerte. ¿Te parece si cambiamos ese pañal?

Nerón deja de llorar como si la voz de Vico fuera magia. Lo mira con sus grandes ojos, le sonríe.

—Vamos a decirle a la enfermera Galeno que preste atención mientras cambiamos este pañal, ¿te parece? Así se fija bien lo fácil que es.

Lo observo higienizarlo y colocar un pañal nuevo con destreza, arrancándole risas a Nerón. Es la primera vez que lo oigo reír, me pierdo para siempre en esa carcajada.

—Listo. —Lo alza, ambos me miran—. Limpio y contento.

—¿Podés quedarte las veinticuatro horas *para siempre*? Te pagaré incluso cuando duermas.

Ríe.

—Suena tentador, pero en casa me matarían.

Se sienta en mi silla mecedora, Nerón dibuja con sus dedos los tatuajes nuevos en su cuello. Los colores brillantes de la piel de Vico captan su atención, lo hipnotizan. Y mientras los miro, una sola cosa viene a mi mente: Vincent. ¿Así luciría con Nina? ¿Esta sería la imagen? Tan tierna, tan demoledora, tan… absoluta.

¿Qué pensaría si me viera ahora, si supiera que mi vida cambió para siempre? ¿Qué… piensa? ¿Aún piensa en mí?

—¿Quién es Vincent?

La mención de su nombre me saca del trance.

—¿Eh?

—Acabás de decir su nombre. ¿Quién es?

—No dije ningún nombre.

Sonríe.

—Sí, acabás de susurrarlo.

«Estás mal, Violeta. Muy mal».

—¿Es alguien especial?

Vico agarra una mamadera aún cargada de la mesita de noche y comienza a alimentar a Nerón, que balbucea como si él lo entendiera a la perfección.

Me siento en la punta de la cama, los miro, pienso en lo afortunada que es su familia. Sus flores.

—Es alguien especial —confieso.

—¿Lo conozco?

Niego.

—Vive en Londres.

—¿Están… juntos?

Suspiro.

—No. No lo sé… Tuvimos algo, no sé qué etiqueta llevaría. Fue… intenso, crudo, maravilloso. Cada momento que pasé a su lado se sintió como si finalmente hubiera encontrado mi lugar. —Mi voz arranca una a una las emociones de mi pecho, duele, quema de solo pensarlo. Extrañarlo—. Ahora… está tomándose un tiempo para sanar.

—¿Equipaje?

—Mucho equipaje. Más del que cualquiera podría cargar.

Mira a Nerón, que comienza a dormirse entre sus brazos.

—Solo te haré una pregunta —habla más bajo, con aquella paciencia dulce e infinita que lo caracteriza—. ¿Creés que te merece?

Mentiría si dijera que no me lo pregunté cientos de veces.

—Si acepta lo que siente por mí, si me convierte en su presente y su futuro, sí. No hay nadie en el mundo que me merezca más, nadie que me necesite más.

Otra sonrisa que revive los recuerdos.

—Es lo que quería escuchar.

Nos miramos un instante, tanta historia flotando entre los dos.

—Basta de hablar de mí, necesito escucharte —susurro, Nerón se quedó dormido—. Quiero saber todo lo que hiciste en estos años, quiero saber cómo recuperaste tu vida, cómo conseguiste ser feliz.

Me observa con detenimiento, sé que está atesorando cada segundo de este encuentro fortuito.

—Te lo cuento si te acostás. Te estás durmiendo sentada, Violeta. Tus ojos luchan por cerrarse.

—No, estoy bien. Puedo seguir unas horas más.

Niega.

—Acostate. Yo cuidaré de Nerón y preparé algo para cenar cuando Milo vuelva. Pasaré la noche aquí, si no te molesta.

—Sos bienvenido siempre, Vico, siempre.

La idea de relajarme tan solo un momento suena muy tentadora. Lo pienso un poco más, termino acostándome de lado para poder verlo.

—Contámelo todo.

Me sonríe antes de empezar, acariciando la espalda de Nerón, meciéndose con suavidad en aquella silla donde me senté y lo observé dormir tantas veces. La cadencia de su voz lo inunda todo, me lleva de paseo por cada año que estuvimos separados, sufro con sus batallas perdidas y me alegro por las ganadas. Y así, perdiéndome en su voz, aferrándome a la paz de este momento único e irrepetible, de esta tregua entre el pasado y el futuro, mis párpados se van cerrando.

55

VIOLETA

Cumpleaños número catorce

Bajamos de las bicicletas, la noche cae helada.

—Vuelvo enseguida.

—No. —Alan me detiene—. No hay forma de que entres ahí sola.

—No es la primera vez que vengo, Alan, ya me conocen.

—No me importa. —Me da la mano—. Vamos.

Cruzamos la desolada calle, entramos al complejo de departamentos.

El olor a orina me noquea, me obliga a cubrir mi nariz y mi boca mientras subimos tres pisos por escalera. El lugar se cae a pedazos. Los gritos, golpes y portazos dejan claro que acá se vive de madrugada.

Me detengo en el departamento número seis, golpeo y espero con Alan a mi espalda. La puerta se abre, Nerón, el *algo* de Celeste, me mira con sus ojos rojos.

—¿Está mi hermana?

Su mirada irritada se posa en Alan.

—No.

—Dejame pasar, solo quiero hablar con ella.

Vuelve a mirarme, su rostro es tan expresivo como una piedra.

—No quiere verte.

Empieza a cerrarme la puerta en la cara, pero la detengo con el pie, lo empujo y entro.

—¡¿Qué carajo estás haciendo?!

Ignoro su voz y la mirada ácida de los tres tipos que están tirados en el viejo sillón.

—¡¿Celeste?! ¡Celeste!

Empujo la puerta de la única habitación, mi hermana está semidesnuda, acostada, drogada. Me recuerda a mamá. La odio.

Le acaricio el cabello grasoso, la piel húmeda. Su mirada desorbitada me encuentra.

—Vuelve a casa, por favor. Papá está desesperado, mamá…

—¿Papá? —Su voz herida se ríe de mí—. ¿Cuál papá? ¿El que te hizo y dejó tirada a mamá como la puta que fue? ¿O el que me hizo y se borró del mapa?

Trago las lágrimas, intento ser fuerte. No derrumbarme. Nunca derrumbarme.

—Los Galeno están preocupados, yo estoy preocupada. Por favor, vení conmigo, volvamos a casa.

Otra risa carente de humor y sensatez.

—Te creés uno de ellos, ¿verdad? Una Galeno… No importa la ropa bonita, la casa, la comida, la escuela, el amor… Nada importa, Violeta, tu sangre está sucia. Podés tener el apellido que quieras, pero seguirás siendo el polvo asqueroso de una puta.

Muerdo el interior de mi mejilla, entierro las uñas en mis palmas. Dejo que la voz de papá enmudezca la suya.

«Mi vida estaba incompleta sin vos. Sos una niña maravillosa, Violeta. Un tesoro. Mi tesoro». «Soy un tesoro. Soy un tesoro».

—No sabés lo que decís, estás drogada. ¡Estás drogada como siempre! —Abro el desvencijado armario, busco algo de su ropa—. Venís conmigo. ¡Venís conmigo a casa!

Agarro su brazo, intento levantarla, pero pesa. Y no soy fuerte, mis catorce años no pueden contra sus veinte.

—¡Levantate! —El llanto agudiza mi voz—. Por favor, levantate. ¡Levantate! ¡Levantate! ¡Levantate!

Tironeo hasta que consigo ponerla de pie, pero me empuja. Mi cabeza impacta contra una pequeña mesa, el dolor me abruma. Busco la herida, la sangre ensucia mis dedos.

Alan entra a la habitación, el horror atraviesa su mirada. Intenta levantarme, pero Celeste se adelanta.

—¡Salí de este agujero! ¡No quiero que vuelvas nunca más! —Sus manos agarran mi campera, me levantan con una fuerza sobrenatural—. No me interesa tu nueva familia perfecta, ¿me escuchás? ¡No quiero ver tu puta cara nunca más! ¡Fuera! ¡Olvidate de mí! ¡Estoy muerta!

La voz de Alan flota a mi alrededor mientras todo da vueltas.

—Cuidado con los escalones. Leta, ¿me escuchás? Leta, ¿estás bien? ¿Te duele mucho? Voy a llamar a tu papá.

Mi corazón latiendo malherido, esas palabras apoderándose de mí.

«Podés tener el apellido que quieras, pero seguirás siendo el polvo asqueroso de una puta».

56

VINCENT

La ansiedad me consume cuando bajo del avión.

Camino como un niño perdido, arrastrando la valija, aturdido por el caos del aeropuerto, desesperado por no entender ni una sola palabra de lo que todo el mundo está diciendo.

Hace calor. El clima es húmedo; el sol, despiadado. Mi suéter y mi abrigo quedaron hechos una maraña de tela en el fondo de la mochila que cargo sobre un hombro.

Pasé todos los controles de seguridad y llevo minutos buscando su rostro entre cientos de personas.

Veo el cartel, un Vincent Hamilton escrito en mayúsculas negras. Lo da vuelta, un kamikaze escrito en rojo.

Sonrío y avanzo.

—¿Te parece buena idea tener un cartel que dice kamikaze en un aeropuerto?

—No me pude resistir. Es la primera vez que espero a alguien con un cartelito, tenía que darlo todo.

Equis me abraza. El *hacker* me apretuja tanto que podría perder los órganos por la boca.

—Me alegra ver que sigues vivo. ¿Cómo está la herida?

—Ya es historia. ¿Cómo estás tú? ¿Tu esposa?

Sonríe, pasa el brazo sobre mis hombros y nos abrimos paso en el mar de gente. Lo sigo con confianza, sin saber adónde mierda vamos.

Tiene el pelo oscuro aún más enrulado que la última que nos vimos. Por alguna razón, lo miro con nuevos ojos, como si fuera la primera vez.

—Mejor sería un abuso. ¿Mi esposa? Una obra de arte. Vas a conocerla en un minuto. Está en el auto, tengo que llevarla a casa primero. Luego nos iremos.

—¿Lo tienes todo?

—Lo tengo todo. Ya no hago estas cosas, así que espero que sea por una buena causa.

—Lo es, lo juro.

El sol me derrite cuando salimos de Ezeiza. Intento seguir el ritmo de Equis, pero mis piernas están entumecidas por las horas de viaje.

—Su casa está en Capilla del Señor. Es lejos, tenemos bastantes kilómetros por delante.

—¿Estás seguro de que no puede estar en otro lugar?

—Es la única propiedad que Violeta tiene a su nombre, se la dejaron sus padres adoptivos. No alquiló nada temporalmente, al menos no por la vía legal, registrada, así que tiene que estar

ahí.

Fuego me consume, combustión espontánea.

—¿Padres adoptivos?

Equis se detiene, me mira.

—¿Indagué demasiado?

Violeta es adoptada. ¿A eso se refería Alan cuando dijo que ella no se abrió conmigo? ¿Cuánto desconozco? ¿Cuánto de Violeta me perdí mientras me buscaba?

—Ese silencio lo dice todo. Mejor no digo nada más. Confía en mí, estará allí.

Avanzamos hacia su auto, aún intento asimilar la bomba que el *hacker* puso en mis manos.

Guarda mi valija en el baúl, me abre la puerta del asiento trasero. Un aroma dulzón, avainillado, me recibe en el interior.

—Hola. —Una bonita mujer de cabello castaño y sonrisa amigable me saluda desde el asiento del copiloto—. Soy Luci. Es un placer conocerte. Equis me habló de ti.

Su inglés es bueno, incluso mejor que el de su esposo.

—El placer es mío. —Acepto su pequeña mano—. Soy Vincent.

El *hacker* sube.

—¿Ya se presentaron?

Asentimos.

—Excelente. —Enciende el motor, me mira a través del espejo retrovisor—. El invitado elige la música, ¿qué quieres escuchar?

—Confío en tu oído musical —digo, relajándome contra el respaldo. Necesito una espalda nueva.

—Está bien, pero no quiero quejas…

Britney Spears comienza a sonar a todo volumen.

Cierro los ojos. ¿Por qué mierda no elegí?

—Simón, acaba de llegar de un viaje eterno, necesita relajarse.

Su esposa cambia la música, algo más relajado. Le agradezco en silencio.

Los escucho hablar en español sin entender una sola palabra, ríen, no pueden evitar tocarse con inocencia. Los miro, envidio sanamente lo que tienen.

Abro los ojos cuando siento que el auto se detuvo, no sé en qué momento me dormí.

El *hacker* y su esposa no están. Miro por la ventanilla, los veo caminar de la mano hacía una pintoresca casa de dos plantas. Ella abre la puerta, le sonríe, él la besa y se arrodilla para besar la enorme panza que acaricia a través de ese vestido blanco y floreado.

Y me duele. La imagen me golpea justo en ese pasado que intento dejar atrás. Superar. Me duele porque ese fui yo, teniendo el mundo en mis manos.

Me hago el dormido cuando lo veo volver al auto, no tengo ganas de hablar. Solo quiero llegar. Solo quiero verla, escucharla. Solo quiero saber si aún tengo una oportunidad.



—Hey, bella durmiente. —Su voz llega antes que su dedo en mi oreja—. Llegamos.

Lo alejo a manotazos, me enderezo aturdido.

—¿Llegamos?

—Te dormiste todo el viaje, eres un pésimo copiloto. ¿Sabes cuánto me aburrí? Tuve que susurrar un disco entero de Britney, fue un sacrilegio.

Miro alrededor, estamos frente a una casa con enorme jardín y establo propio.

El pánico me abraza, las preguntas rodean mi garganta.

«¿Y si no está? ¿Y si no quiere recibirme? ¿Y si se olvidó de mí? ¿Y si conoció a alguien más?».

—Deja de hacerte la película y ve, Romeo. —Abre más la puerta, pero no me atrevo a salir —. Ve. Y quiero todos los detalles de la reconciliación.

El mundo da vueltas cuando pongo un pie en la tierra.

«Es ahora. Es tu momento. Demuéstrale que la quieres».

Equis baja mi valija, me da otro abrazo. Esta vez se lo devuelvo con más efusión.

—Gracias por todo. Te debo una.

—Y voy a cobrármela. ¿Qué puedo pedirle al kamikaze?

—Lo que sea.

Me guiña un ojo café.

—Eso es tentador, Hamilton…

Golpeo su hombro, agarro mis cosas.

—Ve, me iré cuando te vea entrar.

Mis pies echaron raíces, no puedo dar un solo paso.

—Por Dios, vete ya. ¿No ves que me siento una madre viendo partir a su polluelo?

—Extrañaba tu estupidez…

—Lo sé, me lo dicen siempre.

Otro abrazo, y emprendo el camino más difícil. El que me lleva hacia ella, mi segunda oportunidad.

Paso la cerca sin mirar atrás, las piernas temblando, el corazón a punto de estallar.

«Que esté. Que me quiera. Por favor. Por favor».

Toco el timbre. Detengo el tiempo, mi respiración, la vida. No hay nada más que silencio.

La puerta se abre.

El cabello semirrecogido, un bikini blanco y una pollera corta a juego. Y ese par de ojos… Ese par de ojos que reanuda el latir de mi corazón.

Vuelvo a respirar, a escuchar el cantar de los pájaros, a sentir la brisa veraniega. A *sentir*.

Doy un paso al frente sin saber si soy bienvenido. Suelto la valija y la mochila, me permito acercarme, incluso cumplir el capricho de mis manos y acariciar su rostro.

—La respuesta es no. —Acuno sus mejillas, vibro al ritmo de su piel, de esa electricidad que sentí desde el primer día—. No me olvidaría de ti, ángel. No podría sacarte de mi cabeza, ni aunque perdiera la memoria. Eres parte de mí ahora, Violeta. —Lucho con las ganas de besarla, de abrazarla, de sentirla otra vez—. Sam se fue de mi vida de una forma atroz, siempre será mi pérdida más grande. La amo y sé que jamás dejaré de hacerlo, así como nunca dejaré de amar a Nina, pero tú… Tú estás ahora, tú eres el hoy. Mi hoy. Mi hoy que vale más que dos mañanas. Y aquí estoy, después de tres meses luchando por mí, por ti. Aquí estoy, dispuesto a darte todo lo que me queda, si aún me quieres.

La última palabra sale de mi boca e impacta como una bala en su corazón. Lo sé, lo veo en

sus ojos, esos que están llenos de lágrimas.

No dice nada, y el pánico se alimenta de mi esperanza.

—Por favor, di algo, lo que sea.

Abre esa preciosa boca, pero el llanto agudo de un bebé silencia su voz.

57

VINCENT

El sonido me paraliza, la mirada de Violeta me confunde.

Mis manos sueltan su rostro casi en cámara lenta.

Cierra la puerta, cruza el salón, me deja solo y aturdido.

«No tiene familia. No tiene amigas, solo a Alan. ¿Está trabajando de niñera?».

Vuelve con un niño en brazos, el pequeño se aferra a ella con desesperación.

El aire está contaminado por la tensión.

—Voy a ser breve, Vincent. —Su voz suena emocionada, pero segura, y me recuerda cuánto la necesité—. No puedo expresar lo que siento al verte ahí parado, no existen palabras… Viniste hasta aquí por mí, volviste a mí, y eso me aterra y me emociona en partes iguales. Pero las cosas cambiaron. —Besa la cabeza del bebé, que ya no llora—. Él es Nerón, tiene once meses, es mi sobrino, soy su tutora legal. Es mi bebé ahora. Es mi prioridad. Así que, si me quieres, tendrás que aceptarlo también.

Un zumbido amenaza con hacer estallar mi cabeza.

«Tutora legal. Es mi bebé ahora».

La imagen me desestabiliza, se burla de mí, de mi dolor, de mi pasado.

¿Es una broma del destino? ¿Es una extensión de mi tortura?

—Sé que es mucho para digerir. Sé lo que estás pensando, que es irónico, irrisorio, imposible… También lo pensé, Vincent. Pensé en cómo te sentirías si alguna vez llegaba este momento. —Acaricia la cabecita del pequeño, que comienza a dormirse sobre su pecho—. Sé que es un golpe para ti. Pero, como te dije hace un instante, él es mi prioridad ahora. Así que voy a darte espacio para pensar mientras lo acuesto. Si me aceptas con él, si *nos* aceptas, te contaré el resto de la historia. Si no, si es demasiado para ti… —Su voz se quiebra—: Eres libre de irte sabiendo que no te guardaré rencor.

Así, sin más, vuelve a dejarme solo.

Miro alrededor sintiéndome perdido, enojado, aterrado.

Me asfixio.

Abro una ventana, me siento en el banco de madera que hay debajo.

Respiro. Respiro profundo mientras me concentro en el paisaje. Árboles, pasto, una hamaca rústica, flores, sol, verano. Paz.

Un bebé. Violeta tiene un bebé. Si me entrego, si finalmente estamos juntos, seré…

—No puede ser —pienso en un susurro—. Esto no puede estar pasando. Es demasiado… Demasiada coincidencia. —Miro el cielo celeste—. ¿Qué me estás haciendo? ¿Qué esperas de

mí?

El silencio me enloquece, las emociones me destripan.

Salgo, camino por el jardín, me siento a la sombra de un árbol.

Configuro mi teléfono con un nuevo chip y llamo a Nathan. Atiende al tercer tono.

—Dime que ya puedo decirle cuñada a Violeta. Vamos, hazme feliz.

—Tiene un bebé.

—¿Eh?

—Violeta tiene un bebé. No preguntes, aún no conozco toda la historia. Pero tiene a su sobrino a cargo. Es para siempre.

—*Wow*, necesito un minuto para digerir esto. Cómo…

—¿Un minuto? ¿Tú necesitas un minuto? Estoy en la otra punta del mundo, vine a confesarle mis sentimientos, a pedir una segunda oportunidad, ¡y descubro que tiene un bebé! ¡Un puto bebé, Nate! ¿Qué es esto? ¿El universo burlándose de mí? ¿Esto está pasando? ¡Es perverso! Es…

—Hermano, cálmate. Escúchame…

—Primero me enamoro de ella, cuando creí que jamás podría querer a nadie que no fuera Sam. —Las palabras salen a borbotones, no puedo parar—. Y ahora tiene un bebé a cargo. Un bebé que solo me hace pensar en Nina. Dime que no estoy loco, Nate. Dime que tú también lo ves, esto es una retorcida obra del destino.

—O quizá es tu puta segunda oportunidad. —Me petrifico—. Piénsalo. No son reemplazos, Vincent. Nadie, jamás, podrá reemplazar a tu familia. Es la vida dándote una segunda oportunidad. Tienes a una mujer que te vuelve loco y a un bebé que, probablemente, necesita todo ese amor que no pudiste dar, todo ese amor que aún tienes guardado. ¿Es retorcido? Tal vez. ¿Es una coincidencia increíble? Sí. Pero… ¿y si es justo lo que necesitabas? ¿Si es… el destino obrando a tu favor?

La mirada húmeda fija en la nada, la cabeza aturdida, las sensaciones desbordando.

—Estoy… abrumado, confundido, no sé qué hacer ni qué decir.

—Es más simple de lo que crees.

—¿Simple? ¿Qué hay de simple en esto?

—¿Por qué dejaste tu vida, te subiste a un avión y ahora estás en otro continente?

—Por…Violeta.

—Exacto. Porque la quieres. Fuiste a buscarla porque estás loco por esa mujer y finalmente encontraste el valor para aceptarlo, para aceptar que la mereces. ¿Que tenga un bebé a su cargo cambia lo que sientes por ella?

—No, claro que no.

—Ahí está. ¿Ves lo simple que es? Todo es perspectiva, elige qué cara de la vida quieres ver… Termina lo que empezaste, Vincent. Vence tus miedos y recuerda por qué estás ahí.

Una eternidad después me levanto del pasto y camino hacia la casa. Aún estoy aterrado, pero hay una cosa que el miedo no puede quitarme.

Violeta está en uno de los sillones cuando entro, una taza humeante en sus manos, otra en la mesa de centro.

—Es té, aún está caliente.

Acepto la ofrenda de paz, me siento a su lado.

La tensión nos consume tanto como las ganas de abrazarnos.

Sus ojos verdes están algo irritados, no soy el único que estuvo exorcizando sus demonios.

—¿Qué haces aquí, Vincent?

—Vine a darte tu respuesta. Vine a confesarte que la supe en el mismo instante en que me hiciste esa pregunta y te fuiste dejándome vacío.

Hay lágrimas empañando su mirada, privándome de su voz.

—Tenemos mucho de qué hablar, Violeta.

Deja la taza, me mira. Hay un remolino de incertidumbre en esos ojos.

—¿Sí? ¿Tendremos tiempo, Vincent?

Leo entre líneas, la pregunta tan clara.

Incapaz de resistir la tentación, me acerco un poco más. Respiro su perfume, alejo el cabello de su rostro y levanto su mentón.

Nuestras miradas se encuentran, hablan, gritan.

—Espero que tengamos toda la vida, ángel.

Su labio inferior tiembla en un esfuerzo por contener la emoción, quiero besarlo, adorarlo, necesito su sabor más que el aire que respiro.

—Eso significa que…

—Eso significa que pasé meses creciendo, afrontando mis miedos, intentando sanar, aceptando que quizá la herida nunca cerrará del todo, y tendré que vivir con ello. —Mi pulgar dibuja su boca, la miro enloquecido—. Eso significa que no eres una opción, eres una oportunidad. Mi oportunidad. Eso significa que ganó el corazón, Violeta. Ganó el corazón e hice las paces con él. Estoy perdidamente enamorado de ti, ángel.

Su frente en la mía, respirándonos con anhelo, envueltos en un aura de miedos y amor.

—Nerón… —susurra.

Sujeto su rostro, me sincero con ella, conmigo.

—Te quiero con o sin Nerón. Te quiero con pasado y con presente. Te quiero con todo tu equipaje, incluso ese que desconozco, así como tú me quieres con el mío. —Borro cada lágrima que roza su piel—. Quiero merecerte, Violeta. Por favor, déjame merecerte. Dame una oportunidad para demostrarte que no soy esto, no soy solo depresión, tristeza, rabia y locuras. No soy solo lo que conociste conviviendo con el loco del reglamento, soy más. Fui más y quiero volver a serlo por ti, por mí. —Beso la punta de su nariz deseando su boca—. No puedo prometer que no habrá más días grises, pero sí que buscaré el sol entre las nubes. Quiero ser el de antes para ti, ángel, porque nadie más que tú merece ese Vincent.

Hace años que no me sentía tan ligero, tan sanamente vulnerable. Así permanezco hasta que su boca roza mis labios. El beso es bruto, necesitado, habla de ausencia, habla de cada minuto que pasamos separados, habla de miedos, de perdones y esperanza. Y entre medio de lenguas, manos ansiosas y jadeos anhelados, nos rendimos, abrazamos el hoy, nos entregamos al abrazo del destino.

—Tengo mucho que contarte —susurra, casi sin aire, al romper el beso—. Hay mucho de mí que no conoces.

Beso una última lágrima.

—Muéstramelo, ángel. Muéstramelo todo.

58

VIOLETA

Somos una ofrenda de paz en medio de la guerra entre pasado y futuro, somos este presente mágico, imperfecto, resiliente.

El sol comienza a ocultarse, las primeras sombras de la noche me encuentran entre sus brazos. Acostados en el sillón, escuchando el latir de ese corazón que tantas veces deseó apagarse…

—Soy adoptada. —Mi voz lacera la quietud—. No es algo fácil de decir en voz alta, ni siquiera hoy, a mis treinta y dos años. Me sobran dedos de una mano para contar cuántas personas lo saben. —Me concentro en las caricias que deja en mi cabello—. Fui adoptada por los Galeno a los nueve años. Tuve la clase de suerte que solo existe en los cuentos. Eran una pareja maravillosa, estable, dulce. No podían tener hijos, decidieron adoptar después de intentarlo todo. —Rememoro la historia que mis padres me contaron—. Nos eligieron, a mi hermana y a mí. Lo sé… —Me anticipo a su voz—: Te dije que no tenía hermanos. Durante años quise convencerme de que era así…

—¿No… te llevas bien con ella? —No hay rencor en su voz.

—Hubo un tiempo en que creí que era eso, que no nos llevábamos bien, que era la diferencia de edad. Más tarde entendí que estábamos rotas. —Mi índice dibuja garabatos sobre su pecho anclándome al presente—. Estábamos rotas, Vincent. Nos rompió mi madre y a ella, su adicción. —Inhalo profundo, paseo por los recuerdos que cada noche entierro bajo la almohada—. Ella no fue siempre un fantasma, mi madre. No tengo muchos recuerdos propios, era muy pequeña, pero Celeste, mi hermana, fue testigo de épocas mejores. Somos de padres diferentes, ninguna de las dos conoció al suyo. No podíamos hacer preguntas, era un tema prohibido. Mi madre se las ingenió para sacar a flote a nuestra familia, y funcionó durante algunos años. Tenía un trabajo que nos permitía lo básico, íbamos a la escuela, Celeste me cuidaba cuando estábamos solas. Pero mamá perdió su empleo, le fue imposible conseguir otro. Las deudas, las amenazas, el hambre y la presión la llevaron a la depresión y esta, a la adicción. Ese fue el momento en que nuestra vida se derrumbó. Mamá empezó a prostituirse para solventar su consumo y a nosotras.

El pasado me eriza la piel, me tomo un instante para permitirle mirar la huella que dejó y decirle que ya no tiene lugar en este cuerpo.

Vincent extiende su caricia hacia mi brazo, las yemas de sus dedos me susurran el camino a casa, al hoy.

—El humilde hogar que teníamos comenzó a llenarse de hombres. Hombres a toda hora, dos niñas solas a merced de sus intenciones…

Sus brazos se tensan a mi alrededor, alza mi mentón, nuestras miradas conectan.

—Dime… —El horror debilita su voz—. Dime que no, ángel.

—No. No me hicieron daño, porque mi hermana estuvo ahí para impedirlo cada vez que mi madre estaba tan drogada que ni siquiera podía levantarse de la cama. —Borra mis lágrimas—. Con tan solo doce años tomó mi lugar. Años más tarde entendí que tomó mi lugar, dejó que esos hombres la tocaran para protegerme. Y esa es la carga más grande de mi vida, Vincent, saber que yo fui la causa de su dolor, de su tortura.

Vincent niega, la angustia humedece sus ojos.

—Eras una niña, ángel. ¿Cómo podías ser la culpable?

—Ellos me querían a mí y ella tomó mi lugar.

Besa mi frente, me abraza con más fuerza.

—Los padres deben garantizar la seguridad de sus hijos, Violeta. La culpa jamás será tuya.

Una parte de mí sabe que tiene razón, la otra aún se reprocha.

—Mi madre murió de una sobredosis. La descubrimos muerta en la cama una mañana. Celeste me dijo que no se lo contáramos a nadie, que si lo descubrían iban a separarnos. Pero… mi maestra me encontró llorando en el baño de la escuela, llamaron a casa, nadie atendió. Días después un asistente social tocó la puerta. Lo descubrieron, pero no lograron separarnos. Estábamos pegadas, Vincent. Nadie podía romper nuestro abrazo.

Acepto su consuelo, los besos que deja en esa herida que jamás sanará del todo.

—Después vino el hogar para niños, fue un lugar cálido y hostil en partes iguales. No todos los niños eran amigables, los adultos tampoco. Pero tuvimos suerte, los Galeno nos dieron una segunda oportunidad. Había niños pequeños, Vincent, tenían para elegir, pero nos eligieron. A nosotras, dos hermanas, juntas. No conocí corazón más grande que el de esta familia… —Cierro los ojos, revivo el día en que pisé esta casa por primera vez, apretando los dedos de Celeste, aferrándome a mi caja de crayones—. Pero no fue suficiente para mi hermana, el daño ya estaba hecho.

—¿No pudo adaptarse?

Niego.

—Es abrumador. Pasar de la carencia a la abundancia, del desamparo al cuidado. No consiguió adaptarse, no pudo permitirse darse una segunda oportunidad. Lo tuvo todo, Vincent, ayuda psicológica, amor, contención, nada sirvió. —Suspiro, observo el primer boceto de la luna a través de la ventana—. Fue una adolescente rebelde, se escapaba de casa, le causaba tanto daño a los Galeno. La buscábamos cada noche que se iba, intentábamos convencerla de que era genuino, este amor, esta familia, esta vida sana. Segura. No funcionó. Cuando cumplió la mayoría de edad no volvimos a saber de ella por varios años. Regresó tiempo después, sin trabajo y sin un techo, la amparamos, me ocupé de ella incluso cuando la carrera de medicina me absorbía la vida. Sabía que consumía drogas y que, probablemente, también se prostituía para solventarlas. Le ofrecimos ayuda, la aceptó, pero entonces me clavó un puñal en la espalda, se acostó con mi novio.

—Ella… ¿Ella es la mujer con la encontraste a ese imbécil?

Asiento.

—Me dolió tanto, Vincent, tanto. Sentí que estaba castigándome por nuestra infancia, por lo que tuvo que hacer por mí, porque yo me aferré a esta nueva familia, porque quise todo lo que la

vida tenía para ofrecerme. —Trago el recuerdo amargo—. No volví a verla desde entonces, pero esta vez fue decisión mía. No podía sanar mirando la herida.

—¿Sabes dónde está? —Hay timidez en su voz, casi como si temiera preguntar—. ¿Por ella tuviste que volver?

Reúno el coraje para decirlo en voz alta, para transformarlo en realidad.

—Murió. Tuvo una sobredosis, murió igual que mamá.

Me escondo en su abrazo, allí duele menos.

—Lo lamento, ángel. Lo lamento tanto.

—La descubrieron por Nerón. —Mi voz se ahoga en medio del llanto incontrolable—. Los vecinos llamaron a la policía porque el bebé no dejaba de llorar. Y él… Yo… ni siquiera sabía de su existencia, Vincent. No sé quién es su padre, nadie lo sabe. ¿Cómo llegó a este mundo? ¿Fue consentido? ¿Fue un abuso? ¿Ella estaba lúcida? ¿Qué voy a decirle cuando crezca?

—Tranquila —susurra. Me sostiene, me ayuda a respirar—. Haremos todo lo posible por descubrir algo. No te precipites. Tenemos tiempo, ángel, tenemos mucho tiempo para prepararnos para ese momento.

La convicción en su voz es un bálsamo, es esperanza, un atisbo de seguridad. Y me sirve, me sirve para relajarme por primera vez en semanas. Mi cuerpo se afloja, tiembla al ritmo del llanto.

—¿Me crees si te digo que pasé más de un mes aquí, con Nerón y los recuerdos, ahogándome en angustia, sin embargo, es la primera vez que consigo llorar?

Deja besos en mi frente que se sienten promesas.

—Te creo, ángel. A veces el dolor te deja tan vacío, que ni siquiera tienes el consuelo de las lágrimas.

Siento cómo todas las Violetas se rompen en sus brazos. La Violeta que encontró a su madre muerta con tan solo siete años, la que luchó para permanecer junto a su hermana, la que encontró el amor en una nueva familia, la que creció con ganas de comerse el mundo y honrar a sus padres, la que descubrió que la vida siempre puede doler un poco más, la que amó, la que odió, la que dio tanto que se quedó vacía.

Busco su mano, entrelazo nuestros dedos, y lo noto. Me paralizo. Acaricio su dedo anular, allí donde estaba esa bonita alianza dorada. Alzo la mirada, sus ojos lo confirman.

—Está guardada en la habitación de Nina. Durante estos meses descubrí que mirarla cada minuto del día solo me recordaba lo que perdí, no lo que viví. Para eso no se necesitan objetos, solo cerrar los ojos y sentir. —Mira su mano, que luce extraña sin el anillo. Sonríe con nostalgia —. Al principio creí que sería mi amuleto de la suerte, que me ayudaría a vivir hasta que el destino se hiciera cargo de mí. Pero llegaste tú. —Esa mirada ámbar se posa en mí—. Y lo entendí. Eres tú, tú eres mi suerte.

59

VINCENT

Exhausto no se acerca a definir cómo me siento; esperanzado, tampoco. Estoy en ese limbo en el que solo necesito una cama, pero quiero permanecer despierto. Quiero estar despierto para verla, olerla, sentirla, escucharla. No quiero perderme ni un solo segundo de este presente donde hago las paces con el pasado y me permito aferrarme a lo que siento sin cuestionarme, solo dejándome llevar, solo pensando en el hoy.

Salgo de la ducha con la cabeza más despejada, un pantalón cómodo y ganas de volver a ella, la enfermera que pone vendas en mi corazón.

Violeta está secando los platos que lavé luego de la cena, Nerón juega sobre la alfombra con una cantidad ridícula de crayones.

—*Wow*, esos son muchos crayones. Está abastecido para toda la infancia.

Violeta se encoge de hombros.

—No quiero que le falten.

—¿No se los come?

—No, solo los babea. Son especiales para su edad, no son tóxicos.

Miro al pequeño con una extraña fascinación. Soy mitad pánico y mitad anhelo cuando estamos cerca. Aún no me atrevo a tocarlo, solo… lo contemplo. Y él me estudia, no deja de mirarme, de seguir mis pasos con esos ojos iguales a los de su tía.

—No muerde, Vincent, aunque ya tiene algunos dientes.

Una risa nerviosa se me escapa.

Quiero acercarme, quiero sostenerlo, pero…

Inhalo profundo, camino descalzo hasta la alfombra, me siento a su lado. El ritmo de mi pulso vuela cuando estoy bajo su mirada atenta.

—*Hey*, hombrecito. Veo que te gustan los crayones… Soy Vincent, pero podrás decirme V. Eso es más fácil, ¿verdad? —Le hablo en inglés a un bebé que aún no entiende español. Esto será complicado.

Balbucea sin parar, me da un crayón. Lo acepto.

—Gracias.

Agarra un mechón de mi pelo húmedo, tira de él, lo inspecciona.

—Tiene fascinación por el cabello —asegura Violeta, sentándose con nosotros. Abre la manito de Nerón, reemplaza mi pelo por más crayones.

La observo hipnotizado. ¿Cómo pude sobrevivir tres meses sin verla?

—Y yo tengo fascinación por su tía.

Una sonrisa deliciosa.

—Ah, ¿sí? Cuéntame más, *Vicente*.

Me acerco a su boca, la miro con necesidad.

—Prefiero mostrar, *Violet*.

Devoro sus labios con paciencia y dulzura, hasta que las manos de Nerón sobre nuestros rostros nos separan.

Violeta ríe, le acaricia el escaso cabello castaño.

—Estamos en problemas, tenemos a un pequeño celoso. —Aprieto con suavidad su mejilla rosada—. Tienes que compartir, hombrecito, yo también necesito a esta mujer.

Sus manos aterrizan sobre mi pecho, sus piecitos trepan mis piernas, me paralizo cuando me mira frente a frente.

Sé que no es Nina, pero no puedo evitar viajar a ese futuro que no fue. Lo abrazo y abrazo a mi hija, imagino que así se sentiría entre mis brazos, que a ese ritmo perfecto latiría su corazón, que así de dulce sería su aroma, que así de suaves serían sus manitos sobre mi cuello.

No me doy cuenta de que el llanto que contengo me está haciendo temblar hasta que Violeta masajea mi hombro.

—Está bien, Vincent. No lo reprimas, déjalo salir.

—Solo quería esto. —Rescato mi voz de las garras de la angustia—. Solo quería esta oportunidad. ¿Era mucho pedir?

—No. —Violeta besa mi frente, acaricia mi cabello—, era lo mínimo que merecías.

Permanecemos allí los tres abrazados. Tres mundos. Tres vidas. Tres voces. Tres nuevas oportunidades.



La cama es cómoda, aunque se siente extraña.

Miro por la ventana, el cielo estrellado, la noche dormida. No se oye nada más que mis pensamientos.

Violeta entra a la habitación vistiendo solo su enorme camiseta de Cielo Rojo, se acuesta a mi lado, siento su piel tibia debajo de las sábanas.

Nos miramos.

—¿Fue muy difícil dormir a la bestia?

Sonríe.

«Por Dios, cuánto la extrañé…».

—Es más fácil escalar el Himalaya.

Acaricio su perfil, coloco el cabello detrás de su oreja, paso mi pulgar por esos labios voluptuosos.

—Te extrañé, Galeno. Me estaba volviendo loco sin ti.

—¿Más?

Río.

—Mucho más.

Es su mano la que dibuja mis facciones ahora. Pasea por mi boca, traza la línea de mi mandíbula, siente mi barba de algunos días.

—También te extrañé, Hamilton. Tanto que creí que te habías olvidado de mí.

Cierro los ojos, niego.

—Imposible, ángel. Imposible. Ocupaste mi mente las veinticuatro horas de cada día. —Suspiro, tomo su mano y beso sus nudillos—. Quise pensar que lo hacía por mí, ¿sabes? Salir adelante… Pero no fue así, no al principio. A veces la gente se pierde. Algunos se encuentran solos; otros, en una sonrisa que planearon odiar. Y así fue, me encontré en tu sonrisa, esa que pretendí odiar para no *sentir*, para no aceptar que despertabas mi piel, que me hacías sentir vivo, para no admitir que quería vivir solo para verte sonreír. —Llevo la palma de su mano a mi corazón, es instinto—. Durante un tiempo creí que eso me hacía débil, creí que si iba a salir adelante debía ser por mí, pero entendí que a veces estamos tan cegados por el dolor que es imposible ver el camino, a veces necesitamos a alguien que nos tome de la mano y nos lleve hacia la luz. Tú fuiste mi alguien, Violeta. Tú me hiciste entender que no lo hago por mí, no lo hago por ti, lo hago por lo que juntos creamos, por lo que juntos nos hacemos sentir. Y eso no me hace débil, porque para encontrar la respuesta en una mirada hay que atreverse a abrir los ojos, y eso es para valientes.

La luz de la luna ilumina su perfil, realza la emoción que empaña sus ojos.

—Estoy orgullosa de lo que lograste, Vincent, y aún no escuché todo lo que atravesaste durante estos meses. Pero siento el cambio, se refleja en tus palabras, en tu mirada, en cada paso decidido, en las ganas de intentarlo. Y sé que es un viaje que recién comienza, no soy ingenua, será difícil, pero auguro prosperidad.

Nos sonreímos en silencio durante segundos que se sienten eternos.

—¿Siempre se siente así?

—¿Qué? —susurra, acercándose más, haciendo que nuestros pechos sean uno.

—Estar contigo

—¿Cómo?

—Como si el mundo estuviera en paz.

La respuesta es un beso que dice mucho más. Un beso que me enciende sin fuego.

Violeta domina la situación, y me encanta. Adoro estar a merced de sus intenciones. Se sube a horcajadas sobre mí, jamás interrumpiendo el beso. Siento su peso en mi hombría, más lista que mi corazón. Su fragancia ralentiza el tiempo, acelera el ritmo de mi pulso.

Necesito hacerle el amor. Necesito que reconstruya mi cuerpo. Necesito sentir su esencia en su estado más puro y primitivo. Pero…

—¿Cómo llegaste aquí, Hamilton? Porque estoy segura de que Alan no te ayudó.

Dejo escapar sus labios después de morderlos una vez más.

—Lo conoces muy bien. —Mis manos reptan por sus piernas, adoran cada curva, se quedan un poco más en sus pechos—. Es una historia larga y estoy agotado, ángel. ¿Te parece bien un resumen y mañana te doy la versión completa?

Asiente, la sonrisa aún en esa boca tentadora.

—Puede que conozca al mejor *hacker* de la Argentina y puede que seamos algo así como amigos. Y también puede que me haya ayudado a descubrir dónde vivías. Y me disculpo, porque sé que suena un tanto psicópata, pero fue por una buena causa. Estaba desesperado, ángel. Necesitaba llegar a ti y tú no respondías mis llamadas. Además, Alan me dejó bastante preocupado cuando fui a verlo.

—¿Fuiste a verlo?

—Estaba en un bar con Nate y mi padre cuando anunciaron por televisión que había una toma de rehenes en el St Clement›s. Me volví loco, creí que estabas ahí y…

—¿Toma de rehenes? —El brillo en sus ojos se apaga—. Cómo… ¿Cuándo fue esto?

—Hace dos días.

Se levanta, busca algo en la mesa de noche.

—¿Qué pasa?

—Tengo que llamar a Morgan y a Angus, por Dios…

Sale de la habitación, la escucho hablar a los pocos minutos.

Angus. Por un instante me había olvidado de ese… detalle. Las preguntas me abruman, juegan con la seguridad que tanto me está costando construir.

Cierro los ojos, me concentro en el ritmo de mi respiración. Inhalo y exhalo conscientemente, me repito que mis pensamientos no son mi realidad. No me dominan, yo los domino.

Violeta entra, vuelve a acostarse.

—Están bien. Nadie salió herido, un enfermero logró sedar al paciente armado antes de que la situación se agravara. —Busca refugio en mis brazos—. Perdón, enloquecí por un minuto.

Mis dedos se pierden en su cabello largo y sedoso.

—¿Angus y tú…?

—Está terminado. —Sus ojos me buscan—. Está terminado desde que tú y yo somos… esto.

Dejo que la calma me abrace, que no deje lugar para la oscuridad.

—Esto… Suenas tan insegura cuando dices *esto*, ángel. Como si no supieras cómo definir lo que tenemos, como si fuera tan efímero que no te animas a ponerle nombre.

—No quiero presionarte, Vincent. Quiero ir a tu ritmo.

—Ambos perdimos mucho, Violeta. Deberíamos ir a *nuestro* ritmo.

Suspira, esconde el rostro en mi cuello.

—Tienes razón.

Beso su cabeza, memorizo su aroma, ese que marcará el recuerdo.

—¿Qué te parece si llamamos a *esto* estar juntos? ¿Se siente bien para ti?

Sale de su escondite, me mira fijo.

—¿Oficialmente?

Sonrío.

—Vine hasta la otra punta del mundo para intentarlo *oficialmente*. Quiero darte lo mejor de mí, Violeta, eso viene de la mano del compromiso. No quiero que sientas que somos algo volátil. Puede que no siempre tenga buenos días, puede que la tristeza me gane todavía y tenga un camino largo por delante, pero tú y yo somos algo real. *Oficialmente* real. Y decirlo en voz alta me ayuda a aceptar que lo acepté. Que te quiero. Que te necesito. Que me haces bien. Que está bien intentarlo.

Llena de caricias mi rostro, mi pelo, mi alma.

—Es muy difícil no besarte cuando dices esas cosas.

—¿Qué te detiene, Galeno?

Nada. Nada la detiene. Me besa con amor, miedo y esperanza. Y en segundos somos fuego, piel caliente y suplicante.

—No puedo volver a Londres —susurra sobre mis labios—. No todavía, hay muchos asuntos

legales sobre Nerón que me quedan por resolver.

—Quiero estar donde tú estés. —Dibujo con mi boca la línea de su mandíbula, el esbelto contorno de su cuello—. Si estás de acuerdo, me quedaré aquí contigo todo el tiempo que sea necesario.

Pausa nuestro arrebato de besos.

—Pueden pasar meses.

—Que pasen años, no me importa.

—¿Y tu trabajo? ¿No vas a perderlo?

—Me pusieron en tareas pasivas ahora, Bennett aún no me da el permiso para volver a los operativos. No hago demasiado. Además, puedo pedirme los meses de vacaciones que nunca quise tomarme. Y Estella me ama en secreto, no va a despedirme.

Sonríe.

—¿Y el doctor Bennett? Tus sesiones…

—Lo arreglé antes de subir al avión, las tendremos de forma virtual todas las semanas. Es lo único que no puedo dejar si quiero seguir nadando.

—¿Lo planeaste todo, Hamilton?

Muerdo su cuello, allí donde está mi lugar favorito.

—Todo en menos de veinticuatro horas, incluso la cantidad de besos que voy a darte.

—¿Cuántos son?

Giro, mi cuerpo sobre el suyo, esa boca a merced de las intenciones de la mía.

—Empieza a contar, Galeno.

60

VIOLETA

Los besos hablan, sanan, reconstruyen.

Anoche su boca encontró mis heridas, ayudó a cerrar viejas historias y a encontrarme con aquellas que aún no sé dejar ir.

Vincent Hamilton besó mis miedos, mis sueños, mis *algún día*…

Mis caricias lo ayudaron a dormir en paz, sin pesadillas ni gritos que desgarran la garganta.

Y ahora la cama está vacía, fría.

Levanto la cabeza, busco el celular. Son las diez de la mañana. Tenía una alarma programada para las siete. ¿No sonó? ¿No la escuché?

«Nerón».

Me levanto de un salto, corro sin ponerme un pantalón.

La escena detiene mis pasos, me abraza con su calidez.

Vincent baila al ritmo de una canción de Dua Lipa que suena bajito en la radio de mi padre, tiene a Nerón en su pecho, en el portabebés. Le habla en un idioma que no entiende, pero él lo mira con inocencia y le regala sonrisas.

Me apoyo en el marco de la entrada a la cocina, los contemplo en silencio. No puedo evitar sonreír, ni pensar en el maravilloso padre que sería para Nina. Vincent es de esos hombres que tienen la paternidad en la sangre, en el alma.

Hamilton apaga la cafetera y saca el pan de la tostadora. Observo su culito firme, ese pantalón de pijama gris se convirtió en mi prenda favorita.

—¿Vamos a llevarle el desayuno a *Violet*?

—*Violet* se despertó.

Gira, me mira, mira a Nerón.

—Tu tía es una arruina sorpresas.

Nerón se desespera cuando me ve, balbucea un Leta, que cada día le sale mejor, y estira los bracitos hacia mí. Me acerco, Vincent lo saca del cangurito y lo pone en mis brazos. Beso sus cachetes antes de besar al agente.

—Buenos días, agente.

Me regala una sonrisa que vuelve mi humor inmejorable.

—Buenos días, enfermera.

Pasa a mi lado para agarrar dos tazas y me pellizca la cola.

«Si esto es de lo que hablabas, si este es el Vincent que solías ser, lo quiero todo. Lo quiero cada día», pienso.

Veo que Nerón está cambiado, una combinación polémica, pero práctica.

—No sé cómo no escuché el despertador. —Sus deditos aprietan y estiran mis mejillas—. Lo sé, soy una mala tía, Nero.

—Yo lo apagué. —Sirve el desayuno, el aroma del café endulza la mañana—. Creí que te vendrían bien unas horas más de sueño. Imagino que debes estar agotada. —Me ayuda a poner a Nerón en su sillita—. Espero que no te moleste que lo haya cambiado, vomitó después del desayuno.

—¿Le hiciste el desayuno?

Asiente.

—No comió nada que no debía, no te preocupes. Yo… leí algunos libros sobre paternidad cuando… —Inhala profundo, me sonríe—. ¿Desayunamos?

Me pierdo en esa sonrisa que grita cuánto lo está intentando.

«Quiero darte lo mejor de mí».

Lo abrazo, entierro la nariz en su cuello, memorizo su aroma, le susurro lo bien que me hace tenerlo aquí. Y cuando sus brazos me rodean, me siento diminuta y a la vez poderosa, me siento el tesoro del que mi padre habló toda su vida.

Disfruto de un último beso en mi frente antes de buscar sus ojos.

—Quiero llevarte a conocer el pueblo. ¿Qué te parece un paseo conmigo y con Nerón?

—Me parece el mejor plan que tuve en mucho tiempo.

Otro abrazo. Esta vez, mientras lo apretujo con todas mis fuerzas, algo capta mi atención. Me acerco a la heladera, despego el arrugado y borroneado reglamento de convivencia.

—¿Lo trajiste?

—Y hay una nueva regla.

Doy vuelta el papel, leo con una sonrisa incapaz de esfumarse.

«Regla número veinte: Vincent no pasará un solo día sin decirle a Violeta cuánto la quiere».

Alzo la mirada, en sus ojos ruge la revolución de la redención, la resiliencia y el perdón.

—Te quiero, Violeta. Te quiero por ayudarme a encontrar la superficie y por estar ahí cuando siento que aún me ahogo.

La brisa veraniega juega con el vuelo de mi vestido. No es de los días más calurosos del verano argentino, pero Vincent está impresionado con el clima. Y los enchufes. No paró de quejarse de ellos hasta que le presté un adaptador.

—¿Cómo están Zoe, tus padres y Nathan?

—Bien, mamá por fin cedió y contrataron a alguien más para que los ayude en la cafetería. Están más relajados ahora y tienen tiempo para planear el viaje por su aniversario.

—¿Llevan muchos años casados?

—Treinta y siete. Una locura…

—Quiero la fórmula.

Acomodo el gorrito de Nerón para protegerlo del sol, avanzamos.

—Zoe sigue estudiando, disfrutando de la juventud. Creo que está enamorada, pero no quiere contarme nada.

Pienso en la conversación que tuve con su hermana en mi cocina, guardo su secreto.

—Supongo que te lo contará cuando se sienta segura, no la presiones.

—No lo hago. Bueno, tal vez un poco —aclara al ver mis cejas levantadas—. Es mi hermana, quiero cuidarla. En especial de los hombres. —Arranca una flor silvestre, la pone en mi oreja—. Y Nate está en su mundo. Trabaja más horas de las que tiene el día, ya casi no sale de fiesta. Está envejeciendo.

Río, niego.

«Si supieras, Vicente».

Paseamos por la feria del pueblo, paramos en los puestos de frutas y de objetos artesanales. Veo cómo la gente nos mira, sé que parecemos una familia. Sé que Vincent está incómodo.

Le sonrío a las señoras que halagan a Nerón, miro de reojo a Vince. Luce tenso, tan… fuera de lugar.

Busco un tema de conversación relajado.

—¿Con quién está Picasso?

Me mira, me sonríe como si no supiera qué pensamientos cruzaban su cabeza.

—Con Nate, va a cuidarlo hasta que volvamos.

Volvamos. No *vuelva*. Volvamos. En plural, juntos. ¿Y entonces qué? ¿Qué pasará cuando volvamos a Londres con Nerón?

«No te adelantes, Violeta. Vive el momento. Aférrate al hoy».

—Creo que lo extraño más que a Alan, ese animal se ganó mi corazón.

—¿Cuando dices animal hablamos de Picasso?

Río.

—Que Barone no te escuche…

Me detengo a comprar manzanas para hacer una tarta más tarde. Vincent se acerca a un puesto de helados y se las ingenia con el idioma para comprar dos conos de chocolate.

—Recuerdo que la noche que miramos una película en mi sillón comías helado de chocolate. ¿Es tu gusto preferido?

Asiento mientras acepto el cono, llevo el carrito de Nerón con una sola mano.

—¿Y tú? ¿Tienes gusto favorito, Hamilton?

Con un bocado generoso pruebo el helado, Vincent me limpia la boca con un beso. En plena tarde, en plena calle, lame el chocolate de mis labios.

—Tú.

Me pongo colorada como pocas veces en la vida, como si aún fuera una niña y no una mujer que disfruta de su sexualidad.

Me acerco a su oído, redoblo la apuesta.

—Aún no me probaste, Hamilton.

Lo miro con inocencia, esa que no tiene lugar en los pensamientos que nos envuelven aquí, bajo el sol del verano.

—No juegues sucio, Galeno.

—No sé jugar de otra manera…

Agarra mi rostro, su pulgar e índice aprietan mis mejillas, me acercan a su boca.

—Esta noche —susurra. El pánico y el coraje en su voz me erizan la piel—. Mía.

61

VIOLETA

Vincent está en la piscina, nada en silencio. Yo contemplo las estrellas, sentada en la reposera, con Nerón dormido sobre mi pecho. Pienso en lo dulce que es esta rutina, en cómo podría acostumbrarme a ella. Me recuerdo que no es para siempre, que debo volver a Londres, al caos del hospital, a mi antigua vida, esa que tanto me costó construir. También él debe regresar a su mundo, allí donde aún tiene asuntos por resolver.

Cierro los ojos, siento la brisa de verano, me exijo estar presente, disfrutar de este efímero paraíso.

Este es el hoy, hoy me siento feliz, ligera, entera… Mañana habrá tiempo para preocupaciones.

—¿Se durmió? —habla bajo, acercándose al extremo de la piscina.

Asiento, acaricio la cabecita de Nero.

—Fue un día intenso.

—¿Cómo… fue conocerlo, vivir todo un mes con él?

Suspiro, le sonrío a esa carita dormida.

—La experiencia más satisfactoria y aterradora de mi vida. —Mi voz es casi un susurro—. Él me aceptó al instante, fui yo la que tardó en amoldarse. Horarios, comidas, atención, miedos nuevos… Creí que el hospital era difícil, no es nada comparado con la maternidad.

—Tiene suerte de tenerte.

—Creo que yo tengo suerte de tenerlo. No hay segundas intenciones en sus sonrisas, besos o abrazos. Solo necesidad y amor inocente. No conocía esa clase de felicidad, no sabía cuánto la necesitaba. —Mi índice dibuja su pacífico perfil—. A veces creo que extraña a su mamá y no sabe cómo expresarlo, por eso llora tanto. Sé que jamás podré reemplazar ese lazo, pero… quiero intentarlo. Quiero que pasen los días y se acostumbre tanto a mí que deje de extrañarla, de sufrir. ¿Está mal? ¿Me convierte en una persona horrible?

—Es humano, Violeta. Es instinto.

Me pierdo en mis pensamientos, en las emociones que se sienten a flor de piel desde que pisé este lugar de nuevo.

Llevo a Nerón a su habitación, lo acuesto en la cuna. Quedó exhausto después del paseo por la feria y la tarde de juegos con Vincent.

Me llevo el pequeño monitor para vigilar su sueño, lo apoyo en la reposera.

—¿Vienes? —Hamilton me mira, gotas se deslizan por su rostro y pecho—. El agua está increíble.

«Tú estás increíble».

—Es tarde.

—Vamos, Galeno, solo un rato… Ven a jugar conmigo.

Alzo las cejas.

—¿Qué clase de juego?

Sonríe y se sumerge lentamente hasta que solo queda el silencio.

Me quito el vestido, me siento en el borde de la piscina y meto las piernas. El agua está a la temperatura perfecta, no mentía.

Lo veo nadar hacia mí, acaricia mis piernas antes de emerger.

—No sabía que en estas aguas había criaturas tan hermosas.

Me sonríe, niega. Sujeta mi cintura y me mete por completo.

Tiemblo por el inesperado chapuzón.

—Ahora sí hay criaturas hermosas.

Disfruto de la cercanía, lo contemplo. El cabello largo hacia atrás, las enormes pestañas mojadas enmarcando esa mirada dorada, las pecas salpicando de ternura ese rostro tan masculino.

—Eres el hombre más hermoso que vi en mi vida, Vincent.

Con una mano sujeta mi mandíbula, me acerca a su boca, me devora. Hay hambre y necesidad en el beso, impaciencia y pánico en la manera en que su cuerpo se pega al mío. Me acorrala, los brazos a los costados de mi cuerpo, su pecho vibrando junto al mío. Y desciende. Su boca desciende por mi cuello, muerde, lame, besa.

Desata el moño de mi bikini, expone mis pechos. Sus labios se cierran alrededor de cada protuberancia rosada, necesitada.

Mi mano bucea entre nuestros cuerpos, se detiene en la cintura de su bóxer, busco aprobación en su mirada.

Con lentitud se aleja de mis pechos sensibles, eterniza el instante con su mirada. Inhala profundo, asiente y cierra los ojos. Sé que este momento es trascendental para él, pero también lo es para mí. Es la primera vez que me deja tocarlo así.

—No —susurro—. Quiero que me mires cuando te toco.

Sus párpados se abren, me mira.

Sin romper el contacto visual, lo libero. Balbucea alguna incoherencia cuando acaricio su longitud bajo el agua, sus ojos se entrecierran adormilados de placer, y comienzo a disfrutarlo con vehemencia.

Agradezco la intimidad de este caserón, la lejanía de los vecinos.

—Fantaseé con esto, el momento en que te entregaras a mí —susurro, y apoya su frente en mi hombro—. Sé que lo quieres tanto como yo, pero también sé lo difícil que es para ti, por eso te digo gracias. Gracias por confiar en mí, Vincent.

Besa mi hombro, mi cuello, gime bajito sobre mi piel. Admiro su expresión lujuriosa, memorizo cada instante hasta que el orgasmo lo encuentra, lo sacude, lo libera.

El hombre temerario tiembla vulnerable entre mis brazos.

Alza la cabeza, me mira como si hubiera encontrado el coraje para tomar lo que quiere, lo que necesita. Me besa con desesperación, masajea mis pechos y desciende hasta encontrar el epicentro de mi necesidad. Lo roza, lo acaricia, me arranca gemidos que suenan a promesas.

Deliro en una nube de placer, agua tibia y besos suplicantes.

Su tacto desaparece dejándome en la mitad del camino al cielo. Sale de la piscina, me da la mano y la agarro sin pensar. Rodeo su cintura cuando me levanta, consigo agarrar el monitor de Nerón antes de abandonar el jardín.

Dejamos un charco a cada paso que nos lleva a la habitación. Silencia mi risa con besos que intensifican el deseo.

Mis pies tocan el suelo, Vincent apoya el monitor encima de la cajonera y me mira. Nunca me miró así. El fuego consume el *whisky* en sus ojos.

—Tienes razón, Galeno. Tengo que reafirmar que eres mi sabor preferido.

Me empuja con suavidad hasta que mi espalda toca la pared, se arrodilla ante mí. Tiemblo de anticipación cuando sus manos se deshacen del resto de la malla. Me mira antes de perderse en el valle entre mis piernas.

Entierro los dedos en su pelo mojado, lo acerco más a mí. Mi piel húmeda hierve, el cuarto da vueltas, mi corazón va a estallar.

—Más.

Su lengua me consume con frenesí, me lleva a un estado de perfecta locura.

Y exploto. Exploto con sus manos en mi cintura y todo lo que es a mis pies.

Lleva mi cuerpo borracho de placer a la cama, se coloca sobre mí. Veo la batalla en sus ojos.

—No tienes que hacer nada que no quieras, amor. —Acaricio su mejilla, la barba de unos días me hace cosquillas—. El tiempo es todo tuyo.

Niega, siento el latir desenfrenado de su corazón bajo la palma de mi mano.

—Estoy cansado de luchar en vano, cansado de ignorar las súplicas de mi cuerpo. Hazme el amor esta noche, ángel. Libérame.

62

VINCENT

Hay personas que llegan a tu vida para ayudarte a descubrir quién eres después de haber perdido tanto, personas que son tu revelación, personas que te enseñan que las cicatrices no muestran lo roto que estás, muestran que estás sanando. Allí donde una vez hubo una herida, hoy hay un recuerdo, una enseñanza, una segunda oportunidad. Y, aunque duela, ya no sangra.

Violeta es mi persona, mi revelación.

Y hoy la tengo desnuda entre mis brazos, sin saber qué hacer con semejante mujer, incapaz de elegir cómo mostrarle mi amor y admiración primero.

Y me aterra saber que estoy a un beso de entregarme, de rendirme a la necesidad, al deseo, a lo inevitable.

Sé que estoy temblando, es la anticipación, la euforia y el miedo antes de dar el gran salto.

—No tienes que hacer nada que no quieras, amor. —Acaricia mi mejilla con dulzura—. El tiempo es todo tuyo.

«*Amor*… Esta mujer tiene mi corazón, ¿por qué negarle mi cuerpo?».

Niego, siento la palma de su mano en mi pecho.

—Estoy cansado de luchar en vano, cansado de ignorar las súplicas de mi cuerpo. Hazme el amor esta noche, ángel. Libérame.

El destello de ilusión en sus ojos me relaja, me llena de confianza. Disfruto de la sensación de sus dedos tibios sobre mi piel.

—Te quiero, Vincent. Te quiero de esa manera demoledora y pasional, esa que se siente en los huesos, esa que es irracional, esa que deja en llamas tu alma. Te quiero como jamás creí que volvería a querer.

La confesión me oprime el pecho, me nutre con ese poder que solo se tiene cuando te entregan un corazón.

Le robo un beso bruto, el primero de muchos. Nada puede detenernos. Nadie puede apagar este fuego. Nos consumimos de la mano, haciendo del infierno paraíso.

Entre manos, bocas y jadeos, la culpa comienza a florecer.

«Voy a hacer el amor con otra mujer». La realidad me golpea. «*Quiero* hacer el amor con otra mujer».

Recuerdos de noches de pasión con Samantha inundan mi cabeza y, por primera vez, me asfixian. No quiero ser esto. No quiero ser un hombre que tiene sexo pensando en otra mujer. Quiero estar presente. Quiero pensar en mi ángel. Necesito pensar en mi ángel.

Rompo el beso de forma abrupta, su mirada desconcertada intuye que algo no va bien.

Me siento en el borde de la cama, cierro los ojos, respiro profundo.

«Puedo hacer esto. Quiero hacer esto. Estoy listo».

Sus pechos rozan mi espalda, me concentro en el abrazo y esos besos húmedos e inocentes que deja en mi cuello.

—Deja de presionarte así, déjalo ser.

—Quiero pensar en ti, solo en ti. Quiero que seas lo único que hay en mi cabeza, lo único que perciben mis sentidos. Necesito que tomes el control, ángel. Por favor, toma el control.

Un beso en mi espalda, su calor me abandona.

Abro los ojos, la veo arrodillada ante mí.

—En esta habitación solo somos tú y yo, no hay lugar para pasado, solo presente. Solo Vincent y Violeta aprendiendo a amar otra vez.

Posa sus labios en mi pecho, deja una promesa.

—Solo tú y yo —susurro.

—Solo tú y yo.

Un camino de besos hacia el sur revive la llama, despierta mi piel. Me inclino un poco hacia atrás, apoyando las manos en la cama, no me pierdo un solo instante de la erótica imagen que tengo delante. Violeta me quita el bóxer, me toma con sus manos, con su boca.

—Por Dios, ángel…

Mis dedos se pierden en su cabello negro y espeso, la acercan más a mí. No puedo ni pretendo disimular los gemidos roncos que hacen vibrar mi garganta.

—Vas a matarme… Voy a morir.

Me mira, relame sus labios.

—Me gusta que no reprimas tu voz, tus sensaciones. Estoy harta de los tipos que se creen menos hombres por gemir.

El comentario me da gracia, no podía decir nada más *Galeno*.

No tengo el tiempo ni la fuerza para elaborar una respuesta, su boca vuelve a hacerme temblar. Soy un puñado de incoherencias, deseos, experiencia, imperfecciones, vida y amor a sus pies.

Su boca me abandona, me pruebo en sus labios.

Busca una última señal de aprobación en mis ojos, y la quiero por eso, por ser tan empática, tan comprensiva, tan humana.

—Quiero esto. Quiero reír, quiero disfrutar, te quiero a ti, quiero un nosotros. Quiero despertar porque sé que estarás a mi lado mostrándome que puedo seguir, puedo seguir nadando, aunque esté cansado, aunque duela.

Una caricia dulce en mis labios, una sonrisa que me regala años de vida.

—Estaré aquí hasta que deje de doler, hasta que consigas perdonarte y volver a descubrir el placer de ver un nuevo amanecer, y después… El después será nuestro. Solo nuestro.

Me dejo ser en su boca, en el beso que me ata al presente y me colma de seguridad.

Se sienta a horcajadas sobre mí sin abandonar mis labios. Tiemblo cuando la siento, húmeda y tibia, mía esta noche.

—Tomo pastillas anticonceptivas y jamás lo hice sin preservativo, estoy sana.

—También yo, ángel. Llevo… llevo años sin…

—Lo sé. —Aleja el cabello de mi rostro—. Lo sé. Solo quería tu consentimiento. No me

importaría ir al otro lado del mundo ahora mismo por un condón.

Sonrío como un idiota enamorado, como creí que jamás volvería a sonreír.

—Lo tienes.

Sujeta mi rostro, esos ojos capaces de traspasar el alma me miran.

—Tú me tienes.

Besándome, se sostiene sobre sus rodillas y desliza una mano entre nuestros cuerpos. Nuestros sexos se rozan, ambos suspiramos.

—Por favor —susurro—, hazlo.

—Mírame.

Lo hago, no dejo de mirarla a los ojos ni un solo instante mientras desciende sobre mí, uniendo mucho más que nuestros cuerpos.

La sensación me roba el aire. Es nueva, pero familiar. Es plenitud. Es confianza. Es amor.

—Necesito un momento para… acostumbrarme a ti —susurra.

Río bajito.

—También yo.

Nadie se mueve.

Nos respiramos. Nos sentimos. Nos miramos. Nos queremos aún con los corazones rotos.

Y está todo dicho, no queda nada más.

Beso su hombro y la delicada línea de su clavícula.

—Estoy dentro de ti —pienso en voz alta, escucho su risa suave.

—Estuviste dentro de mí mucho antes que esta noche.

Besa mis labios, su lengua me adora.

Comienza a moverse a un ritmo suave. Sus pechos se balancean tan cerca de mi boca, que no puedo evitar la tentación de lamerlos, morderlos, venerarlos.

Entierro mis dedos en su cintura, perdido en las sensaciones, en esta conexión única, sabiendo que no duraré demasiado. Pero no me importa, hoy solo se trata de sentir, de conectar, de escuchar, de estar presentes. Ya habrá tiempo para delirar de lujuria durante horas.

Violeta acelera el ritmo, se deja llevar haciendo de cada vaivén un encuentro más profundo. Me empuja, mi espalda toca el colchón. Apoya las manos en mi pecho, mueve las caderas en círculos que me enloquecen.

Quiero decirle tantas cosas. Quiero que sepa que luce como una diosa, así, desnuda sobre mí, tomando lo que quiere, dándome lo que necesito, teniendo el control absoluto y mi alma en sus manos. Quiero que sepa que descubrí el momento exacto en que comencé a enamorarme de ella, fue esa noche en el balcón de mi casa, cuando sentados en la hamaca hablamos de las apariencias y me leyó como si me hubiera escrito. Quiero decirle que cambió mi vida, pero no puedo hablar, no cuando siento tanto.

Mi pulgar roza su zona más sensible, la estimula con dulzura, siguiendo el ritmo opuesto al que imponen nuestros cuerpos.

Gime mi nombre, haciéndome sentir el dueño del universo.

Me urge la necesidad de abrazarla hasta que el aire no tenga lugar entre nosotros. Y lo hago. La sujeto al tiempo que giro y me coloco sobre ella.

Me sonríe, sus piernas abrazan mi cintura.

—Estaba esperando esto, Hamilton. Quiero ver cómo pierdes el control.

Devoro su boca con impaciencia, necesitando más, mucho más.

—Lo que mi enfermera quiera.

Un brazo alrededor de su cintura, el otro sosteniendo parte de mi peso, mis caderas yendo a su encuentro con un ritmo profundo.

Entro en un bucle de placer donde solo se oyen sus gemidos, nuestras respiraciones entrecortadas y cada *más* que resbala de sus labios.

Y mirándola a los ojos me libero. Dejo ir lo que fui para encontrar lo que soy.

Y temblando entre sus brazos lo entiendo, hay tantos tipos de amor como corazones latiendo.

63

VIOLETA

Las tres de la mañana, borrachos de placer, inspirados por el arte de saltar al vacío, oyendo y sintiendo la melodía de este corazón que creamos juntos.

Había olvidado aquella sensación de paz fruto del goce de la unión de las almas.

Había olvidado que el corazón y la piel pueden ir de la mano.

Vincent Hamilton amó mis miedos, mi pasado, mi voz, mis sueños. Su cuerpo se acopló al mío como si hubiéramos sido creados para estar juntos, para sanar, renacer de las cenizas.

Siento el súbito y suave temblor de su pecho bajo mi mejilla, levanto la cabeza, está llorando. No pregunto qué pasa, ya lo sé.

Me siento, me apoyo en el respaldo de la cama y palmeo mis piernas.

—Ven aquí.

No se rehúsa, apoya la cabeza de perfil en mi regazo y cierra los ojos cuando mis dedos se hunden en su cabello.

—Desahógate, no tienes que fingir conmigo.

—No quiero arruinar el momento, solo… necesito un minuto.

—No soy ingenua, Vincent, sé que es difícil para ti. Sé que lo será por mucho tiempo.

Su índice traza círculos perezosos sobre mi piel.

—A veces… A veces aún me siento culpable por… vivir, por experimentar, por disfrutar, por tener instantes de felicidad como este. Incluso por pasar un par de horas sin pensarlas.

—También me pasó, creo que a veces todavía me pasa. La persona que más amamos se va y la vida sigue, continúa cuando creías que el mundo terminaría. Y no lo entiendes. No sabes cómo, ni cuándo, ni por qué, pero seguiste. Seguiste respirando, un día volviste a sonreír, a disfrutar de algo, aunque sea un instante. Y no lo entiendes, y te culpas, pero está ahí, pasando. Es la vida.

—La muerte es injusta, se lleva a aquellos que sienten pasión por la vida y deja a quienes sueñan con no despertar.

El pensamiento me duele tanto como saber que esa faceta destructiva no se irá con facilidad, que siempre estará allí, latiendo en alguna parte de él.

—Aún… ¿Aún sueñas con no despertar?

Me mira, aquellos ojos llenos de lágrimas me estrujan el estómago. Niega.

—Solo quiero que salga el sol, porque sé que volveré a verte.

—Acaricia mi rostro—. Cambiaste mi vida, Violeta, mi forma de ver el mundo… Me ayudaste a entender tantas cosas de mí. Y ya no es quererte lo que me hace sentir culpable, es tener una

segunda oportunidad. Es que el destino haya puesto un tercer ángel en mi camino cuando no lo merecía.

Mi alma se encoge con cada palabra.

—Nadie más que tú merece otra oportunidad, Vincent.

Se levanta, agarra mi nuca y me acerca a su boca. Me besa, me deja saborear su tristeza, sus ganas de renacer.

—Agradezco a la vida por ponerte en ese helicóptero, Galeno.

—Apoya su frente en la mía, nos respiramos. Juntos, así es más fácil—. Eres mis ganas, mi fuerza ahora mismo. Eres la mano que necesito hasta poder pararme solo, y después… —Un torbellino de emociones ensombrece su mirada—. Te cito, ángel: «El después solo será nuestro».

El beso nos encuentra deseosos de más, nos envuelve en un remolino de necesidad y anhelo que solo sabemos saciar de una manera.

Lo siento hundirse en mí al tiempo que besa mi rodilla. Con cada vaivén alimenta la adicción de nuestros cuerpos, de nuestras almas.

Deja un beso tierno en mi boca, quiero más. Lo quiero todo.

—¿Y ahora qué? —Mirándolo a los ojos, repito esa pregunta que me hizo hace algunos meses.

Sonríe, y me crecen las alas.

—No lo sé, pero es contigo.

64

VINCENT

Cuando despierto, lo primero que noto es que Violeta no está; lo segundo, es que el cuerpo me duele como si hubiera corrido una maratón.

Giro abrazado por las sábanas que aún tienen su aroma y los retazos de la noche. Una sonrisa tira de mis labios, me permito divagar un poco más en los recuerdos.

Fuimos el fuego que prometíamos. ¿Y ahora? Ahora soy adicto.

Me levanto. Mi pelo es un desastre, necesito una ducha. Pero me urge verla y, quizá, si Nerón aún duerme, podamos ducharnos juntos.

No encuentro mi bóxer, y no quiero ponerme uno nuevo sabiendo que tengo que bañarme, así que solo me visto con un pantalón corto.

Salgo de la habitación, es muy temprano, ni siquiera son las ocho de la mañana. Paso por el cuarto de Nerón, todavía duerme.

La casa está en silencio, no hay rastros de Violeta.

Me asomo por la única ventana abierta, la veo en la entrada, bajo aquel árbol donde me senté a reflexionar cuando llegué, hablando con un hombre alto, de traje y la cabeza llena de rulos castaños que brillan al sol. No sé quién es, pero el lenguaje no verbal que comparten denota mucha confianza.

Me pongo a pensar en que Violeta no tiene amigas, su entorno íntimo está íntegramente compuesto por hombres. ¿Será que después de lo que le hicieron su hermana y su antiguo novio no pudo volver a confiar en las mujeres?

Se despide del hombre con un abrazo, me alejo de la ventana cuando la veo regresar. Voy a la cocina, enciendo la cafetera y abro todas las alacenas, soy bastante malo para disimular.

—Buen día. —Su voz llega antes que el abrazo. Rodea mi cintura, se apoya en mi espalda—. ¿Cómo estás? ¿Dormiste bien?

Giro, la estrecho contra mi pecho. La huelo, la siento cerca y real. Tan real.

«Lo merezco. Merezco sentir esto. Merezco esta oportunidad».

—Muy bien. ¿Tú?

—De maravilla, como alguien que hizo mucho ejercicio…

Sonrío, le robo un beso casto a su boca.

—Necesito que me acompañes a un lugar hoy.

—Claro. ¿Adónde vamos?

Suspira, vuelve a apoyar la mejilla en mi pecho.

—Vino Camilo hace unos minutos, es un amigo y el abogado que lleva el caso de Nerón.

Él… se ocupó de varios asuntos de mi hermana en el pasado, la sacó de algunos problemas. La cuestión es que… me trajo la dirección de la última vivienda de Celeste. —Sus bonitos ojos me buscan—. Quiero ir. Quiero hablar con algún vecino, preguntar si alguien sabe algo sobre el padre de Nerón, sobre los últimos días de mi hermana.

La abrazo con más fuerza, beso su frente.

—Iremos luego de desayunar, ¿te parece bien?

Asiente.

—Necesito una ducha. ¿De casualidad la enfermera más *sexy* del planeta necesita un baño?

Alza las cejas.

—Tengo que despertar a Nerón en quince minutos.

—Puedo hacer muchas cosas en quince minutos, Galeno.

Se quita el fino saquito blanco, lo deja caer.

—Demuéstralo, Hamilton.

Violeta estaciona la vieja camioneta de su padre luego de un viaje de dos horas y media. Mira a Nerón, que duerme en el asiento de atrás.

—Me gustaría acompañarte en esto, ángel, pero entiendo si quieres hacerlo sola. Puedo quedarme con él.

Inhala profundo, mira por la ventanilla. El vecindario luce humilde, pero tranquilo.

—Quiero que me acompañes.

Me acerco a su boca, susurro un *siempre* antes de besarla.

Bajamos, llevo a Nerón, que sigue durmiendo con la cabeza apoyada en mi hombro, mientras Violeta lidera el camino mirando el papel que le dio su abogado.

Nos detenemos frente a una pequeña casa blanca que vio épocas mejores. Los alrededores están llenos de vida. Varios niños juegan al fútbol, vociferan cosas que no entiendo.

—Es aquí. Aquí vivía con Nerón.

Me rompe el corazón la manera en que mira aquella casa, como si pudiera traspasar las paredes, como si aún quedara algo de su hermana allí.

Rodeo sus hombros, la acerco a mí, dejo un beso en su cabeza.

Cuando junta el coraje suficiente, nos acercamos a la vivienda contigua y toca el timbre.

Una señora canosa, que ronda su sexta o séptima década, abre la puerta.

Violeta se presenta, creo, y la mujer nos recibe con amabilidad. Nos invita a sentarnos en el salón, Galeno me traduce cuando nos ofrece algo de beber. Niego y agradezco en un español precario que espero mejorar pronto.

Me siento en el descolorido sofá, Nerón continúa durmiendo sobre mi pecho.

La mujer habla, señala al bebé, Violeta asiente. Comienzan a charlar, me desespera no entender.

Los minutos pasan, se sienten una eternidad incómoda, plagada de palabras que suenan vacías.

Los ojos de mi ángel se llenan de lágrimas, y me desespero. Busco su mano, la acaricio.

—Por favor, dime qué está diciendo. Cuéntame qué sucede.

Acepta el pañuelo que le ofrece Rosa antes de dejarnos a solas, se seca las mejillas y me mira. Y no necesito palabras cuando veo la desolación en sus ojos.

—Todos en el barrio saben que mi hermana se prostituía. Rosa cuidó varias noches a Nerón. Ella… cree que él… —Deja una caricia fugaz en la cabecita de su sobrino—. Es… fruto de su trabajo. Cree que Nerón es hijo de uno de sus clientes recurrentes, uno con quien Celeste entabló algún tipo de relación emocional, quizá.

Es repentino, instintivo, la ansiedad me apresa, me hace sostener al pequeño con más fuerza.

—Hay… ¿Hay forma de localizarlo? ¿Tienes algo? Puedo pedirle al *hacker* que nos ayude, si quieres.

—Ramiro. Rosa solo tiene un nombre que mi hermana mencionó algunas veces. Ramiro.

—¿Tenía un celular? Quizá lo tenga entre sus contactos.

—Podría pedirle a Camilo que se encargue de hacerlo revisar de nuevo, pero… —Mira a Nerón, ya no puede contener las lágrimas—. No sé si quiero. No sé qué tipo de hombre es, no sé cómo va a reaccionar, si es que conseguimos localizarlo, no sé si quiero que tenga… derechos sobre él. Tengo que pensar. —Se pasa las manos por la cara, me duele la frustración que la domina—. Mierda, tengo tanto en qué pensar.

Beso el dorso de su mano.

—No te presiones, hay tiempo. Podemos recolectar toda la información, analizarlo y luego… tomarás la mejor decisión para él.

Luce perdida en sus pensamientos, esos que ahora mismo son sus peores enemigos.

—Así se llamaba su novio —susurra—. Nerón. El único hombre que Celeste amó, al menos eso es lo que sé… Eran jóvenes; él, muy problemático. Mi hermana casi va a la cárcel por su culpa, ahí es donde aparece Camilo para salvarle el culo. —Niega, juega con el pañuelo para no mirarme—. Ambos se movían en un entorno peligroso. Drogas. Murió por un ajuste de cuentas. Creo que mi hermana jamás lo superó. —Agarra la manito de Nerón, lo mira—. Él me hace pensar que quizá había algo especial en su padre, quizá… ella estaba enamorada de él como lo estuvo de Nerón. No lo sé, pero se lo quedó. Creo que eligió quedarse con Nerón por algo. ¿Quizá se sentía demasiado sola? ¿Tal vez… vio en él una oportunidad? Jamás lo sabré. Jamás sabré nada de mi hermana, mi sangre… ¿Cómo llegamos a esto, Vincent? ¿Por qué la vida nos hizo esto?

Borro sus lágrimas, acuno su mejilla.

—No lo sé, ángel, no lo sé… Pero haría cualquier cosa por conseguirte la respuesta. Haría cualquier cosa por quitarte ese dolor.

Besa mi mano, susurra un *gracias*.

La señora Rosa vuelve al salón, trae un papel con algunas anotaciones que no entiendo. Conversan un poco más antes de despedirnos.

Violeta no dice una sola palabra en todo el camino a casa, y me aterra. Su silencio duele tanto como dolía el mío.

El timbre suena justo cuando pruebo la salsa, me limpio las manos en el delantal y abro la puerta.

—Bueno, veo que estamos todos.

Alan me mira de los pies a la cabeza.

—¿Ya te sientes como en casa, Hamilton?

—¿Quién es? —La voz de Violeta suena lejana.

Alan entra, ignorándome, y deja la valija en un rincón.

—El mejor y más sensual cirujano y amigo del mundo. ¿Quién va a ser?

Cierro la puerta, veo a Violeta correr hacia sus brazos. Salta sobre él, literalmente.

Hablan en español, no entiendo nada. La desventaja del idioma ya me está fastidiando, necesito aprender.

—¿Qué haces aquí? —Violeta se apiada y vuelve al inglés—. ¿Por qué no me avisaste que venías?

Alan me mira como si su amiga estuviera loca.

—¿Qué hago aquí? ¿Creías que me iba a perder el cumpleaños de mi persona favorita en el mundo?

65

VIOLETA

Cuando Alan deja de girar y mis pies tocan el suelo no estoy lista para dejarlo ir, necesito más. Lo extrañé tanto que podría pegarme a él como una garrapata, en especial después de los dos días infernales que tuve luego de hablar con Rosa sobre mi hermana y Nerón. Aún me explota la cabeza.

—Feliz cumpleaños, Leta.

Otro abrazo, esta vez más bruto, más nosotros.

El desconcierto en la mirada de Vincent me hace sentir mal, muy mal. Modulo un «lo lamento» que no llega a tener voz.

Alan me suelta.

—¿Dónde está la máquina de cagar? Quiero conocerlo, aunque no pienso sostenerlo, te lo advierto.

Me cruzo de brazos, pongo mi mirada amenazante.

—Espero que no estés hablando del santo de mi sobrino.

—¿Santo? —Sonríe—. Prefiero sacar mis propias conclusiones, no confío en tu criterio esta vez. Eres muy débil, seguro te compró con un par de besos babosos.

Hago rodar los ojos.

—Está jugando en su gimnasio, en mi antigua habitación.

—¿Gimnasio? ¿Tendrá algunas pesas para prestarme?

—¡Gimnasio para bebés! Tienes mucho que aprender, Barone.

—No, gracias. Paso. No quiero bebés, para adorable ya estoy yo.

Cierro los ojos, se me escapa la risa.

—Ve. —Prácticamente lo empujo—. Ya voy.

Alan desaparece, Vincent está parado junto a la puerta como una estatuita con delantal y la comisura de la boca manchada con salsa.

—Perdón —susurro—. Perdón, perdón.

Limpio la salsa con mi pulgar, la pruebo antes de rodear su cintura y hacer el puchero más patético e infantil. Apoyo el mentón en su pecho, espero que la expresión angelical le quite la tensión al momento.

Coloca detrás de mis orejas los mechones que escapan del moño improvisado que me hice con un lápiz.

—¿Por qué no hablamos de tu cumpleaños?

—¿Porque estuvimos muy ocupados con la anatomía?

Sonríe, y mis rodillas traicioneras tiemblan.

—Buen punto, Galeno. —Besa mis labios con una confianza y naturalidad que costó tantas lágrimas—. Me siento el peor novio de la historia, ni siquiera tengo un regalo para darte.

«Novio. Novio. Novio. Novio».

—¿Novio?

Palidece como si recién se diera cuenta de lo que dijo.

—¿Es… mucho para ti? Es…

Me cuelgo de su cuello antes de que le gane la inseguridad, sonrío.

—Acabas de darme el mejor regalo de cumpleaños, *Vicente*.

Agarra mi mandíbula de esa manera primitiva que me vuelve loca, me acerca a su boca. El beso dura un suspiro, pero es tan profundo que me transporta.

—Feliz cumpleaños, *Violet*.

Sonrío bajo sus labios.

—Gracias.

—¡*Hey*! Dúo de pervertidos, vengan a explicarme cómo mierda saco el dedo de aquí.

Alan aparece con un juguete de Nerón en las manos, su índice atrapado en uno de los orificios de la tortuga de plástico.

—No es una vagina, Alan. ¿No podías dejar los dedos quietos?

Se encoge de hombros y extiende el índice tortuga.

Hacía años que no se respiraba tanta tensión en esta casa.

—¿Estamos esperando al presidente o algo? —Ambos me miran—. Parece que tienen un palo en el culo.

Alan le da el último bocado a la pasta y se relaja en la silla. Mira a Vincent, que está sentado a mi lado, revolviendo su comida en silencio.

—Veo que pensaste en lo que te dije —Alan habla, Hamilton alza la mirada—. Me intriga saber cómo conseguiste llegar aquí.

El agente me regala una mirada fugaz y media sonrisa cómplice.

—Pensé en lo que dijiste mucho antes de que me lo dijeras, Alan. Y tenías razón. Con respecto a cómo llegue aquí, digamos que… tengo un ángel de la guarda tecnológico.

Mis ojos van de uno a otro, estoy perdiéndome algo.

—¿Qué le dijiste, Barone?

—Lo mismo que tú, pero sin dulzura.

Masajeo mis sienes, respiro profundo.

—Ups, la máquina de cagar…

Nerón se llenó la cara de puré, ríe a carcajadas mientras se lo quito de las pestañas. Nos contagia. Todos reímos al ritmo de su inocencia.

—Entonces ustedes… ¿Es oficial? —Alan nos estudia—. ¿No más idas y vueltas?

No miro a Vincent, tampoco abro la boca. Supongo que aún no me acostumbro a la idea de que ya no camino sobre campo minado.

—Es oficial —Hamilton afirma, escucharlo es una caricia al alma.

—Bien, entonces es oficial que te voy a dejar estéril si la haces sufrir. ¿Fue suficientemente gráfico o amplío las descripciones?

—Alan —advierto.

—Muy gráfico, Barone. Claro como el cristal.

—Excelente. Ahora que todo está claro, quizá podamos empezar de nuevo. Por Violeta.

—¿Pueden dejar de hablar como si no estuviera presente? Gracias.

Nerón reclama atención golpeando la mesa de su sillita. Lo alzo, paseo con él en brazos como tanto le gusta.

—¿Cuántos días vas a quedarte?

—Tengo una semana de vacaciones, así que solo estaré aquí dos días. Tengo que pasar un tiempo en casa de mis padres antes de volver a Londres.

—Tus padres… Hace tanto que no los veo. Podríamos ir juntos, estoy segura de que tu hermana se volverá loca con Nerón.

—Hecho.

El teléfono de Vincent suena.

—Es Bennett. Si me disculpan… —Se levanta, besa mi sien—. Vuelvo en cuarenta minutos.

Cuando desaparece, Alan pregunta:

—¿Quién es Bennett?

—Su psiquiatra, te hablé de él. ¿Te acordás?

—Me hablaste de tantas cosas, Leta. ¿Tiene sesiones por teléfono?

—Sí, tres veces a la semana.

—¿Cómo lo lleva? ¿Sigue loco?

—Alan. —Lo descuartizo con la mirada—. Está mejorando. El avance en los últimos meses fue increíble, pero esto no es algo de un día para otro. Hablemos de vos. ¿Cómo estás? ¿Cómo está todo por casa?

Alan me sigue hasta el salón, ambos nos sentamos sobre la alfombra llena de juguetes.

—Desordenado. Extraño tus comidas, tu risa de cerdo ahogado, tus ronquidos y el cajón de tus tanguitas. Te las llevaste todas, desalmada. No dejaste ni una sola para recordarte…

Pongo a Nerón sobre la alfombra, comienza a gatear con ímpetu.

—Esto de las tangas ya es serio. Empiezo a creer que te las ponías cuando estabas solo en casa.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie.

Reímos, pero hay algo extraño en su risa. No es su carcajada normal, es ese tipo de risa que está a un paso de ser llanto.

—Decime qué pasa. No estás bien.

Inhala profundo, la angustia que contiene irrita sus ojos. Intenta controlar las lágrimas, sonríe.

—Me rompieron el corazón.

Si no estuviera llorando, me reiría. Si no estuviera viendo el dolor en sus ojos, le diría que cuente otro chiste porque este no da gracia. Pero no hay chiste, solo verdad. Una verdad que estruja su corazón y el mío.

—Alan…

Lo abrazo, se aferra a mí como un niño.

—No sabía… Yo…

—Me duele tanto que no puedo respirar, Leta. Si esto es el amor, no lo quiero. No quiero enamorarme nunca más.

La confesión me abre el pecho al medio.

Lo abrazo más fuerte, lo siento llorar en mi hombro. Nerón nos mira, no entiende, yo tampoco. ¿Alan enamorado? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué jamás me contó nada?

—¿Querés contarme lo que pasó? Estoy… un poco perdida.

La tristeza sacude su cuerpo, le impide calmarse.

—Ahora no. No quiero hablar, no estoy listo. Solo… te necesito. Por eso vine, tu cumpleaños fue una excusa. ¿Soy un amigo de mierda?

Beso su cabeza, masajeo su espalda.

—Sos la definición de amistad, Alan. —Me abraza con tanta fuerza que mi voz sale extraña —. Voy a escucharte cuando estés listo. Y estarás bien, te lo prometo. Todo pasará, estarás bien.

Es la primera vez que veo a Alan llorar así. Nos conocemos hace veinte años, crecimos juntos desde que los Galeno me enviaron a una de las mejores escuelas y lo conocí, lloramos en el hombro del otro tantas veces, por muchos motivos, pero esta clase de angustia, esta clase de dolor que te nubla la razón, jamás.

—Tengo algo para vos —dice, una vez que consigue calmarse, y saca un sobre del bolsillo de su pantalón—. Feliz cumpleaños.

Acaricio su mejilla antes de romper con cuidado el papel. Saco dos entradas para un concierto de Cielo Rojo.

Sé que luzco como un niño en Navidad.

—¿Cómo las conseguiste? Leí que estaban agotadas.

—Tengo mis contactos y mis encantos…

Me tiro sobre él, rodamos por la alfombra. Nerón se ríe y gatea hacia nosotros.

—Jamás pensé que podría ir, ni siquiera que estaría en Argentina… ¡Gracias! ¡Gracias! ¿Cuándo vamos? —Busco la fecha y el horario en la entrada.

—Vos vas. Vos y Vicente el demente.

—¿Qué?

—Originalmente eran para nosotros, pero… te vi mirarlo en la cocina. Estás hasta las manos, Leta. Y si creés que te merece, quiero que te merezca.

—Pero…

—Sin peros. Es mi regalo y quiero que vayas con él. Además, no soy buena compañía ahora mismo, estoy… No sé cómo estoy, pero no soy el Alan divertido.

—Alan…

—Vas a ir a ver a tu banda favorita con tu hombre y yo cuidaré de la máquina de cagar. Y sí, no puedo creer que dije eso, así que tomalo porque me arrepiento en tres, dos…

Le tapo la boca, sonrío.

—¿Te ofreciste a cuidar a Nerón, Barone? ¿Vos y un bebé? —Toco su frente—. Esto es muy serio, de verdad me amás.

—De verdad te amo.

Contemplo su rostro y veo al niño que me defendió cuando todos se burlaban de mí por ser

adoptada. Dentro de este hombre hermoso, inteligente y leal sigue estando ese niño que fue mi primer amigo, la primera mano en ayudarme a caminar un nuevo mundo.

—¿Qué hice para merecerte, Alan?

—Ser lo mejor que me pasó en la vida.

66

VINCENT

Violeta mueve los dedos sobre el volante al ritmo de *Inocencia*, su canción favorita de Cielo Rojo. Reconozco algunas palabras que suenan dulces; otras, ácidas.

Algo le pasa. Aprendí a leer sus expresiones, cuando se muerde repetidamente una esquina del labio inferior es porque está preocupada.

—Nerón está bien. —Apoyo la mano en su pierna, la acaricio por debajo del vestido suelto —. Alan puede no tener experiencia con niños, pero es adulto. Y médico. Eso debería darte algo de tranquilidad, ¿no?

—No. Se nota que no lo conoces. Pero no me preocupa solo Nerón, aunque sé que va a cuidarlo bien, me preocupa él. Algo le pasó y… no quiere contármelo.

«Problemas en el paraíso».

—¿Presionaste?

Alza una ceja, me lanza una mirada furtiva.

—¿Es algo que yo haría?

«Pregunta peligrosa».

—¿Un… poco?

Sonríe.

—No, no presioné. Solo le hice saber que estaba ahí para escucharlo. Con Alan la presión no funciona, hablará cuando esté listo.

—¿Entonces por qué te preocupas tanto?

—Porque a veces jamás lo está. Cuando la gente nos ve cree que no hay secretos entre nosotros, que sabemos todo el uno del otro, no es tan así. Hay cosas que Alan nunca se animó a contarme y temo que esta sea una de esas…

Me quito el cinturón de seguridad un instante, solo para inclinarme y besar su mejilla.

—No desesperes, ángel, dale espacio. Estoy seguro de que, si cree que es necesario y le hará bien contártelo, lo hará.

Otro beso. Y otro. Otro más.

Ríe suave, lindo

—Hamilton, estoy manejando.

—¿Y? Solo estoy besando inocentemente tu mejilla.

—Dudo que haya algo inocente en nuestra forma de besar.

Ahora soy yo el que ríe.

Beso su cuello, allí donde una vez la marqué con todo menos inocencia, y vuelvo a mi

asiento.

—Cinturón.

—Sí, señora.

—Me vuelves a decir señora y te extirpo los testículos, aunque me arrepienta más tarde.

Río con ganas. Me mira de reojo, sonríe.

—Me gustas cuando ríes, Hamilton.

—¿Solo cuando río?

—No, también cuando vives.



Hace años que no voy a un concierto. Podría atribuirle a la falta de costumbre el florecer de mis sentidos, el exacerbado latir de mi corazón; pero sé que no es el ambiente alegre, ni las luces, ni la euforia que se respira lo que me hace vivir todo como si fuera la primera vez, es ella. Es la inmensa sonrisa en su boca, el brillo deslumbrante en sus ojos.

Es ella, la única que supo despertarme de mi sueño eterno.

Me acerco a su oído un minuto antes de que el telón se abra.

—Eres todo lo que me faltaba y no sabía que necesitaba.

La respuesta es un beso apasionado, de esos que no suelen darse en público.

—Si abren con *Siénteme*, te la dedico —susurra para mí—. No necesitas entender la letra, solo siente. Solo *siénteme*.

El telón rojo se corre, las luces cambian, los gritos estallan en miles de gargantas.

La emoción de Violeta me dice que es esta, esta canción es para mí.

La abrazo por detrás, nuestros cuerpos tan pegados como nuestras almas, cierro los ojos y siento. Solo siento. Dejo que la melodía me envuelva, me enseñe, me muestre.

Es una balada cruda, dulce y desgarrada. Por un instante me muero por conocer la letra, pero pronto descubro que no hace falta. La música es magia, y la magia se transmite en cualquier idioma.

Y mientras Violeta se apoya contra mi pecho y canta a todo pulmón, lo siento. Esta letra es nuestra, lo sé, es nuestra historia.

Es caer, es morir, es resurgir y empezar de cero. Es encontrar la respuesta en una sonrisa y aferrarte a sentir con el corazón en pedazos.

Esta canción es nosotros. Es amistad, miedo, amor y resiliencia.

Y cuando los últimos acordes se despiden, Violeta me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que podría amarte, Hamilton.

Mi corazón se detiene.

—Creo que podría amarte ahora mismo. Creo que podría darte la mano y saltar al vacío.

No encuentro las palabras para susurrar aquello que grita en mi pecho.

—Creo que caminamos de la mano desde el primer día, solo que ahora estamos listos para saltar.

Allí, entre gritos y empujones, luces y papelitos de colores, se detiene el tiempo. Allí nace un nuevo Vincent, allí el monstruo que se alimenta de lágrimas y dolor pierde la voz.

Allí comienza una nueva etapa que sellamos con un beso y un *te amo* tan tímido como

poderoso.



—¡No puedo creer que lo hice! —Violeta grita mientras caminamos por la viva noche de Buenos Aires—. ¿Lo hice? ¿Realmente lo hice?

Su euforia me contagia, nos tambaleamos como borrachos mientras hablamos a los gritos, aún aturdidos por el volumen de la música.

—Sí, realmente lo hiciste, subiste al escenario cuando el guitarrista rubiecito te invitó y cantaste a los gritos. Hay videos, Galeno. Evidencia fuerte.

Se tapa la cara con ambas manos. Jamás la vi así, tan libre, tan fresca, espontánea, joven… Tan Violeta en su máxima expresión.

—Ciro, se llama Ciro y es la segunda guitarra. Es un dios. ¿Sabías que es hipoacúsico? Eso me hace admirarlo el doble, lleva la música en la sangre. En una de las entrevistas que dieron escribió que perdió el setenta por ciento de su audición. Tiene un audífono, pero prácticamente no escucha.

Me sorprende, nunca lo hubiera imaginado. Su presentación fue impecable, se nota que es de esas personas que nacieron con una guitarra.

—Eso es shockeante y admirable.

—Es el bebé del grupo, el más joven y adorable.

—Bueno, creo que tengo celos de Ciro.

—Deberías, Hamilton. Tiene a toda la población argentina babeando a sus pies.

—¿Te incluye?

—Me incluye.

Sonrío.

—¿Babeando?

—Mmm… —Detiene la marcha, se acerca y rodea mi cuello—. Por muy hermoso que sea, me gustan mayores. Como de treinta y cuatro años, agentes pecosos y con alas tatuadas en la espalda.

—Eso es muy específico, Galeno.

El beso nos encuentra con pasión, no hay lugar para la vergüenza. Devoro su boca mientras sostengo su mandíbula manteniéndola ahí, tan cerca.

—Siempre quise preguntarte algo…

—Adelante.

—Las alas. —Acaricia mi espalda—. ¿Tienen el significado que creo?

Rememoro el impulso, aquella noche solitaria que me llevó al estudio de tatuajes.

—Una por Sam, otra por Nina. Llevo sus alas para siempre.

Me sonríe.

—Te protegen.

—Lo hacen…

Nos perdemos por las calles de la ciudad, Violeta me lleva a conocer el Obelisco, la Casa Rosada, el Cabildo y otros atractivos. Hace años que no me sentía un turista, así que me dejo ser de su mano, voy a ciegas, disfrutando de la noche de verano.

Terminamos en Puerto Madero, la belleza del lugar me cautiva. Nos sacamos una foto. Nuestra primera foto juntos. La primera de muchas.

Un violinista talentoso toca para la luna y los transeúntes que se detienen a admirar su arte.

Contemplo a Violeta mientras escucho, las ondas de su cabello revueltas por la humedad, la piel brillante, el vestido blanco con diminutas florcitas y esas Converse amarillas. Tan natural, real, tan sencilla y atrapante.

Me siento un adolescente otra vez, cargado de energía, valor, amor y necesidad.

Agarro su mano, tiro con suavidad, nuestros pechos se rozan, comienzo a bailar en círculos lentos. Estoy bailando en las calles de Buenos Aires al ritmo de un violín dulce, bajo una luna llena de promesas. Yo, Vincent Hamilton, volviendo a crear recuerdos, volviendo a robarle unos minutos más a la noche.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —susurra—, en nuestro oasis, alejados de los problemas y el pasado.

Beso su frente, cierro los ojos. No hay nada más que la música, el latir de nuestros corazones, su piel y la brisa de noviembre.

—Donde tú estés será mi oasis.

Apoya el mentón en mi pecho, me mira.

—Me gusta este *Vicente* superromántico.

—Tú lo sacas a la superficie, *Violet*.

Un beso en la punta de su nariz, y seguimos bailando.

La luna es la única testigo de la historia que se forja esta noche.

Cuando llegamos al hotel estamos extenuados, pero las manos ansiosas y las bocas insaciables no entienden de cansancio.

Estoy desabrochándole el vestido antes de cerrar la puerta de la habitación. Violeta se saca las zapatillas y las tira a la otra punta del cuarto con patadas torpes, la imito mientras intentamos no tropezar.

—¿Debería llamar de nuevo a Alan para saber cómo está Nerón?

—Lo llamaste hace diez minutos. Son las tres de la mañana, estarán durmiendo.

—Tienes razón… Me siento culpable. Es la primera vez que me separo de él desde que nos conocimos.

Detengo los besos que dejo en su cuello, la miro.

—¿Quieres que lo llame? ¿Quieres volver? No tardaremos mucho, habrá menos tránsito ahora.

Lo piensa, pero termina negando.

—Nerón está bien, Alan es adulto. Están bien. Mañana a primera hora volveremos y todo estará bien —lo dice como si quisiera convencerse.

Vuelve a atacarme a besos. Me saca el gorro y la camiseta negra.

—¿Qué pasa? —murmuro, notándola desconectada por un instante.

—Nada.

Sujeto su rostro, la miro fijo.

—¿Qué pasa, *Violet*?

Tiene el gorro gris en la mano, no lo dejó caer.

—Tengo… No, nada.

Vuelve a besarme, pero la detengo.

—Pregúntalo.

—Vincent, no…

—No. No quiero que tengas miedo de preguntarme cosas, no quiero que te prives de decir lo que sea que cruza tu mente.

Mira el gorro.

—Yo… quería saber por qué es tan especial para ti. Desde que te conozco que lo llevas puesto, no importa si hace frío o calor. Presiento que está… relacionado con… Samantha, no quiero… Ni siquiera sé por qué estoy pensando en esto ahora, lo lamento. —Ríe—. Qué manera de cagar el momento…

Deja el gorro en la cama, se sienta. Me siento a su lado, la pongo sobre mis piernas como si fuera una niña.

—Primero: no cagaste nada. Voy a hacerte el amor esta noche, ángel. Una y otra vez. —Una sonrisa casi tímida tira de sus labios—. Segundo: sí, es especial. Sam lo tejió cuando estaba entrando al quinto mes de embarazo. Tuvo que pasar un mes entero en el hospital por algunas complicaciones con Nina, tenía que hacer reposo absoluto. Estaba tan aburrida que aprendió a tejer, y ese gorro defectuoso fue lo primero que hizo para mí. Fue un regalo de las dos, eso dijo la tarde en que me lo dio.

Unos meses atrás hubiera llorado tan solo con traer al presente ese recuerdo, hoy solo siento gratitud. Una inmensa gratitud por haber conocido y amado a un ser tan maravilloso como Sammy. Hoy las lágrimas que humedecen mis ojos están muy lejos de la tristeza.

Acaricia mi cabello, lo peina hacia atrás.

—Gracias por contármelo.

—Quiero responder todas tus preguntas, Violeta. Siempre. Quiero que conozcas más de mí que yo mismo.

Nos tumbamos en la cama, medio desnudos, enredados en besos y caricias.

—Cántame un pedacito de la canción —pido sobre sus labios.

—¿Eh?

—La canción que me dedicaste, cántame un pedacito en inglés, por favor.

—Vince, yo no canto…

—Por favor.

Sonríe, niega con la cabeza, pero comienza a tararear suavecito.

—«Estabas allí, entre mis ganas de vivir y la tristeza. Y no te vi, incluso cuando me perdía en tus ojos. Estaba ciego por el miedo a ser yo mismo… —susurra cada palabra tibia sobre mi mejilla—: Y una noche me iluminaste más que las estrellas. Reviviste con tu caricia este corazón muerto. Te metiste bajo mi piel para enseñarme a latir de nuevo».

—Sigue —suplico, con los ojos cerrados, sintiendo más de lo que sentí mientras la escuchaba del coro de miles de voces.

—«Me sentiste roto entre tus manos. Me invitaste a mirarme con tus ojos. Me llevaste de la mano al renacer».

Mis párpados se abren, me veo en el brillo de su mirada.

—Es nuestra canción —susurro.

—Es nuestra canción.

La beso con el alma, la siento con cada uno de mis sentidos. Terminamos de desvestirnos con paciencia, nos saboreamos hasta saciar la necesidad de piel. Hacemos el amor hasta que sus sueños son míos y los míos, suyos; hasta que los miedos son nuestros y el futuro, también.

67

VINCENT

Jamás creí que me sentiría en casa tan lejos de todo, de todos. Lejos de lo que fui, lo que amé, lo que amo y perdí.

Jamás creí que me sentiría en casa solo viendo dormir a una mujer. Otra mujer. Otro ángel.

Hace un mes aterricé en este oasis donde solo soy presente. No voy a mentir, algunas noches los recuerdos se cuelan entre estas sábanas, pero supe darles la bienvenida solo a esos que siempre llevaré en la piel.

Llevo treinta días dentro de esta burbuja dulce donde mis únicas preocupaciones son Violeta, Nerón y mis sesiones con Bennett. Nada más, solo cotidianeidad que se siente tan bien, tan natural. Y sé que estoy viviendo en un cuento de hadas y pronto tendré que regresar a la realidad, solo espero poder llevarme un poco de esta magia.

Contemplo su espalda desnuda a la luz de la luna. Mi índice traza líneas que unen cada lunar, soy incapaz de dejar de tocarla.

Fui adicto a su piel mucho antes de que hiciéramos el amor, pero desde esa noche no puedo parar. No podemos parar, no pensamos en nada más que la piel del otro, somos necesidad insaciable.

Estar dentro de ella me llena de paz, me ayuda a escucharme, entenderme. La conexión que alimentamos con cada beso y cada roce me hace más fuerte.

Llego al final de su columna con mi caricia, asciendo y vuelvo a empezar.

Pienso en lo ciego que estuve, en el tiempo que perdí peleando contra lo inevitable, tratando de alejarla. Recuerdo el reglamento, sus contestaciones y el sarcasmo… Sonrío. Quizá no todo fue tiempo perdido. Tal vez ese ida y vuelta doloroso es parte de nosotros. Quizá no seríamos lo que hoy somos sin él.

Acaricio la marca roja y circular en su cadera, mi boca estuvo allí y en todas partes. Esta noche la pasión nos encontró desenfrenados.

No es la única marcada, mi cuerpo entero lleva su nombre.

Continúo acariciándola, disfrutando de la parsimonia de su sueño y los retazos del último arrebato de deseo.

Me siento pleno, lleno, y hay culpa, sí, tal vez nunca se irá del todo, pero ya no me consume. Lo que siento por esta mujer es más fuerte que la voz que no se cansa de susurrarme «traidor».

No sé si no puedo dormir o no quiero hacerlo. Últimamente deseo exprimir cada segundo del día, disfrutar de las pequeñas cosas a su lado.

No dejo de rememorar cómo nuestros cuerpos se retorcieron entre estas sábanas hasta caer

extenuados de placer. Y amor. Ese amor que ahora me animo a profesar sin pudor, porque di el paso, salté al vacío de su mano.

Mi teléfono vibra sobre la mesa de noche, pretendo ignorarlo, pero no cesa.

Tanteo la mesa sin moverme demasiado, para no despertar a Violeta, y atiendo en un susurro.

—¿Hola?

—Lo tengo. Está vivo, listo para que hagas con él lo que quieras.

68

VIOLETA

Despierto junto a los recuerdos de anoche, me duele el cuerpo de la manera más deliciosa. Hacía años que el sexo no me dejaba tan satisfecha, tan emocionalmente llena.

Vincent es fuego y yo, combustible. Juntos ardemos sin control.

Lo busco a mi lado, pero las sábanas están frías. No me sorprende, siempre se levanta primero para hacernos el desayuno. Ya se amigó con los enchufes y se enamoró del dulce de leche.

Remoloneo un poco más antes de abrir los ojos. Hay un papel doblado a la mitad sobre la almohada. Sonrío al recordar la última nota que me dejó, escribió una cada sábado.

«Despertar a tu lado vale cada batalla conmigo mismo. Buen día, ángel. Tu desayuno está listo, y soy yo».

Me desespero por espabilar y hacer foco para leer la nota, pero la primera línea me paraliza. El resto solo entierra sus garras en mi corazón.

Violeta:

Escribir esto mientras te veo dormir es una de las cosas más duras que hice en mi vida.

Hace unas horas era un afortunado entre tus brazos, oyéndote gemir, saboreando tu boca mientras tomábamos todo lo que cada vaivén que unía nuestros cuerpos tenía para darnos. Hace tan solo unas horas experimentaba lo más parecido a la felicidad plena, y ahora siento que me hundo. Me hundo en esa negrura que estaba aprendiendo a desterrar, me ahogo en sed de venganza.

Paseé por toda la casa intentando pensar, entender lo que siento, dominarlo, tomar la decisión correcta. Contemplé cada lugar donde hicimos el amor durante este mes que me llenó de vida… Acaricié y tapé a Nerón, y volví a ti. Volví a ti esperando encontrar la respuesta, y la hallé. Eres tú, siempre fuiste tú. Por eso tengo que hacer esto. Tengo que volver a Londres y terminar lo que empecé. Tengo que encontrarme una vez más cara a cara con el pasado, porque no hay forma de construir el presente que sueño contigo si no entierro al último de mis demonios.

Necesito hacer esto por Sam, por mí y por ti.

Volveré a tus brazos, ángel, lo prometo.

Te amo, y quiero aprender a decirlo sin tapujos.

Tuyo.
Vincent

Me levanto atontada, confundida, cubro mi desnudez con una bata.

—¡¿Vincent?! —Lo busco por toda la casa sabiendo que no está, el corazón en la boca, las piernas lánguidas por el miedo—. ¡¿Vincent?!

Nerón comienza a llorar. Enciendo la luz de su habitación, lo levanto de la cuna e intento calmarlo mientras salgo al jardín.

El amanecer nace junto con el pánico.

La camioneta de mi padre no está.

«… Tengo que encontrarme una vez más cara a cara con el pasado, porque no hay forma de construir el presente que sueño contigo si no entierro al último de mis demonios».

Terror puro asciende por mis piernas, abrasa mi piel.

Vincent, ¿qué vas a hacer?

69

VINCENT

Fuera de mi cuerpo, fuera de mi mente. Soy una máquina con un objetivo claro.

No siento el cansancio de las horas que manejé hasta el aeropuerto, ni el medio día de vuelo a Londres, solo el estómago revuelto, lleno de contradicciones.

Sé que la guerra no es contra el pasado ni el presente, es contra mí mismo. Yo soy mi propio fantasma, mi ángel de la muerte. Y esta batalla es la más dura de todas, es el último encuentro, el último golpe.

Meses atrás ansiaba este momento, soñaba con él, lo tenía tan claro… Su final, mi final. No importaba nada más. Ahora soy un puto desastre. Y sé por qué, por quién. Dejar a Violeta y a Nerón me costó una parte de mí, una que había sanado. Pero tuve que hacerlo. Tengo que hacerlo. Necesito saciar esta sed de justicia para dejar el pasado donde siempre debió estar.

Camino en el limbo entre lo correcto y lo incorrecto, un pesado bolso en cada mano, el uniforme militar jugando con mi moral.

El celular vuelve a vibrar en mi bolsillo, lleva haciéndolo las últimas horas. Violeta, Zoe, Nathan. Todos intentan rastrearme. Nadie sabe dónde estoy, pero lo presienten.

No puedo responder, no puedo dejar que ninguna emoción se filtre en mi sistema ahora. En cuanto cruce esa puerta ya no seré Vincent, ni Vince, ni Vicente, seré la muerte. Seré la justicia. Seré su verdugo.

La noche cae helada y silenciosa, aún no sabe que será testigo de una muerte.

Camino entre los autos que hoy son chatarra, con cada paso que me acerca al galpón se me ocurren nuevas torturas.

Voy a divertirme esta noche.

Me detengo frente a la pesada puerta, golpeo cinco veces de forma intermitente, justo como lo acordamos.

La fría oscuridad del galpón me da la bienvenida. Una única luz encendida a lo lejos, un foco amarillento que lo ilumina. Allí, amordazado y atado a una silla, está mi premio.

—No sé si tenemos mucho tiempo. —La voz de Morales se oye en la penumbra, su rostro aparece un segundo después.

—Consíguelo.

No puedo leer sus facciones, jamás pude. Es solo inexpresividad. Muerte.

—Tienes que ser limpio.

Sonrío.

—¿Limpio? Limpio no va con mi estilo. —Tiro uno de los bolsos a sus pies—. Hay más de

lo que te prometí.

Se agacha con un movimiento grácil, abre el cierre, echa un vistazo rápido.

—Te quiero afuera. Nadie entra, nadie sale hasta que haya terminado. ¿Entendido?

—Entendido.

El portón se cierra, el silencio es un presagio con aroma a muerte.

Avanzo, el sonido de mis botas sobre el cemento es lo único que se oye.

Dejo caer el otro bolso.

Me agacho a su lado, le quito la capucha negra. Sus ojos desorbitados me miran.

—¿Creíste que iba a olvidarme de ti?

Arranco de un tirón la cinta plateada de su boca. Sonríe con locura.

—Qué lindo volver a verte.

Le devuelvo la sonrisa, me alejo, empieza el ritual.

Abro el bolso, saco el pequeño parlante, el arma, la sierra y la colección de cuchillos.

—¿Vistiendo el uniforme para cometer un crimen?

Su voz me pone la piel de gallina.

—O para no levantar sospechas.

—Qué poco ético…

—¿Desde cuándo tú y yo hablamos de ética?

—¿Desde cuándo hablamos? —Sonríe, muestra esos dientes que aún son blancos—. Que yo recuerde, la última vez solo tenía mis manos en las tetas de tu esposa antes de que fuera un pedazo de carne sin vida en el suelo.

Ruge. Se sacude en su jaula. El monstruo que yacía dormido me suplica salir.

«Mátalo. Hazlo rápido. Siente su sangre, debes saciar tu sed».

La música se hace presente, vibra en esta caja de metal.

—No compartimos gusto musical, prefiero algo más relajado. ¿No tienes otra cosa?

Me saco el gorro, lo miro antes de guardarlo en el bolso.

«Por ti, Sam. Por Nina. Por nosotros».

Me quito la parte superior del uniforme.

—¿Me vas a hacer un *striptease*? No le digo que no a los hombres, pero no sé si tienes lo necesario para gustarme…

Elijo un cuchillo, me acerco a su rostro.

—No, me voy a bañar con tu sangre.

Separo sus dedos, corto su meñique con un golpe seco.

El eco de los alaridos rebota en cada esquina de esta jaula.

—Voy a cortarte uno a uno los dedos, seguiré con las manos, los brazos… No voy a parar hasta que seas pedacitos de carne que le enviaré a tus hombres de regalo.

La sangre mana de forma grotesca, incontrolable. Me nutro con aquel tono escarlata.

«Por Sam. Por Nina. Por mí».

Grita. Se ahoga. Insulta. Se retuerce en la silla.

Levanto el dedo del suelo, lo meto en su boca.

—Bienvenido al infierno. La diversión recién empieza.

70

VINCENT

La fuerza bruta tensa todos los músculos de mi brazo, siento cómo se despega, disfruto del sonido a pesar de los gritos que intentan opacarlo.

Su boca se llena de sangre, se desmaya antes de que pueda mostrarle el trofeo. Miro la muela que acabo de sacarle, me haría un collar con sus dientes.

La cabeza cuelga sobre su pecho, la sangre deslizándose hacia su abdomen, brazos atados en lo alto, piernas cansadas arrastrándose por el suelo rojo.

Suplicó, y lo disfruté. Lo disfruté de una manera que me garantiza que no tendré un lugar en el cielo.

Voy hasta mi bolso, suelto la pinza, dejo la pieza dental al lado de los dos dedos que ya no forman parte de su mano. Agarro una toalla, limpio la sangre de mi rostro, y busco un encendedor.

La llama comienza a calentar el lóbulo de su oreja, el olor a cabello quemado y piel chamuscada llega junto con los alaridos.

—Bienvenido otra vez. Es muy temprano para una siesta, ¿no te parece?

Escupe, su mirada agonizante me busca.

—No tienes alma —balbucea—. Si no hubiéramos empezado con el pie izquierdo, te convertiría en uno de mis hombres.

Guardo el mechero en mi bolsillo, vuelvo al cuchillo. Alzo su mentón con él.

—Puede que no tenga alma, pero tengo escrúpulos.

Una sonrisa ensangrentada.

—Esto no cambiará las cosas… Tu esposa y tu bebé están muertas.

Me agacho hasta estar a la altura de las hendijas moradas que alguna vez fueron sus ojos.

—Tienes razón, no cambiará las cosas. Pero la satisfacción que siento en este momento lo vale.

—¿Por quién lo haces? —Apenas puede murmurar—. ¿Por quién me torturas? ¿Por tu esposa o por ti?

La pregunta me aturde, me juzga.

«¿Por quién lo hago? Por Sam. Por Nina. ¿Por Sam? ¿Por Nina? Por justicia. Esto tiene que ser justicia».

—¿Y tú? ¿Por quién lo hiciste, Cox? ¿Por tu hermano o por ti?

—Lo hice para… llevar justicia a mi familia. Llevarles paz. La sangre llama a la sangre.

Tiro su cabeza hacia atrás, pego nuestras narices.

—¿Paz? Tu hermano está muerto, mi esposa e hija también. ¡¿De qué paz estás hablando?! —Me levanto, camino de un lado a otro—. Solo hacía mi trabajo. ¡Solo hacía mi puto trabajo! ¡Tú lo volviste personal!

—Mi hermano también hacía su trabajo.

—Tu hermano era uno de los narcos más buscados del país. Su cabeza tenía un precio, su muerte estaba escrita. No hables como si fuera inocente.

Tose, escupe, intenta mantenerse erguido.

—Nadie es inocente… ¿Qué pensaría tu esposa si te viera ahora mismo? El rostro desencajado, bañado en sangre ajena… No eres mejor que yo.

Sus palabras sucias evocan el recuerdo de Sam.

Suelto el cuchillo, rodeo su cuello con mis manos.

—No vuelvas a mencionarla. —Aprieto, su garganta comienza a hacer ruidos extraños—. Ni siquiera pienses en ella.

Mientras entierro los dedos en su cuello, la realidad se mezcla con los sueños. Él manoseando a Violeta, matándola frente a mis ojos.

«Mátalo. Por Sam, por Nina. Por Violeta. Mátalo».

La historia se desfigura, antiguos miedos resurgen, la ira se alimenta.

El sol comienza a filtrarse por la ventana rota del galpón.

El amanecer.

«¿Cuántas horas llevo aquí?».

Estoy cansado, sediento, sucio.

La basura no va a soportar mucho más. Lo suelto. Da bocanadas desesperadas para recuperar un poco de vida.

Me alejo, necesito calmarme. Pensar. Disfrutar. Exprimir el momento.

¿Por qué no me siento más ligero? ¿Por qué el peso no desaparece? Quizá lo haga cuando finalmente esté muerto.

—Déjame… morir con dignidad, dame la posibilidad de… defenderme.

Su voz débil enciende la última mecha.

—¿Morir con dignidad? —Río, acabo de perder la poca cordura que tenía—. Hijo de puta… ¡¿Cuál fue la dignidad en la muerte de mi esposa?! ¡Le disparaste a su vientre! ¡A mi hija no nacida! ¡Y la remataste con un tiro en la cabeza! —Saco el arma de la funda, apunto directo entre sus cejas—. ¿Quieres dignidad? ¡¿Quieres puta dignidad?! ¡No mereces nada más que un agujero en la frente y que te coman los gusanos!

Quito el seguro, detengo el tiempo.

—Pídele perdón. ¡Hijo de puta, pídele perdón!

—Pídele perdón a mi hermano.

—Se lo pedí cada puta noche. ¿Crees que me gusta mi trabajo? Solo seguía órdenes. ¿Crees que disfruto torturando y matando como tú disfrutaste quitándole la vida a mi Sam?

—Mírate ahora, no somos tan diferentes.

—¡Pídele perdón!

—Dispara de una puta vez, no tengo nada que perder. Acepté mi destino el día que me metí en el negocio blanco… Pero tú... —Escupe más sangre—. A ti podría quedarte una linda vida todavía. ¿Tienes el coraje para apretar ese gatillo? Sabes que vas a pudrirte en una celda si me

matas, ¿verdad? Al final, yo gano. Te quito tres vidas por una.

Mi corazón es una bomba dentro de mi pecho.

Mi pulso corre.

Mi mente es un desastre.

Yo soy un desastre.

Entierro el cañón en su frente.

—Mátame. ¡Mátame, cobarde! ¡Venga la muerte de tu esposa! ¡Mátame! ¡Mátame! ¡Mátame!

Mi teléfono suena.

No sé por qué lo saco de mi bolsillo, pero lo hago. Sin dejar de apuntar a su cabeza y en trance, miro la pantalla. Violeta besa mi mejilla en la foto, me abraza mientras la cargo en mi espalda en el jardín de su casa. Recuerdo esa tarde, hicimos el amor en la piscina. Nerón se durmió en mi pecho esa noche. Los tres compartimos cama por primera vez.

—¡Mátame! Mátame como maté a tu esposa, acaba conmigo. Véngate. ¡Venga su muerte!

La foto se ve borrosa a través de las lágrimas, pero sigue ahí, el teléfono aún sonando.

Atiendo.

—¿Vincent? —Hay angustia y desesperación en su voz, me arrastra a la realidad—. No cortes, por favor. Solo… escúchame.

Cox abre la boca rota para hablar, pero el cañón sediento de venganza sella sus labios.

—Lo que sea que estés haciendo… no te traerá nada más que satisfacción momentánea. No te devolverá a Sam, amor. No te devolverá a Nina. —Su llanto me estruja el corazón, hace temblar la mano que sostiene el arma—. No vale la pena perder el resto de tu vida por venganza. Mira lo que estás haciendo, Vincent, míralo y piensa si vale más que nuestro hoy.

La basura se mueve, hundo más el cañón en su boca.

«Míralo y piensa si vale más que nuestro hoy».

Mis rodillas flaquean con cada recuerdo de los últimos meses junto a Violeta, me cuesta mantenerme de pie, me cuesta apuntar, decidir.

«… Tenía mis manos en las tetas de tu esposa antes de que fuera un pedazo de carne sin vida en el suelo». «Al final, yo gano. Te quito tres vidas por una».

Su rostro brilla, ensangrentado y suplicante, bajo la luz amarillenta.

—Me quitó a mi familia —susurro.

—Lo sé, cariño, pero si lo matas lo hará de nuevo.

«Escúchala. Escucha a tu ángel. Si lo matas, te quitará a Violeta y a Nerón. Si lo matas, pasarás el resto de tu juventud tras las rejas. Perderás la vida a la que tanto te costó aferrarte».

—Vuelve a mí, Hamilton, por favor. Soy tu familia ahora. Eres mi familia ahora. Vuelve a mí, amor.

«Antes no tenías nada que perder, antes valía la pena. Antes».

—Vincent, por…

Corto.

Mis ojos arden.

La vida vuelve a doler demasiado.

Mi pulso tiembla.

La guerra en mi cabeza llega a su fin.

Creo que marco su número, apenas veo lo que hago.
Atiende al segundo tono.
—¿Vincent?
Mi pecho sube y baja, la bestia todavía ruge.
—¿Hola?
Bajo el arma, doy un paso atrás.
—Te necesito.

Estella Dufort entra al galpón acompañada por el agente especial Gael Evans. La violencia sensibiliza su piel; la humedad y la sangre, su olfato.

La escena es dantesca.

Un hombre yace colgado de sus extremidades superiores, su cuerpo balanceándose dolorosamente sobre un río de sangre.

Allí, en una oscura esquina del depósito, vislumbra la figura de un alma derrotada. Vincent Hamilton está cubierto de sangre, abraza sus piernas mientras espera que todo termine.

El corazón de la mujer se rompe por aquel joven al que quiere como si fuera su propio hijo. No tarda en entender el llamado misterioso, tendrá que limpiar su desastre.

71

VIOLETA

Desesperada, aturdida, angustiada, preocupada… Soy todas esas emociones y no soy ninguna, porque sigo en blanco.

La mitad de mis escasos ahorros fueron a parar a un pasaje de avión sin escalas en primera clase. Lo único que conseguí después de llamar a Milo para saber si podía sacar a Nerón del país, recibir la documentación que me envió, juntar todas nuestras cosas y salir rumbo al aeropuerto como si fuera el fin del mundo.

Dejé todo atrás esa misma mañana. Y no dudé. No dudé ni un mísero segundo.

«Donde tú estés será mi oasis».

¿Es un error? ¿No lo es? No lo sé… Solo sé que necesito estar a su lado. Solo sé que me necesita tanto como yo a él.

Leo el mensaje de Alan otra vez.

Nerón está bien, ya se durmió. Tranquila, resolvé tus asuntos.

Miro a Nathan, luce igual que yo. Zoe está a su lado, también tiene los ojos hinchados de tanto llorar.

Los padres de Vincent no saben nada, Zoe decidió que era mejor no llamarlos hasta no saber qué iba a suceder con su hermano. Estoy de acuerdo, pasaron por tanto, no necesitan otra preocupación.

La sala de espera de la comisaría está tranquila, el silencio me pone los pelos de punta. El vuelo fue una tortura, pero el estar aquí, tan cerca y tan lejos, es peor.

—¿Cuándo podremos verlo? —La ansiedad tiene voz—. ¿Cuánto lleva encerrado ahí? ¿Dos días?

—No lo sé… —Nate agarra mi mano, la aprieta con suavidad—. La cosa está complicada, Violeta. Quiero que…

Una puerta se abre. Gael Evans, un colega de Vincent, me señala.

—¿Yo? —Miro a Nate, a Zoe—. Tal vez… ellos deberían…

—Ve —Zoe me interrumpe—. Te quiere a ti. Te necesita a ti. Solo… dile que estamos aquí.

El mundo es más nítido cuando me pongo de pie. Cada paso que me acerca a ese hombre de traje y mirada seria me llena de adrenalina.

—Adelántame algo, por favor, lo que sea.

Evans escanea la sala antes de volver a posar sus ojos de zafiro en mí.

—Están intentando arreglarlo internamente, eso es todo lo que puedo decirte.

«Cubrirlo. Van a cubrirlo».

—¿Crees que funcionará?

—No lo sé. Solo puedo decirte que te conseguí diez minutos. Intenta calmarlo, por favor.

Las palabras que quiero susurrarle a Vincent se acumulan en mi boca hasta el punto de dejarme muda.

Asiento.

Recorro el frío pasillo siendo escoltada por el agente. Llegamos al final, abre una puerta negra, me indica que pase con un gesto de cabeza.

Vincent se abalanza sobre mí, no tengo tiempo para reaccionar. Me abraza como jamás me había abrazado, con fuerza bruta, necesidad pura, desesperación, vergüenza y pánico. Me levanta, haciendo que mis piernas rodeen su cintura por instinto. Nos lleva hasta una esquina de la pequeñísima habitación, se sienta en un catre destartalado. Entierra la cara en mi cuello, comienza a llorar sin control mientras me abraza tan fuerte que apenas puedo respirar.

—Shhh…. Todo estará bien, amor. —Acaricio su cabello sucio—. Todo terminó. Pronto tendrás la paz que tanto necesitas, te lo prometo.

Alza la mirada. La imagen me rompe. Sangre seca pinta su rostro y parte de su cabello, no hay adorables pecas a la vista y sus bonitos ojos ámbar están rojos e hinchados.

—No lo hice. No lo hice. No lo hice —susurra una y otra vez—. No lo maté. No dejé que me lo quitara todo otra vez. No dejé que te alejara de mí.

Muerdo mi labio inferior para ocultar su temblor.

—Está bien. Todo estará bien ahora.

Sostiene mi rostro con sus manos sucias, bañadas en sangre ajena, sedientas de venganza. Su mirada desorbitada parte mi pecho, me impide respirar.

—No voy a dejar que te aleje de mí.

«Sigue en *shock*».

—Nadie va a alejarme de ti. —Dejo caricias en sus mejillas—. Nadie va a separarnos. Estoy aquí. Estás aquí. Estamos juntos.

Me besa con furia, miedo y amor. Y no me importa la sangre que mancha su rostro, sus manos y su alma, solo me importa ese Vincent que lucha contra viento y marea para resurgir de las cenizas, ese Vincent que lo vale todo.

Apoya su perfil en mi pecho, los brazos alrededor de mi cintura apresándome con necesidad.

—No lo hice porque amo nuestro hoy. —Su voz está rota—. Amo nuestro hoy y quiero un mañana. Ya no soy el de antes, ya no soy el que no tiene nada que perder. No soy así. No soy así… No voy a dejar que me lo quite todo otra vez. No voy a dejar que te aleje de mí.

Corro el cabello de su rostro, intento calmarlo con caricias y promesas dulces que ruego poder cumplir.

Respiro por primera vez desde que abrí aquella nota que dejó sobre la almohada.

—Todo pasó, amor. Estás aquí, estoy aquí. Nathan y tu hermana están afuera. Todos estamos aquí para ti. No estás solo. Nunca estarás solo.

La puerta se abre, Estella, su superior, entra.

Bajo del regazo de Vincent, que se rehúsa a soltarme.

—No iré a ninguna parte, estoy contigo —aseguro, sentándome a su lado.

—Tenemos que hablar —la mujer habla con la frialdad que la caracteriza y, mirando fijo a su agente, agrega—: A solas.

—Lo que sea que tengas que decir, puedes decirlo frente a Violeta.

Me siento incómoda bajo la mirada cansada de la señora Dufort, pero mentiría si dijera que no estoy desesperada por escuchar cualquier cosa que salga de su boca.

Inhala profundo, suspira y se sienta junto a la pequeña mesa cuadrada contra la pared. Apoya una carpeta negra.

—¿Eres consciente de lo que hiciste, Vincent? —Silencio. Hamilton la mira, pero creo que sigue en otro mundo—. Torturaste a un hombre por beneficio propio.

—Apenas lo toqué. No le hice nada en comparación con lo que soñé. Con lo que merecía.

Estella cierra los ojos un instante.

—¿Apenas lo tocaste? ¡Le faltan dos dedos, una muela, tiene las costillas quebradas y está desfigurado!

—¡Lo merecía! ¡Es un narco! —Vincent despierta, la ira renaciendo—. Un pez gordo que buscamos hace años, docenas de operativos para llegar a su clan. Cayó su hermano, ¡en mis putas manos! ¡Mató a mi familia para vengarse! ¿Y ahora te preocupan sus costillas?

—¡Me preocupa tu sed de venganza! ¡Me preocupa que fuiste solo! ¡Me preocupa que pudiste morir en ese galpón sin que pudiéramos hacer nada para evitarlo! Me preocupa saber que ya no confías en la justicia cuando eres parte de ella…

Siento el dolor en cada palabra de esa mujer que aprecia a Vincent por encima de su profesión.

—Ya está, Estella, no puedo cambiar el pasado. Lo hecho, hecho está. Dilo. Dime qué pasará.

Dufort se levanta, se acerca a Vincent, él inclina la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Te salvaste esta vez, Hamilton. Hicimos un arreglo interno tan sucio como tu tortura. Tus colegas y yo estuvimos más de veinticuatro horas sin dormir para salvarte el culo. ¿Entiendes eso? —Me sorprende el tono y la elección de palabras, el agotamiento le robó la diplomacia—. Puse mi pellejo en juego, toda mi carrera, años de sacrificio, mis manos en el fuego por ti. Tienes suerte de que se haya podido tapar porque es un caso inmenso y todos están hambrientos. —Le da la espalda, agarra la carpeta de la mesa y la pone frente a la mirada aturdida de Vincent—. Tienes suerte de que te quiera como a un hijo, de que conozca tu dolor, de que quiera para ti la segunda oportunidad que mereces.

La confesión golpea a Hamilton, se miran con intensidad, hablan sin palabras.

Abre la carpeta, hojea los documentos con manos temblorosas.

—Renuncia —murmura.

—Todo tiene un costo. No volverás a trabajar para el Estado en Asalto y Táctica, tampoco en la agencia de seguridad privada. No puedes salir del país hasta que todo el asunto y el papelerío estén terminados. Puedes conservar tu placa, pero te sugiero que te alejes de la profesión, ya no tiene nada bueno para darte. Ya no trae a tu vida nada más que tormento y rencor. —Su índice roza el mentón de Vincent, lo alza, lo obliga a mirarla—. Para ver el futuro debes aprender del pasado. Aprende, Vincent. Sigue sin mirar atrás.

72

VIOLETA

La calma después de la tormenta, así se siente despertar a su lado luego de creer que lo perdía todo.

Una sonrisa cansada llega antes que su voz.

—Buen día, ángel.

Le sonrío y contemplo los detalles de su rostro limpio, libre de rastros de violencia.

—Buen día.

Nerón duerme entre nosotros, los tres en la pequeña cama de mi habitación. Apenas cabemos, nuestras piernas se abrazan por falta de espacio y necesidad.

—¿Cómo te sientes?

Acaricia los rollitos en las piernas de Nero, piensa mientras lo mira.

—Liviano. ¿Confundido? Agotado. Avergonzado… —Me busca, me sostiene la mirada con esa intensidad que me hizo caer—. Me avergüenza que sepas… lo que hice, y no tiene sentido porque sabes que hice cosas peores.

Las imágenes que las palabras de Estella crearon en mi mente vuelven para atormentarme.

—Sé que hiciste cosas terribles, Vincent, sé que era tu trabajo.

—Esta vez no era mi trabajo, lo hice porque quise. Lo hice por venganza.

Mi piel se eriza.

—No voy a decirte que me encanta esa parte de ti, porque no es cierto, pero sé que no existiría si no te hubieran hecho daño. No eres tú, es el dolor. No estoy justificándote, pero si no te hubieran robado la vida, no buscarías venganza. Eso lo tengo claro, Vincent. Y no puedo juzgarte, porque no sé de qué sería capaz si estuviera en tu lugar.

Hay alivio en sus ojos.

La caricia deja a Nerón para rozar mi piel.

—Gracias por ponerte en mi lugar. No muchas personas supieron hacerlo, no muchos quisieron sentir lo que siento, intentar entenderme… Algunos simplemente creen que debería seguir adelante, como si fuera tan sencillo. Borrón y cuenta nueva… Pero tú, tú lo hiciste desde el primer día, ángel. Me diste mi espacio, apostaste por mí. Eso fue lo que me enamoró de ti, tienes un corazón tan grande que no te cabe en el pecho. Estás dispuesta a latir por los demás, incluso cuando no lo merecen.

—Tú lo mereces.

—Ahora, quizá.

—Siempre.

Me inclino sobre mi sobrino para besar al hombre de mis sueños.

—Perdón por dejarte así —susurra—. Pero si te despertaba, si me mirabas a los ojos, no iba a poder hacerlo. No iba a poder irme.

—Ojalá me hubieras despertado…

Besa mis mejillas, mi mandíbula y la punta de mi nariz.

—Lo lamento. Creí que necesitaba… Creí… Durante años creí que era lo correcto, ángel. Mi trabajo y la sed de venganza fueron lo único que me mantuvo con vida.

Una nueva preocupación aflora.

—Vincent, ¿crees… que lo llevarás bien? No trabajar más de esto. Sé lo importante que es para ti. ¿Qué pasa ahora? Era lo que te mantenía vivo, era…

—Antes, ángel. *Era* lo que me mantenía vivo, ahora tengo otras razones. Te tengo a ti. Tengo mis ganas, tengo… un objetivo. Quiero cuidar de ti, de Nerón. Quiero cuidar de mí, recomponer el vínculo con mi familia, quiero… ser mejor. Quiero ser un mejor hombre por Nina, por Sam, por ti. Se los debo. Me lo debo.

Lo beso con dulzura, con toda esa paz que tanto nos merecemos por haber llegado hasta aquí.

El silencio vuelve a envolvernos, disfrutamos de este tiempo robado a la rutina, de esta tregua en medio de la guerra.

Mi mente divaga más de lo que me gusta. A veces me traiciona, decide caminar por zonas pantanosas, elige poner el foco en aquellas cosas grises en lugar de hacer brillar los colores. Y de repente me encuentro pensando, dejando que la ansiedad me devore.

¿Dónde voy a vivir? ¿Aquí con Alan? ¿Le molestará Nerón? ¿Argentina o Londres? ¿Qué es mejor para él? ¿Aún conservo mi trabajo? No lo creo, me excedí con las faltas, ya terminó mi licencia. ¿Y Alan? ¿Me contará alguna vez qué fue lo que lo tuvo tan extraño durante algunas semanas? ¿Volverá a ser el de siempre?

—Te perdí.

El masaje en mi cabello me arrastra a la realidad.

—¿Eh?

—Te perdí durante unos minutos, te fuiste a otro mundo. ¿Qué te preocupa, ángel? Además del loco de tu novio.

Sonrío.

—Nada.

—Galeno…

Suspiro.

—El futuro… —susurro—. Y Alan.

—El futuro está muy lejos como para preocuparse por él. Una sabia y hermosa mujer me dijo que me enfocara en el hoy. Quizá deberías hacerle caso. —Muerde mi nariz, río bajito—. Y Alan… ¿Qué pasa con él? ¿Aún no te contó por qué estaba mal?

Niego.

—Alguien le rompió el corazón. No se abre, Vincent, y no puedo hacer nada más que verlo lidiar con esto… Solo.

Silencio.

—¿Qué?

—Nada.

—Conozco esa mirada, Hamilton, dilo.

Suspira.

—¿No pensaste que quizá la persona que le rompió el corazón… eres tú?

El mundo se detiene.

—¿Yo?

—Piénsalo, ángel. Una vida juntos, incluso compartiendo techo, no es imposible. De hecho, es natural, lógico… Yo me enamoraría de ti.

Mi corazón bombea muy rápido.

—Nosotros no… No funcionamos así, quiero decir… Lo intentamos, hace muchos años, cuando éramos más jóvenes, algo fugaz. No funcionó, no sentimos nada.

La mirada de Vincent es seria, pero comprensiva.

—¿No *sintieron* nada o no sentiste nada?

La pregunta hace que me replantee toda mi amistad con Alan.

—No… No puede ser.

—Habla con él, pregúntaselo. Eres una mujer directa, Violeta, sácate la duda.

¿Hablar con él? Ni siquiera sé cómo podría preguntarle algo así…

Vuelve el silencio, pero esta vez me acecha.

Mi cabeza es un caos, la duda me lastima.

¿Y si es verdad? ¿Qué sería de nosotros?

Una eternidad después, la voz grave de Vincent abre mis párpados.

—Voy a vender la casa.

Lo miro, intento leerlo.

—¿Estás… seguro?

—Necesito hacerlo.

Busco su mano, apoyada sobre la pancita de Nerón, entrelazo nuestros dedos y acerco su dorso a mi boca.

—Voy a alquilar un departamento hasta que se venda, yo… no puedo volver allí. No puedo vivir allí.

—Te apoyo. Siempre.

Me sonríe.

—Creo que empezaré a embalar hoy mismo.

Sé que es la adrenalina la que habla por él, pero también sé que a veces necesitamos un empujón que nos llene de coraje.

—Me parece una buena idea.

—Dormiré en la casa de mis padres esta noche. ¿Te gustaría… venir a cenar con nosotros? Yo… no estoy listo para separarme de ti. No quiero que pienses que seré un novio absorbente, solo… es que hoy…

—Está bien. —Acaricio su mejilla, la barba incipiente me hace cosquillas—. Deja de analizar todo. Es tan simple como decir: «No quiero extrañarte, te necesito».

Se lleva mi mano a los labios, me devuelve el beso.

—No quiero extrañarte, Galeno. Te necesito.

Estoy mirando el reloj como si pudiera detener el tiempo.

Mi pulso está enloquecido, me duele el estómago y ya no me quedan uñas.

La puerta se abre, Alan tira sus cosas sobre el sofá y me sonríe.

—No sabés cuánto extrañaba volver y tenerte en casa.

Le devuelvo la sonrisa y le doy el café que le preparé hace minutos.

—¡Y esto! Nunca voy a entender cómo te queda con tanta espuma. No hay nada mejor que tus cafés. ¿Cómo está la máquina de cagar?

Besa mi cabeza, va hacia la cocina.

—¿Soy yo?

Mi voz detiene sus pasos, gira.

—¿Qué?

—¿Soy… yo la que te rompió el corazón?

Silencio.

Tensión.

Miedo.

Dolor.

«No, por favor. No, no, no».

Una sonrisa encantadora destrona a la seriedad.

—No, Leta. Te amo. Te amo… como a una hermana.

Mis piernas se aflojan.

—¿Lo jurás?

Deja la taza en la mesa de centro, se acerca, agarra mi rostro. Durante un instante nos miramos como si fuéramos desconocidos.

—No tenés de qué preocuparte. No funcionamos de esa forma. Fue como besar a un sapo, ¿te acordás?

Río nerviosa, aún presa del pánico a perder a la persona más importante en mi vida. Lo abrazo. Entierro la mejilla en su pecho y lo apretujo con fuerza. Sus brazos tardan unos segundos en rodearme, pero lo hacen.

Su delantal huele a hospital y a ese perfume caro y masculino. Huele a seguridad. A familia. A casa.

—Decime que nunca vas a dejarme, Barone. Decime que nuestra amistad es para siempre.

—Vos creés que nada es para siempre…

—Vos y yo tenemos que ser la excepción. Decilo. Te lo suplico.

Un suspiro, una caricia en mi piel.

—Te llevo tan adentro que ya no sé si el corazón que late es mío o tuyo. Nada, Leta, ni siquiera una tragedia como enamorarme de vos, podría separarnos.

73

VINCENT

Picasso no deja de lamerme la cara, las manos. No importa cuánto le diga que también lo extrañé, ni cuántas caricias reciba, no se despega de mi lado. No imagino lo que será cuando vea a Violeta, cuando conozca a Nerón…

Nathan cuidó bien de él. Conoció el amor desinteresado, y ahora quiere un cachorro. ¿Quién lo diría? Nathan Walker, el que no podía cuidar ni a un pez.

Mamá me mira, estoy bajo su lupa desde que llegué a casa. Sé que intuye que algo pasa, pero hicimos un pacto de silencio. No vamos a contarles a mis padres lo que ocurrió con Cox, solo les diremos que lo atraparon cuando la noticia salga en los medios. No necesitan más dolor. No necesito traer más mierda a sus vidas. Tuvieron suficiente viéndome caer.

El silencio nos encuentra mirándonos. Mamá, papá, Nate, Zoe, todos esperando. Esperándome.

—Estoy listo.

Mi padre masajea mi hombro, me da una caja vacía. Me pongo de pie, la tierra se mueve, las emociones me envuelven.

—Empezaré… Empezaré por el cuarto de Nina. Voy a donar todo a un hogar para niños. —Busco a mamá, tiene los ojos húmedos—. ¿Puedes encontrar el que más lo necesite?

Asiente.

—Claro, cielo.

Inhalo profundo, miro la escalera.

«Puedes hacerlo».

—¿Quieres que vaya contigo? —Zoe me abraza de costado—. Puedo… ayudarte.

Niego.

—Tengo que hacerlo solo. —Beso su cabeza—. Te amo.

—También yo.

Piso el primer escalón y siento que voy a derrumbarme. Las voces están ahí, susurrándome que aún es pronto, que no debo hacerlo. El segundo peldaño me encuentra más seguro, aferrándome a una certeza: mi hija no está en esa habitación, está en mi corazón. Nadie podrá sacarla de ahí, nos iremos juntos de este mundo cuando sea la hora.

Entro al cuarto.

La cuna me mira, me recuerda las noches que pasamos juntos. Me acerco a ella, acaricio la mantita a la que me aferré cada vez que se me desgarraba el alma. Cada vez que lloré hasta quedarme sin fuerzas para levantarme.

Miro alrededor, me permito perderme una última vez en todos los recuerdos que imaginé que construiríamos entre estas paredes. Risas, llanto, berrinches, abrazos, cuentos para dormir, besos de buenas noches…

Cierro los ojos.

—Adiós, bebé. Papi te ama.

Una brisa cálida sensibiliza mi piel, me roba una sonrisa que sabe a lágrimas.

—Papi jamás te olvida.

La habitación se dibuja borrosa frente a mí.

Agarro el oso de peluche con uniforme de bombero que Nate le regaló, elijo quedármelo. Por alguna razón siempre fue especial, tal vez porque pasé noches enteras imaginando a Nina jugando con él.

Abro la cajonera, comienzo a guardar la ropita nueva en la caja. Cada cajón vacío es un barrote menos en mi jaula.

Y duele. Carajo, cuánto duele. Pero es necesario llegar al final para ver un nuevo comienzo.

74

VINCENT

Las paredes que una vez estuvieron llenas de vida hoy están vacías; el salón donde reinó la risa, en silencio. Pero las palabras de amor susurradas en cada esquina aún se oyen, cada una guarda un recuerdo que vivirá para siempre en esta casa.

Levanto la última caja, Violeta le pone la correa a Picasso, que no deja de lamer a Nerón.

Ambos miramos alrededor, este hogar también conserva recuerdos nuestros. Momentos que creí pecados…

—Siempre quise preguntarte por qué te quedaste aquí, después de… todo lo que pasó. ¿Por qué, Vincent? ¿Por qué seguiste viviendo en el lugar donde tanto sufriste?

—Porque decidí que sería mi castigo. Un recordatorio constante de mi culpa, de mi error. Despertar y desayunar en el mismo lugar donde me lo arrebataron todo, mirar en silencio el mismo suelo por donde corrió la sangre inocente de Sam... Una tortura eterna, mi infierno personal. —Suspiro—. Pero ya no quiero ser castigado, ángel. Quiero paz. Necesito perdón.

Violeta acaricia mi mejilla, me mira, y cuando me mira así, sus ojos me invitan a soñar.

—Sam no te culpa, Vincent. Estoy segura. Nadie te culpa. Ese perdón que necesitas es tuyo, está en tus manos. Perdónate, Hamilton, sé libre.

Un beso efímero en mis labios, una sonrisa.

—Estaremos afuera esperándote.

Sus pasos y los ladridos de Picasso se alejan, el silencio vuelve a abrazarme.

Me acuesto sobre el suelo de madera, la tarde de verano crea un interesante juego de luces y sombras en el techo.

Respiro y le hago caso a Bennett, agradezco en voz alta. Tengo mucho por qué llorar, pero más por lo que sentirme afortunado.

—Gracias, Sam, por enamorarte de mí. Por darme la mano y permitirme descubrir el amor. Por compartirme tu cuerpo y tu alma, por soñar conmigo, por creer en mí. Gracias por cada risa, cada lágrima y cada te amo que susurraste entre estas paredes. Gracias por hacerme el hombre que soy. Gracias por darme a Nina y enseñarme que no hace falta conocer para amar, solo sentir. Gracias por hacerme feliz, Sammy. Gracias por hacerme creer en el amor.

Cierro los ojos, dejo que todos los recuerdos felices me invadan, me abrumen, me acaricien.

—Así te voy a recordar —susurro, viendo su sonrisa—. Así te voy a recordar por siempre, Sam.

El dolor merma, el brillo en sus ojos me da fuerzas para pararme. Levanto la caja, esa que tiene todas nuestras fotos.

Miro una última vez el lugar donde fui feliz, donde amé, morí y renací.

«No importa si el cielo está gris allá afuera, si llueve o hay un sol que jamás se oculta. Las estrellas siempre brillarán para nosotros aquí, en nuestro lugar en el mundo, bajo nuestro pedazo de cielo».

Sonrío y cierro la puerta, llevándome en el alma nuestro lugar en el mundo.

Violeta, Nerón y Picasso me esperan bajo el atardecer.

—¿Estás bien? —susurra.

—Lo estaré.

Entrelazo nuestros dedos.

—¿Y… ahora qué, *Vicente*?

Sonrío.

—No lo sé, pero es contigo.

EPÍLOGO

UN AÑO Y MEDIO DESPUÉS

VIOLETA

Estoy aplastada entre Alan y Morgan, saltan mientras me abrazan y festejan el logro como propio al ritmo de un coro desafinado.

—¡Galeeeeno! ¡Galeeeeno! ¡Galeeeeno!

—La van a asfixiar, vamos a tener que hacerle reanimación cardiopulmonar. Bueno… Morgan, basta. Barone, me voy a arrepentir de haberte nombrado jefe de Cirugía.

Me sueltan cuando el director los reta.

—Felicitaciones, Galeno. —Angus extiende la mano, acepto el apretón y la sonrisa que consigo robarle—. Te lo mereces, trabajaste duro.

El gesto está lleno de formalidad, su cuerpo rígido, pero el brillo en sus ojos… es orgullo. Sé que es orgullo. Nadie más que él sabe cuánto amo este trabajo.

—Gracias.

—Bueno, supongo que tengo que volver a trabajar. No se puede vivir de festejo, ¿no? —Morgan mira a Angus, este niega—. Manos a la obra, tengo muchos culos que limpiar e inyectar.

—Morgan…

—Perdón, perdón. La diplomacia a veces se me olvida.

Él y el director salen de la sala de descanso, Alan se prepara un café.

—¿Venís a cenar esta noche? Nerón se muere por verte, dice tu nombre a todas horas.

Se rasca la cabeza, mira el delicioso veneno negro llenar su taza. La taza horrenda que le hice cuando aprendí a utilizar el torno alfarero.

—Estoy complicado hoy. ¿Desayuno mañana en nuestra cafetería?

Asiento.

Agarra su taza, deja un beso en mi frente.

—Felicitaciones otra vez, Leta. Nadie más que vos lo merecía, trabajaste duro por tu sueño.



Miro la pintoresca casita a treinta minutos del ajetreo londinense, el jardín cuidado, los juguetes de Nerón desparramados por el césped.

Sonrío. A veces me cuesta creer que es mi hogar, mi lugar en el mundo. Lo conseguí, hice las paces con el pasado, estoy donde siempre quise estar.

Los nervios me juegan una mala pasada cuando empiezo a caminar, las llaves se me caen dos veces.

«Tranquila. Respira».

Entro.

El aroma a comida casera me saca una sonrisa y hace rugir mi estómago.

Nerón corre en pañales hacia mí, lo levanto para llenarlo de besos.

—¿Cómo está mi hombre favorito?

Ríe a carcajadas mientras beso ruidosamente su cuello.

—Me pongo celoso, Galeno…

Vincent se apoya en la arcada de la cocina, aún tiene puesto el uniforme de la Escuela de Policías.

—Me gusta ese español, Vicente, cada día mejor…

Me guiña un ojo.

—Es martes. Los martes son de español, ¿no?

Me acerco para besarlo, pruebo sus labios, Nerón nos separa como siempre.

—¡Mía! —Aleja a Vincent—. Mía. Mía.

Río.

—Tenemos un serio problema aquí. No tiene ni tres años y ya me está robando a mi esposa. ¿Qué va a pasar cuando crezca?

Agarra la mano de Nerón, la lleva a su boca, finge comerse sus dedos hasta que el pequeño estalla en carcajadas otra vez.

—¿Cómo estuvo tu día?

Muerdo mi labio inferior.

—Estás mirando a la nueva jefa de Emergencias. Puesto permanente.

Su boca se abre con sorpresa.

—No…

—Sí…

Bajo a Nerón, que corre detrás de Picasso.

Vincent sujeta mi mandíbula, me besa de manera deliciosa.

—¿Estoy besando a la nueva jefa de Emergencias?

—Correcto…

—Eso es *sexy*, Galeno.

Muerdo su labio, y una sonrisa deslumbrante vuelve perfecto mi día.

—¡¿Escuchaste eso, Nero?! Mamá consiguió el trabajo de sus sueños. Ven, vamos a darle un abrazo de oso.

Vincent alza a Nerón y ambos me abrazan hasta que no puedo respirar. No me quejo, no me muevo, soñé con este instante, soñé con esta vida.

—Estoy muy orgulloso de ti, ángel. ¿Ya puedo contárselo a todos mis colegas?

Sonrío.

—Puedes.

—Voy a hacerlo. —Mira a Nerón—. ¿Entiendes lo afortunados que somos, hombrecito? Tenemos a la mujer más inteligente del mundo en casa.

Nerón repite «inteligente», sus intentos son buenos.

Quiere volver con Picasso, Vincent lo deja de pie y se ríe al verlo correr en pañales por toda la casa.

—No hay forma de ponerle un pantalón, tiene alma de nudista…

—Se parece a alguien que conozco.

—Te encanta verme desnudo, Galeno, no intentes disimularlo. Te gustaba cuando eras mi enfermera y te gusta más ahora.

—Dile a Bennett que lo aplaudo, esa autoestima está donde siempre debió estar.

Niega mientras vuelve a la cocina. Nerón entra y sale, intenta agarrarle la cola a Picasso.

—¿Cómo te fue en la sesión?

—Me tocó los hue… —Se detiene, mira a Nerón, le sonríe y él le muestra sus dientitos de leche—. Decía que… intenso, como siempre, pero bien.

—Esa boca, Vicente… Dilo de nuevo.

—¿Qué?

—Siempre.

—Siempre —repite—. Siempre.

—Mejor, esa erre va mejorando. ¿Y tus alumnos?

—Posiblemente insultando a todo mi árbol genealógico, hoy no tuve piedad.

Desde que Vincent enseña defensa personal y combate en una escuela de policías es otro. Está enérgico, disciplinado, enfocado. Ambos sabemos que no es nada comparado con lo que solía hacer, también que no le permite explotar todo su potencial, pero de alguna manera continúa haciendo lo que sabe, lo que amaba antes de la tragedia. Le debe a su colega, el agente Evans, el contacto. El puesto se lo ganó con dedicación y sudor.

—Te lo agradecerán el día de mañana.

—Lo sé.

Vuelve a concentrarse en la cena, revuelve algo que huele exquisito. Lo miro, y los nervios afloran otra vez.

«Tranquila. Tranquila».

Vuelvo al salón. Esquivo los juguetes, me quito el bolso, que continuaba cruzado sobre mi pecho, y llamo a Nerón.

—Dale esto a papá —susurro, sacando la cajita de la cartera y poniéndola en sus manos.

Nerón corre hacia la cocina.

—¿Qué haremos para celebrar? —La voz de Vincent llega lejana—. ¿Invitamos a la familia y los amigos? Puedo cocinar lo quieras… ¡*Hey*, hombrecito! ¿Qué? ¿Qué es esto?

Me acerco a la cocina a paso lento, mi corazón bombeando enloquecido.

El tiempo de detiene en sus ojos llenos de lágrimas, en la sonrisa aterrada que curva sus labios.

—¿Violeta?

Una pregunta en su mirada.

Asiento, me cubro la boca con las manos, intento controlar el llanto que me asalta.

Deja la cajita en la mesada, mira la ecografía otra vez.

—Hola, papi —lee en un susurro lo que escribí en el margen blanco junto a una carita feliz.

Me mira, está en *shock*. Sabía que lo estaría, llevo días temiendo su reacción. Sé que puede ser complicado para él, después de su experiencia.

Se abalanza sobre mí, su cuerpo me envuelve, me hace sentir poderosa y frágil, inmensa y diminuta. Sostiene mi rostro, lo acaricia, borra mis lágrimas mientras las suyas caen libres.

—¿Esto? ¿Tú…? Nosotros… —Lleva las manos a mi panza, la toca, la mira, incluso levanta mi uniforme—. Ángel…

La risa me atrapa, son nervios, es miedo, amor.

Vuelve a mirar la ecografía, palidece.

—Espera… ¿Dos?

Sonrío.

—Dos.

—¿Cómo…? ¿Qué…?
Sujeto su rostro aturdido, lo beso.
—Parece que donde pones el ojo, pones la bala, Hamilton.

VINCENT

CUATRO MESES DESPUÉS

Acomodo la corbata de Nerón, estoy más nervioso de lo que imaginaba.

—Mamá va a comerte a besos cuando te vea. —Peino su cabello hacia el costado—. ¿Crees que tendré tu misma suerte, hombrecito?

Nerón asiente, a pesar de que estoy seguro de que entiende la mitad de lo que digo. A veces olvido que aún no domina el inglés. Pero de alguna manera conectamos, nos entendemos con miradas y sonrisas. Es el vínculo, el amor no necesita palabras.

Ato los cordones de sus zapatitos negros, lo miro. No puedo creer que haya crecido tanto. Recuerdo el día en que lo conocí, fue amor a primera vista. Me enamoré de esa sonrisa pícara al instante, pero cuando me dijo *papá*, me tuvo a sus pies. Sonó como imaginé que sonaría Nina.

Violeta y yo nos sorprendimos, no supimos de dónde lo sacó, jamás le dijimos cómo tenía que referirse a nosotros. Creo que de tanto escucharnos a Zoe y a mí hablar con nuestro padre se le pegó. Empezó a repetir la palabra hasta el cansancio una tarde, siempre mirándome, siempre buscándome. Mi madre lloró, yo también. De ahí a llamar *mamá* a Violeta hubo un solo paso.

No pensamos en ocultarle su historia, su identidad, buscaremos la manera de contársela cuando tenga la edad suficiente para comprenderla. Bennett nos está ayudando con eso. Mientras tanto, disfrutamos de saber que somos las figuras que necesita.

Me pongo de pie, miro el reloj.

—Es la hora, Nero. Vamos.

Acomodo mi traje y le doy la mano. Salimos al jardín, Picasso nos sigue.

Los minutos vuelan.

Violeta estaciona su auto, baja. Abre la reja, cruza el parque con las manos en la boca. Mientras la veo caminar hacia nosotros, juro que la vida se detiene.

La pancita se hace notar bajo su ambo blanco, cada vez que la veo, que la siento con las yemas de mis dedos, me invade la felicidad, pero también el pánico. Tengo cuatro vidas que proteger con la mía.

Lucho día a día contra la ansiedad y los fantasmas que despertaron con la noticia de que seré padre. Pero cuando me acuesto a su lado, susurro un *buenas noches* y abrazo su vientre, me siento orgulloso por vencerlos, silenciarlos una vez más.

No voy a perderlos, nadie va a arrebatármelos.

—Por Dios, por Dios… —Deja caer el bolso sobre el césped y se agacha para recibir a Nerón

en sus brazos—. ¡Mírate, Nero! Mi galán… ¿Puedo saber por qué están tan hermosos?

Picasso se acerca para lamerle la cara, incluso él tiene un moño elegante.

La ayudo a levantarse, sujeto su mandíbula y la miro a los ojos antes de devorar esa boca que tanto extrañé.

«Mi ángel. Mi segunda oportunidad. Mi vida».

—Feliz aniversario, *Violet*. Tienes una cita con los tres hombres de la casa.

Sonríe de esa manera que me hace sentir la persona más afortunada del mundo.

—Feliz aniversario, *Vicente*.

Otro beso que me deja con ganas de más, de ir directo al postre.

—¿Así que tenemos una cita?

Asiento, acariciando su nariz con la mía.

—Una cena de lujo.

—Álbol, álbol, álbol —Nerón repite mientras corre a nuestro alrededor.

—¿Qué pasa con el árbol?

—En la casa del árbol. —Le guiño un ojo—. ¿Crees que aún puedes subir?

—Sí, y probablemente sea la última vez hasta que nazcan. Acaricia su panza. El obstetra dijo que estaré rodando en menos de dos meses.

Sonrío.

—Dijo que notarás que crecerán de golpe, no que rodarás.

—Es lo mismo…

Levanto su bolso y caminamos los tres juntos hacia la casa del árbol. Elegimos este hogar porque Violeta se enamoró de la guarida en el sauce llorón.

—Despacio, ángel. Un escalón a la vez y apoya bien los pies.

—Deja de preocuparte, no voy a caerme.

Subo detrás con Nerón en brazos.

—¿Estás cansada? ¿Quieres bajar? Puedo trasladar la cena a…

—¡Hamilton, estoy bien!

—Lo que está bien es esta vista, Galeno. —Contemplo su trasero a escasos centímetros de mi cara—. Más que bien.

Su risa me contagia.

La casita de madera está llena de luces cálidas, mantas y comida chatarra. Hamburguesas y papas fritas, la última obsesión de Violeta.

—Esto es… un sueño. —Se sienta entre los almohadones—. Gracias por no cocinar algo sano, necesito esto más que respirar.

Agarra a Nerón mientras yo pongo las trabas de madera que construí para que sea seguro cuando el pequeño corredor está aquí.

Me siento junto a ellos, destapo latas de gaseosa.

—Háblame de tu día, ángel. Quiero escucharlo todo.

Poco después de la cena suena una bocina conocida. Nerón se levanta eufórico.

—¿Quién es? —Me hago el confundido.

—¡Tate! ¡Tate!

—Sí, los tíos Nate y Zoe. ¿Vas a dormir con ellos hoy? También estarán los abuelos.

—¡Sí!

—¿Sí? —Violeta me mira—. Lo planeaste todo, Hamilton. No se te escapa nada…

—Jamás, Galeno. Jamás.

Violeta besuquea a Nerón antes de aceptar que esta noche es nuestra. Solo nuestra.

—Ya sabes qué hacer si el tío Nate se acerca a la tía Zoe, lo mismo que haces cuando mamá y papá se besan, ¿sí? —hablamos de camino a la camioneta. Nerón asiente y me sonríe, es un buen cómplice.

Zoe está al volante, se vuelve loca cuando nos ve.

—¡Me muero! ¡Me muero! Tiene un trajecito. ¿Hay un beso para la tía?

Nerón besa su mejilla con ruidito y todo, como ella le enseñó.

Nathan lo recibe en el asiento del copiloto.

—¿Tienes la sillita?

—Sí. Ve, Romeo. Caramelo y yo nos encargamos del galancito.

—No me busques, Walker… Y cuídalo como si fuera tu hijo. No, mejor como el mío.

Me golpea el hombro, pero ríe.

—¿Estás mejor?

—Estoy mejor. Y él estará bien, despreocúpate y disfruta. Mañana lo traemos.

Vuelvo a la casa del árbol cuando consigo dejar ir al hombrecito.

Violeta se puso más cómoda entre las mantas y almohadones, incluso se quitó aquellas asquerosas Crocs que usa para ir a trabajar. Las odio desde siempre, le causa risa mi desprecio por sus *supercómodos zapatos*.

Me coloco detrás de ella, dejando que apoye la espalda en mi pecho. Mis manos van a su panza, es instinto.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada, pero bien. Feliz.

Le quito el saquito rosado, también la casaca del ambo. Comienzo a masajear sus hombros desnudos y agotados.

—¿Tienes frío?

—Estoy en el cielo, Hamilton. Sigue, no pares.

Río bajito, beso su cuello.

—Me gusta esa frase, Galeno. En especial en otro contexto.

—Pervertido…

—Adicto. Adicto a ti.

Gira, se sienta a horcajadas sobre mí, me enfrenta con esos ojos que me dan la vida.

Estoy a merced de sus besos apasionados antes de parpadear.

La temperatura sube más rápido de lo esperado, siempre fuimos fuego. Destinados a consumirnos deliciosamente, a renacer de las cenizas…

VINCENT

CUATRO AÑOS DESPUÉS

Abro un ojo, los veo entrar en puntitas de pie a la habitación. Me hago el dormido, escondo la sonrisa en la almohada.

Cinco segundos después, las tres bestias saltan sobre la cama.

—¡Feliz día, papito! ¡Feliz día! —Las gemelas y Nerón canturrean.

El primero en darme su regalo es el hombrecito.

—Lo hice en la escuela. La maestra dijo que me quedó genial. ¿Te gusta, papá?

Miro el autito hecho con palitos de helado y otros elementos reciclados.

—*Wow*, es increíble. Voy a llevarlo a mi oficina, lo pondré en el escritorio para que todos lo vean. Gracias, amor.

Lo envuelvo en un abrazo bruto, de esos que siempre terminan en juegos de lucha.

Farah y Ámbar se unen, sedientas de atención. Me besuquean una y otra vez, una en cada mejilla. Cierro los ojos y disfruto, solo disfruto de este hoy maravilloso.

—¡Te hicimos regalos! —Las gemelas me dan hojas rosadas—. ¡Dibujos para papito!

—¿Este soy yo? —Asienten con sonrisas pícaras—. ¿Tan hermoso soy?

—¡Sí!

Se tiran sobre mí, y las envuelvo con mis brazos. Nos metemos debajo de las sábanas para la guerra de cosquillas. Farah resiste, su personalidad es madura, igual a Galeno. Ámbar es mi calco, un caos emocional.

La risa aguda que comparten me llena de vida. Me gusta creer que Nina vive en una de ellas, que su alma tuvo una nueva oportunidad de latir.

—¿Me comparten un pedacito de papá?

Quito la sábana de nuestras cabezas cuando escucho la voz de mi ángel.

—Tome lo que quiera de mí, doctora.

Levanta las cejas, sonríe.

—Veo que te despertaron…

—Salvajemente. —Le quito la bandeja con el desayuno de las manos, agarro su cintura y la tiro a la cama—. Pero creo que aún estoy algo dormido, quizá un beso podría despertarme del todo.

Me sonríe y no pierde el tiempo, me besa. No me cansaría de su boca, aunque fuera inmortal y el tiempo eternamente nuestro.

—Feliz día, papito *Vicente*.

Muerdo su labio inferior.

—No me llames así en el horario de protección al menor, *Violet* —susurro.

Otro beso, más breve, pero igual de intenso.

—¡Dulce de leche! —las gemelas gritan.

—¡A desayunar!

Farah, Ámbar y Nerón se meten en la cama y atacan las tostadas con dulce.

Pongo los regalos en la mesa de noche, junto al reglamento de convivencia y la ecografía 3D enmarcada de Nina.

Miro a mi familia. Toda mi familia, pasado y presente.

Sé que Sam y Nina sonríen para mí, lo siento. Sé que Sam me mandó un ángel para enseñarme a respirar de nuevo.

Y mientras los oigo reír y charlar de lo que será nuestro día, lo entiendo. El amor puede acariciarte cuando quiera, incluso si ya no te queda corazón para sentir.

Porque todos queríamos formar parte de este momento especial…

RENACER

VINCENT

Bennet abre la puerta de su vieja casona, se sorprende al verme parado bajo la nevada.

—Miren lo que trajo la nieve, otro milagro.

—¿Puedo pasar?

—Depende. ¿Estás necesitando un amigo o un psiquiatra?

—Un amigo.

Sonríe bajo ese bigote que se dejó crecer.

El calor de su hogar me recibe, es la segunda vez que estoy aquí. La primera también vine de improviso, pero por razones muy distintas.

Nos sentamos junto a la chimenea, me ofrece una taza de té y acepto. Lo observo agarrar la tetera humeante y servir la taza que, asumo, es para él. Me detengo en sus movimientos, tienen cierta calma y delicadeza, como si viviera a otro ritmo. Recuerdo que es algo que solía calmarme en nuestras sesiones. Poner la mente en blanco y mirar, solo mirar.

—¿Qué te trae por aquí, Vincent?

Se sienta con su postura de siempre, la pierna derecha sobre la izquierda, las manos sobre el regazo.

—En tres días nacerán mis niñas.

La noticia brilla en sus ojos.

—Veo que me perdí demasiado.

La última vez que pisé su consultorio fue dieciséis meses atrás, cuando decidí que necesitaba tiempo, espacio para dedicarme a sentir a Violeta sin las emociones del pasado.

—Violeta está embarazada, gemelas. Sanas, listas para conocer el mundo.

—¿Y tú? ¿Estás listo?

Inhalo profundo, me concentro en el crepitar del fuego mientras se ordenan mis pensamientos.

—Fue difícil —lo admito en un susurro—. Fue un embarazo maravilloso, casi sin complicaciones, pero… convivir con el miedo fue difícil. Miedo a ganar, miedo a perder. Miedo. A no ser suficiente, a confundir el pasado y el presente. A contaminarlo todo con mi… culpa. —Lo miro—. Lo sabemos bien, Bennet, hay patrones difíciles de romper.

—Difícil no es imposible... No respondes mi pregunta, Vincent. ¿Estás listo para el desafío más grande de tu vida?

Bebo un sorbo de té, estiro los segundos. Me recorre una sensación cálida y no sé si es por la infusión o por lo que estoy a punto de decir.

—Estoy listo. Estoy listo para permitirme ser feliz.

Inhala profundo y el suspiro le deja una sonrisa de satisfacción.

—Serás un padre maravilloso.

—Por eso estoy aquí. Vine a compartir este momento contigo y a agradecerte. No estaría donde estoy si no fuera por ti.

—Me halaga, Vincent, pero te equivocas. No estarías donde estás si no fuera por *ti*. Yo no hice nada más que escuchar, nada más que esperar a que estuvieras listo para avanzar, y acompañarte. No hice nada más que caminar contigo.

—Entonces, gracias. Gracias por darme la mano cuando estaba perdido.



Flotando. No siento los pies en la tierra, están en las nubes. Están en esos ojos verdes que me miran asustados y colmados de amor. Estoy en esa mano temblorosa que se aferra a la mía porque sabe que juntos somos más fuertes.

—Tengo miedo.

—Lo sé, también yo. Pero una mujer hermosa me enseñó que hay que esperar lo mejor y lo mejor vendrá.

—Qué sabia.

Sonrío y beso su frente húmeda.

—Muy sabia y muy valiente.

Todo en el quirófano está listo, la cesárea comenzará en cualquier minuto. Violeta deseaba un parto natural, pero no llegaría a término. Los médicos coincidieron en que este era el nacimiento más seguro para las gemelas.

—Tengo frío —susurra y le tiembla el labio inferior.

—Lo sé, amor, es por la anestesia. Intenta relajarte, todo saldrá bien. Estamos a punto de conocer a nuestras niñas.

Cierra los ojos, inhala profundo y exhala intentando relajarse.

—¿Nerón?

—Está con mis padres. —Ya lo sabe, pero se lo repito. Durante el embarazo su memoria fue un desastre encantador—. No te preocupes por él, lo traerán apenas podamos recibir visitas. No te preocupes por *nada*, solo por estar presente. —Nos miramos, somos nuestro propio mundo—. Estar —susurro—. ¿Recuerdas? Solo estar.

Asiente, me besa, la beso, nos besamos.

Y todo comienza.

Nos enredamos en miradas, caricias, pequeños besos y sonrisas nerviosas hasta que el primer llanto lo detiene todo.

Detiene el tiempo.

Detiene mi corazón.

Detiene mi vida, solo para convertirme en espectador de mi renacer. Porque de ese llanto resurjo, revivo, renazco. De ese llanto aprendo, entiendo, sano. En ese llanto viajo al pasado y pido perdón, otra vez, solo para volver al presente más ligero.

El segundo grito de vida, más agudo, muy distinto, me devuelve a la realidad.

—¡Felicidades! Dos niñas sanas, perfectas. ¿Cuál es Farah y cuál es Ámbar?

Las dos están sobre el pecho de Violeta, que llora y deja besos delicados en sus frentes.

Las dos están sobre el pecho de Violeta, perfectas, sanas, vivas. Mías. Nuestras.

—¿Vincent? —Violeta me busca con la mirada húmeda—. ¿Estás bien? ¿Estás listo para cargarlas?

«¿Estás listo para el desafío más grande de tu vida?», la voz de Bennet retumba en algún lugar de mi cabeza.

Asiento, aturdido por las emociones, incapaz de hablar.

Me quito la camiseta, siguiendo las recomendaciones de las enfermeras, conociendo la importancia del primer contacto piel con piel. Me siento junto a Violeta, que me mira deslumbrada, como si fuera la obra de arte más hermosa.

Cierro los ojos cuando las siento junto a mi corazón, tan pequeñas, frágiles, pero poderosas. Latimos como uno solo, creamos un nuevo ritmo.

El torbellino de sensaciones que me sacude se transforma en una lágrima. Fina y solitaria cae por mi mejilla, la primera de un diluvio de felicidad.

Solo necesité un segundo de piel para saber que son el amor en su forma más pura. Solo un segundo de piel para sentir a Nina latiendo junto a nosotros.

Me atrevo a abrir los ojos, porque sé que este es un sueño del que no voy a despertar.

Las miro, las memorizo para siempre, tatúo en mi alma este instante para revivirlo cuando crezcan y ya no pueda sostenerlas así.

—Ella es Farah —digo, sin ninguna duda—. Y esta pequeña es Ámbar.

Miro a Violeta, me fascina lo mucho que las niñas se parecen a ella.

—Gracias por hacerme sentir tan vivo.

Me da la mano, busca contacto. Ahora somos cuatro extensiones de una misma alma.

—Gracias por hacerme querer amar de nuevo.

Le sonrío y vuelvo a esos ángeles que encontraron refugio en mi pecho y dejaron de llorar.

—Mis niñas… Las niñas de papá.

***¡Cuidado! ¡Alerta de* spoiler!**
***No leas este capítulo extra si no leíste* Colores en la oscuridad**

MUCHOS AÑOS DESPUÉS, EN UN LUGAR MUY PARECIDO AL PARAÍSO…

VIOLETA

Los cuatro tienen arena hasta en la nariz.

Cada vez que vacacionamos en Argentina, se desatan. Se liberan de las estructuras de la ciudad gris en la que formamos el hogar con el que siempre soñamos. Tan solo *son* sin horarios ni presiones, sin expectativas, solo disfrutar hasta el último rayo de sol.

Y yo los miro embobada, orgullosa de la familia que creamos. Enamorada de los gritos, las risas, las peleas, el descontrol, el desorden. El amor.

Entramos al cuarto de hotel, Nerón corre a uno de los baños.

—¡Me ducho primero!

La preadolescencia lo tiene un poco malhumorado, pero debajo de todo ese cambio sigue estando el niño dulce que creció con tíos a los que llamó mamá y papá. Y cada tanto aflora, y juega ignorando a la vida que lo obliga a crecer.

—La espalda de papá ya no es tan joven. —Vincent baja a las gemelas, que no entienden que ya no son bebés—. Van a tener que hacerme masajes.

Se arrodilla, Farah y Ámbar no pierden el tiempo. Comienzan a masajear la espalda de su padre mientras él suelta exagerados quejidos.

Dejo todas las cosas de la playa a un costado, los observo.

Esto. Esto vale más que toda la perfección, los ascensos y los títulos universitarios del mundo.

—¿Podemos llenar la bañera de burbujas rosas? —pregunta Ámbar.

—Solo si me dejan un lugar.

—¡Estás enorme, papito! No entras, sacas el agua y mamá nos reta.

—Claro que entro, ya van a ver. Vayan a llenar esa bañera. ¡Quiero muchas burbujas!

Las gemelas corren, gritando y hablando en una mezcla de español e inglés que suele marear a la gente.

—¿Necesita ayuda para ponerse de pie, abuelo?

Vincent levanta las cejas, se pone de pie y me alza.

—¿Abuelo? Este abuelo todavía tiene energía para muchas *cosas*.

Sonrío, beso y muerdo su mandíbula.

—Bájame, que te va a doler más la espalda.

Mira de reojo hacia uno de los baños, las niñas haciendo de las suyas.

—Esperaba que vos y yo compartiéramos la ducha —dice en un español perfecto.

Niego, pero las ganas y la picardía brillan en mis ojos.

—Tendrás que esperar hasta la noche, galán.

—¿Hasta el año que viene, enfermera?

—Ese chiste es pésimo. Pero sí, nada de sexo hasta el año que viene —susurro—. Y puede que no lleve ropa interior debajo de ese vestido. —Señalo la prenda colgada en la percha, a la espera.

—Eres diabólica, Galeno. Y me encantas.

Busca mis labios. Un beso profundo que se ve interrumpido por dos voces agudas.

—¡Hay muchas burbujas, papito!

—¡Ven, papi! ¡Rápido, rápido!

Muerde mi labio inferior antes de bajarme.

—Luego me ocupo de ti.

Lo veo alejarse, se quita la camiseta. Contemplo aquellas alas que hoy lo hacen volar alto. Se mete a la bañera con el *short* lleno de arena, las gemelas ríen cuando el agua rebasa.

Yo los miro, es lo que hago, grabar en mi memoria estos momentos cotidianos, *esto* que es la vida que se nos escapa mientras hablamos del futuro. Esto que no vuelve. Esto que es hoy y solo hoy.

Sonrío.

—¡Nos vamos en una hora!

VICO

Estoy viajando al pasado, a esa parte donde ver su sonrisa alegraba mis días, mi vida. Esa parte donde una caricia suya borraba la oscuridad, dejaba solo los colores.

La miro y veo a mi Alma. Luce exactamente como su madre cuando la conocí, en el tejado de una casa llena de extraños, buscando refugio en un atardecer que nos vio nacer. Que nos unió para siempre.

Luce mágica, alegre, divertida. Demasiado pura para este mundo. Está hermosa con esas pecas que no hicieron más que intensificarse con los años y esos ojos que son lo único que heredó de mí. O quizá no, tal vez ese carácter y esa mirada asesina que ahora me dedica también son míos.

—Papá, por favor… ¡Tengo quince años!

—Exacto, apenas empiezas a vivir. Eres un bebé. *Mi* bebé. Y este mundo está demasiado roto para que andes sola por él.

—¡Soy una adolescente! Hace años que no soy un bebé, pero no dejas de tratarme como uno. —Se cruza de brazos, mira a Alma en busca de ayuda—. Mamá, por favor, dile algo. Dile que está siendo retrógrado. ¡Un *Homo sapiens*!

Homo sapiens, así me llama cada vez que se enoja conmigo. Lo que pasa seguido desde que el sostén forma parte de su vida y la lista de compañeritos que la invitan a salir se hace más larga.

—Sophie, tu madre y yo somos un equipo. ¿Verdad, pecosa?

Alma nos observa, sentada en la encimera, bebiendo café y escondiendo una sonrisa detrás de la taza.

—¿*Verdad*, pecosa?

Se aclara la voz, intenta ponerse seria.

—Tu padre tiene razón, Sophie. El mundo está demasiado roto para que vayas sola, pero…

—¿Pero? —la interrumpo—. ¿Pero?

Sophie luce esperanzada.

—Pero… podríamos llevarte e ir a buscarte.

—¿Me dejarían media cuadra antes? —negocia—. Así nadie ve que voy con ustedes.

—Somos los padres más jóvenes y geniales del mundo, y se avergüenza de nosotros. —Finjo indignación, dolor—. ¿Qué hicimos mal? ¿Dónde fallamos? ¿Demasiados cuentos en la cueva con estrellas? ¿Pocos?

—Papá, no te pongas dramático otra vez. Te sube la presión.

—¿Dramático yo? Mi bebé quiere ir a una fiesta, de madrugada y llena de desconocidos, con un vestido que fue diseñado para ahorrar tela.

—¡Son desconocidos para ti, no para mí! ¡Y mi vestido está perfecto!

—Felipe, tráele el tensiómetro a papá, por favor —exagero, sabiendo que esa frase siempre logra sacarle una sonrisa a la minipecosa. Nunca falla.

Sophie ríe, Alma intenta no hacerlo, pero termina uniéndose. La tensión merma.

Feli aparece con el tensiómetro.

—¿Otra vez una fiesta? —Nos mira como si estuviésemos locos—. Él no se va a cansar, So, no es como el papá de Tatiana.

Tatiana, la amiga de Sophie, con el padre más perfecto y permisivo de la historia. No, no soy como el papá de Tatiana. Por suerte.

Felipe vuelve al salón, los videojuegos otra vez a tope.

Miro alrededor. Esto es un caos. Un caos que amo y elijo cada día.

—Esa es la oferta, Sophie. Te llevamos después de la cena de año nuevo y te vamos a buscar antes de las tres de la mañana.

—Lo tomas o lo dejas —agrego, intentando recuperar algo de autoridad.

Suspira, revolea los ojos. Después el dramático soy yo.

—Está bien. Supongo que peor es no ir.

—¿Cómo nos salió tan inteligente?

Alma sigue luchando por no reír, Sophie pretende huir escaleras arriba.

—Alto, alto. ¿No se te olvida algo, peque?

Resopla, retrocede.

Le da un abrazo eterno a su madre, que peina su cabello largo. Luego se acerca a mí, cautelosa, estudiándome. Hay falso desprecio pintando su rostro, pero dura poco. Esa sonrisa que ilumina mi vida aparece antes que el abrazo.

—Te amo —susurro sobre su cabeza—. Y no me importa si tienes cuarenta, ochenta o cien años, siempre serás la nena de papá.

—Lo sé. Y te amo, aunque seas un *Homo sapiens*.

Me da un par de besos compradores y sube la escalera.

—Nos vamos en quince minutos —grita Alma.

Me acerco a la pecosa, me coloco entre sus piernas y le quito la taza.

—Hacemos un buen equipo, ¿no crees? Poli bueno y poli malo. Funciona.

—No eres el poli malo, Vico. Si quiere, te sonríe y te saca hasta las llaves del auto.

—Mentira…

—Lo que digas… —Sonríe—. Solo afirmo que tienes debilidad por las pecas.

Busco su boca, esos labios que susurran mi nombre como poesía.

—No tengo objeciones —murmuro antes de besarla.

Emociones inefables se respiran en la galería de arte Colores en la Oscuridad. Ansiedad, nostalgia, curiosidad y alegría pintan las paredes mientras Vico y Alma esperan como orgullosos anfitriones.

Es la primera vez que pasarán Nochevieja lejos de sus familias, la primera vez que recibirán invitados que viven en la otra punta del mundo.

Vico está nervioso, hoy dos pedazos de su corazón van a juntarse. Sabe que es un momento

necesario, trascendental.

Alma luce inquieta, tiene años de palabras acumuladas en la boca para aquella mujer que salvó su vida, que le dio el presente que hoy atesora.

Sophie y Felipe están en la terraza, eligiendo la música y picoteando algo de la comida que ya se encuentra en la elegante mesa, ajenos a la importancia de lo que está a punto de suceder.

La campanita de la puerta suena.

La piel de Vico se eriza, el oxígeno se congela en los pulmones de Alma.

Violeta Galeno, Vincent Hamilton y sus tres hijos le sonríen a la pareja que ha quedado petrificada de la emoción.

—Definitivamente es la galería correcta —afirma la doctora, mirando con orgullo los años de esfuerzo de aquel hombre que le salvó la vida sin saberlo, que le hizo sentir que, tal vez, el amor merecía una segunda oportunidad.

Vico se apresura a abrazarla. Pierde todas las formalidades y se entrega a la necesidad de sentirla cerca, de volver a agradecerle en susurros por *tanto*.

—No me hagas llorar, no todavía, recién llego. —Violeta se queja, pero es inútil, ya hay lágrimas en sus ojos.

—Quiero presentarte a mi esposa. —La voz de Vico es frágil cuando se separan—. Ella es mi Alma.

Violeta mira a la mujer de pecas y ojos de miel, le parece aún más hermosa de lo que había imaginado.

—Tu flor.

—Mi flor.

Alma no se atreve a dar un paso al frente, lo que siente es tan fuerte que le impide moverse. Es ella, esa preciosa mujer de ojos sinceros salvó al amor de su vida, al padre a sus hijos, a su mundo entero.

Violeta se acerca, toma sus manos, la mira con admiración. Es una de las personas más fuertes de las que ha escuchado hablar.

—Es un placer por fin conocerte, Alma.

La voz de Alma tiembla al susurrar:

—Es un placer por fin conocerte, Violeta.

Ambas se unen en un abrazo que dice más que todas esas palabras que Alma susurra a su oído.

Vico tiembla, las dos partes de su corazón por fin se han unido, la fusión lo hace más fuerte. Inquebrantable.

Vincent tiene la mirada húmeda, sabe que su esposa lleva años esperando este momento. Está orgulloso de la mujer que camina a su lado y no lo oculta. Mientras las gemelas y Nerón revolotean por ahí investigándolo todo, se acerca a Ludovico.

—Por fin conozco al famoso Vico, el chico de los atardeceres
—dice, en un español pulido, brindándole su mano.

—Por fin conozco al famoso *Vicente* —responde Vico, estrechándole la mano. Pero con el chico de los colores la fría formalidad nunca fue suficiente, así que tira de él para darle el abrazo que merece por hacer feliz a una de las personas más importantes en su vida.

Sophie y Felipe bajan. Las gemelas y Nerón no pierden el tiempo, se acercan. Los niños no

necesitan presentación, la conversación y las travesuras fluyen.

Por un instante, de esos que duran toda la vida, la galería de arte es el paraíso en la Tierra.

Vincent y Vico suben con sus hijos a la terraza, dejan a las mujeres solas. Intuyen que necesitan un momento.

Alma y Violeta se secan las lágrimas una a la otra, ríen, se agradecen.

—Siempre quise conocerte, pero Vico creyó que sería… extraño. Todo lo que pasó… es duro. Él te adora, pero…

—Pero pertenezco a la etapa más oscura de su vida, lo sé. Y es una etapa que debe quedar donde está, en el pasado. Pero la vida nos regala esta noche, Alma.

Una emoción se abre paso entre las demás para dominar el cuerpo de la artista: el alivio.

—Hay mucho que quiero preguntarte, contarte… Mostrarte.

—Entonces no perdamos el tiempo.

Violeta sonríe y la toma de la mano, suben juntas a la terraza. Dedos y almas entrelazadas.

El mar se ve, se oye y se huele. Las estrellas son testigos. La noche no podría ser más perfecta.

No hay preocupación en ninguna de las almas que conversan y ríen como si se conocieran de toda la vida. No hay temor, no hay dolor. Solo paz. Solo vida. Solo esta noche. Solo la magia del amor y las segundas oportunidades.

Dos vidas cruzadas, dos familias, nueve corazones latiendo al unísono.

Reglamento de convivencia

Regla N° 1: La primera habitación de la planta alta está PROHIBIDA.

Regla N° 2: ~~No hablar, a menos que sea estrictamente necesario.~~ *Vincent le hará caso a su enfermera para recuperarse pronto y no verla nunca más.*

Regla N° 3: ~~No entrar a mi habitación.~~ *Violeta entrará a la habitación de Vincent si es estrictamente necesario.*

Regla N° 4: No tocarnos.

Regla N° 5: No compartir espacios comunes como la sala, la cocina o el balcón.

Regla N° 6: No comeremos juntos.

Regla N° 7: No tocar nada.

Regla N° 8: No usar mi baño.

Regla N° 9: No dejar pertenencias por la casa.

Regla N° 10: ~~No hablar con mis padres a mi espalda.~~ *Hablará con sus padres si se porta como si tuviera cinco años.*

Regla N° 11: ~~No acariciar a Picasso.~~ *Picasso recibirá todos los besos y caricias que se me antojen, porque las merece.*

Regla N° 12: No ser ridículo.



Violeta

Regla N° 13: Violeta dejará de reírse de todo lo que Vincent diga.

Regla N° 14: *Vincent no paseará medio desnudo por la casa mientras su enfermera viva con él.*

Regla N° 15: Violeta NO invitará a sus novios ni se abrazará con nadie en mi salón.

Regla N° 16: *No más reglas.*
Aquí Violeta, ignorando cuánto odia los números impares para agregar una regla.

Regla N° 17: *Vincent luchará por todo lo que ama. Vincent no olvidará que no está solo. Vincent no se dará por vencido.*

Regla N° 18: *Vincent nunca retrocede, solo avanza. Siempre avanza.*

Regla N° 19: Violeta jamás dejará de sonreír para Vincent.

Regla N° 20: Vincent no pasará un solo día sin decirle a Violeta cuánto la quiere.

NOTA DE LA AUTORA

Hasta que deje de doler fue aprendizaje, una travesura agridulce, un espejo donde todos nos miramos alguna vez, un camino hacia el amor, una segunda oportunidad.

Sané viejas heridas junto a Vincent, exorcicé otras que aún sangran, tomé la mano de Violeta y aprendí a saltar al vacío. Entendí que no se vive de pasado, se vive de hoy, que no somos cobardes por avanzar con miedo, lo somos si dejamos que el miedo nos paralice para siempre.

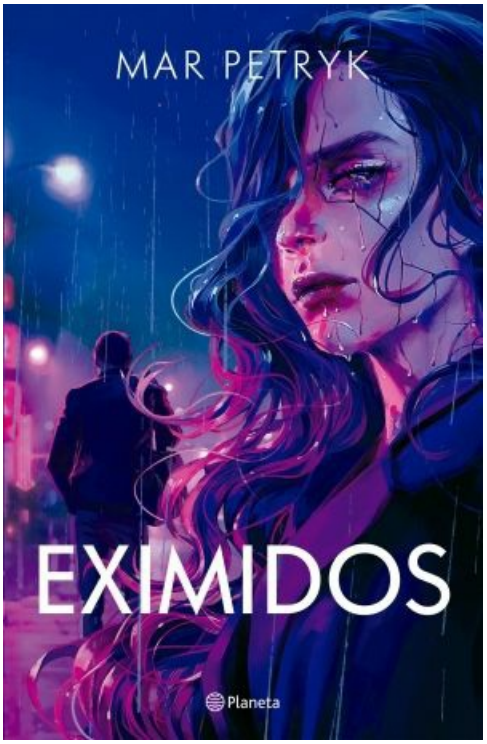
Si alguna vez te sentís como Vincent, si alguna vez la vida te duele tanto que solo querés dejar de sentirla, pedí ayuda, gritá, descansá en un par de brazos que te amen, confiá en esos ojos que intentan ayudarte a encontrar la luz.

La oscuridad es linda para mirar las estrellas, no para vivir en ella.

Grupo Planeta

¡Seguinos!




MAR PETRYK
EXIMIDOS
Planeta

Eximidos

Petryk, Mar
9789504979654
424 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cómo se sobrevive al horror?

Hay dolores y situaciones imposibles de olvidar.
Hay rencores que se encarnan en lo más profundo del alma y no logran disolverse con el paso del tiempo, aunque intentes comprimirlos dentro de un cofre y los sepultes en el fondo del océano.
¿Cómo se sigue adelante cuando los que más daño te causaron son aquellos que debían cuidarte y protegerte?
Annelie y Theo se esfuerzan por salir adelante, a pesar de sus historias personales. Historias de infancias robadas, violencia y excesos.
El destino insiste en cruzarlos en un afán por reparar lo vivido, pero hay bombas imposibles de desactivar, y el camino que los une se convertirá en un impulso irrefrenable hacia una última explosión.
¿Estás listo para salir volando por los aires?
Secretos. Oscuridad. Pasión. Y un dolor corrosivo que te dejará sin aliento.

Cómpralo y empieza a leer


La biblioteca de los nuevos comienzos
Un libro puede cambiarte la vida
MICHIKO AOYAMA
Planeta

La biblioteca de los nuevos comienzos (Ed. Argentina)

Aoyama, Michiko
9789504983965
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

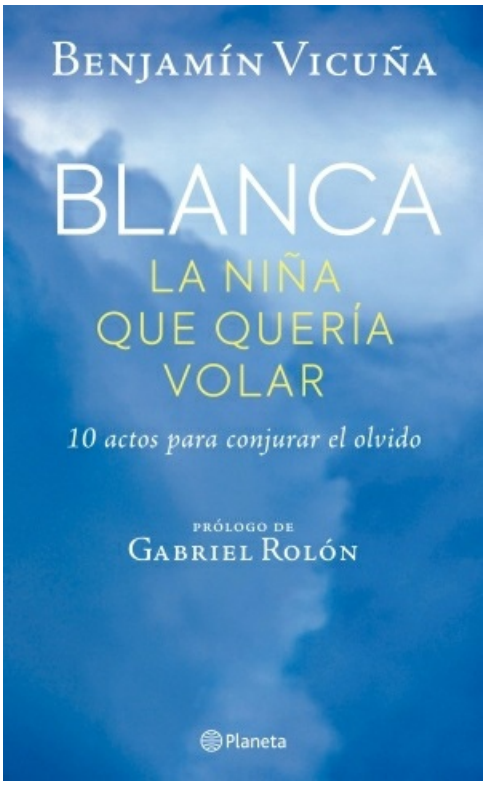
La novela japonesa sobre el poder de los libros que está cautivando al mundo. Más de 300.000 ejemplares vendidos. Un libro puede cambiarte la vida

En el corazón de Tokio hay una pequeña biblioteca donde trabaja la señora Komachi. Teclea en su ordenador a velocidad de vértigo y en sus momentos de ocio crea pequeñas figuras de fieltro que luego regala a los visitantes más especiales, a los que les pregunta: «¿Qué es lo que buscas?». La respuesta parece sencilla, pero la señora Komachi no es como otros bibliotecarios. Ella puede adivinar cuáles son los sueños, los deseos y los pesares de la persona a la que escucha.

Y es así como una recomendación suya les puede cambiar la vida. Solo hace falta que se entreguen a la lectura de un libro inesperado.

La biblioteca de los nuevos comienzos es una oda al poder de los libros que nos enseña que, si se escucha con el corazón y se tiende una mano amiga, todos podemos alcanzar nuestros sueños.

Cómpralo y empieza a leer


Benjamín Vicuña
BLANCA
LA NIÑA QUE QUERÍA VOLAR
10 actos para conjurar el olvido
prólogo de
Gabriel Rolón
Planeta

Blanca, la niña que quería volar

Vicuña, Benjamín
9789504981640
200 Páginas

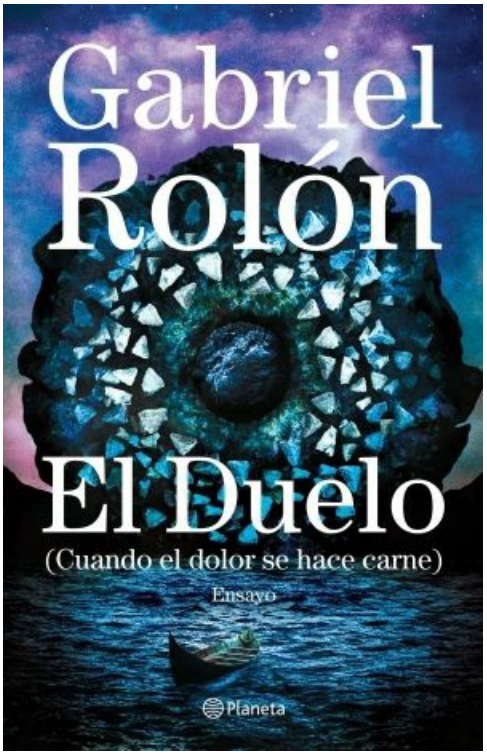
Cómpralo y empieza a leer

El duelo es un desafío que tenemos que enfrentar para no morir con lo que hemos perdido.

Este libro es un tributo a mi hija y una expresión desbordada y honesta de la experiencia que me tocó vivir. Una tragedia que me atravesó como un rayo y me dejó vacío. Me costó años asimilarla y de alguna manera sigo transitando el desierto, pero seguí viviendo.
En estas páginas hablo acerca de mi niña y mis pesares. También de las herramientas que me sirvieron para iluminar noches oscuras.
Espero que puedan servirle a alguien. Que quienes están atravesando una pérdida, sufriendo o acompañando un duelo, puedan encontrar algo de alivio y esperanza. Una pequeña luz en mitad del océano cuando no vemos la orilla. **BENJAMÍN VICUÑA**

El duelo es un desafío que tenemos que enfrentar para no morir con lo que hemos perdido. Es el intento de ponerle palabras a un dolor mudo que lastima. Por eso celebro la llegada de Blanca, la niña que quería volar. Porque aquí aparecen esas palabras que, tal vez, Benjamín necesitaba para vivir a pesar de la muerte de su hija.
Esa hija que ya nadie, ni siquiera la muerte, podrá arrancar de su recuerdo.
GABRIEL ROLÓN

Cómpralo y empieza a leer


Gabriel
Rolón
El Duelo
(Cuando el dolor se hace carne)
Ensayo
Planeta

El duelo

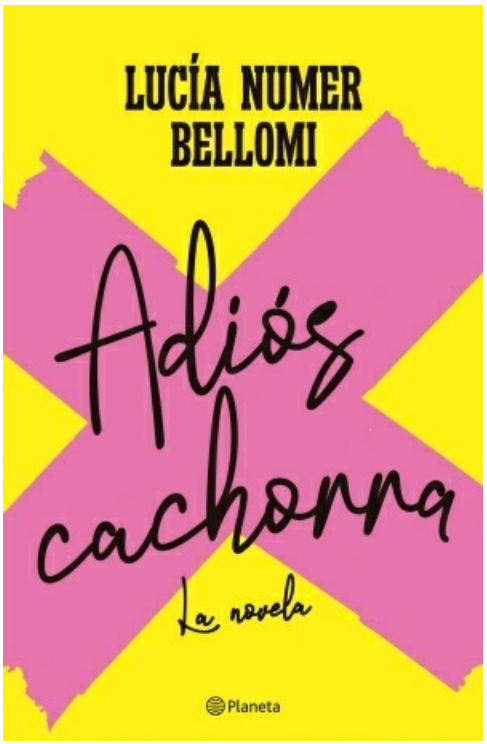
Rolón, Gabriel
9789504971962
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"El Duelo es un territorio oscuro, misterioso, casi inaccesible. Una conmoción que nos sorprende, nos toma desprevenidos y cambia nuestro entorno en un instante. No importa lo preparados que creamos estar para enfrentar una pérdida, esa preparación jamás será suficiente. Cuando ocurre, todo se desmorona y por un tiempo nada tiene sentido. Algo se quiebra en nosotros, el mundo se derrumba y nos muestra su aspecto más cruel."

Con estas palabras describe Gabriel Rolón cuál será el camino a transitar en su nuevo ensayo: la pérdida. Sí, la muerte, sin rodeos (la propia, y la de los que amamos), pero también la falta imprevista (o no tanto) de todo aquello que nos sostiene anclados a la vida. La pérdida de un trabajo, una pareja, un hogar, el reconocimiento de un otro y hasta la juventud nos empujan al duelo. Y es ahí, en ese soplo en el que el dolor se hace carne y la pena se devora las palabras, que Gabriel Rolón comparte su reflexión aguda, certera, siempre lúcida. Por eso, su nuevo libro se nutre de mitología y de música, de cine y literatura, de casos clínicos y teoría analítica. Porque es una mirada que indaga en el padecimiento y a la vez en los mecanismos que el Psicoanálisis como disciplina, y que el arte como forma de entender el mundo, nos tienden a modo de puentes para superar lo ausente. Y es que el Duelo –y en esto Rolón es tan claro como firme– es una "guerra" íntima. Una prueba, tal vez la más dura, que nos pone cara a cara con lo que perdimos y con lo que podemos crear a partir de lo perdido. Una batalla salvaje que nos transforma de una vez y para siempre. Y que en su impiadosa deriva nos lleva hacia un renacer que nos hace más humanos.

Cómpralo y empieza a leer


LUCÍA NUMER
BELLOMI
Adiós
cachorra
La novela
Planeta

Adiós Cachorra

Numer Bellomi, Lucía
9789504980865
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

No estar en pareja está bien, separarse está bien, tener apps de citas está bien, salir y divertirse está bien. Lo que no está bien bajo ningún punto de vista es que sigamos permitiendo que la frustración que nos genera el *ghosting*, las cancelaciones de los encuentros a último momento, los chats abandonados, las promesas incumplidas por parte de gente que recién habíamos comenzado a conocer nos llenen de inseguridades, dudas y autoboicot.

En esta graciosa ficción, tres mujeres con distintas personalidades y a quienes el mundo de las primeras citas les resulta un enigma se conocerán en un viaje. Ava, una australiana de treinta años que decide irse a París después de una última salida fallida con uno de Tinder que la rechazó y que encima olía a salchichas, huevo y arroz. Oli, una arquitecta de veintisiete años, estadounidense y millonaria que resuelve irse a la Ciudad Luz luego de descubrir que Ben, uno con el que se vio una vez por semana durante dos años y que supuestamente "no estaba para nada serio", se puso de novio con otra. E Isa, una española que atraviesa una crisis existencial porque se divorció de su marido de toda la vida y sus hijos ya son grandes y no la demandan como antes. Allí conocerán a Lili, una argentina de cuarenta años que en su pasado lo único que tenía eran miles de intentos de relaciones fallidas y no entendía por qué. Esa frustración la llevó a buscar soluciones en libros de sociología, psicología, neurociencia y divulgación feminista. Su investigación la condujo a encontrar respuestas a su dilema y desde entonces sus citas son siempre un éxito.
Lili las ayudará a entender por qué no consiguen pasar de los primeros encuentros y les dará herramientas para lograr ser auténticas y vistas en todas esas oportunidades.

Y vos, lectora, ¿estás lista para hackear el mundo citero?

Cómpralo y empieza a leer